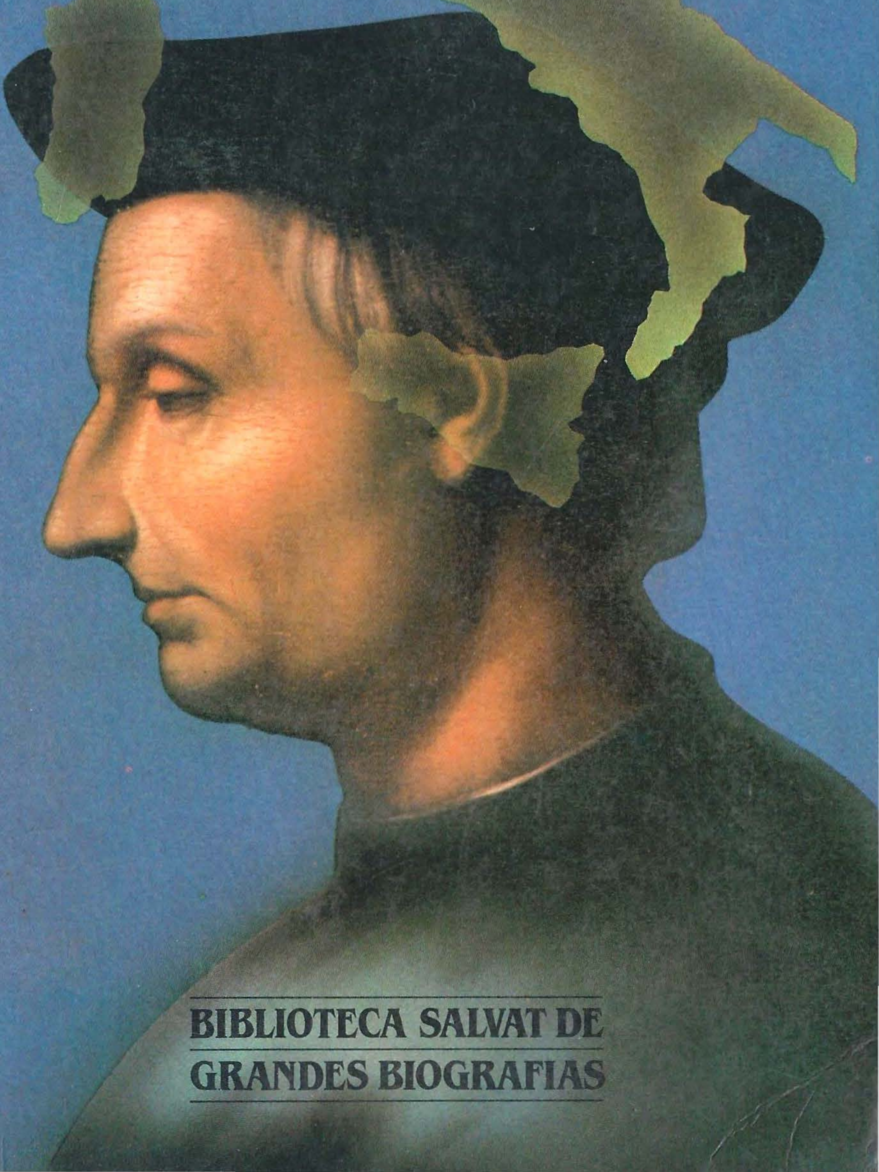
MAQUIAVELO

EDMOND BARINCOU



BIBLIOTECA SALVAT DE GRANDES BIOGRAFIAS



MAQUIAVELO

BIBLIOTECA SALVAT DE
GRANDES BIOGRAFIAS





MAQUIAVELO

EDMOND BARINCOU

Prólogo

FRANCISCO GUTIERREZ CONTRERAS

SALVAT

Versión española de la obra original francesa: *Machiavel par lui-même*, publicada por Éditions du Seuil, París.

Traducción del francés a cargo de Clara y Matoya Wulff Barreiro.

Las ilustraciones cuya procedencia no se indica proceden del Archivo Salvat o de Éditions du Seuil.

ISBN: 84-345-8145-0 (obra completa).
ISBN: 84-345-8216-3.
Depósito legal: NA-1365-1985
Publicado por Salvat Editores, S.A. Mallorca, 41-49, Barcelona.
Impreso por Gráficas Estella. Estella (Navarra), 1986.
Printed in Spain

Indice



Nicolás Maquiavelo (1469-1527)

La vida del escritor y estadista Nicolás Maquiavelo, nacido en Florencia en 1469, transcurrió durante uno de los periodos de mayor confusión política de las repúblicas italianas, enfrentadas en frecuentes disputas militares y más tarde invadidas por los ejércitos franceses y españoles. El escritor florentino fue precisamente uno de los hombres de su tiempo que con mayor intensidad vivieron el drama de Italia y de toda la Cristiandad. Entre 1498 y 1512 participó activa y directamente en la vida política de Florencia, desempeñando cargos de consejero político y diferentes misiones diplomáticas en circunstancias muy difíciles. Profundamente influenciado por el espíritu humanista, trató de extraer del pensamiento de los clásicos normas de conducta política válidas para la nueva situación. Dentro del ambiente cultísimo de la Florencia de los Médicis no le fue difícil familiarizarse con un gran número de autores de la antigüedad, y él mismo plasmó sus propias inquietudes literarias en diversas composiciones poéticas y en varias comedias, entre las que destaca *La Mandrágora*. Su pasión por los asuntos estatales queda de manifiesto en obras de contenido histórico, como los *Discursos sobre la Primera Década de Tito Livio* o las *Historias florentinas*, en los relatos de sus experiencias como embajador ante las cortes de Francia y Alemania, y en las reflexiones y análisis sobre el arte de gobernar expuestos principalmente en el más conocido de sus libros, *El Príncipe*, obra que ha ejercido gran influencia en numerosos estadistas y a partir de la cual surgió el mito del maquiavelismo. Frente a la visión parcial y deformada difundida por ese mito, desde hace algunas décadas se ha puesto de relieve la amplitud y modernidad del pensamiento maquiaveliano y sus certeros análisis tanto de los impulsos comunes que mueven a los individuos y a los grupos humanos como de los resortes del poder estatal. Además, como ha escrito Prezzolini, Maquiavelo, fallecido en 1527, supo hacer de su vida «una de sus obras maestras».

◀ *Retrato de Nicolás Maquiavelo, obra de Santi di Tito. Palacio Viejo, Florencia.*


CIUITAS
FLORENTIE

Prólogo

Maquiavelo y su circunstancia histórica

por ***Francisco Gutiérrez Contreras***

«Maquiavelo fue un hombre de complexión media, delgado, de rostro huesudo, frente despejada, pelo negro, ojos penetrantes, labios finos que dibujaban una sonrisa enigmática. Fue un hombre honesto, buen ciudadano y excelente padre.» Con estos términos retrata la Encyclopaedia Britannica *a nuestro biografiado. Parece imposible que tan favorable perfil fuera puesto en entredicho por detractores que, prácticamente desde la muerte de Maquiavelo, convirtieron su nombre en sinónimo de la maldad y la perfidia en el campo de la política. Vale, pues, la pena intentar establecer las coordenadas históricas y vitales de uno de los teóricos más importantes de la historia del pensamiento político para calibrar su más exacta significación.*

La Italia de Maquiavelo, un mosaico de Estados

Italia, a diferencia de Alemania —la otra gran unidad cultural pero desmembrada en lo político— no tenía siquiera la apariencia de amalgama que el Imperio confería. Es más: parte de los territorios del norte y el centro se englobaban, como reliquia heredada de tiempos del pleno feudalismo, en la estructura imperial, mientras que en el centro y en el sur los Estados Pontificios y el reino napolitano ostentaban una soberanía nominal sobre amplias zonas del país. Pero la realidad, a pesar de la unidad geográfica italiana, de su supremacía cultural y de una pujanza económica sólo quebrada por la crisis del siglo XIV, era el fraccionamiento en pequeños Estados aglutinados en torno a una ciudad y cuyas disensiones y querellas eran resueltas en frecuentes luchas intestinas a cargo de ejércitos mercenarios al mando de condottieros.

◀ *La ciudad de Florencia, cuna de Maquiavelo, según una pintura de la época del escritor.*

En 1454, tras una fase de intensidad bélica, la paz de Lodi intentó establecer un equilibrio en el contexto italiano sobre la base del dominio no hegemónico de cinco Estados: Venecia, Milán, la Santa Sede, Nápoles y Florencia.

La Serenísima República de Venecia ofrecía una apariencia de poder sólido, asentado sobre sus dominios continentales hasta Lombardía y en los establecimientos del Adriático, las islas de los mares Jónico y Egeo y Chipre. Además, la estabilidad y solidez de sus instituciones, de cuño aristocrático, confería a Venecia un prestigio indudable entre sus vecinos.

El ducado de Milán estaba en manos de la familia Sforza desde la paz de Lodi; su primer representante, Francesco, era un antiguo condottiero. *De 1466 a 1494 las disputas entre los miembros de la familia por el poder fueron la constante de la política milanesa. Ludovico el Moro sería el beneficiario de las luchas, si bien hubo de hacer concesiones a la monarquia francesa y favorecer la invasión de las tropas de Carlos VIII en 1494.*

La Santa Sede dominaba teóricamente una amplia zona del centro de Italia, pero la realidad matizaba esa hegemonía nominal y, así, la Romaña fue una región siempre reclamada por el papa sin que lograra un control efectivo sobre ella, mientras que en las Marcas y Umbría el gobierno real estaba en manos de una serie de familias cuyos nombres van ligados a los esplendores del Renacimiento: los Bentivoglio de Bolonia, Malatesta de Rimini, Montefeltro de Urbino, etc. Aun dentro de los territorios latinos del denominado «Patrimonio de San Pedro» estirpes feudalizadas como los Colonna, Farnesio u Orsini ejercían un poder real bajo los pontífices. El fortalecimiento del papado apareció como la tarea urgente a acometer y en esa línea trabajaron Pío II (1458-1464) y su sucesor Paulo II (1464-1471), pero los pontificados siguientes de Sixto IV e Inocencio VIII significan un retroceso en ese sentido. Serían Alejandro VI (muerto en 1503), y su hijo César Borgia en el campo de batalla, y Julio II (1503-1513) quienes acometerían decididamente la realización de dicho objetivo. Volveremos sobre ellos porque gran parte de la actividad pública de Maquiavelo está ligada, directa o indirectamente, con estos acontecimientos.

El reino de Nápoles fue el escenario en que contendieron la dinastía francesa de Anjou y la aragonesa de los Trastamara. Entre 1416 y 1458, Alfonso el Magnánimo gobernó tras expulsar a los angevinos. Pero con su sucesor Fernando (o Ferrante) I el reino se desploma entre los primeros conatos de amenaza turca, las revueltas internas y las apetencias francesas, alentadas

por los distintos Estados italianos según las circunstancias. Sólo el auxilio y la protección aragonesa mantuvieron a la dinastía en el trono. El rey napolitano murió en la fecha clave de 1494 y en breves años la crisis se precipitó con el paso del reino a la soberanía española.

La República de Florencia se caracterizó a lo largo del siglo XV por su inestabilidad institucional, siempre a la búsqueda de un equilibrio entre los intereses aristocráticos y de la burguesía mercantil. Ese fue el objetivo de Cosme de Médicis desde que asumió el poder en 1434 y también la tendencia que mantuvieron sus sucesores Piero (1464-1469) y Lorenzo el Magnífico (1469-1492), si bien maniobraron hábilmente para utilizar en su provecho las instituciones existentes o crear otras totalmente manejables. Por ello, el poder mediceo es interpretado como una pausa en la trayectoria republicana florentina y concitó la animadversión de parte de la oligarquía, expresada en la conjuración de los Pazzi (1478) que costó la vida a Giuliano de Médicis. En 1494, coincidiendo con la invasión francesa, caían el régimen mediceo y se restauraba la República.

Italia, teatro de operaciones bélicas para las grandes potencias

A lo largo del breve esbozo del desarrollo de los Estados italianos en la segunda mitad del siglo XV que acabamos de hacer ha quedado clara la fecha de 1494 como hito en la historia de Italia. El acontecimiento que la desencadena es la invasión francesa de Carlos VIII, en pos de los dos objetivos que durante largo tiempo apetecieron los galos: el Milanesado y el reino de Nápoles.

Pero la invasión significó algo más: en el contexto crítico que vivía Italia, la presencia francesa suponía el inicio del fin de una época. Allí se rompía el equilibrio entre los cinco Estados vigentes desde la paz de Lodi y la suerte de Italia quedaba subordinada a las decisiones de las grandes potencias. De ello fueron conscientes las mentes más lúcidas de la época y, por supuesto, la de Maquiavelo. Durante medio siglo aproximadamente la historia de Italia es inseparable del panorama general de la política exterior del Occidente europeo y de manera especial de la rivalidad entre dos de los primeros Estados modernos que alcanzan su madurez: Francia y España.

Así pues, el dominio de Italia se convirtió en la cuestión cla-

ve de las relaciones internacionales europeas entre 1494 y 1559, aunque el carácter y sentido de las pretensiones francesas y españolas antes y después de 1519 —fecha de la elección imperial de Carlos V— son distintos. En cualquier caso, la pujanza económica del norte y centro de Italia, en especial del Milanesado, a pesar de la recesión experimentada desde el siglo XIV, el proyecto de alcanzar una estabilidad política entre los Estados italianos, el valor geopolítico de la península y ciertos intereses dinásticos actúan como estímulos en la primera fase de las luchas, en la que Milán y Nápoles serán los objetivos principales.

Tras la elección de Carlos V como emperador, la rivalidad franco-española en Italia se complica con el auge del poder turco en el Mediterráneo oriental y norte de Africa, las relaciones de los Estados europeos con la Sublime Puerta, el intento carolino de establecer un nuevo orden europeo, la cuestión de la Reforma protestante, etc. Una enmarañada y fluctuante red de alianzas se tejió en el escenario bélico italiano —y europeo en general—. Resultado de tan largo proceso sería el dominio español en Milán, Nápoles, Sicilia y Cerdeña y el influjo en la Santa Sede.

La primera fase de las luchas (1494-1519) se inició con la irrupción francesa en Italia contra el reino de Nápoles, a la que Fernando el Católico, rey de Aragón, respondió aliándose al papa, el Imperio, Milán y Venecia. Carlos VIII hubo de replegarse momentáneamente. Florencia vive, a la par y como efecto de estos acontecimientos, la caída de los Medicis y la constitución de una República de signo teocrático e ideológicamente lastrada por una moral de riguroso ascetismo. Su mentor era Girolamo Savonarola, fraile dominico del convento de San Marcos, y el éxito inicial del proyecto sólo resulta explicable por el clima expectante de renovación y cambio —que también compartían los neoplatónicos de otro modo— que se palpaba tras el desastre de 1494. Sin embargo, las exageraciones ascéticas hasta lo grotesco, el error de atacar al papado y la decepción generalizada ante los pobres resultados alcanzados por el régimen hicieron crecer la oposición a Savonarola y precipitaron su caída en 1498. Los beneficiarios de la nueva situación defendían un régimen republicano basado en las instituciones tradicionales, alejado del autoritarismo mediceo y de los presupuestos savonarolianos. Su cabeza visible fue el gonfaloniero vitalicio Piero Soderini, que se mantuvo en el poder bajo la influencia francesa hasta 1512. Es la fase en que Maquiavelo permaneció al servicio de la administración florentina y en la que adquirió una experiencia

decisiva para la elaboración de su obra; a ello nos referiremos más adelante.

La relación de Florencia con Francia data de 1498, cuando Luis XII, sucesor de Carlos VIII, logró fraguar la alianza con Venecia y los florentinos, con el apoyo de la Santa Sede, para reconquistar Milán en 1499.

En 1502-1503 se reanudaron las hostilidades teniendo a Nápoles como pretexto, ahora con resultado netamente favorable a España. El tratado de Granada de 1500 había sentado las bases de un reparto del reino napolitano entre las dos potencias, pero las discrepancias surgieron pronto. Luis XII hubo de reconocer la anexión de Nápoles a la monarquía española tras los resonantes triunfos de Gonzalo de Córdoba, incorporados como ejemplos modélicos a los manuales de táctica militar.

Paralelamente, en otro frente, la Santa Sede intentaba el mandato efectivo en algunos de sus dominios, bajo el control de varias importantes familias, aprovechando la presencia francesa y la benevolencia de Luis XII hacia sus proyectos. Las campañas fueron llevadas a cabo por César Borgia y su desarrollo marcó decisivamente el pensamiento de Maquiavelo, embajador de Florencia ante el duque Valentino. Pero Borgia, desde 1502, no respetó las directrices francesas y atacó territorios de Florencia, aliada de Francia. La muerte súbita, de resultas de unas fiebres, del papa Alejandro VI significó el fin momentáneo del intento por consolidar el poder pontificio.

Hasta 1508 vive Italia una relativa tranquilidad, por cuanto las luchas no desaparecieron por completo. En esa fecha, Francia pretendió afianzar el Milanesado frente a las apetencias de la vecina Venecia. Para ello, buscó la alianza de España, del papa Julio II —deseoso de algunas ciudades romañolas en poder de la República de San Marcos—, del Imperio y los ducados de Mantua y Ferrara (Liga de Cambrai, 1508). Los coaligados alcanzaron un resonante triunfo en la batalla de Agnadello, que significó la consolidación de las posiciones francesas frente a la codicia veneciana.

Un año tan sólo transcurre y el panorama diplomático experimenta un cambio brusco. En 1511, es el papa Julio II quien recela del poder francés en el norte, mientras que España y Francia se enemistan por la pretensión de Fernando de Aragón de incorporar Navarra a los territorios de la monarquía hispana. Las alianzas se invierten y la Liga Santa agrupa a España, el papa, Venecia y un contingente de tropas suizas frente a Francia y Florencia. Pese a los triunfos del joven e inteligente Gastón

de Foix, Luis XII cometió el error de convocar un concilio en Pisa para destituir al papa. En 1512 caía Milán en poder de los coaligados y, como consecuencia, se derrumbaba la República florentina al no poder hacer frente su milicia a los españoles en Prato. Los Médicis volvían al poder y para Maquiavelo el hecho significaba la exoneración del cargo que ocupaba y el final de su vida pública. No volvería a un puesto oficial hasta dos años antes de morir.

La Liga de Malinas (1513) prosiguió el signo de las alianzas, salvo la defección de Venecia, descontenta al no satisfacerle los frutos obtenidos. Sin el apoyo veneciano, los aliados no pudieron evitar que el joven Francisco I, sucesor de Luis XII, recuperara Milán en 1515 tras el combate de Marignano.

Con la elección de Carlos V para el trono imperial (1519) Italia adquiere una nueva dimensión, pues a los estímulos antes mencionados hay que añadir el hecho de que el Milanesado se convertía en nexo obligado entre los diferentes núcleos de la herencia de Carlos: al sur, España e Italia; al norte, el conjunto de Flandes-Artois-Luxemburgo-Borgoña-Franco Condado y el integrado por Austria y los territorios alemanes. Al mismo tiempo, Italia acrecentaba su valor estratégico tras el creciente peligro turco y cara a los asentamientos españoles en el norte de Africa.

Las hostilidades se reanudaron en 1521 en varios frentes: Picardía, Champaña, Navarra e Italia. El triunfo imperial en la Bicoca (1522) animó a Génova a salir de la órbita francesa como recurso obligado para garantizar su independencia. Falta de este apoyo, Francia perdió el Milanesado, aunque los españoles no lo consolidarían hasta 1525, cuando la victoria de Pavía casi apuntaló la situación italiana por dos siglos.

La preeminencia española convirtió al emperador en el enemigo a batir. La Liga de Cognac (1526) unió al papa, al duque de Milán, Francesco Sforza, a Venecia, Florencia y Francia contra Carlos V. De esta situación se beneficiaron indirectamente los protestantes alemanes, quienes, beligerantes contra el emperador desde 1521 y ante su difícil situación, consiguieron alcanzar casi todas sus pretensiones en la Dieta de Spira. Por lo que respecta a Italia, el principal acontecimiento de esta etapa de luchas sería el famoso «Saco de Roma» (1527), en el que las tropas imperiales cometieron toda suerte de desmanes en la ciudad pontificia. Fue un hecho de indudable impacto en la cristiandad europea del que intentó aprovecharse Francia poniendo sitio a Nápoles; el concurso de la marina genovesa fue decisivo para hacer desistir de sus propósitos a Francisco I. Por la

paz de Cambrai o de las Damas (1529) —llamada así por haberla negociado la madre del rey francés, Luisa de Saboya, y la tía del emperador, Margarita de Austria— España consolidaba su posición en Italia, cediendo sólo Borgoña a Francia.

La Florencia de Maquiavelo había puesto su suerte del lado del papa desde 1513 por cuanto dos Médicis, León X (1513-1521) y Clemente VII (1523-1534), ocuparon el solio pontificio. La derrota papal ante Carlos V significó la caída de la dinastía medicea en la ciudad del Arno y la restauración de una República de influjo savonaroliano. Pero la pronta reconciliación entre Clemente VII y el emperador, plasmada en la coronación de Carlos en Bolonia (1530), colocó a Florencia en una difícil situación que condujo a la reposición de los Médicis en el poder.

Aún habría tres guerras entre España y Francia en el escenario italiano hasta 1559, pero ya escapan al marco histórico que contextualiza la biografía de Maquiavelo.

Nicolás Maquiavelo, el intelectual y su experiencia

Nicolás Maquiavelo nació en el seno de una familia burguesa del barrio florentino del Oltrarno. Durante varias generaciones estuvieron vinculados los Maquiavelo al gobierno de la ciudad. Cuando nuestro biografiado viene al mundo, la situación económica familiar no era muy boyante, a pesar de la ayuda que suponían las pequeñas rentas provinientes de las tierras que poseían.

Poco se sabe de los primeros años de Maquiavelo, pero investigaciones recientes destacan un hecho antes puesto en entredicho: la vinculación a la tradición humanística florentina, concretada en su conocimiento de ciertos autores como Lucrecio o Tito Livio, decisivos para comprender sus ideas sobre la naturaleza y sociedad humanas y la historia. La salida a la vida pública coincide con el final de la República de Savonarola, que lo rechazó para el cargo de secretario de la segunda cancillería. A la caída del dominico colmará su deseo.

La segunda cancillería entendía de asuntos internos, pero también debía colaborar en ciertas funciones con el primer canciller y, de este modo, Maquiavelo pasó a desempeñar tareas ante los Diez de la Guerra, *institución encargada de asuntos exteriores —relaciones diplomáticas y guerras con países extranjeros—. Esta circunstancia hizo que su experiencia de la política fuera extraordinariamente amplia. Por otra parte, aunque la*

cancillería tenía un papel administrativo, sus funcionarios alcanzaban una preeminencia acusada al ser los elementos más estables del sistema político frente a la mayor movilidad de los magistrados. Al inicio de su labor como secretario se casó con Marietta Corsini, de quien tuvo seis hijos.

Así pues, tenemos a nuestro hombre con la madurez que le confiere su preparación y sus veintinueve años en un puesto de relativa importancia en el gobierno de la República. A partir de entonces, y durante quince años de actividad incesante («no los pasé durmiendo ni jugando», diría él mismo) acumulará «la amplia experiencia de las cosas modernas» a la «continua lectura de las cosas antiguas», sus dos fuentes de conocimiento y reflexión.

En 1499 compone su primer texto importante, un Discurso dirigido al magistrado sobre las cosas de Pisa, donde se refería a las dificultades para reconquistar esa ciudad, otrora en poder de Florencia. Ya aparecen algunos rasgos constantes de su obra: el enfoque directo y desnudo de los asuntos, su rechazo de las medias verdades, del «nadar y guardar la ropa». Por vez primera critica los vicios del ejército mercenario. Y siempre la situación de Florencia, de Italia, será el punto de partida de sus consideraciones.

En 1500 realiza su primera legación a Francia, luego repetida en 1504, 1510 y 1511, mientras que Alemania será su destino en 1508 y 1509. Son servicios exigidos por las relaciones exteriores florentinas en aquella fase compleja de las guerras de Italia, con su enmarañada y cambiante red de alianzas. Fruto de estos viajes serán dos textos sobre Francia y tres sobre Alemania, entre los que destacan sendas Relaciones que datan de 1508 y 1510. Advierte la diferencia fundamental entre la marcha hacia el absolutismo centralizado francés y la persistencia de una estructura feudal anquilosada en Alemania. Por supuesto, se inclina por el modelo francés, capaz de articular los distintos sectores sociales (los «humores» de Maquiavelo), pero no deja de criticar en él la «barbarie feudal» que supone. ¡Siempre el fiel republicano! Fue una de sus grandes virtudes, pero también una limitación para calibrar en su justa medida el cambio que suponía la irrupción del Estado moderno.

Decisivas fueron sus embajadas ante César Borgia con ocasión de sus campañas de 1502. La primera duró sólo unos días, pero la segunda, de casi tres meses, le permitió conocer al duque Valentino. Admiró en él la serenidad, firmeza y clarividencia para enfrentarse a enemigos poderosos, su capacidad para

superar con la virtú —energía donde se mezclaban el cálculo, el valor, la astucia, etc.— la dependencia de la Fortuna, su utilización del secreto como arma política, el disponer de tropas propias... En una Exposición que escribió refiriendo el aniquilamiento por Borgia de sus tres lugartenientes, su figura, a pesar de la crueldad de la acción, queda realzada. Se está esbozando los perfiles de ese «príncipe nuevo» que Maquiavelo anhela como reformador político, pleno de virtú para dominar la Fortuna, que soslaya el deber ser y se emancipa de la moralidad acallando su conciencia cuando el gobierno lo exige. Implícitamente hay una referencia al concepto de «razón de Estado», que Maquiavelo nunca mencionó, pero que fue esgrimido por sus detractores como el terrible instrumento en cuyo nombre se violaban las más elementales normas morales. Es una prueba más de la alevosía y ligereza con que se criticó a nuestro autor.

En 1503, en las Palabras que hay que decir sobre la necesidad de procurarse dinero y Sobre el modo de tratar a las poblaciones rebeladas del Val di Chiana plantea la prudencia y la fuerza como factores que conservan el Estado y deben ser la pauta de las relaciones interestatales.

La Primera Decenal (1504) insiste en un tema querido para Maquiavelo: la necesidad de contar con una milicia que evite los inconvenientes de las armas mercenarias. Siempre propugnó que Florencia contara con tal tipo de tropas. Por fin, tras dos intentos fallidos de reconquistar Pisa, se le encargó la recluta de la milicia florentina, tarea a la que se entregó con un entusiasmo indudable y para cuya supervisión se creó una nueva institución: los Nueve de la Milicia. La recuperación de Pisa se consumaría en 1509 a manos de los milicianos. Sin duda, sería un día feliz para Maquiavelo.

En 1512 cae la República y con ella Maquiavelo, que había ligado su destino casi por completo a la persona del gonfaloniero Piero Soderini. Precisamente en un texto dirigido al magistrado caído, y que algunos autores estiman anterior, expone Maquiavelo otra de sus ideas centrales: el resultado es lo primordial en política al margen de los medios utilizados, nueva formulación del principio de separación entre moral y política.

Y tenemos a Maquiavelo cesado y sin probabilidad de recuperar su puesto ante la hostilidad de los Médicis. Incluso se le involucra en una conjuración y conoce la tortura y la cárcel. La pequeña propiedad de Sant'Andrea in Percussina será su refugio durante esta dura etapa.

Quizá debamos a esa inactividad forzada la elaboración de

sus obras capitales. Lo cierto es que el fin de la República le hace reflexionar sobre la crisis y tomar conciencia de su carácter y causas: la decadencia de Italia es fruto, sobre todo, de la incapacidad de sus príncipes, que, faltos de sabiduría, tampoco siguen el ejemplo de quienes en la antigüedad supieron conservar el Estado. La Iglesia ha contribuido a la decadencia con su postura de mezclar lo religioso y lo político y su oposición a la institución de un «principado civil». Ha faltado un ejército ciudadano y no mercenario. Todo, en suma, ha quedado a expensas de la Fortuna ante la carencia de virtú.

En 1513 compone El Príncipe. En esta obra clave del pensamiento político Maquiavelo da forma a cuanto ha ido esbozando desde diez o doce años atrás. Su punto de partida es el análisis del funcionamiento del Estado y su marco de referencia el modelo que imagina más perfecto en su realización histórica: la Roma republicana. A partir de ese planteamiento científico de la política, Maquiavelo pretende impulsar a la acción a ese príncipe nuevo que se rige por la virtú y que plasmaría un «principado civil», articulador del cuerpo social y no de una facción. César Borgia, el virtuoso vencido por la Fortuna, es el modelo a seguir. La obra no alcanzó el éxito esperado. Su destinatario, Giuliano de Médicis, la desdeñó y circuló en manuscrito hasta su edición póstuma. Maquiavelo no gozó del triunfo de la que sería su obra más famosa.

A pesar de la adversidad, Maquiavelo trabaja incansablemente y entre 1516 y 1520 elabora otros textos igualmente fundamentales. Es la etapa en que tienen lugar las conversaciones en los jardines Oricellari de la familia Rucellai. En ellas se van pergeñando algunos de esos textos: el Diálogo o discurso sobre nuestra lengua, defensa de la variante florentina como origen del italiano literario, El Asno de oro y La Mandrágora, obra que señala un giro en el teatro de la época y, sobre todo, los Discursos sobre la Primera Década de Tito Livio, su obra más estructurada en el plano teórico acerca de la política y el Estado, y El arte de la guerra, donde defiende sus queridos postulados contra el soldado mercenario, al estimar que el dinero nunca fue nervio de la guerra, y concibe la fuerza militar como instrumento político. Para Maquiavelo, en una época agónica como la que le tocó vivir, el Estado tiene una tendencia natural a la expansión, y para alcanzar el éxito, los riesgos deben ser calculados y las fuerzas dosificadas: sólo un servicio de milicia bien organizado puede garantizar la seguridad en los conflictos. Engels le consideraría el primer gran tratadista militar de la modernidad.

La etapa final de su vida (1520-1527) vuelve a granjear a Maquiavelo el favor del poder, en este caso de los Médicis, y el reconocimiento de sus derechos de plena ciudadanía. Junto a un texto de corte satírico, la Vida de Castruccio Castracane (referencia al ciudadano soldado que tiene la patria como horizonte) y una pieza teatral, Clicia (donde hay una burla de sí mismo como viejo enamoradizo), las Historias florentinas constituyen lo más importante de su labor. Y no lo es desde la perspectiva de la ciencia histórica —en este aspecto su amigo Guicciardini es más importante—, sino, nuevamente, por los problemas y tesis políticas que subyacen en sus páginas. El análisis crítico no lo detiene ni ante sus valedores de ahora: los Médicis, en su opinión, no han asumido el papel de príncipes nuevos que debieron desempeñar.

Maquiavelo falleció en 1527 sin ver el rosario de acontecimientos que siguieron al «Saco de Roma» y que, a la postre, llevarían a la definitiva desaparición de la República de Florencia por la que tanto luchó.

Balance y significado de la teoría política maquiaveliana

A pocos autores se les ha adjudicado la paternidad de tantas ideas teóricas en el campo de la política como a Maquiavelo: en él estarían los orígenes del Leviathan, la inspiración de las actitudes tolerantes en lo religioso, ciertas reflexiones de Rousseau, la consideración modélica de la República romana que retoma la Revolución francesa, algunos postulados del liberalismo y el nacionalismo y hasta el germen de los mecanismos de acción de los Estados autoritarios, y siempre la significación peyorativa atribuida a «lo maquiavélico».

En síntesis, su gran aportación fue la ruptura con la concepción religiosa de la política característica de la Edad Media. Con ello, Maquiavelo sentaba indirectamente el principio de autonomía de las ciencias —en este caso la política— frente al control de la teología. Ante la crisis de la que fue contemporáneo sólo imagina como posible salida aplicar el conocimiento de la teoría política al Estado. Es una nueva perspectiva en la que la política no establece referencia trascendental alguna y se convierte en un fin en sí misma, sin justificación divina o cósmica. La política es acción a partir de los datos empíricos y prescinde de valores morales. Al afirmar lo anterior no se quiere negar la

importancia de la religión: el Estado debe ser religioso por cuanto en las creencias encuentra un instrumento de cohesión social que lo fortalece.

El «príncipe nuevo» es el elemento clave de la nueva concepción del Estado. Sobre su caracterización ya hemos apuntado lo fundamental. Pero ya en este punto comienzan las limitaciones de la teoría de Maquiavelo: su modelo, César Borgia, es un condottiero, *personaje propio del mundo en el que el florentino se mueve. La discutida admiración por Fernando de Aragón se debe a que el rey español era un técnico de la política, pero no podía ser el paradigma para un Maquiavelo que no llegó a aceptar lo que representaba el Estado moderno centralizado y en vías hacia el absolutismo. Por otra parte, si el príncipe ha de recurrir a la manipulación de las opiniones, al disimulo, etc. y la tarea de gobierno pasa por «contener» a los súbditos, en Maquiavelo subyace un concepto pesimista sobre el hombre como agente histórico.*

Pero la limitación más significativa de nuestro autor fue su incapacidad para vislumbrar la importancia del Estado moderno. El, cinscunscrito al marco de las ciudades-repúblicas, sólo llegaba a comprender una unidad política algo mayor, pero que probablemente no englobaba ni siquiera a Italia. Maquiavelo criticaba al papado y al Imperio en cuanto instituciones que obstaculizaban la constitución de un «principado civil», pero no como rémoras para la instauración de un Estado nacional. Se sentía atraído por la vitalidad de las comunas, cuando en realidad fueron en el siglo XIII un impedimento para que Federico III configurara en Italia un Estado feudal unificado progresivamente. ¿O acaso no fueron de Estados similares —Francia, España— de donde verdaderamente surgieron las primeras formas estatales de la modernidad?

Las ciudades-repúblicas eran centros mercantiles donde comerciantes, banqueros y «profesionales liberales» constituían un patriciado urbano frente a la masa de artesanos. Las corporaciones impedían la separación entre los productores directos y los medios de producción, proceso indispensable en el desarrollo del capitalismo. Por otro lado, la ciudad despreciaba su entorno rural, el «contado», y a sus habitantes, los «contadini». Cuando Maquiavelo reclutó su milicia y hubo de hacerlo en los núcleos rurales, la contradicción era evidente: difícilmente los campesinos podían sintonizar con el sentido que se pretendía dar al nuevo ejército. En suma, existía la dificultad para dominar la formación social feudal asentada en el campo, como se-

ñala Perry Anderson. Las ciudades-repúblicas estaban condenadas a estancarse en sistemas oligárquicos progresivamente autoritarios.

Pero esta incapacidad de Maquiavelo para ver la importancia de la nobleza feudal y de las instituciones tradicionales como soporte del monarca absoluto no es un demérito. De hecho, en Italia sólo el Piamonte, bajo la casa de Saboya, evolucionaría en tal sentido y no es casualidad que de allí partiera el tardío proceso de unificación italiana.

Quizá dos textos, uno del propio Maquiavelo y otro de un estudioso del tema del Estado, José Antonio Maravall, puedan sintetizar la labor fundamental del florentino: «La Fortuna ha querido —dijo Maquiavelo— que no sabiendo reflexionar ni sobre el arte de la seda o de la lana ni sobre ganancias o pérdidas, yo haya comprendido que la tarea que me correspondía era teorizar sobre el Estado». Por su parte, Maravall resume: Maquiavelo «nos da el nivel inmediato de la idea del Estado, pero propiamente no acaba de perfilarse en él la forma política estatal». Había abierto el camino que otros concluirían. Nada más. Pero también, nada menos.

1. A modo de orientación

Durante los dos siglos que siguieron a su muerte, la memoria de Maquiavelo soportó ataques despiadados a causa de la confusión suscitada por dos términos, ambos infamantes: maquiavélico y maquiavelismo. Casi se identificó al autor con su «execrable héroe», César Borgia. Se le acusó de todos los crímenes: él habría aconsejado la matanza de la noche de San Bartolomé a Catalina de Médicis, recomendado a los monarcas utilizar la religión como tapadera para satisfacer sus deseos libidinosos, inspirado el cisma anglicano, «instruido a su príncipe en la tiranía, la perfidia y el ateísmo». ¡Para una Cristina de Suecia que lo colma de alabanzas, cuántos lectores lo critican con dureza! El jesuita Corbinelli, el desconocido que tachó su nombre de la portada de una obra, el editor de Venecia que lo ocultó bajo un anagrama... En Inglaterra se llegó a una postura extrema al convertir su nombre en sinónimo de diablo (Old Nick)... En su propio país, se le invocó, en una especie de canonización a la inversa, como protector de los pillos bajo la denominación de «San Maquiavelo». Rousseau y Giuseppe Baretti defienden su causa con argumentos que, paradójicamente, resultan destructores para el florentino. Federico II lo rebate oficialmente, aunque siga sus tesis de manera vergonzante. Napoleón lo exalta en Varsovia, pero reniega de él en Santa Elena. Con el Risorgimento de Italia, los románticos franceses lo rehabilitaron con ardor excesivo, mientras los patriotas italianos le perjudicaron al pretender convertir en una especie de mesías al que había sido considerado como «mayordomo del Diablo».

Cabía esperar que los rigurosos trabajos de los historiadores, entre 1870 y 1914, restablecerían por fin una imagen más exacta de Maquiavelo. Sin embargo, el sentido profundo de su obra no cesó de ser tergiversado y su figura humana, a fuerza de controversias, se convirtió en sospechosa. Fue preciso esperar hasta 1942 para volver a situar al autor y la obra en su dimensión verdadera. En las ciento setenta páginas, definitivas, de

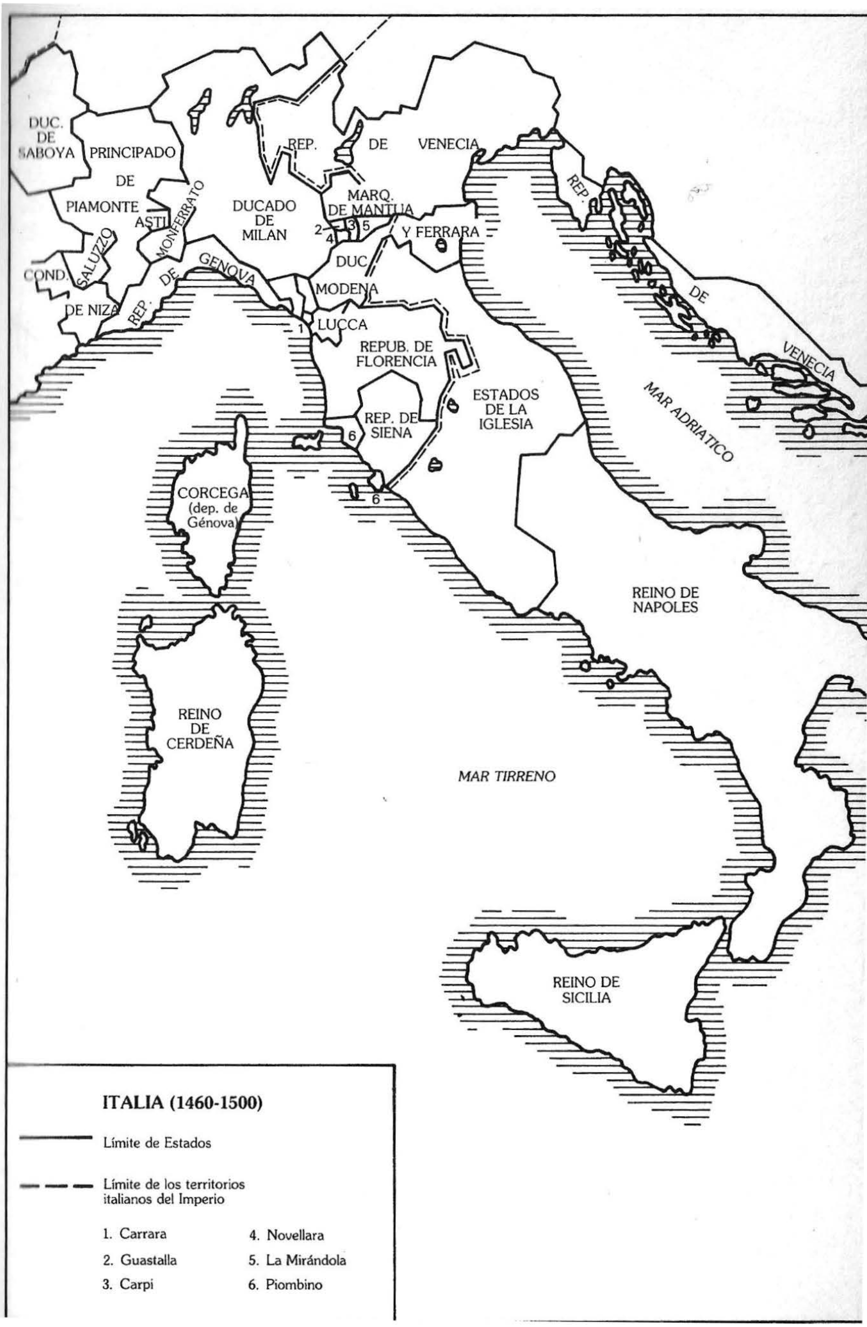
su *Etude d'Histoire des Doctrines politiques,* Renaudet realizó la misma hazaña que anteriormente efectuara Léon Brunschwicg con los *Pensamientos* de Pascal: agrupó, clasificó y clarificó los materiales, más que dispersos, inconexos, de una obra considerable, esbozada pero inconclusa.

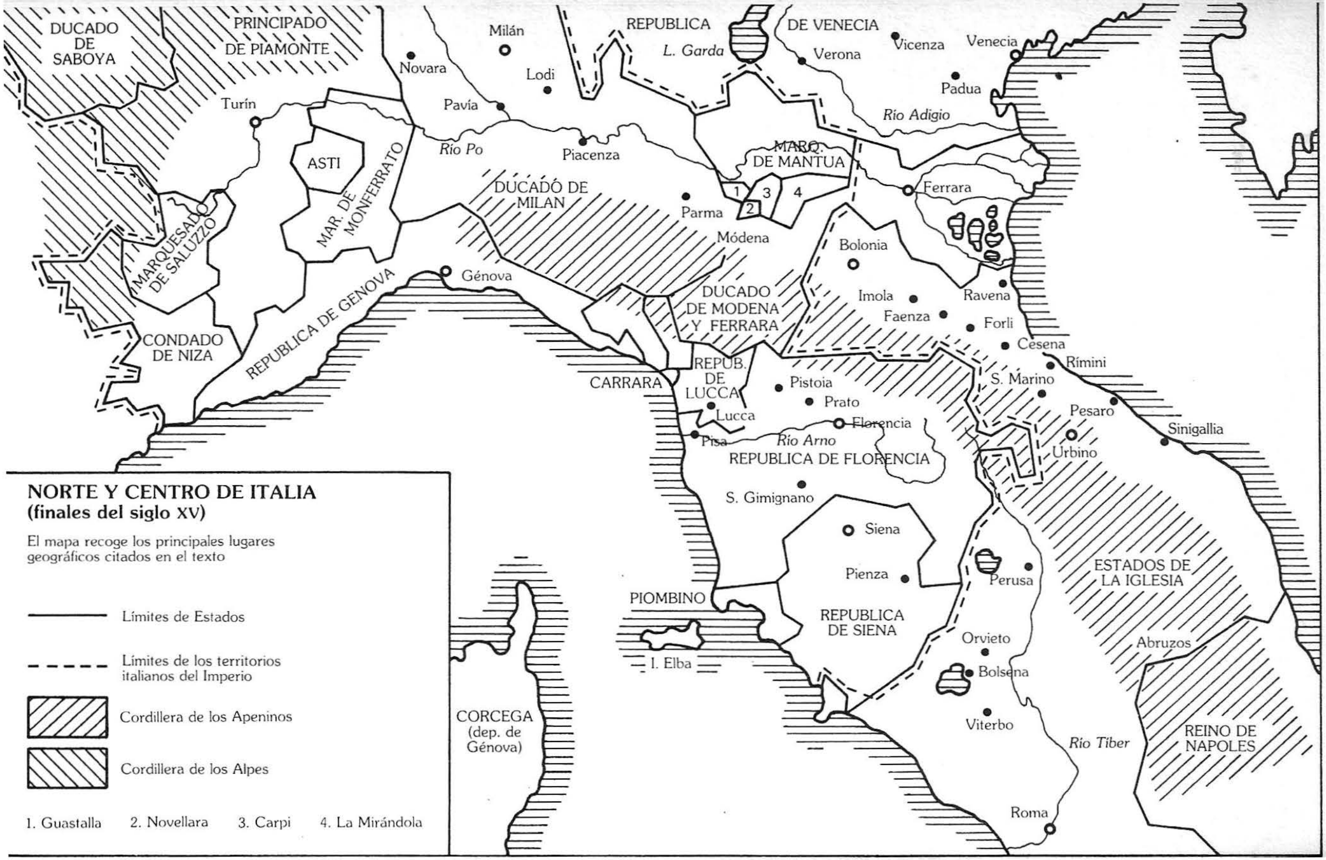
Cada lector puede, de este modo, formular su propia apología de la verdadera religión política sobre la base de algunos de los proyectos propuestos alternativamente por el autor. Todas estas directrices, en ocasiones divergentes o contrarias, se ponen siempre al servicio de un único fin: la salvación de la patria, esté o no organizada bajo la forma republicana, cuyo instrumento principal es «la razón de Estado», jamás denominada así, pero invocada constantemente como ley suprema.

Leonardo da Vinci escribió que «nunca se extravía aquel que mira fijamente a una estrella». Maquiavelo no mira apenas al cielo, ya lo veremos, y su punto de mira permanece bastante a ras de tierra. Mantiene los pies sobre el suelo, mira a la Fortuna de frente, e incluso si es adversa, resiste, se aferra a ella y no se mueve mas que para avanzar. No hablemos pues de las contradicciones, de las fluctuaciones, de las vacilaciones que a veces advierte Renaudet en el plano de la teoría. Vamos a seguir a nuestro hombre en el nivel de las realidades históricas a lo largo de toda su vida, que por sí misma «es una de sus obras maestras» (Prezzolini).

El destino de esta existencia ejemplar, tan curiosamente repartida entre veintiocho años de oscuridad casi total, catorce de actividad intensa pero prácticamente estéril, catorce de inactividad diversamente fecunda y dos años de vuelta a la acción, está estrechamente ligado al de Florencia, y este último no menos estrechamente vinculado al de Francia y de Europa. Una rápida visión de conjunto evocaría en algunas fechas aproximadamente la mitad de este nuevo capítulo de la historia universal, abierto con el descubrimiento de América y la primera incursión de los franceses en Italia para cerrarse en 1560, con el tratado de Cateau-Cambrésis, que puso fin a la que se puede considerar la primera de las guerras de religión. Situaremos la divisoria en 1530 con la capitulación de Florencia, desenlace póstumo del drama de Maquiavelo.

Los primeros informes de Maquiavelo muestran al Occidente rechazado por el Turco en el Adriático. Frente a estas últimas oleadas de la marea islámica, va a constatar que Europa ya no opone la barrera de una Cristiandad compacta, y que la unanimidad de siete siglos deja paso a sentimientos nacionalistas, cons-


ITALIA (1460-1500)
Límite de Estados
Límite de los territorios italianos del Imperio
1. Carrara
2. Guastalla
3. Carpi
4. Novellara
5. La Mirándola
6. Piombino
DUC. DE SABOYA
PRINCIPADO DE PIAMONTE
ASTI
MONFERRATO
SALUZZO
COND. DE NIZA
REP. DE GENOVA
DUCADO DE MILAN
REP. DE VENECIA
MARQ. DE MANTUA
DUC MODENA Y FERRARA
LUCCA
REPUB. DE FLORENCIA
REP. DE SIENA
ESTADOS DE LA IGLESIA
REP. DE VENECIA
MAR ADRIATICO
CORCEGA (dep. de Génova)
REINO DE CERDEÑA
MAR TIRRENO
REINO DE NAPOLES
REINO DE SICILIA


NORTE Y CENTRO DE ITALIA
(finales del siglo XV)
El mapa recoge los principales lugares geográficos citados en el texto
Límites de Estados
Límites de los territorios italianos del Imperio
Cordillera de los Apeninos
Cordillera de los Alpes
1. Guastalla
2. Novellara
3. Carpi
4. La Mirándola
DUCADO DE SABOYA
PRINCIPADO DE PIAMONTE
Milán
REPUBLICA
L. Garda
DE VENECIA
Vicenza
Venecia
Verona
Novara
Lodi
Padua
Turín
Pavía
Río Adigio
Río Po
Piacenza
MARQ. DE MANTUA
ASTI
MAR. DE MONFERRATO
DUCADO DE MILAN
1
2
3
4
Ferrara
MARQUESADO DE SALUZZO
Parma
Módena
Bolonia
Génova
DUCADO DE MODENA Y FERRARA
Imola
Ravena
Faenza
Forli
CONDADO DE NIZA
REPUBLICA DE GENOVA
Cesena
Rímini
REPUB. DE LUCCA
S. Marino
CARRARA
Pistoia
Prato
Lucca
Florencia
Pesaro
Sinigallia
Pisa
Río Arno
Urbino
REPUBLICA DE FLORENCIA
S. Gimignano
Siena
ESTADOS DE LA IGLESIA
Pienza
Perusa
PIOMBINO
REPUBLICA DE SIENA
Orvieto
Abruzos
I. Elba
Bolsena
CORCEGA (dep. de Génova)
Viterbo
Río Tíber
REINO DE NAPOLES
Roma

cientes o larvados, enfrentados unos contra otros en lugar de hacer frente común al infiel. Va a ver enfrentadas a la Inglaterra de Enrique VIII, a la España de Fernando el Católico, al Imperio de Maximiliano de Austria (más tarde de Carlos V) y a la Francia de Luis XII (más adelante de Francisco I). Estas tres últimas potencias ambicionan Italia y, como medio para conquistarla, codician los florines de Florencia.

La Francia de entonces, bajo la presión de España y del Imperio que parecen arrojarla al mar océano, se aferra al continente, allende los Alpes, a través de las zonas fronterizas de Saboya y Montferrato, del mismo modo que Florencia busca la alianza con Francia, protector lejano, para escapar a las apetencias más próximas.

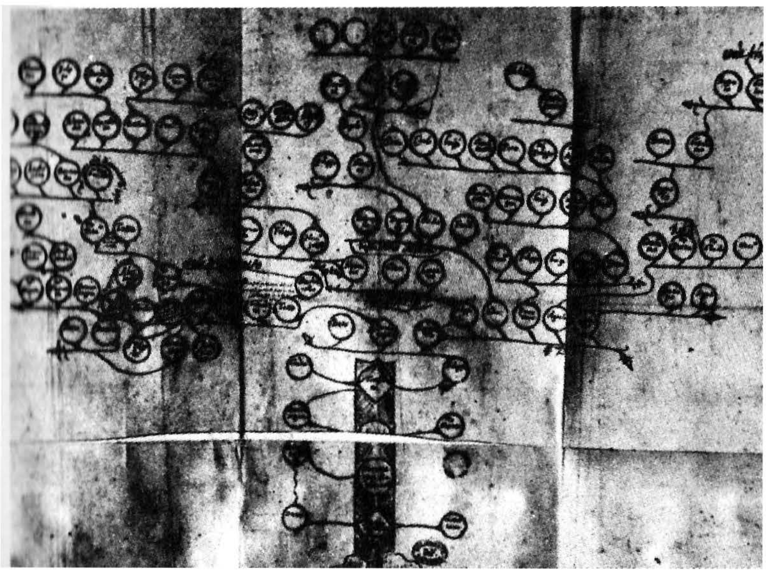
En cuanto a Italia, que va a ser a la vez escenario y motivo de doce guerras, no es más que una expresión geográfica. Privada, dirá Maquiavelo, de su prestigio espiritual secular por un papado tan descarriado por la búsqueda del poder temporal que «se precipita hacia su ruina o hacia el castigo», y desprovista por su división de toda fuerza eficaz, es una presa golosa para ser capturada, un «bocado apetitoso», dirá César Borgia. A ninguno de sus cuatro o cinco grandes Estados le preocupa otra cosa que protegerse de sus vecinos o crecer a sus expensas, en lugar de superar mediante el patriotismo sus obstinados intereses particulares.

Ahora bien, en ninguna parte de Italia fue más dura esta «batalla concéntrica de cangrejos», grandes y pequeños, que en Florencia, desde la época de Dante hasta la de Maquiavelo. Nunca se expandió a impulsos de un ideal religioso o nacional. La pretendida República florentina no era siquiera dueña de Toscana; aunque se extendiera más allá de los Apeninos, en una especie de marca romañola a modo de frontera defensiva hacia el norte, frente a la invasora Venecia, por todas las demás zonas su espacio vital se veía amenazado por las pequeñas repúblicas vecinas, Lucca, Pisa, Siena. A nivel interno, al igual que sus envidiosas rivales, Florencia abandonó las esencias republicanas; sufrió del mismo modo la fatal degeneración de las democracias desordenadas hacia la monarquía: al tiempo que alardea del horror a la palabra tiranía, aspira inconscientemente a la estabilidad, a la autoridad, al orden, y para que «se precipite hacia la servidumbre» sólo será necesario un poco de habilidad. Los Médicis la poseen sobradamente y se transmite de padres a hijos, como se desprende de las páginas de las *Historias florentinas*. Esta familia jugó de manera magistral para eliminar a sus competidores. La

célebre conspiración de los Pazzi distó mucho de ser la explosión de un generoso arrebato popular; fue un episodio, entre cientos, exponente de las rivalidades entre los grandes oligarcas que terminaron por utilizar en su provecho el resorte mismo de la democracia, la virtud cívica. Así era la atmósfera cargada en la que Nicolás Maquiavelo vivirá sus primeros años. Así fue el ovillo cuyos hilos debe desenredar, el caos en movimiento del que su espíritu extraerá algunas leyes eternas, «la materia» a la que sabrá «imponer una forma» imperecedera.

2. Los Maquiavelo, ciudadanos de Florencia

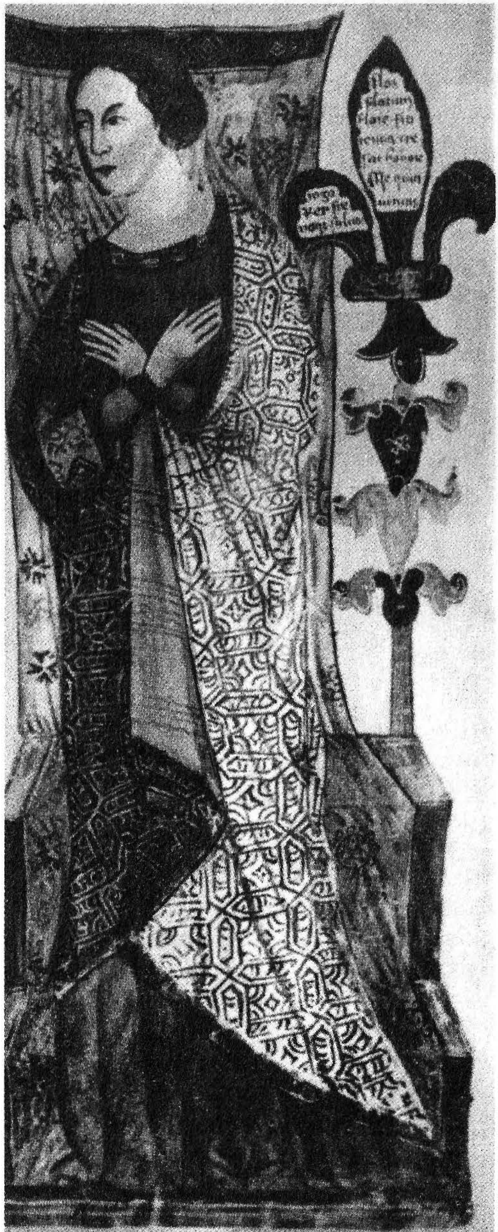
Las dos primeras de las *Cartas familiares* de Maquiavelo, fechadas en diciembre de 1497 y escritas en latín, están firmadas por su propia mano: «Maclavellorum familia Petrus Nicolas» (falta su tercer nombre, Miguel). Esta referencia al conjunto de la familia de los Maquiavelo, «ciudadanos florentinos», nos informa a la vez de las pretensiones nobiliarias de su estirpe y de la modestia del signatario. Los antepasados nobles (gibelinos) tuvieron que dejar su castillo del lejano territorio de Montespertoli, tras los acontecimientos de 1293,[1] para construir una casa en Floren-



Árbol genealógico de los Maquiavelo, asentados en Florencia desde finales del siglo XIII. Son muy escasos los datos que se poseen sobre los antepasados del escritor florentino.


Deus
uni dico hominibus dico

Personificación de Florencia, según una miniatura del siglo XV *(Biblioteca Nacional, París). La gran prosperidad comercial de la ciudad contribuyó poderosamente a su evolución política.*



◀ *«Si puede ser verdad que la Fortuna rige la mitad de nuestras acciones, nos deja la otra mitad a nosotros.» Estas palabras de Maquiavelo encajan perfectamente con el espíritu materialista de la burguesía mercantil florentina, representada en estos grabados de la época. Bristish Museum, Londres.*

cia, junto al Ponte Vecchio, en la vía Guicciardini, tramo cambiado de nombre de la antigua vía Romana, que atravesaba todo el barrio de la orilla izquierda (el Oltrarno), hasta la puerta sur de la ciudad, llamada a la sazón Porta San Meo o Gattolin. Los refugiados debieron cambiar entonces la espada por la vara de los pañeros o por la pluma de los escribanos, e inscribirse, para poder gozar de sus derechos cívicos, en una de las corporaciones o *Artes* de la ciudad. Con los años estos gibelinos se convirtieron en buenos y leales güelfos (demócratas)[2], tan desconfiados de la Iglesia como del Imperio, y los antepasados de Maquiavelo, entre otros, incluso proporcionaron a la ciudad un buen número de priores y más de doce gonfalonieros[3] de barrio. En su genealogía resaltan Alejandro, muerto en Tierra Santa y beatificado, y dos ardientes defensores de la libertad: Guido, enrolado entre los efectivos de caballería de los revolucionarios de 1378, y Girolamo, muerto en prisión hacia 1458 por haber osado oponerse a Luca Pitti (su descendiente Nicolás Maquiavelo lo citará con prudente discreción en las *Historias florentinas).*

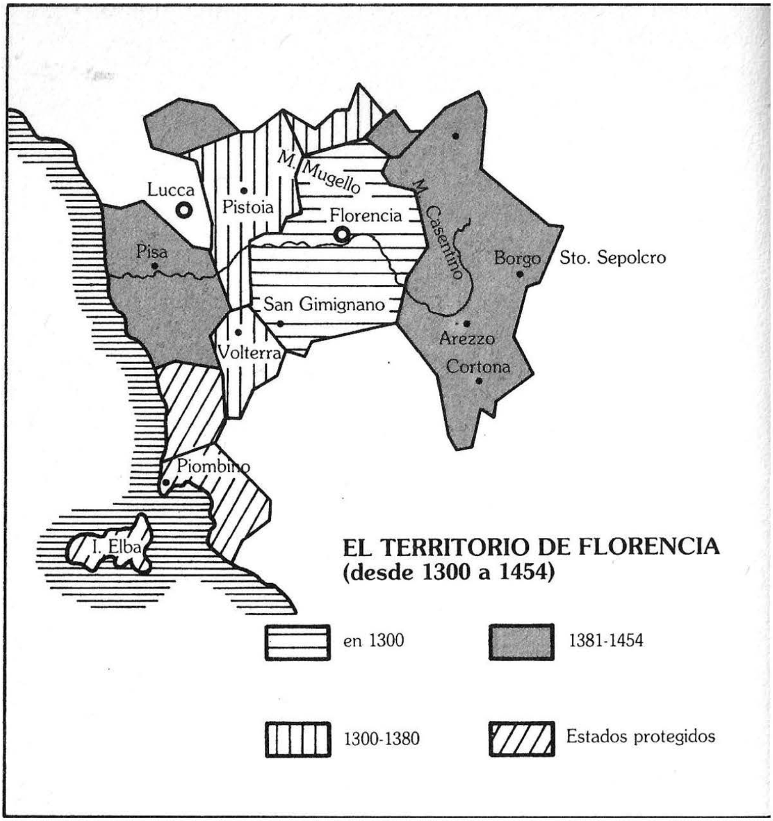
La última de las *Cartas familiares,* que habla de la «extrema miseria» en la que deja la muerte de Maquiavelo a los suyos, no nos debe engañar. En la jerarquía de riquezas y de castas, los Maquiavelo (Nicolás lo reconoció también en la *Carta familiar 2)* son los «pigmeos», en comparación con los «gigantes» como los Pazzi, a los que se menciona en la primera *Carta familiar.* Pero a su vez, estos pigmeos son burgueses relativamente importantes en relación con los proletarios de las doce Artes menores. No solamente tienen casa propia en Florencia, sino que también poseen fincas en San Casciano, sobre las cuales Maquiavelo nos informa en su testamento con la precisión de un catastro. Alfred de Musset, con ocasión de su paso por Toscana, quiso ver la morada del gran hombre en Sant'Andrea in Percussina, y pudo constatar que «la casa del amo» no se diferenciaba apenas de la del villano, que se respiraba más el tufo de la granja, de la bodega toscana, que los perfumes de las hierbas aromáticas o del agua de rosas. Las chozas de San Casciano se aproximan más al *popolo magro*[4] que al *popolo grasso.* «En efecto, propietarios y aparceros viven —escribe Nicolás en un soneto— de nueces, higos, habichuelas, carne seca disputada a los gusanos, de pan seco untado de manteca con la hoja del cuchillo [...], todo lo cual les sabe a manjar suculento.» El lector de las *Cartas familiares* y también de las *oficiales,* se sorprenderá por la importancia de la cuestión pecuniaria. Es todo un acontecimiento cuando, entre otras cosas, hay que comprar al maestro sastre Guidotto la indumen-



Retrato de Lorenzo el Magnífico, por Giorgio Vasari. Galería de los Uffizi, Florencia.

taria de ceremonia de la que conviene revestirse para presentarse a César Borgia, que por su parte irá con la ropa de cabalgar. Y el lector de *El arte de la guerra* se extrañará menos cuando vea cómo el autor explica la formación de la «battaglia» (batallón que se asemeja a la falange macedonia y al cuadrado suizo) comparándola con el ensamblaje de las duelas de una barrica.

En 1469 nació Nicolás Maquiavelo, hijo de un notario terrateniente, al final de este largo linaje de burgueses de fortuna más



o menos favorable. «El 4 de dicho mes [mayo], Nicolás Pedro Maquiavelo [hijo] del señor Bernardo Maquiavelo [parroquia] de Santa Trinidad, nació en la cuarta hora [de la noche] y fue bautizado el 4.» El escribano de la sacristía de Santa María de la Flor, sordo o soñoliento, entendió Santa Trinidad en vez de Santa Felicidad, infligiendo así al recién nacido la primera de las desventuras —en general, de mucha mayor envergadura— que tendrá que afrontar durante 58 años, 8 meses y 19 días. Se convirtió así en un ciudadano de la orilla derecha y no del Oltrarno, que fue quizá el barrio de sus preferencias. Por estas fechas, se constata sobre las antiguas estampas de Florencia que las mansiones de los Pitti no se habían convertido todavía en tres macizos paralelepipédicos, aplastados uno contra otro, y que los descampados que subían en escarpe hacia la Puerta de San Jorge no se habían dispuesto en terrazas y urbanizado a cordel para hacer un jardín



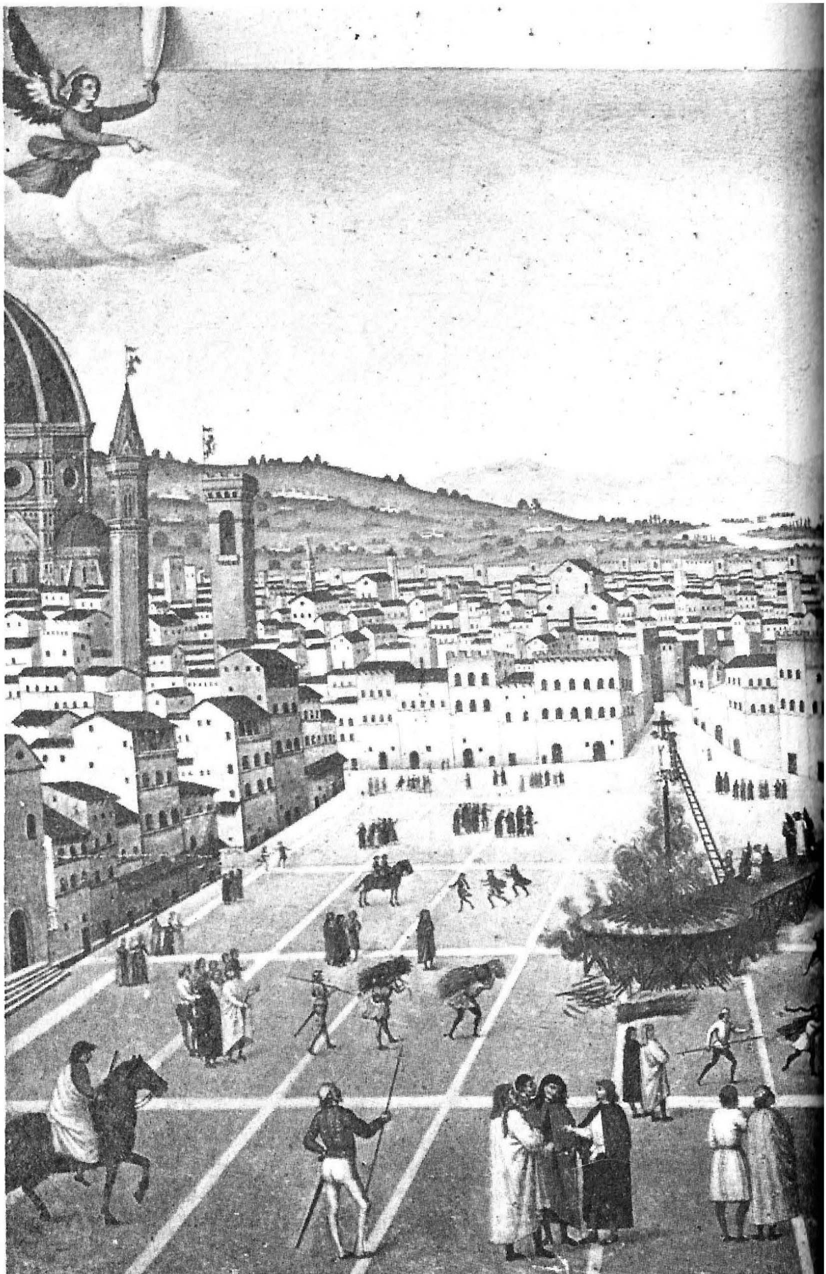
FLORENCIA HACIA 1500

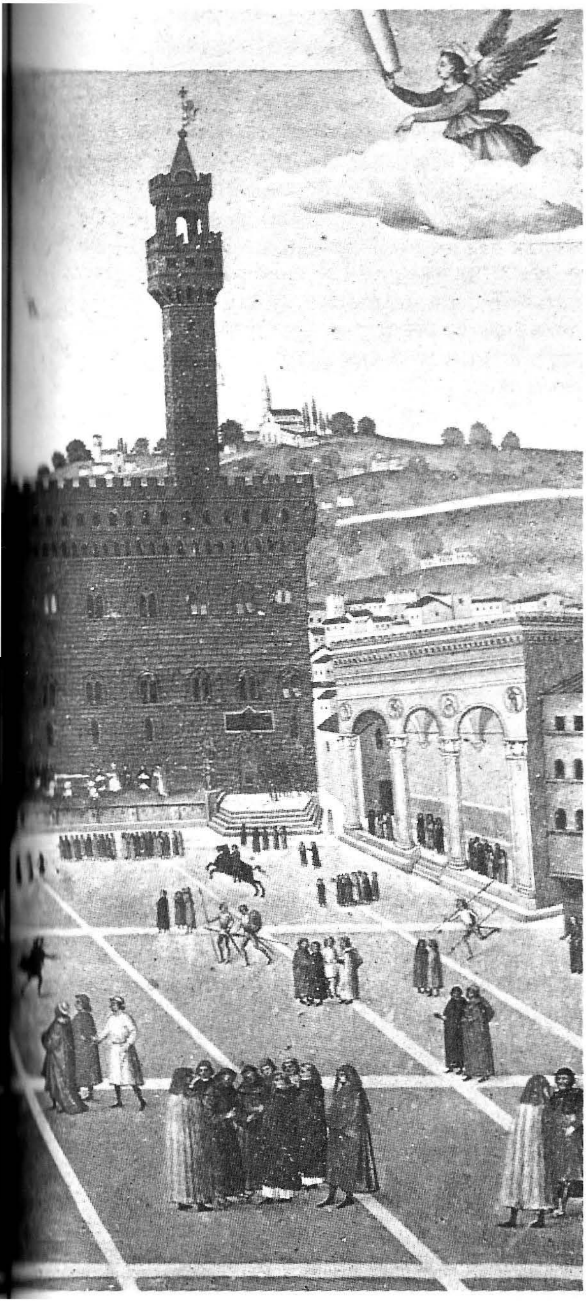
Muralla romana y Alta Edad Media

Muralla de 1172

Muralla de 1327

1. Palacio Viejo
2. Bargello
3. Catedral
4. Palacio Strozzi
5. Palacio Médici-Ricardi
6. San Lorenzo
7. Palacio Rucellai
8. Barrio del Oltrarno
9. Puerta San Friano
10. Puerta San Meo o Gattolin
11. Sancto Spirito
12. Puente de las Carretas
13. Puente Sta. Trinidad
14. Puente Viejo
15. Puente de las Gracias
16. Santa Croce
17. San Marcos
18. Santa María Novella
19. Jardines Oricellari
20. Iglesia del Carmen
21. Palacio Pitti
22. Jardines del Boboli
23. Fortaleza de Basso
24. Fuerte Belvedera





Suplicio de Savonarola y sus compañeros en la plaza de la Señoría de Florencia (Museo de San Marcos, Florencia). La ejecución tuvo lugar en 1498, el mismo año en que Maquiavelo fue nombrado secretario de la segunda cancillería de la ciudad.

público. ¿Rememoraría Maquiavelo este paraíso salvaje ligado al recuerdo de luchas infantiles cuando hizo de él el teatro de la maniobra estratégica que aseguró en 1343 el triunfo del pueblo sobre los grandes, con ocasión de la batalla callejera contada en el capítulo XLI de sus *Historias florentinas?* No lo sabremos, como tampoco conoceremos otras tantas cosas de su infancia o de su adolescencia, reducidas a las exiguas precisiones y conjeturas que contiene el *Libro di ricordi* de su padre: «Con lo que el 6 de dicho mes [mes y año desconocido], su [hijo] Nicolás comenzó a ir a casa de Matteo, maestro de gramática, al final del Puente de la Santa Trinidad, a esta parte del río, a aprender a leer el Donatello [abecedario] para lo que le debo dar 5 cuartos al mes, más los 20 de costumbre para la Pascua...» «Que el 5 del presente mes de marzo de 1477, comenzó Nicolás a ir al colegio de Ser B. da Poppi en la Iglesia de San Benito del Estudio. El 25 del presente mes [junio] de 1479, Nicolás se fue a reunir en la montaña de Mugello, en el lugar llamado Montebuiano, con Margarita y Totto [...], llevado sobre una mula de Martino, en una especie de jamuga de dos cestas hechas de madera de buen castaño de mi propiedad...»

Pasemos por encima las precisiones minuciosas del equipaje, manta, cobertores amarillos y negros, edredones de plumones, para limitarnos a observar que la infancia de Nicolás no fue la «infancia desierta» de la que habla Papini. Su madre y sus dos hermanas mayores, Primerana y Margarita, le proporcionaron cariño y amor. En el colegio de su padre aprendió a llevar los libros de la República.

El 29 de junio de 1486 (con 17 años) es otro libro el que le encarga el notario que lleve a un encuadernador de la parroquia vecina para «que se lo encuadernase con las pastas bien anchas en medio cuero, con dos broches, al precio de cuatro libras y cinco cuartos, una parte pagadera en vino tinto al precio de cincuenta cuartos el barril». Son las tres primeras *Décadas* de Tito Livio, en las que se inspirará veinte años más tarde para componer su obra maestra. Maquiavelo es un hombre hecho y derecho a la muerte de Lorenzo el Magnífico. Sobre este tema deslizará entre dos líneas de sus *Historias florentinas* una alusión breve y sugerente: «Pocos días después de la muerte del príncipe, en 1492, se descubrió ahogado en el fondo de un pozo, al médico que lo había tratado.» Habría, pues, conocido, si no visto, a ese príncipe que apenas se dejaba ver; habría respirado el aire enrarecido de su tiranía, tan bien disfrazada, y calibrado el precio que Florencia pagó por la paz que él aseguraba a Italia.

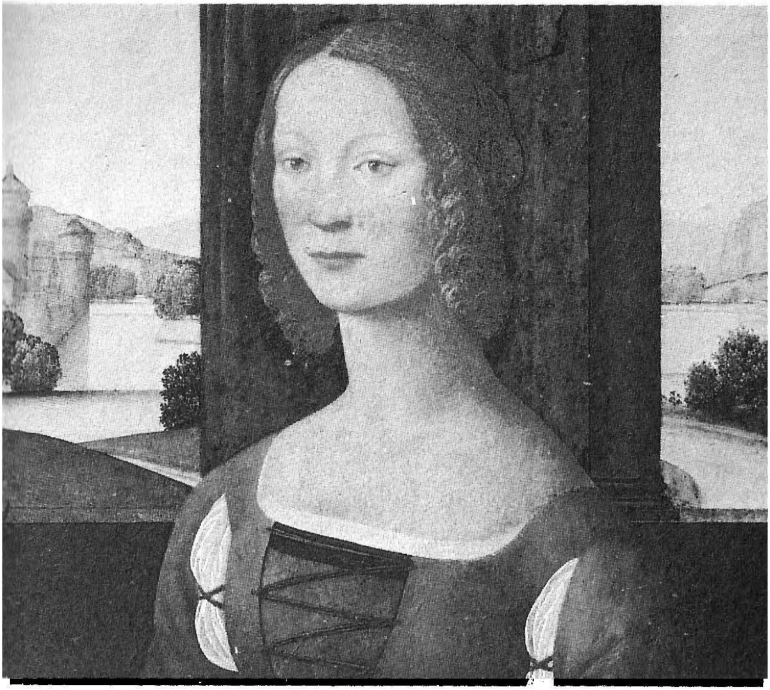
Dos años más tarde, asistió a la entrada de Carlos VIII en su Oltrarno, por la puerta llamada entonces de San Friano, con la idea, compartida por sus conciudadanos, de que los franceses los liberaban de la tiranía de los Médicis, pero a la par habían liberado Pisa del yugo de Florencia. Pisa, sometida desde hacía casi un siglo, exigiría quince años para su reconquista. Por otra parte, la tiranía del incapaz Piero de Médicis era sustituida la teocracia de Savonarola que, tras tres años de excesos, cansaba no sólo a la «rabiosa» juventud dorada, sino también a la masa de los ciudadanos sensatos. Excomulgado por el papa, «el Hermano» exacerba su crítica cada vez más. Roma da su ultimátum a Florencia para que se lo entregue. El primer domingo de Carnaval, «el Hermano», que ya intuye el olor de la pira, realiza una retirada estratégica (de la catedral de Santa María de la Flor hasta San Marco, la iglesia de su monasterio y su cuartel general) y trata de presentar su acción como una prudente maniobra en un sermón en dos tiempos. Desgraciadamente, Maquiavelo está entre el auditorio y la tercera de sus *Cartas familiares* no es otra cosa que la más inexorable reducción de los enfáticos sofismas del orador a la modesta verdad de la contramaniobra de quien presiente el peligro de su situación. Esta carta ofrece un primer testimonio de la profunda desconfianza de Maquiavelo hacia los religiosos y la religión.

3. Al servicio de la República

«Los quince años que permanecí al servicio de la República, ni los dormí ni los jugué.»
N. Maquiavelo

El 18 de junio de 1498, con veintinueve años y un mes, justo después del suplicio de Savonarola, el humilde escritor sale de la oscuridad: desempeñará el alto cargo de secretario en la segunda cancillería de Florencia (departamento de asuntos interiores). Un mes más tarde, atiende como trabajo extra, pero no remunerado, la secretaría de los Diez, quienes supervisaban el poder de las dos cancillerías, acumulando la segunda y la primera cancillería (asuntos exteriores). En esta pequeña República burguesa, los órganos de gobierno son como vasos comunicantes, y los «Muy Altos Señores» se ahorran una asignación de cien florines, de los cuales retienen la décima parte. Pero no nos burlemos: el ahorro es la contrapartida de las antiguas magnificencias y la aparente confusión de los poderes no significa realmente más que su sensata centralización. Maquiavelo no cesará de desear que esta centralización se personifique en un mando político único y contribuirá a su realización algunos años más tarde. Desgraciadamente para él y para Florencia, tal mando no irá a parar a las manos de uno de los dos hombres de su devoción, el patricio Alamanno Salviati y el capitán Giacomini, sino a las de Piero Soderini, tan tristemente célebre.

Mientras tanto, Maquiavelo prosigue su aprendizaje de los mecanismos del poder, bien en el Palacio Viejo, bien por los caminos de Toscana o en el extranjero. Su lección inicial (que recordará durante mucho tiempo) la recibió en Romaña, durante su primera embajada de quince días ante Catalina Sforza, la «dama de Forli» y de Imola, nieta de Francisco Sforza, sobrina de Ludovico el Moro, al que ella llama graciosamente su «barba» [en sentido familiar, «tío», «compadre»], viuda de tres maridos y madre de uno de los héroes más queridos por Maquiavelo, el «ca-



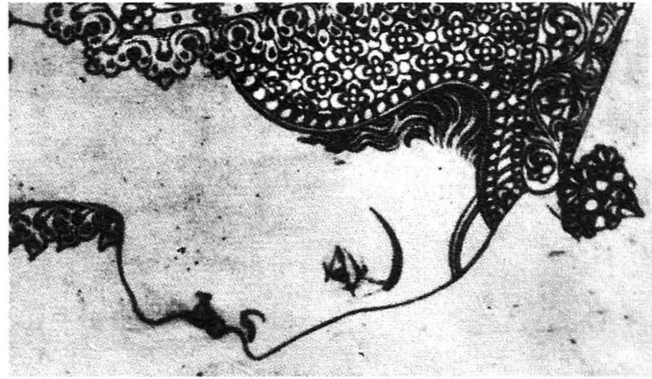
Catalina Sforza, retratada por Lorenzo Credi (Pinacoteca de Forli). Ante ella desempeñó Maquiavelo su primera tarea diplomática.

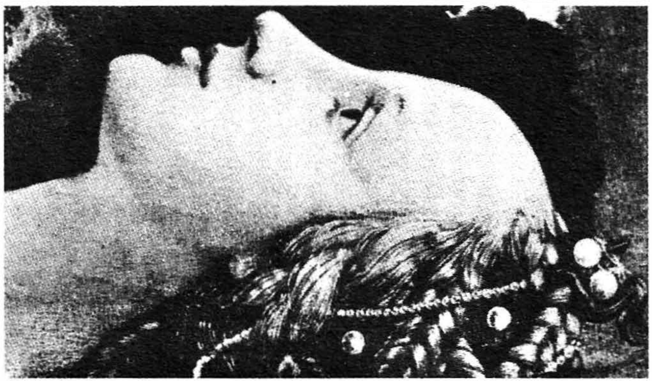
ballero de la Banda Negra», por aquel entonces todavía el pequeño Juan de Médicis. Catalina seguía siendo aún tan célebre por su belleza y por sus aventuras que Biagio Buonaccorsi, el Pílades de nuestro Nicolás, en su *Carta familiar 8,* suplica a su amigo que le envíe «el rostro de Madonna Catalina en un retrato enrollado».

Ella se burla, de la manera más femenina, del joven embajador y de sus Muy Altos Señores; después de haberse comprometido formalmente «despreciando cualquier pudor a arrojarse en los brazos de aquéllos», se retracta al día siguiente, y, frente a las recriminaciones del enviado, se sorprende de su asombro, replicándole que la noche es buena consejera. «Cuanto más ahondamos en las cosas —añade— mejor las entendemos», pirueta ante la que Maquiavelo confiesa haber perdido los estribos, «no haber podido impedir el enfadarse, tanto por sus gestos como por sus palabras». Además de ser humillado en su amor propio de hombre joven y de embajador novato, ha fracasado en su misión y Florencia sigue siendo víctima de las crueles indeci-

Alinari Giraudon









Giraudon

Confundido y alterado por la conducta y los modales de Catalina Sforza, ante la que se sintió herido en su amor propio, Maquiavelo procuró no dejarse cautivar en posteriores ocasiones por el encanto de las «damas ilustres». En la página anterior, diferentes retratos de damas italianas que sirvieron de modelo a diversos autores; al lado, retrato de una dama de la nobleza florentina, obra de Piero Pollaiuolo.



siones que Maquiavelo expone con tanta lucidez: la víspera de la segunda incursión de los franceses en Italia, Florencia, requerida al mismo tiempo por Luis XII y por Ludovico el Moro, «no se decide ni por Dios ni por el diablo», y sufrirá las consecuencias de ello.

Después de esta primera experiencia, Nicolás no se volverá a dejar cautivar por el encanto de las «damas ilustres» y sabrá guardarse mejor de una de las figuras más fascinantes del Renacimiento, Isabel d'Este, marquesa de Mantua. Es dudoso que Maquiavelo sintiera verdadera pasión por todas aquellas mujeres de las que su amigo Vettori asegura haberlo visto obcecadamente enamorado, incluyendo la cantante Barbera o la desconocida de San Casciano. Se piensa más bien en violentos aunque cortos arrebatos, similares a sus «proezas» con Mariscotta de Faenza o Jehanne de Touraine. En este punto —él es muy de su época— es efectivamente el contemporáneo de Ariosto, cuyo *Orlando Furioso* no está menos enamorado de Angélica de lo que Calímaco lo está de Lucrecia en su obra *La Mandrágora*.

Inmediatamente después de esta experiencia con las mujeres, Maquiavelo conocerá ante las murallas de Pisa la de los mercenarios, primero de los jefes y luego de los soldados. En efecto,



Portada de Orlando furioso, *obra del escritor italiano Ludovico Ariosto, contemporáneo de Maquiavelo. Biblioteca de Catalunya, Barcelona.*

Retrato del rey francés Luis XII. Antes de acceder al trono (1498), participó activamente en la primera guerra de Italia. ▶

en agosto de 1499, el conflicto entre Luis XII y Ludovico el Moro, entre quienes Florencia no ha sabido decidirse, permite concebir la esperanza de recobrar Pisa, la ciudad perdida. Esta acumula armas, hombres y florines; escoge a un valeroso *condottiero,*[5] Paolo Vitelli, señor de Cittá di Castello en el Val di Chiana. En la plaza de la Señoría, Andriani, el jefe de la primera cancillería (con una arenga en latín de Marcellus), le hace entrega pomposamente del bastón de mando supremo. Se celebra un gran consejo de guerra, siendo Maquiavelo el encargado de levantar el acta, con una precisión y un sentido de la estrategia que, veinte años más tarde, exhibirá en *El arte de la guerra.* Sin embargo, este excelente plan de ataque tendrá que esperar diez años antes de ser ejecutado; su éxito será obra de Maquiavelo y de los soldados reclutados y formados por él.

De momento Paolo Vitelli y su hermano Vitellozzo dirigen las operaciones contra Pisa con tal desidia y con tanta lentitud


VDOVICVS XII GA

que, tras repetidos fracasos, Florencia se alarma. Se clama contra la traición de los *condottieros*. Paolo es sorprendido en su tienda, arrestado, llevado sin apenas tiempo para reaccionar hasta el Palacio Viejo e interrogado: «Parece como si se estuviese torturando a un saco.» No confiesa nada. Pero hace falta un escarmiento y una cabeza de turco: es decapitado. Esta ejecución es demasiado sumaria para no desencadenar un escándalo con igual resonancia que el del conde de Carmagnola en Venecia en 1432. En vano se afanarán la Señoría en sus proclamas y Maquiavelo, en la *Carta familiar 11* primero y más tarde en sus obras, por atacar la memoria de la víctima. La opinión sigue inquieta. En Florencia crece el miedo. El hermano de Paolo, Vitellozzo, se ha librado del verdugo. A partir de ahora se convertirá en un enemigo irreconciliable, aliado a todos los enemigos de la Señoría: las repúblicas vecinas, el pretendiente Piero de Médicis, y detrás de ellos, César Borgia, duque de Valentino, autorizado por el papa y por el rey de Francia a instituir en su beneficio un segundo ducado en la limítrofe Romaña.

La Señoría de Florencia, renunciando a la política de manos libres, envía a un Soderini a Milán para que solicite la ayuda francesa. El gobernador del Milanesado, cardenal Georges d'Amboise, comúnmente llamado «Rouen», concede generosamente quinientas lanzas, pero hace que se le pague a la infantería (cuatro mil suizos, dos mil gascones) veinticuatro mil ducados al mes, aparte del equipo y el avituallamiento, y además, un canon exorbitante para poder recuperar la palabra dada a Pisa por Carlos VIII.

Y tiene lugar, después de la experiencia de los jefes mercenarios, la de los soldados extranjeros. Experiencia todavía más desastrosa. En efecto, primeramente está a punto de costarle la vida al delegado de Florencia en el ejército franco-suizo bajo las murallas de Pisa. Como el aprovisionamiento y el sueldo llegan con retraso, trescientos suizos furibundos se amotinan, asaltan, alabardas en ristre, a Luca degli Albizzi, y le secuestran. No hubiese salvado su vida de no haber mediado un rescate de cien mil ducados y la intervención de Maquiavelo, que había acudido rápidamente para socorrerle. Pero ni Florencia, ni los suizos, ni los gascones, ni el rey de Francia salvan el honor. El ejército franco-suizo se dispersa desmoralizado y harán falta más de cinco meses de negociaciones para liquidar, de manera vergonzosa, las pesadas deudas de la desatinada empresa. Detalle significativo: ¡un año después, Maquiavelo recibe de la Señoría la recompensa de diez ducados por sus servicios!

Maquiavelo era el más indicado, con Luca degli Albizzi, para presentar a la corte de Francia las reivindicaciones de la República así abandonada. Sin embargo, Luca declina honor tan peligroso, y es Nicolás el principal negociador de la primera legación en la corte de Francia. El es quien redacta las veintiocho *Cartas oficiales*, donde los historiadores deben buscar el primer planteamiento de su autor sobre los asuntos y sobre las gentes de Francia.

En efecto, cuatro años más tarde, tras una segunda embajada, igual o más espinosa que la primera, escribirá *De Natura Gallorum* («Sobre la naturaleza de los franceses»), una obra en la cual se trasluce cierto resentimiento. El Maquiavelo de 1500 y de 1504 no está menos irritado ante cierta ligereza francesa que el de 1499 ante el cambio súbito de opinión de Catalina Sforza. Se recobrará y en su *Relación de las cosas de Francia* de 1508, y más tarde en las famosas *Cartas familiares*, escritas en sus tiempos de desgracia, sabrá rectificar su primera impresión. Resistirá la «tendencia hacia la pasión» para no juzgar al margen del sentido común, sino sensatamente. Los juicios que emitió sobre los franceses están entre los más penetrantes de cuantos hayan sido formulados jamás. Provienen de un hombre propenso por naturaleza a amar las debilidades de este pueblo quizá tanto como sus virtudes.

En cambio, Maquiavelo va a estudiar, con una admiración sin reservas, y a combatir a la vez, al hombre que durante dos años seguirá considerando modelo de gobernante y para Florencia un enemigo declarado: César Borgia. Al haberle concedido Luis XII al duque de Valentino carta blanca en la Romaña (su segundo ducado), César «limpió» rápidamente los feudos de Imola-Forli y de Faenza de señores más o menos legítimos, ocupando así los pasos del nordeste de la Toscana; continuó hacia el Adriático y saqueó Rímini, gobernada por los Malatesta; Pesaro, por los Sforza; Camerino, en poder de los Varano, y Urbino, un tercer ducado, regentado por Guidobaldo de Montefeltro, quien había tenido el candor de prestarle sus cañones contra los Varano. Después se volvió hacia el oeste para despojar a su vez a Giovanni Bentivoglio, de Bolonia, salida norte de la «vía directa» hacia Florencia. El rey de Francia, alertado a tiempo, lo detuvo: ha comprendido, pero César también. Sin pedir permiso a la Señoría —o demasiado tarde— franquea los Apeninos a través de un desvío inesperado a falta de vía directa, viola la frontera y atraviesa sin violencia alguna el territorio de la república desarmada. Acampa entonces casi bajo las murallas de Florencia y no deja

escapar la oportunidad: tiene la osadía de ofrecer la protección de sus armas, la de sus capitanes —entre otros Vitellozzo Vitelli, el hermano del decapitado Paolo—, y Maquiavelo sufrió —y con qué frío desprecio— la capitulación de los suyos. No sólo se dejan arrancar la promesa de una jefatura de tropas que, de conseguirla, habría convertido a César en el dueño de Florencia, sino que además, en lugar de exigir las indemnizaciones debidas, conceden una rica contribución y piezas de artillería. De paso diremos que entre los firmantes de este tratado se encuentra el nombre del futuro gonfaloniero vitalicio de Florencia, y nos extrañaremos menos del epitafio de cuatro versos en que Maquiavelo asegurará a Piero Soderini la más deshonrosa de las inmortalidades.

Mientras tanto, continúa observando las etapas de su admirado César hacia la conquista de un estado. A falta de Florencia, que sigue estando prohibida por el rey de Francia, Borgia va a ocupar los accesos del suroeste. Tras Piombino y su ensenada, se apodera igualmente de las islas de Elba y de Pianosa, cuyas fortificaciones serán vigiladas por fuerzas del papa Alejandro VI. Ya está perfectamente planeado el asedio de Florencia por tres puntos cardinales. Pero también, en el interior de su territorio, Maquiavelo observa, con la misma admiración, y combate, con idéntica obstinación, un trabajo de corrupción igualmente habilidoso y eficaz.

¿Cuál es el trasfondo de los disturbios de Pistoia, que no cesan desde junio de 1502? Fue necesario que Maquiavelo en persona, ayudado por Nicolás Valori, fuera a ponerles término, sin miramientos, con algunas penas de muerte en la horca. Intuye que el mismo instigador está, en julio de 1502, detrás de la rebelión de las poblaciones contra las que reclamará que se apliquen los severos procedimientos utilizados por los antiguos romanos: arrasamientos de las ciudades, devastamiento de las tierras y deportación de sus habitantes. Para comprender tanta dureza, tengamos en cuenta que el Val di Chiana abre, al sur de Florencia, el último de los puntos cardinales, un camino propicio a la invasión, una ruta infinitamente más accesible para los hombres, los animales y los cañones que las escarpaduras de los Apeninos, donde la caballería no encuentra más que «piedra para pacer».

Finalmente, la amargura suprema le llega a Florencia por el oeste, de Pisa, la ciudad sometida, la rebelde a la que se ha in-

Retrato de César Borgia, uno de los personajes políticos más admirados por Maquiavelo. ▶



tentado recuperar y reavasallar durante diez años. Dirigidos por uno de los más odiosos secuaces de Borgia, Oliveratto da Fermo, los indomables pisanos salen de sus muros y se apoderan, a más de seis kilómetros de su ciudad, a menos de quince de Florencia, de Vico Pisano, a cuyos habitantes acorralados, según las crudas palabras del cronista Landini, «les parece ver sus tripas en el cubo de los desperdicios». Es entonces cuando el duque, en pleno éxito, conmina a Florencia a mantener las promesas firmadas por su gonfaloniero y a que se comprometa a fondo en una aventura en cuyo final encontrará su perdición. Florencia envía enseguida a sus mejores negociadores, al propio hermano de Piero Soderini, Francesco, y a Nicolás Maquiavelo, para que traten de rechazar el requerimiento con la mayor cortesía posible.

Es la primera de las dos embajadas ante César Borgia, durante las cuales Maquiavelo mostrará toda su capacidad diplomática. El duque presenta el ultimátum de forma tan categórica que Nicolás, apenas puesto el pie en tierra, debe saltar de nuevo a la silla para cruzar a galope los Apeninos y buscar en Florencia algo mejor que «buenas palabras». Pero, por su parte, ha juzgado a su rudo interlocutor, que, lo mismo como guerrero que como cortesano, le satisface plenamente: el guerrero ha ganado su tercer ducado por un procedimiento distinto al inútil derramamiento de sangre. En cuanto al cortesano, «no se puede ser más espléndido ni magnífico», opina Maquiavelo.

«La victoria del duque —leemos en la primera de las tres *Cartas oficiales* de esta legación— se debe por completo a su pericia en la ciencia de la guerra: una vez llegado a siete leguas de Camerino, sin pararse siquiera a comer ni a beber, emprendió una fulgurante cabalgada hasta las puertas de Cagli situada a algo más de cincuenta kilómetros, al mismo tiempo que dejaba alrededor de Camerino una retaguardia de tropas encargada de resolver las escaramuzas. Vuestras Señorías tomarán buena nota de esta estratagema que, unida a una celeridad de movimiento tal, condujo a tan feliz resultado.» Perdonemos aquí a Maquiavelo (y a Francesco Soderini que firma esta carta) por aplaudir el éxito de una acción malvada por el hecho de haber sido dirigida con acierto. A sus ojos, ésta operación llevaba al expoliador al otro lado de los Apeninos, lejos de la costa del Mar Tirreno, hacia el Adriático y contra Venecia, enemiga suya, con una tenacidad diferente a la del hijo del papa, y cuya rica provincia del Casentino acababa de ser invadida por los mercenarios, quienes también habían efectuado incursiones hasta las afueras de Florencia. Anotemos a renglón seguido que nuestro observador con-

templa las realidades de su tiempo con cierta altura de miras. Sobre todos estos príncipes italianos, legítimos señores o usurpadores más o menos consagrados, ya está elaborando sin duda el severo veredicto que pondrá solemnemente en boca de Fabrizio Colonna, su portavoz, en el epílogo de *El arte de la guerra*. Finalmente, incluso si sobrepasa un poco su moderación habitual, el entusiasmo en Maquiavelo es algo demasiado raro para que no merezca ser destacado.

Esta es precisamente la primera vez que la estrella de César sufre un eclipse: el ducado de Urbino se le va de las manos; su mejor capitán, Ramiro dell'Orco, es herido; sus tropas aplastadas en Fossombrone. Y los demás *condottieros,* quienes también han terminado por comprender, se coaligan contra él en Magione, a orillas del lago Trasimeno. Todos ellos, rufianes consumados, son grandes personajes a quienes únicamente podía unir el miedo a un bribón superior. Invitan a Florencia a entrar en la Liga, o sea en el peor de los avisperos, ya que Luis XII no ha desautorizado todavía a César ni ha retirado las aproximadamente cien lanzas francesas que tan desgraciadamente le había prestado. Es preciso que Nicolás «cabalgue», y «lo más rápido posible», hasta el duque para llevar a cabo una vez más la espinosa misión de entretenerle, de engañarle con «buenas palabras», esperando a que la Fortuna se pronuncie y a que la Señoría acuda en socorro del vencedor.

Se trata de la segunda embajada ante César Borgia, que en esta ocasión Maquiavelo atiende por sí solo, ya que Francesco Soderini se da por contento de haber «salido sano y salvo» de la primera. En el transcurso de sus primeras entrevistas, el lector asiste en primer lugar a la comedia de estos dos buenos apóstoles esforzándose uno y otro por engañar al interlocutor, y que al descubrir que tienen la misma fuerza, deciden en ocasiones enfocar la situación con humor. Pero a partir del momento en que Maquiavelo, habiendo obtenido finalmente una respuesta firme de sus señores, debe responder que Florencia prefiere como *condottiero* al marqués de Mantua en lugar del duque, ya se trata de una cuestión cómica para el embajador de la ciudad. Su presencia en la corte de Imola, además de inútil se convierte en sospechosa: un observador tan penetrante corre peligro de adivinar y hacer fracasar el sabio mecanismo de la trampa que allí se está montando pieza por pieza. Por muy embajador que sea, puede desaparecer, como desapareció, sin que nadie se atreviese jamás a investigar de qué forma, el propio hermano de César, el duque de Gandía, que era igualmente un obstáculo.

Maquiavelo, por consiguiente, solicita varias veces su retirada, pero sus señores lo mantienen allí, a base de ruegos y de adulaciones al principio, con una orden del propio Soderini más tarde. En vano su amigo Biagio le reclama para el despacho del Palacio Viejo; inútilmente su joven esposa, Marietta, le transmite «que ella no quiere creer más en Dios y piensa haberlo arrojado todo al diablo, su dote y su virginidad». En este hombre quizá el gusto por el riesgo y sin duda alguna por el saber son tales, que continúa hasta el final sin demasiada vacilación. Durante algo más de dos meses, del 5 de octubre al 10 de diciembre de 1502, nuestro observador vio cómo el duque, en un principio a merced de sus enemigos conjurados, se recobraba y proseguía al mismo tiempo la reconstrucción de un ejército, que esta vez será suyo, y las negociaciones más activas. Se pregunta, pues, contra quien va a marchar César cuando abandona Imola con sus tropas y marcha a acampar a Cesena en una encrucijada de caminos. ¿Hacia Toscana, sobre la que declara a Maquiavelo que la República de Lucca sería un «bocado de cardenal»?, ¿contra Florencia, como le apremian Vitellozzo Vitelli y Oliverotto da Fermo? «Pero no cesa de nevar desde hace cuatro días y nadie se preocupa de atravesar los Apeninos [...]. Los regentes de allí hacen rondas por las noches personalmente, como si el enemigo se encontrase a sus puertas.»

El 18 de diciembre, Maquiavelo se ve obligado a transmitir a sus señores una proposición de César ofreciéndoles de nuevo sus servicios. El fiel informador observa que «es sin duda bueno que se les ofrezca, pero que será todavía mejor para ellos no verse en la tesitura de aceptar la oferta». La retirada inopinada de las lanzas francesas por parte de Luis XII precipita los acontecimientos y la elección del escenario de las operaciones. El duque incita a sus nuevos aliados a tomar una pequeña ciudad al borde del Adriático. Ellos titubean, pero ceden ante la perspectiva de un buen saqueo. «¡Y su ingenuidad los condujo a Sinigallia!» En menos de cuarenta y ocho horas, la trampa da resultado.

Nicolás transmite, en algunas líneas rebuscadas, las noticias del golpe teatral de Sinigallia: el saqueo de la ciudad, que el duque para en seco a costa de derramar sangre de sus propios soldados; la detención de cuatro capitanes traidores y la muerte, «esta noche a la décima hora», de dos de ellos; finalmente, las apremiantes y amenazadoras instancias del vencedor ante la Se-

Combate de caballeros, detalle de un cuadro de Paolo Ucello. ▶



ñoría. Después de lo cual, asiste y participa en la caza de los supervivientes del garrote. Pandolfo Petrucci, señor de Siena, y Gianpaolo Baglioni, señor de Perusa, intuyen el desarrollo de los acontecimientos, pero escapan por los pelos a la desenfrenada persecución y entregan sus feudos uno detrás de otro a la Iglesia, como lo proclama César, a los Borgia, como lo entiende Nicolás. Este último ve así cómo caen Perusa en Umbría y Siena en Toscana, dos plazas fuertes inexpugnables, y a continuación contempla la subida del duque hacia el norte. Pero, acabado de llegar al umbral del Val di Chiana, que le abre de par en par el camino de Florencia, tiene lugar un nuevo golpe de efecto: César desvía hacia el sur su irresistible carrera. ¿Lo hace a causa de un veto de Francia? ¿Para acercarse a España porque Francia «vacila»? Sea como fuere, precipita el saqueo de Capua, o sea el despojo de Federico de Aragón por su tío Fernando y por Luis XII, su aliado por el tratado de Granada. Y Florencia respira, Florencia olvida, una Florencia a la que Maquiavelo, dado por desaparecido «ocho días enteros», retorna y es acogido por la alegría de su familia y el respeto de sus conciudadanos.

Pero Maquiavelo no olvida. Sabe que la espada de Damocles, alejada por un instante, continúa siempre suspendida. Dirige a los florentinos una verdadera filípica, sus *Palabras que hay que decir sobre la necesidad de procurarse dinero*. Sus conciudadanos no lo escucharon más de lo que los atenienses escucharon a Demóstenes. Y hubiera acabado aquella libertad restringida de no ser por las fiebres providenciales de la campiña romana. Son éstas, y en manera alguna el legendario veneno, las que, en el mes de agosto de 1503, llevan a Alejandro VI Borgia a la tumba, a su hijo César casi hasta la muerte y a «la hipótesis del Príncipe» al cesto de los papeles.

Una vez más, Maquiavelo es comisionado por la Señoría para el cónclave, al considerársele el más clarividente de los observadores y el más fiel de los mensajeros. En el transcurso de esta misión oficial, la primera de sus dos legaciones en la corte de Roma, Maquiavelo nos sorprende por lo que silencia. Este entusiasta de la Roma antigua no habla en absoluto de ella en sus cuarenta y nueve *Cartas oficiales* como tampoco de la Roma del Renacimiento, algunos de cuyos palacios, sin embargo, ya estaban en construcción. ¿Cómo habría callejeado por una ciudad víctima de la peste, donde el desbordado Tíber alcanzaba el piso

Alejandro VI, por Pinturicchio (Estancias de los Borgias, Vaticano). Sobrino de Calixto III, fue nombrado papa en 1492 y murió en 1503. ▶



del puente de Sant'Angelo, donde las calles se convertían desde la caída de la tarde en lugares siniestros, infestadas, además de por los salteadores de costumbre, por la soldadesca de los Orsini, Colonna, Borgia, Baglione y otros, bajo la presión de los cuales se desarrollaba la elección del Sumo Pontífice?

Resignémonos: Nicolás circunscribe su observación a la política. Toma nota de las negociaciones habituales, de la demagogia de las promesas, del porcentaje de probabilidades del cardenal de Amboise, de Francesco Soderini, de Giuliano della Rovere, que es todavía un simple cardenal de San Pietro in Vincoli, y no se extraña del resultado: la elección de aquel de los papables que había pagado mejor, que había prometido más... el futuro Julio II. Inmediatamente examina, prevé los contraataques y, sobre todo, lo relativo al príncipe que hasta entonces fue objeto de su más constante atención: César Borgia. Sorprendentemente, se desinteresa de él progresivamente: César ya no es el mismo hombre, se ha fiado de la palabra de Julio II ¡Cómo si no supiera lo que vale la palabra de un papa! Y Nicolás le vio perder ese dominio de sí mismo que le había maravillado, para abandonarse a impotentes rabietas infantiles. Le deja pues «deslizarse hacia la tumba». En cambio, observa a Julio II con interés creciente y, discerniendo rápidamente el lado fuerte y el lado débil del nuevo papa, enseguida demuestra una habilidad consumada para sacar partido, en beneficio de Florencia, de su animosidad contra la República de Venecia. Esta, desde la muerte de Alejandro VI, ha vuelto a ocupar todas las conquistas de César que Julio II consideraba pertenecientes a la Santa Sede. Pero el interés que manifiesta nuestro sabio calculador por este hombre impulsivo, al que supone un talante valeroso, se matiza con la sólida desconfianza que ya hemos señalado hacia todas las gentes de Iglesia.

En cambio, anotamos con satisfacción una confesión desprovista esta vez de artificio por parte del cronista, un tanto amargo, de estos inicios del siglo XVI. No solamente con interés, sino con verdadera angustia, a lo largo de toda su legación Maquiavelo se hace eco de las mínimas noticias que llegan de las fronteras del reino de Nápoles. Allí es donde acampan, frente a frente, cada una en una orilla del Garellano, Francia y España, que de aliadas han pasado a ser enemigas. Allí es donde, durante interminables semanas, bajo el diluvio de las aguas, dos ejércitos, el de Bayardo por un lado y el de Gonzalo de Córdoba por el otro, esperan y hacen esperar al mundo la hora de librar la batalla decisiva. Por una vez, Maquiavelo deja entrever hacia qué lado se inclina su corazón.

¡Paulo minora! Durante los momentos de ocio de su servicio, Maquiavelo escribió tres cartas a su mujer, perdidas o destruidas por sus descendientes. Nos enteramos de ellas a través de una breve carta de Madonna Marietta, que se inquieta como siempre, que lo reclama tiernamente y le da noticias de una hija pequeña que no se encuentra nada bien y de un recién nacido que le parece «muy hermoso», ya que tiene la piel blanca como la nieve, es velludo como su padre y es «igual que él». Anotemos cuidadosamente este detalle, el único cierto a propósito del físico de quien publicamos aquí tan diversas efigies. El amigo Biagio lo confirma, ya que en otra carta le escribe que el pequeño es «de pelo negro como un pequeño cuervo». En fin, como no hay nada indigno de la Historia, señalemos también una posdata de Marietta, que costó mucho trabajo descifrar a los sabios exégetas por sus numerosas faltas de ortografía, tan conmovedoras como su contenido.

La Fortuna se pronunció: tras el desastre del Garellano, las derrotas de Seminara y de Ceriñola arrojan definitivamente a Francia de la Italia meridional en beneficio de España. Florencia permanece expuesta a todas las ambiciones, entre un protector quebrantado en su lejano Milanesado, y el vencedor que está subiendo ya por los Abruzzos hacia Venecia, flanqueando a Roma, todavía impotente. La segunda legación de Nicolás Maquiavelo y Nicolás Valori, embajadores de Florencia ante la corte de Francia, permite apreciar el arte con el que se puede enmascarar en una súplica respetuosamente filial un verdadero regateo o casi un chantaje: o el rey de Francia nos protege eficazmente y nos aplaza nuestra deuda de diez mil ducados, o buscamos «nuestra salvación por otro lado que no sea el suyo». Y Maquiavelo triunfará, porque ni el historiador actual, ni Luis XII, ni Georges de Amboise, ni Robertet, consejero del rey, pudieron evaluar la parte de cálculo y la de sentimiento de estas declaraciones.

Resaltemos, en la categoría de los asuntos familiares, un legítimo motivo de orgullo para Nicolás. «Llegué aquí —escribe desde Lyon, en la tercera *Carta oficial* a la Señoría— el viernes pasado sobre la vigesimosegunda hora aproximadamente; he mantenido por lo tanto mi promesa de llegar aquí en seis días, o menos, si admitimos el tiempo que utilicé para alcanzar Milán.» Esto supone algo más de trescientos kilómetros. Concedamos a Maquiavelo el título que Commynes da a los primeros correos de Luis XII: es un buen jinete.

Si el curioso de la pequeña historia, trazando el mapa de las grandes cabalgadas de Nicolás en el extranjero únicamente, sin

tener en cuenta aquellas que no cesó de efectuar en Italia, cuantifica en números redondos las distancias recorridas, sobrepasará con mucho las diez mil leguas. Se dará cuenta entonces de cuánto pudieron pesar sobre este hombre «confinado» los años de inacción y las largas temporadas en San Casciano.

He aquí, pues, a nuestro vagabundo de vuelta en Florencia, tan feliz de encontrarse de nuevo allí como lo había estado al subir al caballo para abandonarla. «Desde el día en que llegó la noticia de la ratificación de la tregua de España —escribe el 25 de febrero de 1504— casi no he dejado de tener el pie en el estribo para volver a casa.» Pero tan excelente había sido la impresión que produjo en la corte que poco faltó para que se le volviese a mandar a París al año siguiente, ante los apremios de Valori para sustituir al embajador titular por un «hombre con cerebro, sin pompa, pero eficaz». Pero en esta Florencia medio abandonada por Luis XII se necesita demasiado su lucidez, su actividad contra los crecientes peligros, tanto antiguos como nuevos: «Vamos, salid de vuestras casas —les grita a sus conciudadanos en las *Palabras que hay que decir...* de marzo de 1503— y considerad a quién tenéis alrededor [...] Dos o tres ciudades que desean vuestra muerte más que su propia vida.» En efecto, se trata de Pisa, contra la cual van a intentar en vano desviar el Arno para vencerla por la sed, ya que no pueden hacerlo por las armas; de Lucca, que abastece a Pisa en las barbas de los sitiadores; y por último, de Perusa y de Siena, cuyos señores, los dos supervivientes de Sinigallia, Gianpaolo Baglioni y Pandolfo Petrucci, respaldan en secreto al nuevo aventurero que merodea por las fronteras de Toscana: Bartolommeo d'Alviano. Este último, señor de un pequeño feudo, no es ni hijo del papa ni protegido del rey, sino que se trata de un soldado que luchó con valentía en Garellano, que no murió allí, como su compañero de armas Piero de Médicis, pero al que, sin embargo, la tregua entre Francia y España ha dejado sin empleo. ¿Acaso le pagan Baglioni, mercenario al servicio de Florencia, o Petrucci, ligado a la Señoría por un tratado de amistad? Le toca a Maquiavelo asegurarse de ello, y avergonzarles, si son capaces de sonrojarse. Este es el propósito de dos breves embajadas de Nicolás en Perusa y en Siena.

En la primera, ante Baglioni, capitán de Florencia que rechaza ejercer el mando, podemos adivinar cómo cumple Nicolás la misión de «acribillarle vivo». En la segunda, ante el más ladino de los señores de Italia, aquel en quien Borgia había reconocido al «cerebro de la conjuración», Pandolfo Petrucci, hace alarde de todos los recursos de su inteligencia, no obteniendo de su retor-


Bulloz

Carro triunfal, detalle de una obra de la escuela florentina del siglo XV.

cido interlocutor más que una lección de escepticismo político, del mismo estilo que la recibida antaño por parte de Catalina Sforza. Deja constancia de ella en la carta que Giuseppe Baretti, el espiritual escritor epistolar del siglo XVIII italiano, califica como la más bella de toda la literatura italiana. Sin embargo, no la acepta y regresa a Florencia con la firme convicción de que los dos compinches están totalmente de acuerdo para favorecer y apoyar la agresión del capitán aventurero y sacar provecho de ella, si tiene éxito.

La agresión tiene lugar: Bartolommeo viene a acampar en plena marisma toscana y si Nicolás ha examinado los mapas, ha

podido comprobar que el cuartel general del *condottiero* le ponía en situación para precipitarse, según le conviniera, sobre Pisa, Livorno o Piombino, las tres puertas de Toscana al mar Tirreno. Pudo llegar a la conclusión —como seguramente lo hizo Giacomini, el comandante en jefe de las tropas de Florencia— que era preciso detener la maniobra lo más rápidamente posible. Ahora bien, vemos con estupor que sus señores le obligan (ellos de quienes es, según su propia expresión, su «lengua», su portavoz), a transmitir a su general, primero súplicas, y más tarde la orden expresa y repetida de no combatir: «En cuanto a atacarle, queremos que se tenga extremo cuidado en no tentar a la Fortuna bajo ningún pretexto [...] y en no comprometerla [la tropa] jamás en cualquier aventura que comporte peligro.» El 16 de agosto de 1505, Maquiavelo ha de transmitir el mismo estribillo tan poco edificante desde el punto de vista militar: «La salvación del ejército debe anteponerse a cualquier otra cosa [...], hay que salvar a la tropa.» Maquiavelo transmite la orden pero Giacomini hace caso omiso; ataca a Bartolommeo d'Alviano en Tor San Vicenzo, en el sitio donde, dos mil años antes, doscientos mil invasores galos habían sufrido un desastre. La batalla del 17 de agosto de 1505 constituyó una resonante victoria para los florentinos, y el informe del vencedor es un verdadero himno triunfal, en el que Giacomini pone el énfasis en los «afortunados atrincheramientos cerca de Bibbona», borrando de esta forma el recuerdo de otros «terribles atrincheramientos» de los franceses ante los muros de Pisa.

Desgraciadamente, la embriaguez de la victoria hace perder la cabeza a los jerarcas burgueses del Palacio Viejo. Demasiado impacientes por «hacerla fructificar [...] de todas formas antes de que los soldados se hayan olvidado de vencer», los lanzan sin preparación suficiente al asalto de las murallas de Pisa, donde sufren la más deshonrosa de las derrotas. El 7 de septiembre, la artillería abrió una amplia brecha, 136 brazas de muro, pero la infantería florentina se negó a combatir y prefirió dejarse matar por sus jefes antes que acudir a la lucha y enfrentarse a los sitados, cuya tenacidad conocían, y a trescientos españoles que acababan de entrar en Pisa y cuyo número, volando de boca en boca, se había elevado rápidamente a dos mil. Los mandos militares se vieron obligados a regresar con mercenarios al campamento. El ejército volvió a sus «cuarteles de invierno» en pleno verano.

Fue preciso que se sufriese tal humillación para que la Señoría se decidiese por fin a arbitrar seriamente los medios para vencer: organizar un verdadero ejército nacional, resucitar las an-

tiguas milicias florentinas, desmanteladas tras un siglo de dominación por parte de los Médicis. En resumen, como escribió Maquiavelo en el último verso de su *Primera Decenal*, volver a abrir su templo a Marte («riaprir il tempio a Marte»), o sea sustituir a los mercenarios por la milicia. Se le encarga que atienda el reclutamiento, pero para que esta labor resulte eficaz será necesario esperar cerca de un año, para que entre las dos instituciones de los *Ocho de la Policía* y de los *Diez del Poder* se funde la de los *Nueve de la Milicia* y para que Maquiavelo, su creador, sea elegido su secretario oficial. Nuestro hombre acepta con espíritu animoso esta abrumadora tarea. En las primeras *Cartas oficiales y familiares* del año 1506 se le ve cómo, sin descanso, pasa de un trabajo al otro, desde el reclutamiento de sus milicias hasta la composición —en sólo quince días— de las *Decenales,* desde las más cotidanas preocupaciones pecuniarias hasta la clarividente exposición de la situación europea.

Pero de nuevo en esta ocasión hace falta un chivo expiatorio para aplacar las furias del pueblo desilusionado. Se ataca al jefe militar que ha obedecido, en lugar de acusar a los pusilánimes que ostentaron el mando. Por calles y plazas es reclamada a voces la dimisión de Giacomini. En vano le escribe Nicolás para disuadirle de que la presente, aunque nada más sea «para no dar en lo más mínimo a esta envidiosa canalla ni pie ni motivo para continuar ladrando». Giacomini, dolorido, no escucha a su amigo, presenta su dimisión, la Señoría la acepta y la República se vio privada de esta manera del único guerrero que, seis años más tarde, hubiera sido capaz de defenderla o garantizar la salvaguarda del honor.

Aquí está, pues, nuestro reclutador manos a la obra. Durante los seis años siguientes le veremos desplazarse del Mugello al Casentino, de aldea en aldea, a través de todo el territorio de la Señoría, en una ingrata tarea: hacer de unos campesinos cuya «insubordinación es empedernida» unos soldados disciplinados, reconciliar bajo una bandera las enemistades como las «que cortan en dos todas las montañas» desde Ponte hasta Sieve. A pesar de ello, despliega toda su tenacidad, todo su tacto en tan ingrato menester e incita a sus reclutas, unas veces por el interés y otras por la vanidad, alternando «la humanidad de Escipión y la severidad de Fabio Máximo». Es preciso haber leído todas las circulares y cartas redactadas en el transcurso de este casi apostolado y enviadas a los condestables de las banderas, para calibrar el caudal de paciencia, de astucia, de ardorosa dedicación prodigada de esta forma, sin otra remuneración que las bendi-



Supuesto busto de Nicolás Maquiavelo.

ciones de los hermanos Soderini o las hueras felicitaciones de los Muy Altos Señores del Palacio Viejo.

El hombre de letras estuvo mejor pagado que el hombre de acción gracias al éxito de su *Primera Decenal:* ésta le proporciona un verdadero ditirambo por parte del nuevo capitán general de la República, Ercole Bentivoglio, que le anima a continuar. Su editor Vespucci anuncia al público que se trata de «un mero adelanto de la obra más extensa que el autor urde secretamente en su gabinete».

Se vende incluso, rápidamente y a escondidas, un texto apócrifo que proporciona más de un centenar de ducados a los impostores. Y sin embargo, se indigna Vespucci, «es algo ruin, horriblemente encuadernado, sin espacio, cuadernos pequeños, pequeñísimos, sin blancos ni por delante ni por detrás, letras bamboleantes, erratas en muchos lugares». Habrá que creer que a Nicolás como a *ser* Bernardo, su padre, le gustaban las ediciones cuidadas. Para dar las gracias a los *Ocho de Policía,* que de-

senmascararon a uno de los falsificadores y que le hicieron restituir cincuenta ducados (su parte de las ganancias), encarga inmediatamente «componer y encuadernar elegantemente» diez ejemplares del opúsculo, cuya venta se vuelve a lanzar «en la papelería, a dos *quattrini* de plata cada uno». A partir de lo cual observamos que la *Primera Decenal,* escrita en quince días, proporcionó a Nicolás, independientemente de la venta legítima, y gracias únicamente a la confiscación de una parte de las ganancias fraudulentas, más de la mitad de su sueldo anual de secretario en el Palacio Viejo.

Sin embargo, a Nicolás no se le subió el éxito a la cabeza: este tipo de literatura nunca fue para él más que un pasatiempo, un medio de sustento suplementario, y no una vocación. Abandona por consiguiente su *Segunda Decenal,* como más tarde abandonará *El Asno de Oro,* para volcarse en su bienquista actividad política y atender las tareas de su ministerio. Este es un aspecto sobre el que hay que insistir, ya que en este momento tiene lugar el encuentro inicial de Maquiavelo con la poesía, su primera tentación. En esta encrucijada, entre los sustanciosos beneficios y la vanagloria literaria, por un lado, y el pequeño sueldo y el oscuro trabajo agotador, por otro, escoge continuar en el Palacio Viejo la experiencia laboriosa de la cual saldrán *El Príncipe,* los *Discursos sobre la Primera Década de Tito Livio, El arte de la guerra,* y las *Historias florentinas.*

4. Diplomacia y milicia

Del hombre de letras, poeta o no, volvamos al hombre de acción. Hacia el final de este año de 1506, durante el cual puso en marcha con tanta energía la enorme máquina de reclutamiento por todo el territorio, helo aquí por segunda vez enviado a la corte de Roma a toda prisa, interrumpiendo las demás actividades. ¿Qué ha ocurrido para que se le encargue una embajada tan apresurada? Ha ocurrido... lo que Maquiavelo había pronosticado en malos versos en su *Primera Decenal,* con buena prosa en su *Carta familiar 72* a Ridolfi, acerca de la situación europea a mediados del mes de junio de 1506.

El emperador de Alemania, Maximiliano, que había anunciado a bombo y platillo en 1504 su gran expedición a Italia, luego no realizada, efectuará sin embargo, una incursión sin oposición por parte de los poderosos, quienes esperan sin duda atacarlo al regreso, como habían hecho diez años antes con Carlos VIII en Fornovo di Taro. El nuevo papa, Julio II, todavía poco afianzado en el solio pontificio, aunque «mantiene negociaciones con Francia para ganarse a sus gentes, busca la amistad del Imperio, lo que es bastante congruente: la Fortuna ha vuelto la espalda a Francia, sobre todo en Italia, tras sus reveses; los hados del emperador son completamente favorables; y el actual pontífice debe tener como propósito hacer con él lo que Alejandro VI hizo con Francia [cambiarse de chaqueta]». Julio II no puede atacar a Venecia, demasiado poderosa: la República de San Marcos termina por desalojarlo una vez más de Forli. Intenta el ataque contra Bolonia, de la que Francia se desinteresa, y no teniendo fuerzas suficientes, solicita ayuda a una Florencia cuyo ejército no es precisamente numeroso. Era un proyecto ya problemático en el caso de que lo emprendiera una potencia bien armada, pero que es casi insensato si parte de un «príncipe desarmado», o solamente

Retrato del papa Julio II, sucesor de Alejandro VI. ▶



pertrechado de rayos espirituales, de los que desconfía Maquiavelo y también sus señores. La débil Señoría de Florencia recurre a la habilidad a toda prueba de su Maquiavelo para que vaya a Roma a cumplimentar al temerario pontífice y a asegurarle su firme resolución de «contribuir a una empresa tan santa». En realidad, está claramente decidido a «esperar y ver», antes de poner en marcha un solo soldado.

Esta segunda legación de Maquiavelo, aunque encomendada «ante la corte de Roma», se va a desarrollar en todas partes salvo en Roma, a remolque de la expedición pontificia, durante tres meses y un día, a través de las provincias de la Italia central, de los ricos viñedos del Lacio, de Umbría, de la Toscana y de la Romaña. Pero Nicolás parece preocuparse tan poco de lo pintoresco como de los pintores, y sobre este aspecto poco va a satisfacer nuestra curiosidad. Los lectores interesados por precisiones sobre lo que Maquiavelo llama «las delicias» de estos príncipes eclesiásticos pueden hallarlas en los diarios de viaje que escribieron dos de ellos, Paris de Grassis y el cardenal Adriano da Castello, este último en versos latinos. Maquiavelo no nos dice si bebió directamente en las bodegas de Montefiascone o de Orvieto los célebres vinos que los habitantes hicieron correr en honor del pontífice. Pero sugiere a sus señores que sería conveniente sacar partido de la debilidad de Su Santidad, haciéndole presentes de vino o de algunos productos selectos de la región, tales como caza de la marisma, anguilas de Bolsena, trufas blancas, etcétera.

Deja constancia también de hechos y palabras más significativos. Desde su primera entrevista, toca a Julio II en su punto sensible recordándole la última afrenta inflingida a la Iglesia por lo venecianos en Forli: «Que Vuestra Beatitud me permita decírselo [...] en las ciudades pontificias, se ve a [sus] gobernadores salir por una puerta mientras los nuevos señores entran por otra.» Comprueba que al igual que en su precedente legación, el quisquilloso Julio II «gesticula» y «¡levanta la cabeza!» (este gesto debía ser habitual). En otra ocasión, tras anunciarse la salida de la caravana papal para el día siguiente, comentó sobria e irónicamente al contemplar la situación de los presuntos viajeros después de la cena: «Eso me parece difícil.» Y el lector se imagina al momento a «los santos padres recostados bajo un olmo cercano», uno de ellos declamando acompasadamente estos versos casi virgilianos:

Vicina placuit patribus recubare sub ulma...

No es muy explícito pero se le adivina profundamente interesado cuando, en la víspera del encuentro, bajo los muros de Perusa, entre Julio II y Baglioni, el soberano que viene a recuperar su feudo y el vasallo que se lo disputó a los Borgia, se pregunta «cómo va a acabar esto». Después de la entrada en la ciudad de Perusa, efectuada solemnemente y sin el efecto teatral implícitamente esperado, Maquiavelo expresa claramente su sorpresa: «Las tropas de la Iglesia están acantonadas a la entrada de las puertas, las de Gianpaolo Baglioni un poco más alejadas; sin embargo, el papa y el Sagrado Colegio dependen más de la voluntad de éste último que a la inversa. Si Gianpaolo no hace ningún mal a quien viene a privarle de su Estado, sólo se puede atribuir a su bondad de alma y a su humanidad. Me pregunto cómo acabará este asunto: ya lo veremos durante los siete u ocho días que el papa permanecerá en la ciudad.» No, no se verá nada de lo que esperas, Nicolás: el león —perdón, el grifo— de Perusa no devorará al domador, sino que se situará dócilmente en su séquito. Sólo diez o doce años más tarde, cuando le resulte posible hablar con libertad, expresará abiertamente Maquiavelo su desilusión. Meditará mucho tiempo esta experiencia y de ella saldrá, en el capítulo XI de *El Príncipe,* una reflexión desengañada: «Que estos príncipes [los eclesiásticos] permanezcan en su sitio, cualquiera que sea la manera como se comporten y como vivan.»

Sin embargo, nuestro precoz anticlerical, en la *Carta oficial 36* del 19 de diciembre de 1506, inmediatamente después de la prosaica mención de la llegada de seis toneles de vino y de un cargamento de peras, expresa una esperanza que le hará soñar gozosamente: «Aquí todo el mundo está persuadido de que si tiene éxito la empresa contra Bolonia, el papa no tardará en lanzarse a empresas más ambiciosas [hasta aquí, sabemos que Maquiavelo comparte esta idea], y se espera que ahora, o nunca, Italia se vea libre para siempre de todos aquellos que han decidido desmembrarla.» El anticlericalismo de Maquiavelo se matizará considerablemente, al igual que sus sentimientos hacia Savonarola. Este papa no será un profeta desarmado, sueña él sin duda al ver recompensada en Perusa la audacia de este anciano, como en Sinigallia lo fue la astucia de Borgia. Los refuerzos acuden de todas partes para asegurar la victoria de Francia, incluso de Florencia, y el señor de Bolonia, a su vez, depone las armas sin haber podido utilizarlas. A los parlamentarios de Bolonia, que se presentan para mendigar el perdón papal y tienen la osadía de quejarse «moderadamente» ante Nicolás del comportamiento

de las tropas florentinas, les responde, riendo, que fueron «las tropas boloñesas quienes les enseñaron la música».

Sí, Maquiavelo tiene la lengua afilada y, por muy discretamente que «muerda», sabe que hay que pagar bastante caro ese don, como también el de una autoridad creciente. Por ello, casi seguro que oirá sin preocuparse demasiado los pocos rumores malévolos que, entre muchos halagos, le llegan desde Florencia. Sólo uno le pudo herir en lo más vivo: Alamanno Salviati, a quien dedicó su *Primera Decenal* y a quien tributa en seis tercetos justo homenaje, había declarado, según le informa Biagio, «que desde que forma parte de los Diez, no ha confiado jamás misión alguna a ese bribón [Maquiavelo]». ¿Se trata del simple desdén del riquísimo patricio hacia el pobre leguleyo, o de un menosprecio debido a otra razón? Sea como fuere, Maquiavelo lo recordará y tendrá su revancha. Como consuelo, recibe noticias reconfortantes del reclutamiento que debió abandonar «para no hacer nada» o cómo algunos tienen la osadía de acusarlo en la ciudad, y estas noticias le tranquilizan. A su regreso al Palacio Viejo recibe el premio de sus esfuerzos. Obtiene la consagración de la Señoría y del pueblo, por mayoría de 841 votos contra 317. El mismo día, el 22 de diciembre de 1506, son elegidos los Nueve, y se le nombra secretario de la institución que, entre los *Ocho de la Policía* y los *Diez del Poder*, es bautizada como los *Nueve de la Milicia*. Esto le da derecho a recibir el tratamiento de Magnífico, como los Muy Altos Señores.

De noviembre de 1506 a septiembre de 1508, Maquiavelo pasa en su casa dieciocho meses, que comparte entre sus actividades de secretario en el Palacio Viejo y los viajes de reclutamiento por los territorios florentinos. Por el momento nuestro Nicolás, de quien el amigo Biagio dice que le gusta tanto cabalgar y vagabundear («cursitandi et equitandi tam vagus»), estaba muy contento por volver a empezar la vida cotidiana en Florencia: la vida familiar, el bautizo de su cuarto hijo, Ludovico, a quien uno de los Albizzi solicita apadrinar, la conversación, las «pequeñas juergas» con la pandilla de amigos fieles y, sobre todo, la organización de su milicia, en la cual, durante su ausencia, algunos abusos han podido dar pábulo a las malas lenguas. Recibe ánimos y felicitaciones de todas partes. En Florencia, sin embargo, la malevolencia de la que habla Francesco Soderini se cierne amenazadora no sólo sobre Maquiavelo, sino también sobre los hermanos Soderini y, en especial, sobre el gonfaloniero Piero, que parece favorecer demasiado ostensiblemente a su secretario. En el fondo, el peligro acecha al propio régimen político de la Señoría.

Si la República les pareció hermosa a los florentinos bajo Cosme y Lorenzo, los Médicis en el exilio les parecen menos odiosos, y el actual pretendiente a la sucesión, el cardenal Juan de Médicis, el futuro León X, sabe maniobrar a distancia. A instancias suyas y del emperador, los partidarios de los Médicis en Florencia hicieron anular el nombramiento de Maquiavelo como legado en Alemania, sustituyéndole por Francesco Vettori.

Soderini, para hacer fracasar a la oposición naciente, sin enfrentarse directamente, elude el voto del Consejo y no hace caso de las dudas de Nicolás. Lo envía a Alemania quince días más tarde, bajo el pretexto de hacer llegar hasta Vettori un mensaje confidencial. Una vez más, su hombre para todo le obedece, pero acusa un vivo rencor en un *Capítulo sobre la ingratitud,* probablemente puesto en verso en el transcurso de esta legación imprevista. He aquí lo que allí dice este hombre tan poco inclinado a hablar de sí mismo:

La envidia que me desgarra envenena mi vida...
Cuán perdidos pueden estar los años pasados sirviendo,
cuánto se puede sembrar en la arena y en las olas...
La ingratitud no triunfa en ninguna parte
con más alegría que en el corazón del pueblo...

La Fortuna debe una compensación a Maquiavelo. Le hace descubrir en el transcurso de este lejano viaje la Germania de Tácito en una Helvecia atravesada, sin embargo, a todo galope. No es únicamente su modo de pensar lo que el viajero acomoda al de los demás; es también una humanidad ideal la que de él emana al comparar a los hombres de un país con los de otro, y los de hoy con los de hace dos mil años. Diez años más tarde, Maquiavelo obtendrá el fruto de estas reflexiones en los *Discursos* y en *El arte de la guerra.* Por el momento, su tarea es más modesta. Consiste en ayudar a Vettori a regatear no con Maximiliano, que no lo admite en absoluto, sino con sus tesoreros, y en reducir al mínimo el impuesto de viaje que Florencia debe al emperador, y que éste estimó en principio en quinientos mil ducados. Las ciudades de Italia que siguen siendo vasallas nominales del Imperio no deben menos a su soberano para que venga a hacerse coronar rey de romanos. Se reduce el impuesto a cincuenta mil ducados, y los dos legados se esfuerzan al máximo, en interminables porfías, por diferir y escalonar los pagos. Una vez más, Maquiavelo se nos muestra provisto de toda la paciencia, tenacidad y habilidad que le convierten en modelo de los altos



Retrato de Piero Soderini, gonfaloniero de Florencia.

funcionarios. De nuevo, al margen de este molesto trabajo, observa a las gentes que le rodean, adivina a través de ellas a los habitantes de una «Tudesquería» muy lejana, y define, con rasgos que todavía suscitan la admiración de más de un historiador de la Alemania de 1871, todo lo que constituye a la vez la fuerza latente y la impotencia de la inmensa máquina imperial. De regreso a Florencia, el 16 de junio de 1508, comienza la redacción de la *Relación sobre las cosas de Alemania,* que completará en el año 1512.

Entre las *Cartas oficiales* del año 1509 se encuentra un texto que nos ilustra sobre la ubicuidad del personaje y que es un fiel retrato de Maquiavelo «pintado por sí mismo». Se trata de la *Acreditación para una misión en el interior.* Comienza por «NOSOTROS, Diez de la Libertad y el Poder de la República de Florencia», está firmada «NICOLAUS MACLAVELLUS» y fechada «in Palatio florentino, die 16 augusti MDVIII». Presenta a «todo el que la vea, reclutas de la ordenanza, rectores, oficiales y vasallos, al re-



El papa León X, retratado por Antonio de Brescia. Biblioteca Nacional, París.

comendable e ilustrado Nicolás, hijo de Bernardo Maquiavelo», y les prescribe que «obedezcan al citado Maquiavelo de la misma forma que a Nuestra Magistratura...» Podemos imaginar fácilmente la sonrisa socarrona con la que Nicolás recibió de manos de Maclavellus esta gran prueba de confianza y bajó la escalinata del Palacio Viejo. Pero tuvo que recobrar su seriedad rápidamente. Esta cédula acreditativa, además de otorgarle el derecho de mandar a sus reclutas (lo ejerce desde hace años), sobreentiende para sus Muy Altos Señores, y para él, el derecho y el deber de supervisar las operaciones que, por última vez, Florencia reemprende contra Pisa.

Este nuevo sitio de Troya dura desde hace más de diez años y ya es hora de acabar con él. Se ha hecho lo necesario, se ha recompensado con largueza a los diversos «protectores» de la ciudad sitiada. Por otra parte, a éstos los distraen los tratos en torno a una coalición que ha de formarse contra Venecia. Se ha renunciado con prudencia a tomar por las armas lo que se pue-

de obtener por el hambre, a derribar murallas detrás de cuyos escombros los asaltantes encuentran atrincheramientos, y en las trincheras, a hombres. Por consiguiente, se vuelve a considerar el plan de asedio magistralmente redactado diez años antes por Maquiavelo. En cada uno de los tres puntos estratégicos un comisario de Florencia dirige una zona de bloqueo. Maquiavelo está encargado oficialmente de establecer la relación entre estos tres comisarios, y oficiosamente, de vigilar su trabajo. Ahora bien, uno de estos generales es Alamanno Salviati, el orgulloso partidario de los Médicis cuyas palabras y acciones contra Maquiavelo y Soderini ya conocemos. No nos extraña, pues, enterarnos a través de una carta familiar de Biagio a su «Magnífico capitán general», Nicolás, que una «mala tormenta» ha estallado contra él en el Palacio Viejo, y que «toda el agua del Arno no lo lavaría»; «esta historia no hizo ninguna gracia en el despacho». Añade: «Son, a pesar de todo, los más poderosos los que siempre deben tener razón, y no hay más remedio que respetarlos. Vos tenéis el hábito de la paciencia y de la manera de comportarse en tal circunstancia, y considerad que esto apenas cuenta ya que tenéis que permanecer lejos de aquí, y que no os costará más que una o dos cartas el suavizarlo. *Et superius* [en el piso superior del Palacio, o sea en el despacho del gonfaloniero], alguien con el que me he entrevistado ayer durante largo tiempo sobre este tema, me ha confiado la misión de escribiros y de exhortaros a tener paciencia por amistad hacia él. En cuanto a que se os llame, no se quiere oír hablar de ello [...]. La angustia que produce dejar allí a vuestros hombres sin vos ha sido lo peor.»

Lo cierto es que Nicolás, después de un incidente que adivinamos, pidió su cese, pero sabemos que lejos de escribir una o dos cartas a Alamanno Salviati para suavizarlo, se enfadó por las palabras injuriosas proferidas por este último. Vemos al altanero patricio desmentir dichas palabras, excusar su cólera, y apuntamos esta confesión: «Aunque los soldados quieran reconoceros, sabéis que no estáis en todas partes para poderlos dirigir. En cambio, celebro que os quieran y os estimen: al estar todos los días pendientes de vuestras palabras, serán más obedientes y sabrán lo que tienen que hacer.»

Maquiavelo no se limita a establecer la relación entre los tres estados mayores ni a las idas y venidas entre los tres cuarteles generales de San Pietro, Mezzana y Val di Serchio. Participa en una acción militar por la que la Señoría le felicita a través de una carta del 28 de febrero de 1509, en una veintena de otras operaciones cuyos partes se perdieron, en el arreglo de un vado, en

la construcción de una presa sobre el Arno, y logra con su actividad convertir a sus campesinos en buenos zapadores y en soldados disciplinados (*Carta oficial* del 7 de marzo de 1509). Por más que Sus Señores, el mismo Piero Soderini, le exhorten a «no meterse en lugares donde corra peligro por parte de esas gentes [los Pisanos]», a limitar las operaciones militares a la destrucción de las cosechas, Nicolás no lo entiende de esta manera, y ante instancias más apremiantes de sus Señores para que se ponga a cubierto, roza una vez más la falta de respeto en su respuesta del 16 de abril: «Creo comprender con esta carta que Vuestras Señorías desean que fije mi residencia en Cascina, decisión que me parece perfectamente inoportuna, [ya que] cualquiera puede sustituirme allí. Si me estableciese en aquel lugar, no podría velar ni por la infantería ni por ninguna otra cosa. Sé que la estancia allí sería menos peligrosa y menos fatigosa, pero si no quisiera ni peligro ni cansancio, no habría salido de Florencia; déjenme, pues, Vuestras Señorías compartir con los comisarios los trabajos y las incertidumbres de la guerra en este campamento. Aquí por lo menos serviré para algo, mientras que en Cascina sería un inútil y moriría desesperado; os ruego, pues, una vez más que designéis a otro que no sea yo, si Serragli se negase a permanecer en este puesto que le va como anillo al dedo.»

Y ya tenemos convertido en eficaz plenipotenciario de la República en Piombino al en otro tiempo pontonero del Arno y oficial encargado del suministro de pan en Pistoia.

En resumen, el 1 de junio de 1509, Pisa sucumbe por el hambre más que por la fuerza. «Submissio civitatis Piserum» fue la inscripción que hicieron grabar los florentinos en los muros de la ciudad vencida. Debajo figuraban los nombres de los tres comisarios; sólo fue olvidado el de Maquiavelo. Se hubo de contentar con las felicitaciones de sus amigos. «No habéis sido el artífice menor de este triunfo —le escribió Vespucci—; fuísteis con vuestras tropas quien consumó tan hermosa hazaña mediante una actividad decidida y ajena a toda vacilación y embrollo.» Casavecchia lo consideró «pieza clave» de la conquista y, tras algunos elogios hiperbólicos, le invitó a visitarle en su retiro de Barga, en donde «le reserva un estanque lleno de truchas y un vino como nunca lo bebió».

No fue únicamente en Florencia donde repiquetearon las campanas y brillaron las fogatas. También en Francia el júbilo fue general: la victoria de Agnadello redimía el deshonor de Ceriñola y de Garellano. Maquiavelo, por su parte, veía triunfar el primer objetivo del programa político de Julio II: propinar un buen escar-



Caricatura política de finales del siglo XV.

miento a los venecianos. La liga de Cambrai había cumplido su misión. Todas las plazas fuertes de Lombardía y las de la tierra firme de Venecia habían caído, y sólo el papa había preservado sus Estados Pontificios, ampliados incluso. Los demás territorios

Giraudon



iban a convertirse en manzana de la discordia entre Luis XII, que había hecho un gran esfuerzo, y el emperador, que bajaba en dos tiempos desde sus dominios montañosos para percibir los impuestos, indemnizaciones y viáticos estipulados en Trento y para ocupar, sin apenas lucha, Verona, Vicenza y Padua, aunque tuviera que evacuar precipitadamente esta última.

En su segunda legación ante el emperador, Maquiavelo, de oficial encargado del correo pasa a convertirse en tesorero pagador de la República. Satisface la primera entrega de veinte mil ducados al cobrador de Maximiliano, al que debe reconocer por una simple descripción: «Es un hombre de pequeña estatura, de entre 30 y 32 años de edad, entrado en carnes, de barba roja al igual que sus cabellos, que son algo erizados.» Un gaje del oficio, al que se suma, como siempre, la delicada misión de observar y de prever. Primero en Mantua, «isla seca» en zona pantanosa, donde «no encuentra nada para pescar por las muchas falsas noticias que en ella pululan». Después, en Verona, donde, por el contrario, la situación es tan tensa entre los ocupantes y los habitantes, por una parte, entre franceses e imperiales, por la otra, que Nicolás dudó mucho en ir, hecho que Biagio le reprocha *(Carta familiar 97)*. Sin embargo, una vez allí, su agudo sentido de la realidad le hace discernir claramente el nacimiento de un inesperado patriotismo. Entre los diversos posibles opresores que se disputan el Véneto de tierra firme (Francia, Alemania, España y Venecia), los oprimidos escogen a Venecia y, hasta bajo la horca, aclaman a San Marcos. En su tiempo libre, como si de ganar una apuesta se tratase, Maquiavelo redacta obras muy diversas: una carta muy famosa, su encuentro con una vieja fabricante de cascos, la *Segunda Decenal* y una excelente descripción estratégica de Verona que volverá a utilizar en *El arte de la guerra*. Finalmente, en el momento de volver a Florencia, advertido por Biagio acerca de una denuncia que puede hacerle perder sus derechos cívicos —¡su padre Bernardo habría sido un bastardo!—, a pesar de las súplicas de su amigo, regresa para hacer frente a la calumnia y la rebate por completo.

La tercera embajada de Maquiavelo en la corte de Francia dura tres meses y veinte días. Como en otras ocasiones, Maquiavelo no se refiere a los castillos de Turena, ni a las hermosas ciudades que denomina Blès, Siaburg, y Torsi (Blois, Chambord y Tours). Tan sólo recoge la relación fiel de una de sus negociaciones más espinosas, llevada magistralmente, algunas aclaraciones sobre las tenebrosas maquinaciones que desembocarán en la resonante batalla de Rávena y ciertas precisiones sobre sí mismo. Encuentra en la corte de Francia a un rey abatido, indignado, desconfiado: abatido por la pérdida del cardenal de Amboise, su brazo derecho, y por la retirada de sus alabarderos suizos cuyo alistamiento acaba de concluir (el cardenal Schinner, consejero del papa y más cizañero que él, sueña con un *helveticum imperium*, al que Maquiavelo teme, y que se convertiría en la mi-

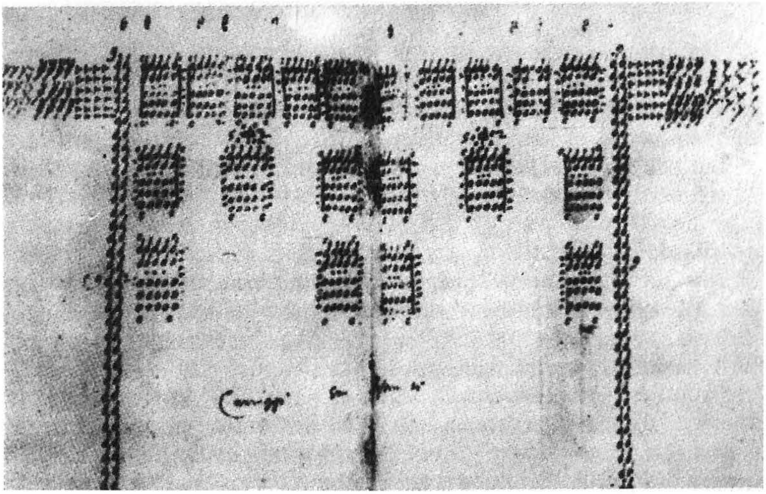
licia ideal de la Iglesia temporal); indignado por el súbito cambio de opinión —imprevisto para él, aunque no para Nicolás— de Julio II, su aliado de Agnadello, quien «fomenta contra él la rebelión de Génova» y hace atacar a su protegido Alfonso d'Este, duque de Ferrara; desconfiado, ya que desde el primer encuentro pide bruscamente al «secretario» explicaciones y compromisos que vayan más allá de las promesas verbales. Le hace esclarecer el papel del *condottiero* de Florencia, Marcantonio Colonna, hacia quien la ciudad mostró su confianza dejándole partir para socorrer a los genoveses rebeldes, y le pide pruebas de garantía, entre otras, la participación de esta milicia florentina de la que se empieza a hablar tanto y su eventual envío a todos los puntos donde Julio II ataca a los protegidos de Francia.

Aclararemos que la República tenía derecho a declararse indignada ante la actitud del pontífice; éste acababa de respaldar en Florencia una conjuración contra Piero Soderini, de acuerdo con el cardenal Juan de Médicis, su futuro sucesor (León X), e igualmente apoyó una ruptura de hostilidades contra Florencia por parte de Siena, la República vecina siempre envidiosa. Pero si la Señoría tenía derecho a enseñar los dientes, también tenía el deber de no morder. El rey estaba lejos, el papa muy cerca. Los Muy Altos Señores evitan cuidadosamente prometer a Julio II, con la franqueza de Luis XII y de su consejero Robertet, la réplica que exige este golpe bajo del báculo pontifical; a saber, un buen garrotazo, una «bona mazzata». Por su parte, Maquiavelo estaba todavía más afectado que sus señores. Solamente había conducido al aniquilamiento, ante los muros de Pisa, a la joven milicia reclutada por él y cuyo bautismo de fuego había esperado con impaciencia. Hacía falta curtirla, ciertamente, pero con prudencia, con escaramuzas progresivas, antes de lanzarla al combate. Así lo escribió en *El arte de la guerra*. Por una vez, compartiría con razón la aparente pusilanimidad de sus señores, ya censurada por Giacomini cuatro años antes. Pero, ¡qué humillación tener que defender la táctica de las armas en descanso y la política de espera, cuando se posee, como él, el sentido de la acción y el gusto por la batalla! Sin embargo, él toma esa decisión, y lo hace con su habilidad y su tenacidad habituales.

Por otra parte, empezó congraciándose con los más importantes interlocutores, al dividir entre Florimond Robertet y Chaumont la gratificación anual que satisfacía Florencia al difunto cardenal de Amboise, diez mil ducados. Si los Muy Altos Señores comprendieron finalmente que era necesario «alimentar la amistad» con dinero, se debió en gran medida a él: hacía años que

en cada una de sus misiones diplomáticas, su humilde secretario repetía machaconamente esta idea, alternando con enérgicas reclamaciones de los emolumentos «que se le deben», formuladas en el tono que conocemos, perfectamente respetuoso en la forma, pero no por ello menos mordaz. Ganadas de este modo las simpatías francesas, Maquiavelo tiene menos dificultades en disculpar a sus Señores a propósito de la primera de las quejas alegadas y en hacer comprender que, al dejar partir a Marcantonio Colonna, ignoraban sus culpables intenciones. Después de lo cual, procura ir deshaciendo las suspicacias. Y, al lograr cambiar las opiniones adversas a Florencia, poco a poco invierte la postura de su oposición. Se hace evidente que no es ante Ferrara, Módena, la Mirándola —que Julio II va a atacar— donde las milicias florentinas tienen que montar la guardia, sino en el propio territorio de la Señoría. Los reclutas se ven obligados a hacer la función de los soldados de la reserva. Robertet, más tarde el Consejo del rey y después el propio monarca, convencidos uno tras otro, dispensan a Florencia de enviar sus tropas. Ante esta circunstancia, Maquiavelo intenta sacar partido de la victoria y llega incluso a pedir un refuerzo de doscientas lanzas, ya que «si las envían —escribe a sus señores—, será una ayuda inestimable [...]. Si no lo hacen, se les quitará de la cabeza la idea de pediros de nuevo refuerzos, al constatar que sois vos quienes se los pedís: al actuar así, no tenemos nada que perder y mucho que ganar». Sacar ideas de la cabeza de la gente y sustituirlas por otras, «imprimirlas», o por decirlo de otra manera, «rellenar los cerebros»: en eso consiste todo el arte de gobernar. Maquiavelo lo consigue a veces, como acaba de hacerlo en la ocasión que hemos citado.

No tendrá tanta suerte en la parte esencial de su misión: intentar impedir por todos los medios a su alcance que los dos potentados, Julio II y Luis XII, lleguen a las armas en Florencia o en sus zonas limítrofes. Pone todo su afán en conseguir ese objetivo, pero tiene una idea clara de la realidad y habla sin tapujos: «El pueblo de Francia —argumenta— se opone a pagar los gastos de una nueva guerra, su nobleza en bloque no quiere guerrear más en la Italia donde tantos de los suyos perdieron sus fortunas y sus vidas, la reina y los príncipes se niegan a que el rey abandone el reino y se juegue la vida en los territorios cisalpinos...» «Hace diez años —replica Maquiavelo— se hicieron las mismas objeciones, y el rey ha pasado y vuelto a pasar los Alpes tantas veces como quiso, puesto que cuando alguien quiere de verdad algo, los demás no tardan en secundar sus deseos.»



Esquemas para la obra El arte de la guerra *realizados por el propio Maquiavelo. El florentino se mostró siempre contrario a la utilización de fuerzas militares mercenarias.*

Maquiavelo, que tan bien juzgó a Julio II, observa a su vez en Luis XII, la profundidad de su resentimiento hacia el papa, y concluye: «Me atrevo a predecir lo siguiente: o el rey de Francia consuma una venganza sonada y ejemplar o pierde todas sus posesiones de Italia.» Ambos extremos se realizarán.

Antes de ver a Luis XII «franquear los montes con un ímpetu mayor que el de años pasados», tendrá tiempo para redactar con toda tranquilidad, a su regreso a Florencia, la *Relación de las cosas de Francia.* Se trata de una simple recapitulación de las observaciones hechas al paso durante los escasos meses vividos en Francia. Frente a estos apuntes, el historiador francés siente la misma admiración experimentada por los germanos ante la *Relación de las cosas de Alemania.* Del conjunto misceláneo de realidades que observa, Maquiavelo deduce con claridad lo esencial, el secreto de la fuerza francesa, al igual que supo vislumbrar el de la potencia alemana, la una suficientemente demostrada en Italia, la otra sin llegar a poder hacerlo.

Maquiavelo formula sus conclusiones con la serenidad de alguien cuyo trabajo consiste en arrojar luz, en no dejarse engañar. Y esa ecuanimidad se ve a menudo matizada por el humor: advertimos que transmite con gusto las ocurrencias que se permiten con él las más altas personalidades, porque constituían una muestra de confianza y por lo que suponían; por ejemplo, cuan-

do Robertet le dice con «una palmada en la espalda» que el papa necesita un buen mazazo; o cuando Luis XII le confía que no quiere «que el papa le pegue un puñetazo» o con ocasión de una reconciliación con Enrique VIII jurada solemnemente delante del extrañado Nicolás, al que pregunta con una estruendosa risotada «si la ha jurado bien».

Con sus amigos de Florencia, los embajadores y los simples escribanos, prescinde de toda formalidad. Opina que es conveniente quitarse, con la toga de etiqueta, los guantes y el alto birrete, lo que el Titus de Metastasio denomina «su aire de majestad», e intercambia con ellos las graciosas historias de Francia y de Florencia, las noticias agradables después de las que lo son menos. Su excelente amigo Roberto Acciajuoli, que permanecía solo en la corte de Francia, le escribe entonces: «Ya me imagino a Casa [Vecchia], Luigi [Guicciardini], Francesco [della Casa, su compañero en la primera legación], que se presentan corriendo en vuestra casa, apenas habéis llegado, para arrastraros hasta un lugar poco frecuentado o a Santa María Novella, y una vez allí haceros vaciar vuestra bolsa...» Le desea que haya llegado «en perfecto estado» a Florencia por la gracia de Dios y por la de cierta dama de Tours llamada Jehanne y para alegría de otra dama florentina denominada Riccia; profiere un juramento atrevido y se burla, para acabar con la eterna cantinela de los Señores que tan mal gobiernan a los súbditos que les sirven bien. A falta de las cartas de Maquiavelo a sus amigos, en las que ellos le escribieron se trasluce una confianza y simpatía unánimes, exponente del papel fundamental que representó la amistad en la vida del florentino.

Maquiavelo y Florencia contemplan angustiados el previsible ataque de Francia contra el papa antes de que se produzca, pero sin disponer preparativo de guerra alguno. Nicolás advierte el primer conato de peligro: el rey de Francia releva a todo su clero y a todos sus súbditos de la obediencia a Roma. El segundo es todavía más grave: tiene la osadía de convocar un concilio galicano que se encargará de juzgar y, sin duda de destituir, al jefe de la Iglesia. Finalmente —fanfarronería insensata—, convoca este concilio en Pisa, ¡en las propias barbas del acusado! La Señoría no puede ni quiere admitir que la falta sea irreversible, y el año 1511 va a transcurrir intentando repararla. Maquiavelo va a ser una vez más el encargado de este trabajo extraordinario. Convencido, como lo está a su regreso de Francia, de que Florencia va a verse complicada en el conflicto militar, acomete la tarea más urgente: disciplinar a sus reclutas, asegurarles el

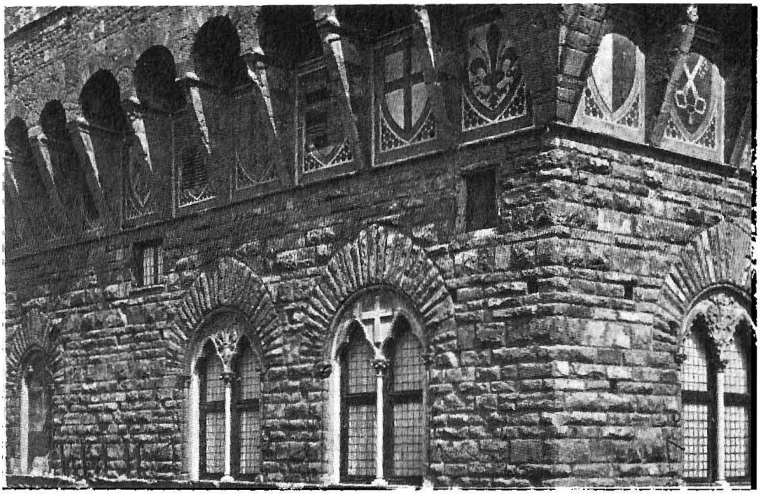
aprovisionamiento, por un «precio razonable», prevenir las malversaciones del dinero destinado al pago de la tropa, castigar adecuadamente a los insubordinados y, finalmente, poner a la cabeza de la infantería a un condestable cuyas capacidades estén a la altura de las circunstancias. Propone, pero no será escuchado, a Jacopo Salviati. Piensa entonces en completar las fuerzas de a pie con una caballería concebida de manera que se eviten igualmente los defectos de la caballería francesa y los de la alemana; ha previsto las objeciones al proyecto, de entre las cuales la principal es que tal ejército constituiría semilla de tiranos, a lo que responde que una fuerza armada adecuada «mantendrá el orden. Y, si surgiera un tirano —añade— en verdad es un mal menor depender de un compatriota que servir a un extranjero, como ocurre a las ciudades que no disponen de ejército propio [...], y quedar como el más miserable de los cobardes que llevan coraza en toda Italia». Se sale con la suya. La Señoría contará inicialmente con quinientos jinetes.

Esta tarea fundamental no le impide desplegar su capacidad organizadora en los distintos organismos de la administración. Se desvela por reparar los daños de la guerra en los alrededores de Pisa e, igualmente, los desastres causados por una inundación (cuyos efectos fueron más graves al no haberse construido la presa sobre el Arno). Se consagra a la repoblación de las tierras abandonadas, la represión de ciertas prácticas comerciales fraudulentas y de la acuñación de moneda ilegal, a la concesión de becas de estudios y a establecer un justo precio del pan: el trigo se acaparaba en los graneros de los grandes terratenientes y era necesario hacerlo salir ya que «nos parece algo incongruente que en un año de abundancia no se encuentre pan a un precio normal, y también resulta extraño que se tolere elevar el celemín a cuarenta cuartos». En resumen, es el factótum de la República, y sin duda debe respirar aliviado cuando se le envía ante Luciano Grimaldi, señor de Mónaco, para negociar y firmar con él, en nombre de la Alta República Florentina, un convenio marítimo más favorable.

En cambio, acogió con sumo recelo las instrucciones de su cuarta y última representación ante la corte de Francia. No dura más que una semana, justo el tiempo de galopar persiguiendo a cuatro cardenales lo suficientemente imprudentes como para obedecer la poco afortunada convocatoria de Luis XII al concilio de Pisa. Pueden provocar la guerra contra Florencia y suscitar la contienda civil en la República al mismo tiempo e, incluso, la cólera del cielo después de la excomunión pontificia. Se trata

para nuestro consumado jinete de frenar en su ruta a los indeseables —de los cuales tres están en el norte y el cuarto en paradero desconocido— y de desviarlos de su ruta. Después habrá de llegar hasta Turena y obtener del rey, si no la anulación del concilio, lo que significaría una capitulación, un aplazamiento en el tiempo y una ubicación más lejana. Por una vez, la política de contemporización se impone a este hombre, que la detesta y lo ha expresado en múltiples ocasiones. Se sale con la suya, pero demasiado tarde. Es consciente de ello y a su regreso de Pisa, en noviembre, sentirá, a pesar de que no es supersticioso, una especie de presagio funesto y difícil de explicar: «Las tres lises grabadas sobre la fachada del Palacio Viejo han quedado ennegrecidas por un relámpago que alcanzó la torre...»

¿Va a pasar Florencia de la protección de Francia a la de España, del Imperio, y a la sujeción de los Médicis, personificada a la sazón en el cardenal Juan, cuya mano se adivina oculta detrás de todo lo que se está tramando? Maquiavelo no entra en averiguaciones, se encoge de hombros y vuelve a su trabajo con una lucidez más evidente que nunca. Saboreemos la agudeza satírica con la que invita a salir de Pisa al último de los cardenales indeseables, duro de mollera por demás: «He ido esta mañana a hacer una visita al cardenal de Santa Croce, con quien me he entrevistado largamente con el único propósito de exponerle las dificultades que llevaba consigo la elección del lugar de celebración del concilio [Pisa] y las circunstancias presentes, que no cesarán de agravarse por la permanencia de los conciliares y la afluencia de gente, a lo que sus Señorías daban poca importancia, se excusaban, etc. Respondí que debido a la escasez se sufrirían privaciones e incomodidades, justificadas, por otra parte, ya que en Pisa no existían los mismos palacios que en Milán ni las comodidades francesas. Que, de todas formas, si sus Señorías querían ser trasladados, ello era factible. Les dije, abrumado por la responsabilidades, que, en mi opinión, sería una decisión muy sabia abandonar el lugar; primero, porque de esta manera escaparían a las miserias de su alojamiento; segundo, porque el hecho de alejar el concilio de la residencia de Su Santidad apaciguaría su ánimo y disminuiría su furor por lanzarse a las armas, tanto las de guerra como las penas eclesiásticas; en tercer lugar, porque trasladando el concilio a tierras de Francia o de Alemania, encontrarían poblaciones más propensas a obedecer de lo que lo son las de Toscana, dado que el emperador y el rey podrían obligar a sus súbditos más cómodamente que lo harían Vuestras Señorías.»



Archivo B

Detalle del Palacio Viejo de Florencia, uno de los edificios más característicos de la ciudad y principal centro de gobierno de la República durante la época de Maquiavelo.

Pero todo el mundo no tiene la libertad de espíritu de Maquiavelo, «el arte de convertirlo todo en broma». A pesar de que el concilio galicano se traslada, de Pisa a Milán, de Milán a Asti y finalmente de Asti a Lyon, es demasiado tarde. Ha habido suficiente tiempo de sembrar el desorden: en la Cristiandad, evocando el espectro de un nuevo cisma de Occidente, y en Florencia, donde capta para los Médicis a los partidarios de Savonarola.

Julio II contraataca primero en el terreno espiritual y convoca en San Juan de Letrán, frente al concilio galicano, un concilio, ecuménico de nombre, pero en la práctica «galófobo». En otro plano, desde tiempo atrás ha preparado una ofensiva que vuelve contra Luis XII a los aliados de la Liga de Cambrai. La Santa Liga, firmada en octubre de 1511, va a asegurar la segunda parte del programa de liberación coaligando frente a los bárbaros de Francia a España, Suiza, Alemania e incluso Inglaterra. El pontífice pone sitio a Bolonia dirigiendo personalmente las operaciones, mientras que Ramón de Cardona, virrey de Nápoles, y los alabarderos de Suiza convergen contra el Milanesado. En vano un joven rayo de la guerra, Gastón de Foix, expulsa a los suizos hacia sus montañas y después emprende el ataque para liberar Bolonia, volver a tomar Brescia y obtener la victoria de Rávena. Paga la acción con su vida. Su sucesor, La Palisse, titubea en lugar de «saltar sobre Roma» y de dictar allí su ley al des-

concertado pontífice. Se ve obligado a abandonar, una tras otra, todas las conquistas francesas, Milán para los Sforza, Bolonia para los Della Rovere. Florencia queda al descubierto, con el enemigo en sus fronteras y la «quinta columna» actuando dentro de sus muros. Los Médicis van a volver a su hermosa Florencia. Aunque no estén en el carro de la coalición, lo siguen en su marcha, entre otros, el cardenal Juan de Médicis, al que La Palisse, después de haberlo hecho prisionero, liberó incomprensiblemente. En la dieta de Módena, donde los vencedores reparten el botín, la Señoría evita enviar al Talleyrand[6] que tiene a mano, al consumado negociador que se necesita. La República de Florencia es sacrificada y Ramón de Cardona será el encargado de ocuparla con doce mil hombres. En escasas semanas, el drama se consuma.

Nos gustaría mucho disponer de algunos testimonios de Maquiavelo sobre estos acontecimientos además de los escasos y breves contenidos en algunos boletines y la recapitulación tendenciosa hecha tiempo después. La penuria de noticias y su laconismo tienen que ver con lo súbito de la catástrofe y no permiten más que una reconstrucción aventurada de los hechos. ¿Habría sentido Maquiavelo, por su parte, el mismo temor, criticado por sus señores cuando tuvo lugar la agresión de Bartolomeo d'Alviano en 1506, de hacer entrar en acción a sus reclutas frente a avezados soldados? Casi podemos vislumbrar el mismo pánico de la Señoría, la misma insólita táctica de evitar el contacto con el enemigo en lugar de hacerle frente, incluso en escenarios claramente favorables como los puertos de los Apeninos.

Se rechaza, en efecto, la generosa oferta del viejo Giacomini, el vencedor de Tor San Vicenzo, que se ha quedado ciego, pero que se compromete con un puñado de valientes a convertir en infranqueable el «Paso de la Hostería». Parece como si, además de la ausencia de directrices de mando, aleteara también la traición. ¿Cómo explicar si no que, justo antes de la invasión, Maquiavelo, que había señalado movimientos de tropas en el norte, al pie del Mugello, fuera enviado al sur para tranquilizar a los habitantes de Montepulciano? A la joven milicia reclutada, tan bien organizada e instruida para batirse, ni siquiera se le ordena acosar al adversario; es concentrada muy por detrás de la línea de las cumbres, en las murallas de una pequeña plaza fuerte, Firenzuolla, con la vana esperanza de que el enemigo vaya a pararse allí, a tres etapas de Florencia, hacia la que, sin embargo, continuará en bloque, hambriento de pillaje. Las restantes fuerzas de infantería y caballería de la milicia así anulada son divididas, en

lugar de lanzarlas conjuntamente al combate. Cuatro mil hombres se fortifican en la última plaza anterior a Florencia, Prato, que será su matadero; se acorrala al grueso del ejército y a los principales personajes en la ciudad, de por sí abarrotada de refugiados y de ganado. Se justifica la medida como recurso para tener a raya a los partidarios de los Médicis que subvertían el orden; Piero Soderini se limitó a arrestar a algunos, cuando se pensaba que un escarmiento que derramara alguna sangre ahorraría una carnicería.

El comportamiento del enemigo Ramón de Cardona no es menos desconcertante: conseguida la victoria, ofrece a la República desistir de la expedición por la cual le pagaban los Médicis cien cargas de pan, indigna compensación y el compromiso por parte de Florencia de abandonar la alianza francesa y de deponer al gonfaloniero que la personifica. A esta propuesta responden por unanimidad el alto magistrado y el Gran Consejo con la más rotunda negativa, en el más digno de los lenguajes. Es un desafío para el lector discernir en el informe elaborado por Maquiavelo qué pensó en ese momento de exaltación en el que Florencia quiso parangonarse a las más gloriosas repúblicas de la antigüedad. No adivinamos tampoco con qué sentimientos asumió «la cobardía de nuestros soldados» (su querida milicia), cuando los asaltantes, desgraciadamente forzados a continuar la guerra, vuelven a sitiar Prato el 28, destruyen un lienzo del muro el 29, y no encuentran más que fugitivos que se dejan degollar «sin resistencia», escribirá Guicciardini con severidad; «tras escasa resistencia», alega Maquiavelo. Entre estos infortunados había un millar de hombres de sus famosos batallones.

Sin embargo, deja que su mordaz ironía se manifieste al afirmar que la terrible noticia del saqueo de Prato perturba a la ciudad, «pero no conmueve al gonfaloniero que confía en vanas esperanzas». Tiene, con todo, la caridad de no insistir sobre la manera en que estas esperanzas se desvanecen. A raíz del ultimátum español, el día 30, la ciudad enloquece, la calles son un hervidero, los guardianes de las murallas y del Palacio Viejo desertan de su puesto, las prisiones se abren, los cabecillas asaltan el Palacio Viejo y sorprenden a Soderini: el gobernante que tres años antes había mantenido actitudes propias de Mirabeau[7] no esperó a la punta de las bayonetas para ceder e implorar que se le perdonara la vida y se le proporcionase una escolta para volver a su casa. Se desploma en la calle, ante la mansión de los Vettori, quienes lo recogen, y después lo destierran, según dicen, a Siena, en realidad al otro lado del Adriático, a Ragusa.

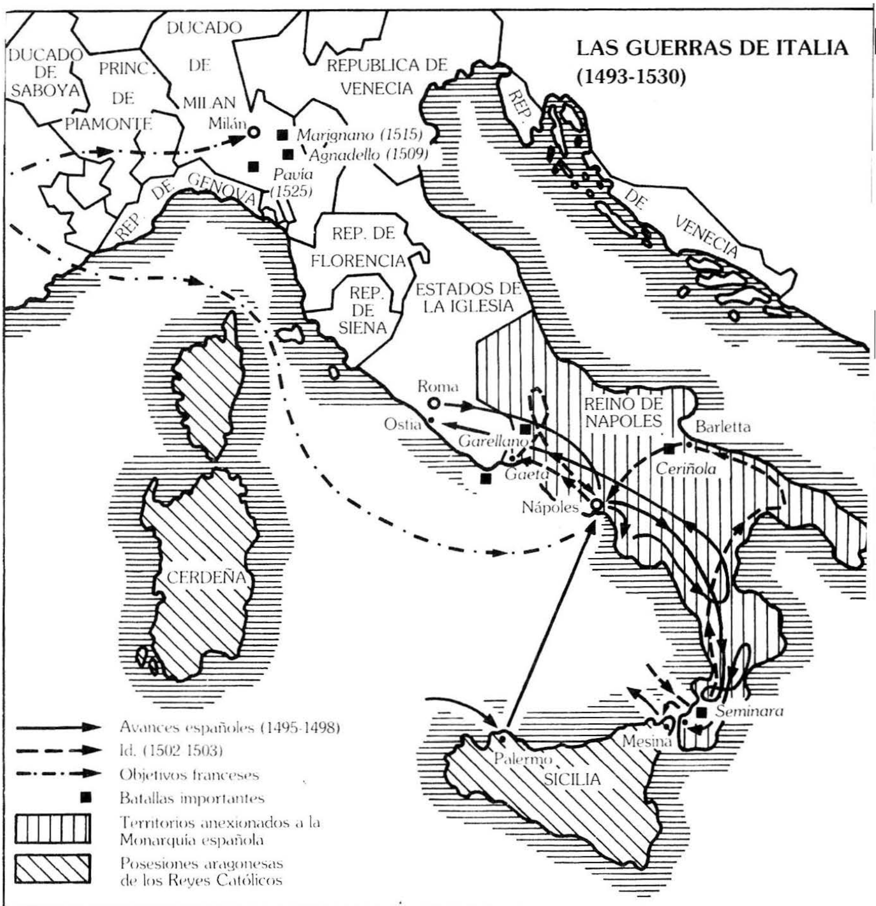


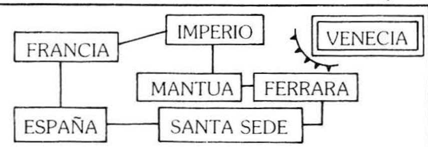
Medalla con la efige de Savonarola, grabada en Italia en el siglo XV. Museo Lázaro Galdiano, Madrid.

Mapa de las guerras de Italia y esquema de las diferentes coaliciones. ▶

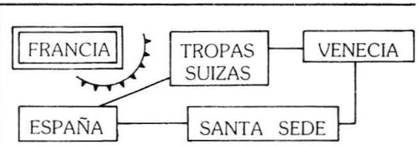
Los consejeros de la Señoría, por su parte, deciden, a instancias de Francesco Vettori, la misma «inversión de las alianzas» que los ex aliados de Luis XII: este cambio, que no sorprende más que a los ingenuos, no lo refiere Maquiavelo inmediatamente en su carta a Madonna X. Será agregado con posterioridad y publicado un siglo después: la verdad tarda a veces en ver la luz.

Parece que Maquiavelo siguió al detalle el desarrollo de los acontecimientos; tres documentos que nos quedan de él son lo bastante ilustrativos. Molestaron mucho a quienes sólo quieren reconocer un Maquiavelo insensible que no tiene nada en común con el que conocemos. Nuestro hombre salió al paso de los su-

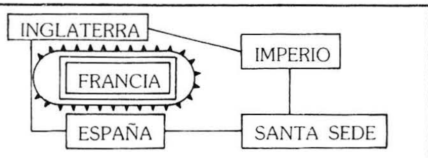




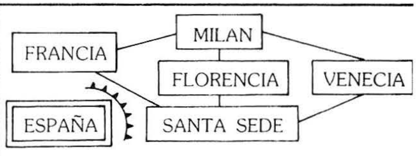
LIGA DE CAMBRAI (1508)



LIGA SANTA (1511)



LIGA DE MALINAS (1513)



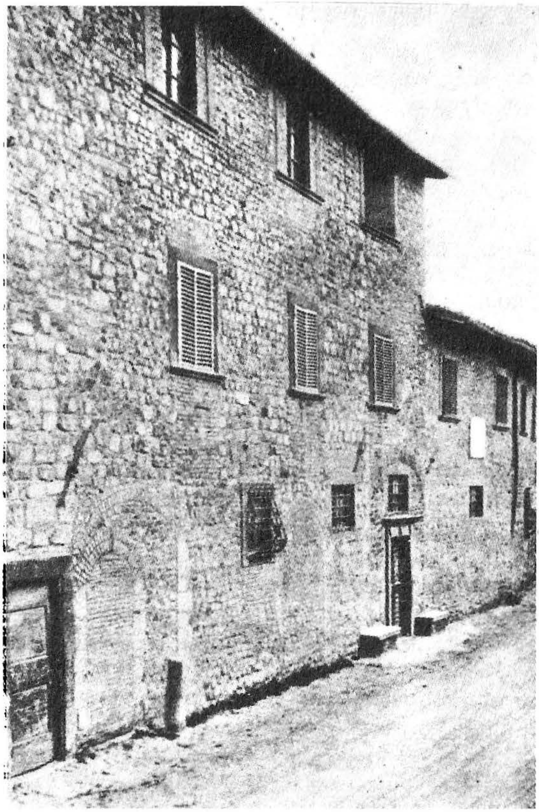
LIGA DE COGNAC (1526)

cesos lealmente, en lugar de adelantarse a ellos como hicieron algunos, hasta el momento en que se consumó el desastre. Supo comprender, al día siguiente mismo de las jornadas fatales del 28 y del 29 de agosto, la naturaleza de la violencia irresistible de la corriente que traía de nuevo el poder a una dinastía que ya lo había detentado durante medio siglo. Lejos de sorprenderse, como los propios triunfadores, por el «alborozo del pueblo entero», Maquiavelo encontró en esa actitud la confirmación de unas palabras de Dante, a las que alude en sus *Discursos*, sobre la «multitud» que grita alternativamente «viva la nostra vita!» y «viva la nostra morte!» ¿Dónde está el deber de un servidor del Estado sino en servirlo, sean cuales fueran sus opiniones respecto a una alianza con una potencia extranjera, hacia una etiqueta política, hacia una familia u otra? No ignora que en el mismo momento en que el gonfaloniero se desmoronaba en Florencia, Ramón de Cardona estaba «haciendo abrazarse» a los Soderini con los Médicis en la saqueada Prato, y vinculando a las dos casas aparentemente irreconciliables por una boda, la del Magnífico Julián con la sobrina de Piero Soderini. Así, con la lucidez de espíritu posible y con la calma que proporciona una conciencia pura de buen funcionario, Maquiavelo continúa actuando, al igual que Florencia sigue viviendo y floreciendo. Desgraciadamente para él, ni los «rabiosos», ni los antiguos partidarios de Savonarola que «se prostituyen» en torno a los nuevos señores y se disputan los puestos, ni los propios señores comprenden el valor de sus consejos y la sinceridad de su postura oportunista. No ven en sus opiniones más que una trampa y en la adhesión un «cambio de chaqueta», o, aún peor, una maniobra del enemigo para contar con cómplices en el propio gobierno. El 9 de noviembre lo exoneran de sus cargos de secretario de los Nueve y de los Diez; al igual que a su muy fiel Biagio, «le hacen saber que no abandone Florencia durante diez años»; finalmente —última humillación— le comunican que no ponga los pies en el Palacio Viejo sin que se le ordene. Añadamos, para completar el episodio, que esta orden se le dio poco después para verificación de sus cuentas y que fue la República la que resultó deudora de una buena suma de florines.

5. Una inactividad fecunda

Así pues, a la edad de cuarenta y tres años Maquiavelo fue relevado de sus cargos tras los catorce años de actividad desbordante que hemos visto. Pasarán otros catorce años para que su nombre vuelva a ser introducido en «las bolsas», esto es, para que vuelva a ser un ciudadano completo, elector y elegible, en la ciudad a la que dedicó su alma. El golpe es tal que pierde durante cierto tiempo su habitual agudeza. A lo largo de este primer año (1513) de inactividad forzosa se empeñará en vano en entrar, no en el Palacio Viejo, que le está vedado, sino al menos en la Curia romana donde espera, primero, tener un augusto protector y, más tarde, un activo introductor. De esta forma, abandona la presa por las tinieblas: la presa es algún pequeño empleo que le ofrece Piero Soderini desde su lejana Ragusa; las tinieblas, la esperanza que manifiesta al ex gonfaloniero de ver a su hermano, el cardenal Francesco, convertirse en Sumo Pontífice y acordarse de su «secretario de antaño». Esta primera esperanza desaparece rápidamente. No es su candidato al papado el que será designado pontífice, ese Soderini que sabe lo que vale Maquiavelo, sino uno de esos Médicis que tardarán catorce años en descubrirlo.

Maquiavelo no se desanima por esto y se aferra a su segunda esperanza, que le supondrá una nueva desilusión. A falta de un augusto protector, tendrá en Roma un activo introductor: su compañero de la difícil embajada en el Tirol, Francesco Vettori. En efecto, éste acaba de verse recompensado por su intervención, que decidió el cambio de opinión del Gran Consejo de Florencia, la caída de la República y el advenimiento de los nuevos señores. Se le nombra orador de Florencia ante la corte del papa León X en Roma. En la mañana de su partida, Maquiavelo está presente. Adivinamos con qué sentimientos Nicolás recorrió con él todo el trayecto de los 1.175 números de la vía Romana, en su barrio de Oltrarno, hasta la Porta San Meo, que desemboca en la antigua vía Flaminia, camino de San Casciano. Maquiavelo tuvo que detenerse allí. Todavía no tiene derecho a salir de Flo-



La casa de Maquiavelo en Sant'Andrea in Percussina, lugar al que se retiró el escritor tras el forzoso abandono de sus actividades políticas.

Dos detalles de Escenas de vendimia, *de Benozzo Gozzoli. En su retiro campestre concibió Maquiavelo sus más importantes obras.* ▶

rencia, ni siquiera para ir a su granja. Dejó que se marchara el «amigo» encargado de hacer realidad su nueva esperanza de obtener un empleo en Roma, por muy modesto que fuese. Pero el hombre al que está ofreciendo generosamente toda su dedicación activa es un egoísta y un indolente. Nicolás tardará año y medio en darse cuenta de ello, en constatar que Vettori no es el hombre que pueda recomendarlo, y que él mismo en aquel momento apenas es recomendable. Por una desgraciada coincidencia, la víspera de la salida de Juan de Médicis, todavía cardenal, hacia el cónclave, se descubrió una conspiración en Florencia contra los nuevos señores, y se arrestó, entre otros sospechosos, a amigos de Maquiavelo y al propio Nicolás. De esta manera, tiene una experiencia que todavía le faltaba: él había ordenado aplicar el suplicio de la estrapada y había prescrito algunas pe-



Anderson-Giraudon

nas de prisión, pero jamás las había sufrido. Ahora tiene ocasión de conocer ambas cosas. Seis veces seguidas soportará el atroz suplicio. Sale de este trance con honor y, con modestia, escribe a Vettori diciéndole que soportó «la tortura con una entereza que le sorprendió a él mismo». Este orgullo no le impide humillarse un tanto en los dos sonetos donde implora, desde el fondo de su horrible prisión, la clemencia del Magnífico Giuliano de Médicis. Más afortunado que Boscoli, decapitado, que Valori y Folchi, arrojados durante largos años al fondo de una fosa en Volterra, Maquiavelo fue declarado inocente y liberado. Pero sigue siendo sospechoso y sólo recupera una libertad relativa: puede circular entre Florencia y su casa de campo en Sant'Andrea in Percussina, hasta sus pobres tierras de San Casciano. Allí va a buscar consuelo en la adminsitración de su patrimonio, en una copiosa correspondencia con Vettori (treinta y nueve *Cartas familiares* infinitamente reveladoras) y, sobre todo, en el trabajo. Pero la mala fortuna le persigue y en vez de la obra única, armoniosa y equilibrada de la que él era capaz y que llevaba dentro, en vez de componer un texto como *El Espíritu de las Leyes*,[8] dispersará su genio en todas las direcciones impuestas por las circunstancias.

La justamente célebre *Carta familiar* del 10 de diciembre de 1513 nos hace revivir uno de esos días tan largos y penosamente aburridos para un hombre de acción. Le vemos, después de haber intentado distraerse haciendo cortar árboles, volviendo a leer los *Amores* de los poetas antiguos y rememorando los suyos; tras haber cazado unos hortelanos[9] para mejorar su monótona dieta alimenticia y después de haberse encanallado durante horas en la posada de San Casciano disputando a los dados cuatro ochavos con algunos harapientos, le vemos volver a su hogar para gozar entonces lo que el llama su «verdadera vida». Consiste ésta en emprender de nuevo, debidamente revestido de sus ropas de ceremonia, y a través de otras lecturas más serias, esa especie de «Diálogo de los Muertos» que practica cada noche con los grandes hombres de la antigüedad, ejercicio donde él se reencuentra a sí mismo. Eso es lo que afirma, y nos gustaría creerle, pero, honradamente, no podemos. Ciertamente sería hermoso y justo que Maquiavelo se viera compensado de todas sus miserias por la inefable alegría de los verdaderos creadores y que pudiera escribir, como Leonardo da Vinci, que «lo mismo que un día bien aprovechado proporciona un feliz sueño, igualmente una vida llena proporciona una feliz muerte». Pero no podrá proclamar, como su admirado Horacio, que «construyó su

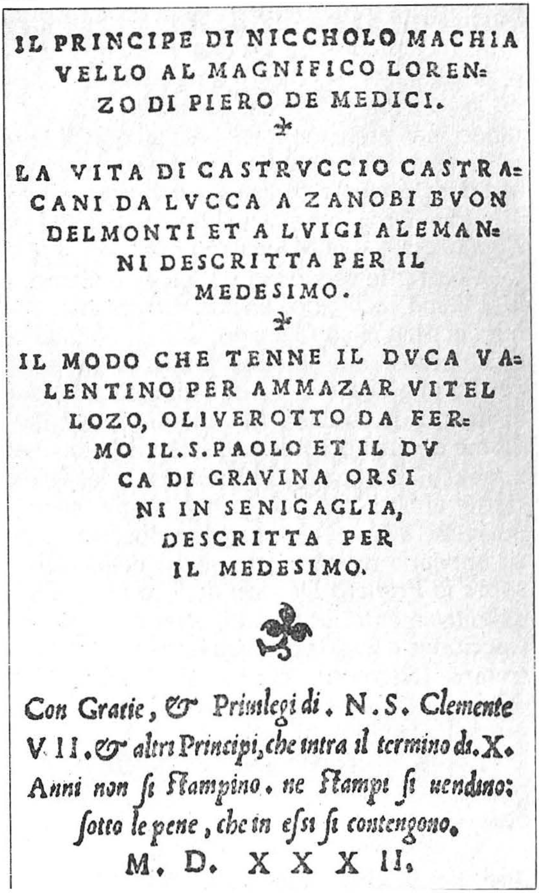
monumento», pues no dejará más que obras heterogéneas y dispersas, casi todas inacabadas. Sin duda, tras haber releído algunas de sus mejores páginas pudo experimentar la misma satisfacción que después de sufrir el tormento de la estrapada. Sin embargo, ni sus tentativas poéticas ni sus obras más importantes en prosa pudieron satisfacerle en el pleno sentido de la palabra. Leonardo se traiciona gravemente, pero define exactamente a Maquiavelo cuando escribe que «la mecánica es el paraíso de la matemática, pues con ella se alcanza el fruto matemático». Leonardo siempre pasó de una invención a otra, sin preocuparse demasiado de sus posibles ventajas. Maquiavelo no se interesa ni por la filosofía política, ni por la historia, ni siquiera por las ideas, sino en la medida en que conduzcan a la acción.

En la descripción de su jornada en Sant'Andrea hay otro momento interesante para nuestro estudio: «Bajando de sus tierras por la antigua vía romana, habla con los que allí pasan, les pide novedades de sus países, adivina bastantes cosas y observa la variedad de gustos y la diversidad de los caprichos de los hombres.» Maquiavelo habla con los postillones en el gran camino de Roma e indaga sobre la lluvia o el granizo caído en las aldeas vecinas, pero lo hace bastante más sobre lo que se dice en la plaza de la Señoría, o sobre los rumores del Vaticano. No puede desinteresarse de la política, confiesa a su amigo Vettori. Y a la primera llamada le veremos abandonar su gabinete de trabajo, a sus interlocutores de la antigüedad y su obra fecunda, para cabalgar de nuevo y cumplir las misiones más estériles para sus atribulados contemporáneos a cambio de una remuneración miserable. Lo que para él constituye, pues, su verdadera vida es la actividad práctica al servicio de alguien o de algo, no ser una boca inútil, «una carga para él, para los suyos y sus amigos». Lo que Maquiavelo no le dice a Vettori en su carta es que, antes de ni siquiera pensar en escribir *El Príncipe,* breviario del buen monarca, intentaba buscar en Tito Livio las líneas directrices de una república justa. Pero he aquí que interrumpe la redacción de *Los Discursos sobre la Primera Década de Tito Livio,* para volver a tomar notas, remodelarlas, orientarlas con un sentido aparentemente contrario y, de repente, por inspiración, redactar en latín el esquema de su demasiado célebre obra *El Príncipe,* titulándola *De las diversas clases de gobiernos.*

¿Qué sucedió? Es lo que Michelet, y después Renaudet, llamaron «el golpe de desesperación de Maquiavelo» y nosotros, con más modestia, llamaremos su «cuento de la lechera». Diríamos más bien que fue una iluminación de insensata esperanza la

que un buen día de 1513, en pleno campo, le dictó los veintiséis epígrafes de las ochenta páginas de *El Príncipe* destinadas a contrapesar, para la posteridad, las trescientas cincuenta de los *Discursos sobre la Primera Década de Tito Livio*, las ciento ochenta de *El arte de la guerra*, las cuatrocientas cincuenta de las *Historias florentinas* y todo el resto de su obra. ¿Hay algo más natural y más humano? Nuestro Maquiavelo, hombre de acción, queda reducido a la ociosidad de un hidalgüelo; las ocupaciones de sus pobres tierras le aburren; la compañía de los andrajosos en las veladas de la taberna le produce asco, y las noches con «gli antiqui uomini delle antique Corti» no le resultan suficientes, aunque él afirme lo contrario. Es preciso que el sueño que acaricia con ellos de una República regenerada sobre el modelo de Esparta y Roma tome forma. ¿No vio él, diez años antes, a César Borgia, un extranjero, estar a punto de conseguir que Florencia se convirtiese en la capital de casi un tercio de Italia, entre Lombardía-Venecia y el Reino de Nápoles? Reducido a las informaciones de los postillones que se relevan en San Casciano, tiene noticias de los comienzos triunfales, en Roma, del pontificado de León X, con quien colabora por su primo, el futuro Clemente VII. Le informan en Florencia del sabio gobierno de los dos laicos de la Casa Médicis, Giuliano y, sobre todo, Lorenzo. «Este último —escribe a Vettori— parece recordar las grandes virtudes de su antepasados: madurez, afabilidad, familiaridad con sus amigos, pero sin permitir a ninguno de ellos los errores de la juventud.» (Esas palmadas familiares, por ejemplo, que confirmarían al asesino de su tío que el Giuliano que iba a sucumbir bajos sus golpes no llevaba cota de malla bajo su jubón.) Pero tras la conjuración de los Pazzi pasaron cinco lustros: ni los *popolani*, ni los magnates, antaño rivales de los Médicis, sueñan —durante un tiempo— con una conspiración. Hasta el mismo Nicolás, en dicha carta, llama al nuevo señor «el Magnífico» y habla de su «Magnificencia» con mayúsculas... ¿Por qué este joven héroe, que es quizá el mencionado en la única *canzone* de Maquiavelo, este capitán de la Iglesia del cual Miguel Angel idealizará los rasgos en la estatua situada frente al *Pensieroso* de la Capilla Médicis, por qué no acabó él, legítimo sobrino de un papa Médicis italiano, lo que estuvo a punto de conseguir el medio bastardo de un papa Borgia? Y así es como el lúcido y frío doctrinario de la toma del poder, de su conservación y de toda conquista posible —todo expresado en veinticinco capítulos de un laconismo epigráfico— se transforma, en el capítulo veintiséis y último, en profeta, en visionario. En esta llamada a la redención

Portada de la primera edición de la más conocida de las obras de Maquiavelo, El Príncipe, publicada en Roma en 1532.


IL PRINCIPE DI NICCHOLO MACHIA VELLO AL MAGNIFICO LOREN= ZO DI PIERO DE MEDICI.

LA VITA DI CASTRVCCIO CASTRA= CANI DA LVCCA A ZANOBI BVON DELMONTI ET A LVIGI ALEMAN= NI DESCRITTA PER IL MEDESIMO.

IL MODO CHE TENNE IL DVCA VA= LENTINO PER AMMAZAR VITEL LOZO, OLIVEROTTO DA FER= MO IL.S.PAOLO ET IL DV CA DI GRAVINA ORSI NI IN SENIGAGLIA, DESCRITTA PER IL MEDESIMO.

Con Gratie, & Priuilegi di. N.S. Clemente VII. & altri Principi, che intra il termino di. X. Anni non si stampino. ne stampi si uendino: sotto le pene, che in essi si contengono.

M. D. XXXII.

de la patria, nuestro prosista llega al lirismo y el descreído predica como Savonarola o Pedro el Ermitaño, pero su propia Tierra Santa es Italia sin restricción geográfica, la de Dante y Petrarca, «el bello país que los Apeninos dividen, que rodean el mar y los Alpes».

Desgraciadamente, predica en el desierto y para un público sordo. Ni León X, el papa más nepotista, ni sus sobrinos, que dejarían alegremente Florencia para ser, uno, duque de Nemours, y el otro, duque de Urbino, se preocuparán por liberar Italia de los bárbaros, sino todo lo contrario, se dedicarán a establecer fructíferas alianzas y a asegurar así la dinastía. Y el breviario de

Maquiavelo no mereció de ellos ni tan siquiera el honor de la lectura. Incluso uno de los dos, si damos fe a un cronista, cuando le presentaron al autor y a su opúsculo al tiempo que a algunos de los perros callejeros, demostró que era hombre noble prestando más atención a las bestias que al libro. «Viendo esto, Nicolás se retiró indignado, y juró a sus amigos que si él no era hombre para conjurar contra los príncipes, su libro le vengaría.»

«Su libro», pero, ¿cuál de los dos: *El Príncipe* o el de las *Las Repúblicas?;* y el Médicis en cuestión ¿fue Giuliano o Lorenzo? Con bastante seguridad no fue este último. El mismo Maquiavelo le llama «acogedor en sus audiencias». Por lo tanto, sería más bien el Magnífico Giuliano, al cual Nicolás envía desde el fondo de su prisión dos sonetos, y más tarde, una vez liberado, un tercero y una cesta de tordos quitada a las seis o siete bocas que alimentar de su casa. Sin embargo, se sabe que Giuliano era el último de los hombres capaces de preocuparse por gobernar un pueblo y, más tarde, de liberarlo de los bárbaros. En lo que concierne al libro del que se habla aquí, se sabe tambien que Maquiavelo, a la vez que seguía retocando y aumentando cada día su breviario monárquico, volvió definitivamente a los *Discursos sobre la Primera Década de Tito Livio*. Es exagerado decir que definitivamente: trabajó en ellos cinco o seis años pero con distracciones e interrupciones numerosas, durante las cuales se entretenía (*distractus,* escribe él) con las más diversas actividades. Juró no ocuparse más de los asuntos de su tiempo, pero a la primera llamada de su amigo Vettori, que solicita en términos halagadores su opinión sobre el conflicto entre Francia y España, responde inmediatamente. Vuelve a dejar a sus queridos romanos —abandono que se repite tres veces— para escribir tres, cuatro y cinco páginas de cartas que de familiares no tienen nada más que el título, y que son tan densas de pensamiento como los mejores fragmentos de los *Discursos* o de *El Príncipe* y de una lucidez que extraña por provenir de un hombre «retirado del mundo», como lo era él, en Sant'Andrea. Sucesivamente, «elabora un tratado de paz Francia-España», lanza un aviso sobre el peligro de una cierta «marea tudesca» (la hegemonía suiza), contra el cual reclama un «dique sólido» y no ve nada más que un protector: Francia. En fin, seis meses antes de la batalla de Marignano, consultado indirectamente por Roma, siempre en equilibrio entre Francia y el bloque enemigo (España, Suiza, Imperio), se pronuncia a favor de Francia y en contra de la neutralidad de la Santa Sede, con una firmeza sólo comparable a la sordera de los que le solicitan consejo.

Entre dos consultas políticas, a veces como introducción a la materia o como conclusión, los dos amigos intercambian bromas o atrevimientos relajantes, como la narración de cierta caza nocturna de tordos por las calles de Florencia, que parece más de Bandello que de Boccacio. Otras cartas muestran hasta donde llegan los problemas pecuniarios de Nicolás y el buen humor con el que se enfrenta a ellos. Hay que leer la narración del jolgorio organizado alrededor de siete libras de ternera, en el que Nicolás, llegado el momento de la cuenta, no puede pagar su parte por completo; de los catorce sueldos deja a deber cuatro, que se le pedirán ocho días más tarde en el Puente Viejo. El pobre diablo no podía pagar ni un ochavo por encima de sus recursos. Escribe una carta a Vettori para que se le desgrave de sus impuestos, y hasta cinco para que le devuelvan a un amigo suyo, Donato, los quinientos ducados que éste prestó al Magnífico Giuliano, y a fuerza de perseverancia, consigue de los Médicis la devolución al interesado, y no sólo de su considerable crédito, sino también de sus derechos cívicos, mientras que él, Maquiavelo, todavía seguirá privado de ellos.

Otras dos de las *Cartas familiares* son todavía más significativas. La primera, la de Vettori a Maquiavelo, donde el rico embajador, que se da «la buena vida» en Roma, no tiene empacho en referir al entonces casi indigente Nicolás lo más atractivo de su placentera estancia y de sus amoríos romanos. La otra, la respuesta de Maquiavelo, en la que lleno de delicadeza, finge compartir de lejos felicidades que no goza, y hasta las recrea con infinitamente más arte y se contenta con «los aromas del festejo, con las sombras del amor». Añade para terminar: «Cuando voy a Florencia, transcurre mi tiempo entre el comercio de Donato Dalcorno y la Riccia; pero me parece que empiezo a ser inoportuno para los dos; el uno dice que obstaculizo su comercio y la otra que perturbo su hogar y, sin embargo, me hago valer ante ellos como hombre de buen consejo, y esta condición me ha servido de tanto hasta hoy que Donato me permite calentarme en su fuego, y la Riccia darle algunos besos, aunque a escondidas. Me imagino que estos favores no durarán mucho tiempo, porque ninguno de los consejos que les di tuvo éxito alguno; incluso, hoy mismo, la Riccia dijo fingiendo dirigirse a su sirvienta: "Estos sabios, no se donde tienen la cabeza; pero me parece que lo entienden todo al revés."»

Unos seis meses después, «la Fortuna le proporcionó la ocasión de pagar [a Vettori] con la misma moneda», lo cual nos permite replantear un aspecto de nuestro inaprehensible personaje.

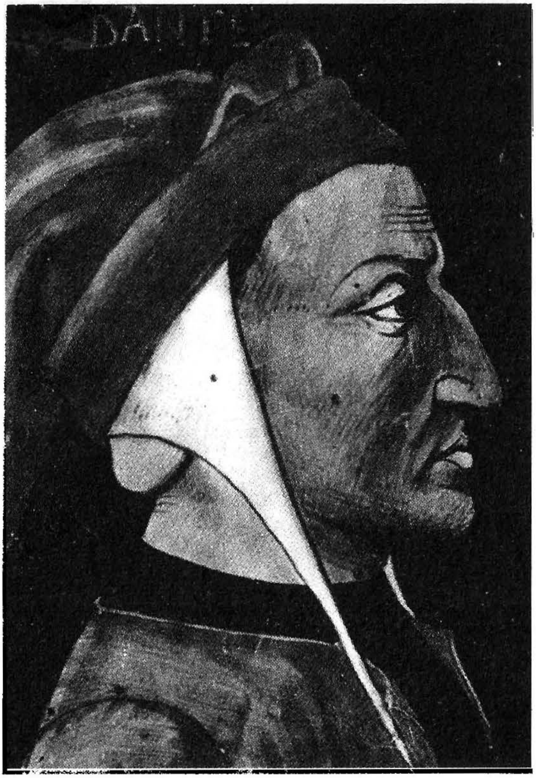
Parece ser que esta vez la suerte en amores le fue más propicia. Maquiavelo parece sentir algo más que las llamaradas carnales, de las cuales ya hablamos, por una misteriosa desconocida, casada con un tal Tafani y pronto abandonada. En cualquier caso, Nicolás se empeña muy caballerosamente en que se le haga justicia, es decir, que tenga dote y marido. Este amor le sorprendió «por su discurrir insólito [...] Ni sus cincuenta años le pesan, ni los caminos más rudos le desaniman, ni las noches más oscuras le asustan. Todo le parece fácil, se acomoda a todos los caprichos, aunque sean los más extraños y contrarios a su naturaleza». Buen material éste para un debate contradictorio, pero que podría resultar tan engañoso como el de los iconógrafos de Maquiavelo. En cualquier caso, nada autoriza a pensar que este amor cortés no acabará como los demás ni que durara más tiempo. Hasta se puede conjeturar si cuando escriba *Clicia* e invente el personaje de Nicómaco, el viejo enamorado no se estará riendo de las chiquilladas que cometió en estos amoríos casi seniles. Maliciosamente, Vettori, «no le pregunta para quién es el retal de bella estameña azul que encargó el galán».

Abordemos ahora otra de las aficiones que seducían a Maquiavelo: la literatura y, sobre todo, la poesía. Quizá fuera para la desconocida de San Casciano para quien escribió *La Serenata* donde La Fontaine encontró la inspiración de *Daphnis et Alcimadure.* Sin duda el poeta francés encontró en su modelo italiano un significado mitológico que nosotros no vemos por ninguna parte. Sucede igual en las otras poesías: *Cantos carnavalescos,* escritos al estilo de Lorenzo de Médicis, *Pastorales, Canzone* o *Epístolas diversas* sobre la *Ingratitud,* la *Ambición* y la *Fortuna.* A veces se asemejan al gracejo de Marot, jamás al acento de Villon o a la armonía de Ronsard. Maquiavelo hubiese sido fácilmente uno de esos incansables cuentistas o improvisadores de versos, que tanto se prodigan en Italia y particularmente en Florencia, del estilo llamado burlesco o heroico-cómico. De ellos tiene la facilidad de palabra y la mordacidad, pero también la negligencia, la versificación poco rigurosa; ¡él, que tiene una prosa tan severa! Cita una vez a Burchiello el poeta-bárbaro del siglo XV, tres veces a Luigi Pulci, el autor del *Morgante Maggiore,* cuyo personaje Margutto es el antecedente del Panurgo [10] francés. Los cita de memoria, alternando sus textos, pero estos autores no pierden nada, no hay peligro de que se tergiverse su sentido. No ocurre igual cuando evoca o imita a un verdadero poeta, caso de Ariosto o Dante. Ahí es precisamente donde corre el riesgo de fracasar. Conoció personalmente al autor de *Orlando furio-*


Giraudon

Retrato de Ludovico Ariosto, poeta contemporáneo de Maquiavelo y al que éste conoció personalmente.

so, quizás en esos jardines Oricellari —de los cuales sólo queda una larga calle cerca de la estación de Florencia— donde los Rucellai acogían a los estudiantes pobres de la ciudad y a los grandes espíritus ilustrados de toda Italia. Había leído los cuarenta y dos cantos del poema caballeresco de Ariosto. Cuando llega al treinta y ocho, donde el autor dibuja, como Rafael en las estancias vaticanas, una especie de Parnaso y cita por docenas a los poetas de su tiempo, él busca en vano su nombre. La venganza de Maquiavelo en su viperino estilo no se hará esperar. El lo citará en el largo poema que se atreve a iniciar, *El Asno de Oro,* donde se propone un fin similar al de Dante en *La Divina Comedia:* contar los hechos a sus contemporáneos. No se puede



Giraudon

Retrato de Dante Alighieri de mediados del siglo XV (Palacio Riccardi, Florencia). La actitud de Maquiavelo hacia su antiguo compatriota, pese a las recriminaciones de que le hizo objeto, era de reverencia y admiración.

evitar la referencia al asno de la fábula de Lessing que pretende correr contra el pura sangre. Agotado a partir del séptimo canto, el asno renuncia «a rebuznar, cocear y hacer ruidos». Nicolás lo sabe pero el lector quiere en vano reconocer entre las diversas bestias del canto séptimo, más enigmático que la «lonza»[11] dantesca, la que representa al autor de *Orlando furioso*. El lector se pregunta también cómo La Fontaine pudo sacar de una fauna semejante la inspiración de una de sus fábulas más bellas, *Los compañeros de Ulises*.

Maquiavelo tiene al menos un rasgo en común con su gran modelo: el gusto por lo críptico y enigmático, lo que hace a veces tan difícil la lectura de las *Decenales* y hasta de *La Divina Comedia*. Pero el hermetismo de Dante siempre conserva alguna belleza y jamás está mediatizado por la preocupación de agradar a los poderosos o de dismimular algún epigrama. Dante cita

Erasmo de Rotterdam, retratado por Durero. El humanista holandés, contemporáneo de Maquiavelo, fue uno de los intelectuales más importantes e influyentes de la época.



Giraudon

en voz alta ante su tribunal, por su nombre, a un emperador y a un papa, para desollar al primero y quemar al segundo. Nicolás incubó siete años su resentimiento antes de lanzar al gonfaloniero el golpe que escarnecerá eternamente su memoria:

La noche en que murió Piero Soderini
Su alma llegó a la puerta del Infierno.
Plutón le gritó: ¿Tú en el infierno, cobarde?
¡Márchate al limbo, con los demás niños!

Pero la muerte de Piero Soderini coincide con el arresto y prisión de su hermano, el cardenal, implicado en una conspiración contra su rival a la sucesión de León X. Maquiavelo no tenía por qué guardar consideración alguna con los Soderini. Se podría alegar con Vettori para defender a nuestro hombre que los

hermanos Soderini habían utilizado mucho más a Maquiavelo de lo que él se sirvió de ellos y que «si bien no les debía una gratitud extraordinaria», tampoco merecían recibir una coz de asno.

Desengañado de la poesía, Maquiavelo vuelve a la prosa. La práctica forzada de quince años de escritura, casi siempre apresurada y no siempre elaborada en la tranquilidad de la mesa de trabajo, le acostumbró a escribir sin dificultad asuntos peliagudos: mensajes en clave, aseveraciones con medias palabras, etc. Le vemos perfectamente a gusto en sus *Cartas familiares.* Como siempre, observa con sumo interés el aspecto externo y el físico de las personas, es capaz de esbozar con rapidez perfiles o auténticos retratos, incluir anécdotas o describir acontecimientos en breves líneas. Narra tan bien de viva voz como con la pluma en la mano, y si los tercetos de las *Decenales* o de *El Asno de Oro* quedan rebajados al lado de los del *Infierno,* su ensayo de *El Archidiablo que quiso casarse* podría ser del mejor y más incisivo Bocaccio. La Fontaine se inspiró en él, y con motivo esta vez, para escribir uno de sus cuentos, *Belphegor,* y es evidente en lo que piensa cuando se confiesa «lleno de Maquiavelo, obsesionado por Boccaccio». Lástima que Maquiavelo no escribiese más. Bandello nos transmite, desgraciadamente en su lenguaje, un cuento con el que Maquiavelo hizo disfrutar, un día de 1526 durante el sitio de Cremona, al *condottiero* Juan de Médicis, «el caballero de la Banda Negra» y a sus invitados. Se trataba de una novela corta, simplemente atrevida, del estilo de las del tercer día del *Decamerón.* Podemos afirmar que Maquiavelo tiene una calidad literaria comparable a la de Boccaccio o la de los mejores autores de cuentos del siglo XVI, Firenzuola, Dasca y otros. Pero existe la duda de que su corazón haya latido jamás como el de Madame Fiammetta, y de que su fantasía haya podido crear heroínas como Griselidis, la humilde Simona con su compañero Pasquino, o Lisa, loca por su rey, a partir de la cual Musset dio vida a su Carmosine.

Tampoco parece muy acertado traer a colación, como lo hacen Tommasini y Voltaire a propósito del teatro de Maquiavelo, a Shakespeare o a Aristófanes. Edgar Quinet es más perspicaz cuando observa que se desconoce bastante la importancia del genio dramático en la obra completa del escritor, en su concepto de la Fortuna, en su narración de la tragedia de Sinigallia, en su personaje de *El Príncipe,* en su enamorado de *La Mandrágora,* en definitiva, en sus obras maestras. En los *Discursos sobre la Primera Década de Tito Livio,* a los que volverá tras sus digresiones al escribir *El arte de la guerra* y las *Historias florentinas,*


Alinari-Giraudon

El condottiero *Juan de Médicis, llamado «el caballero de la Banda Negra». Maquiavelo sintió gran aprecio y admiración hacia él.*

cuyas irregularidades se justifican a la luz de esta observación, hay varios dramas en germen, inspiración de algunas obras célebres como *La conspiración de los Pazzi,* de Alfieri, o el *Lorenzaccio,* de Musset.

Antes de volver al curso de la vida de Maquiavelo, mencionaremos todavía un opúsculo que nos revela un filólogo precoz y un patriota, por no decir un «chovinista de campanario». Se trata de *El Discurso sobre la Lengua,* donde discute la controver-

tida cuestión de si se debe escribir en italiano o en toscano de Florencia. Desde el punto de vista filológico, argumenta correctamente, hasta el punto de que, siglos más tarde, Manzoni le da la razón al rescribir completamente *Los novios* y «lanzar sus lombardismos a las aguas del Arno». Pero si contemplamos la cuestión desde el punto de vista de la unidad italiana, más o menos amplia, hacia la cual se orienta Maquiavelo, la condena de la tentativa de Dante para escribir en una lengua común a todas las gentes de Italia, sorprende y, si se medita sobre ella, resulta sugestiva. Hay que leer las tres páginas del diálogo donde el prosista tutea y maltrata al poeta (a quien en su fuero interno quiere y reverencia) y en las que Dante expresa su opinión humildemente y confiesa su culpa. Más interesante todavía es la recriminación inicial donde Maquiavelo reprende con acritud al autor de *La Divina Comedia* por haber dicho de Florencia y de los florentinos lo que él mismo piensa. ¡Las eternas contradicciones del corazón y la razón!

Decepcionado por Vettori, insatisfecho sin duda de su nuevo amor, cortés o no, tanto como de las diversiones crapulosas con amigos de su edad, Maquiavelo encuentra en un grupo de jóvenes de noble cuna el calor de una admiración sincera, de un afecto desinteresado. Les dedicará los *Discursos sobre la Primera Década de Tito Livio,* lo mejor de su obra. Piensa que amigos de esa índole son verdaderamente dignos de ser príncipes, toda vez que quienes lo son deshonran el título. Con ellos mantendrá diálogos sobre *los Discursos...,* en casa de los Ruccellai, en los jardines Oricellari, antes de escribirlos en su casita de campo. La presencia de este auditorio vibrante, quizá demasiado fervoroso, fue importante para conferir a estas páginas el acento que en siglos venideros impresionaría a Montesquieu, Jean Jacques Rousseau y Michelet, y les llevaría a reconocer en el pretendido consejero de los tiranos a un ferviente admirador de Tito Livio y de las verdaderas repúblicas. Para prevenir a los integrantes de su joven grupo de amigos de que no se dejen llevar por la indignación, aun siendo justa, Maquiavelo amplía uno de los capítulos de los *Discursos...;* en esas páginas alerta contra los riesgos y, sobre todo, la vanidad de las conspiraciones. En este caso, como ocurrió con *El Príncipe,* surgirán las malinterpretaciones más trágicas. A la muerte de León X, algunos de sus jóvenes amigos conspirarán contra el nuevo papa Médicis que, bajo el nombre de Clemente VII, ligará los destinos de Florencia a la nefasta dinastía. El cardenal Julio escapa al complot, pero dos de los conjurados caen bajo el hacha del verdugo y algunos otros se ven

obligados a exiliarse, mientras que Maquiavelo experimenta la angustia de haber tratado quizá demasiado bien las figuras de los dos Brutos en sus escritos. Sobre el cadalso, una de las víctimas responde a su confesor, que le exhorta al arrepentimiento: «¡Sacadme a Bruto de la cabeza!» Maquiavelo puede tener la conciencia tranquila: ningún lector con sentido común interpretaría erróneamente sus textos al leer el capítulo que hizo que durante largo tiempo se publicase toda la obra bajo el título de *Tratado de las conspiraciones*. Si a veces admiró el indómito coraje de algún tiranicida, Maquiavelo siempre deploró su falta de cabeza, la inutilidad de su gesto, incluso el propio peligro que sus acciones podían suponer para la libertad. A lo largo de todo el libro II de los *Discursos...*, elegidos y condenados son separados con la misma serenidad y elevada justicia que los de *La Divina Comedia*. Entre su retiro solitario de Sant'Andrea in Percussina y las conversaciones con los interlocutores escogidos del parque florentino, encuentra un punto de equilibrio. También halla el que estima único consuelo posible: la certeza de no ser inútil, la esperanza de que su servicio no caiga en la servidumbre, el orgullo «de abrir una ruta nueva».

Sin esta obra pionera quizá no hubiese visto la luz *La Ciencia Nueva*, de Vico, ni *El Espíritu de las Leyes*, ni *El Contrato Social*. Ciertamente los *Discursos...* no responden siempre estrictamente al prometedor y ambicioso esquema que se anuncia en la introducción, pero en esa «miscelánea de comentarios» incluso Taine, autor obsesionado por la sistematización, reconoce un torrente de ideas acertadas y grandes, y «que esta antología de máximas prácticas [...] parece haber sido hecha para leerla la víspera de cada gran empresa». «Lo que hace Tácito es novela, Gibbon chismorrea —dirá un día Napoleón—; lo único que se puede leer es el libro de Maquiavelo.»

Cabe preguntarse a qué obra concreta se refiere el corso ¿A *El arte de la guerra*? No obligatoriamente. No existe ni uno solo de los grandes textos maquiavélicos en los que no se hable de la organización militar, entendida como complemento de las instituciones políticas; cuatro capítulos en *El Príncipe*, dos libros casi enteros en los *Discursos sobre la Primera Década de Tito Livio* e incontables pasajes en las *Historias florentinas* tocan el tema militar. Pero en el tratado, *De re militari*, su tercera obra por orden cronológico, habla exclusivamente de la guerra y no como «un ciego habla de colores», según expresó Napoleón en una célebre y mordaz frase. Si Maquiavelo no combatió nunca, si no mató, como Dante, enemigos en el campo de batalla, ni di-



Retrato de Maquiavelo llamado de la «Testina». Es la efige más antigua que se conserva del escritor florentino.

rigió campañas militares, planeó, sin embargo, personalmente la guerra de asedio; fue un oficial de estado mayor, un eficaz comisario de enlace que sabía hablar tanto a sus superiores como a la tropa, y organizó una milicia de un millar de hombres a la que no se puede condenar por el fracaso en Prato. Tiene un claro sentido del deber puesto que tiene derecho a ello. Pero también sabe guardar exquisitamente las formas, conoce el arte de no salir del lugar que le corresponde y no quiere verse en el ridículo de que un secretario dé lecciones a los generales de los ejércitos y se parezca, como afirma en *la Carta familiar 206,* al griego de Aníbal o al zapatero de Apeles.

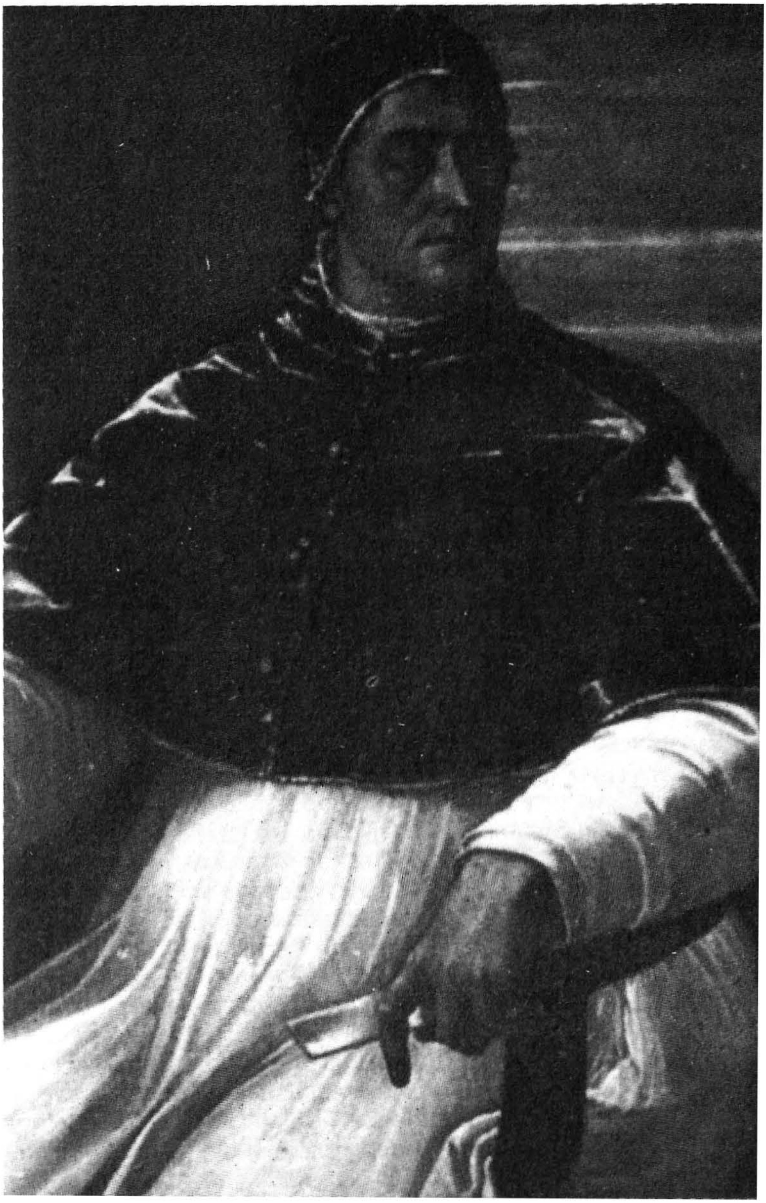
Por lo tanto, va a desaparecer y ceder el protagonismo y la palabra en *El arte de la guerra* a Fabrizio Colonna, uno de los capitanes más valerosos de su tiempo y uno de los hombres más

grandes de Italia. Esta actitud revela a la vez la modestia del ciudadano y la intuición del hombre de letras. La obra que presenta a su público de burgueses y de artistas, en su gran mayoría extraños y hostiles a todo lo militar, no unirá a lo abstruso del tema el tono farragoso de lo didáctico. Por ello, concibe el texto en forma dialogada. Se supone que ocurre en 1516, es decir, poco antes de haber sido escrito. Los interlocutores no son vagos personajes imaginarios, sino conciudadanos conocidos de todos, razón por la cual hay matices de sus palabras que pueden escapar al lector de hoy, pero no a sus contemporáneos. Así, uno de los personajes muere y deja tras de sí un sentimiento de pesar generalizado de forma que la obra gana no sólo por la referencia a la actualidad, sino también por la emoción contenida que provoca el óbito y la fuerza persuasiva de una especie de testamento que dejó el difunto. Sin duda alguna, a lo largo de los debates con sus jóvenes amigos contertulios en el parque de los Ruccellai, Maquiavelo advirtió la viveza que la palabra agrega a la escritura, y el dinamismo y calor que la controversia añade a la palabra. El género literario del diálogo había sido esbozado en Florencia a partir del siglo XIV por Boccacio en las picantes narraciones de los cuentistas de su *Decamerón*. Este género fue reactualizado por León Battista Alberti en 1441, en el tratado *Della Famiglia* que ganó el primer premio literario de la historia. Maquiavelo no obtendrá un premiio de concurso, pero alcanzará algo mejor. En tanto que ni *El Príncipe* ni los *Discursos*... llegaron a aparecer en vida de su autor, *De re militari* fue editado desde 1521 y pronto fue traducido en Francia y Alemania, meditado y aplicado por los hombres de guerra de su tiempo y, quién sabe, quizá utilizado por el condestable de Borbón contra el mismo pontífice que había concedido el permiso de impresión.

6. Entre el presente y la historia

Durante los cinco años en que Maquiavelo construía la nueva Roma de sus sueños, la Florencia real marchó a la deriva en el más absoluto desgobierno. Después de la nefasta gestión de Giuliano, duque de Nemours, Lorenzo, duque de Urbino, murió sin haber mejorado a su primo; su sucesor siguió idénticos derroteros. El descontento popular aumenta y el antimedicismo vuelve a arraigar. La primera conspiración estalla en 1517. Cuesta la vida al cardenal Petrucci y fuertes sanciones pecuniarias a sus colegas, Sauli, Riario y Francesco Soderini. En 1522 estallará otra, la de los fogosos discípulos de Maquiavelo, los interlocutores de *El arte de la guerra*. Pero desde la primera conspiración, León X se alarma ante los barruntos tormentosos que amenazan la República y que le traen a la memoria los tiempos y la hoguera de Savonarola. Algunos contertulios de Maquiavelo en el parque Oricellari eran partidarios del dominico, y si Nicolás dulcificó en sus *Discursos...* la severidad de su juicio sobre el «profeta desarmado» fue seguramente para agradarles. El papa envía, pues, a Florencia al cardenal Julio de Médicis, futuro Clemente VII. Se invita a los florentinos a expresar sus aspiraciones, y en particular a Maquiavelo para que elabore un proyecto de constitución. Proposición capciosa, hábilmente solucionada por el astuto florentino.

El *Discurso sobre la reforma del Estado en Florencia, hecho a petición de León X* es una respuesta a la vez maquiavélica, en el sentido vulgar del término, y generosamente maquiaveliana. La constitución que se le pide está tan ingeniosamente estructurada que, siendo claramente monárquica mientras viven los príncipes bien amados, se revela totalmente democrática en el caso de que desaparezcan. Ahí estriba su carácter maquiavélico. Pero lo es mucho menos el hecho de que, dejándose llevar por una necesidad irresistible de creer en sus postulados, el autor corone su perfecto engranaje con una segunda «Marsellesa», tan mal planeada como la primera. Y la constitución se olvida en un



El papa Clemente VII, anteriormente arzobispo de Florencia, retratado por Sebastiano del Piombo. Museo de Capodimonte, Nápoles.

rincón. Maquiavelo no es encarcelado en el Bargello, pero tardará en recobrar sus derechos cívicos.

Tampoco es muy hábil en aprovechar el favor creciente que le dan sus éxitos literarios. Unas mejores condiciones de subsistencia le ayudarían en su quehacer. «Me consumo», escribe varias veces en las raras cartas de estos años 1518-1520. Intenta aferrarse al afecto casi paternal que siente por un sobrino huérfano y le escribe a Turquía en vano. La mayoría de sus cartas no llegan: «Para mí, es una puñalada», «esto me rompe el corazón». Tales son las escasas quejas que dejará escapar. Varias veces seguidas desaparece, tal y como le reprocha Filippo de Nerli, y se va a Génova, a Lucca, a Venecia para cumplir comisiones semioficiales mal retribuidas. De esta manera satisface su deseo de servir.

A lo largo de la primera de estas miserables misiones en Lucca, de donde traerá 16.844 ducados, pero no para él sino para la riquísima corporación del Arte de la lana, después de haber observado las instituciones de esta villa, escribirá un instructivo *Sumario de la política en Lucca.* Acto seguido se divertirá conquistando el poder y librando batallas en la persona de Castruccio Castracane, *condottiero* del siglo XV, cuya vida noveló y al que presentó como ejemplo, aún más discutible que el de César Borgia. ¿Cómo se explica que pueda proponer a nuestra admiración un gesto tan odioso como el de Stefano di Poggio? Este anciano pacífico calma una conjura contra Castruccio Castracane y lleva a los conjurados arrepentidos ante el príncipe bajo promesa de «clemencia y bondad»: éste los hace matar a todos y también al viejo Stefano. «Se le dijo que era un fechoría quitar la vida a uno de sus antiguos amigos. Os equivocáis, respondió él, no es un antiguo amigo, es un nuevo enemigo del que me acabo de deshacer.» ¿Se trata de la inhumanidad corneliana del joven Horacio o de la ingratitud de Monsieur Perrichon? Es simplemente una referencia a Diodoro de Sicilia... ¿Quién se puede extrañar después de esto del odio que perseguirá a Maquiavelo? Esta primera muestra de la novela histórica le sirvió de adiestramiento para escribir la historia. Quizá ya pensaba en esto desde 1506, como se ha creído ver en la advertencia del editor de las *Decenales.* Tal vez la idea le vino de sus discípulos, o fue posible por las gestiones en Roma de Filippo Strozzi, quién pagó así la dedicatoria aduladora a su hijo en *El arte de la guerra* o bien del ex gonfaloniero, Piero Soderini, reconciliado con los que su hermano, el cardenal, había querido eliminar. Es igual. De donde quiera que provenga la oferta maravillosa y oficial de escribir la his-

toria de Florencia, como a Tito Livio y Tácito se les encomendó escribir los *Anales* de Roma, Maquiavelo acepta de todo corazón y lo prefiere a una misión en Roma ante los Colonna o a la redacción de una historia de Alejandro para Madonna Lucrecia. Tiene el mérito de preferir, pues, la independencia del escritor a una claudicación vergonzante y pagada. Ciertamente los florines con que le pagarán son un poco «fiorini di suggello», florines sospechosos acuñados muy recientemente. Pero los Médicis no osan reclamar un panegírico descarado de su estirpe; esperan que Nicolás cumpla este pacto tácito y que se desacredite por sí mismo a los ojos de sus amigos republicanos. Pero Maquiavelo se librará de esta segunda trampa con la misma elegancia que de la primera. Así lo podemos ver si analizamos la dedicatoria a Clemente VII, donde, entre los elogios medidos y merecidos que adjudica a los grandes antepasados de los Médicis, hay una verdadera mofa bajo el disfraz magistral de las alabanzas.

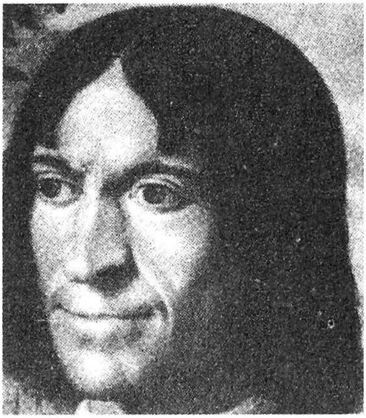
Con la misma mezcla de júbilo y de suspicacia con que Tácito inició los *Anales*, Maquiavelo emprende sus *Historias florentinas*. Al cabo de cinco años «de asidua lectura de las cosas antiguas», su credo político queda formulado. Y lo confirmará al confrontarlo con la «experiencia de las cosas modernas». «De qué sirve —escribe— ir a buscar ejemplo en Roma y en Atenas si los tenemos en Florencia.» Y a partir del primer libro, irá dando marcha atrás, descaradamente, hasta la Edad Media, hasta situar las dos fuentes de todos los males: la funesta donación de Pipino el Breve al papa Gregorio III, origen remoto del partido güelfo; y las no menos funestas investiduras en Italia de un Sacro Imperio fantasmagórico, de donde nació el partido gibelino. Se refiere también a la destrucción del Imperio romano. En lugar del triunfo de una verdadera república, de una Roma vigorosa —sólidamente equilibrada en el interior por la armonía entre plebe y patriciado, unidos siempre frente el enemigo exterior en las guerras defensivas, sagradas y justas contra el Lacio, los invasores galos o Cartago—, lo que él ve son confrontaciones dignas de «una jauría de perros»: luchas civiles entre facciones en el interior de las ciudades y guerras indignas de este nombre en el exterior.

A lo largo de los primeros siglos de estas *Historias...*, no se detiene a la hora de acusar a los culpables y exaltar a los grandes ciudadanos. Desgraciadamente, a partir del siglo XV, la lucha de clases cede su lugar a sórdidas rivalidades entre algunas familias. Estas rivalidades, que podrían ser retóricas o dramáticas, si se afrontaran abiertamente de palabra o por las armas en una


Anderson-Giraudon


Anderson-Viollet


Alinari-Giraudon


Alinari-Giraudon


Alinari-Giraudon

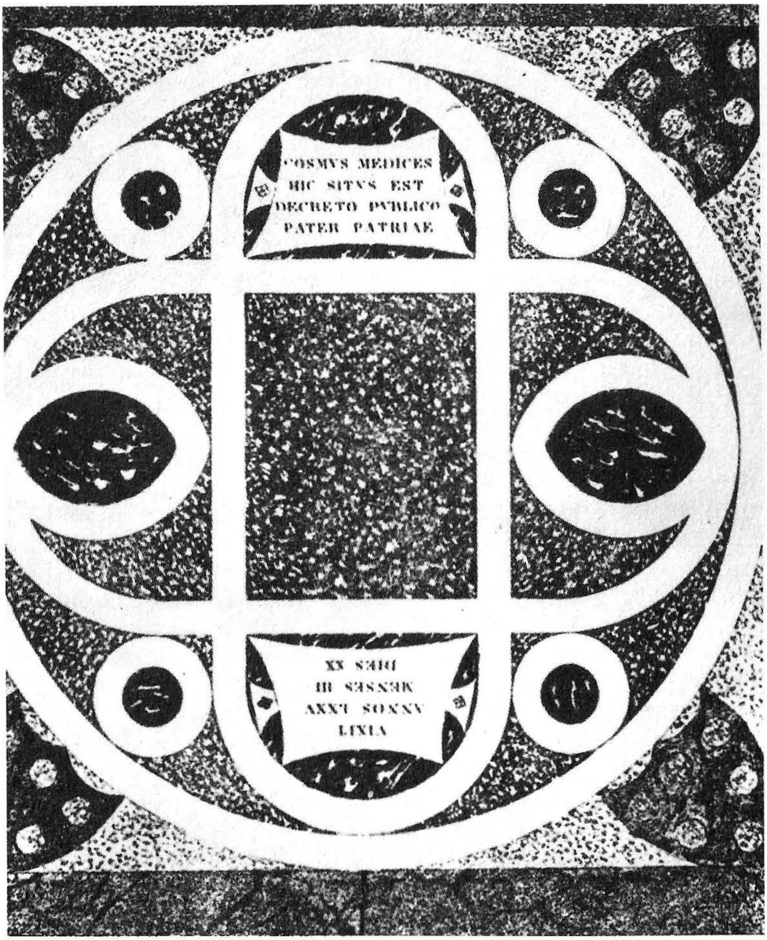

Brogi-Giraudon

guerra callejera, se hunden en el vergonzoso entramado de las combinaciones políticas y financieras en las que los más ricos, los más astutos y los más obstinados son los que ganan. En el seno de una Florencia que sigue siendo profundamente fiel a sus libertades, o al menos a las apariencias, los Médicis, de padre a hijo y de antepasados a descendientes, supieron hacer su juego y conservar la máscara del simple ciudadano y del republicano. Por lo tanto, a medida que Maquiavelo avanza en sus *Historias*..., se siente cada vez más incómodo y entonces su relato deriva hacia cuestiones marginales, algunas significativas y dramáticas, como la aventura del capitán de la república milanesa que se convirtió en tirano y fundó la dinastía de los Sforza, y otras tediosas por completo, como el libro IV, íntegramente consagrado a las guerras indignas que prolongan «impasiblemente» mercenarios sin fe ni ley. Pero el historiador no puede limitar su tarea a digresiones. A lo largo del cuarto año de esta labor, más espinosa que sus negociaciones más difíciles, cambia por unos momentos de género literario y escribe a un confidente seguro y autorizado: «He estado, y estoy todavía absorto en la redacción de mi historia, y daría de buen grado diez sueldos, y no quiero decir más, para que estuvieseis cerca de mí y pudiese enseñaros la encrucijada en que me encuentro: comienzo, en efecto, a tratar algunos extremos sobre los cuales necesitaría vuestra opinión; temo disgustar bastante, sea porque realzo, sea porque resto importancia a los hechos; ¡bah!, ya me aconsejaré yo solo e intentaré, pese a todo, decir la verdad». Y la dice, o la deja escapar habiendo intentado por todos los medios esconderla. Así ocurre cuando no acusa abiertamente a Cosme de Médicis de haber hecho asesinar a Baldaccio d'Anghiari, pero era evidente que detrás del grupo de ciudadanos y el gonfaloniero «que se repartieron el gobierno oficial», era Cosme el que «sentía celos» del prestigio creciente de un ciudadano demasiado popular y de un jefe de cualidades innegables. En unas breves líneas, pero que hablan por sí solas, Maquiavelo hace ver sin tapujos la perfidia de la emboscada. Al fin se traiciona totalmente al escribir en un tono determinado el epitafio de la viuda, Annalena, que «de sus casas hizo un monasterio donde se enclaustró en compañía de otras numerosas y nobles damas y donde vivió y murió santamente. Gracias a este monasterio que lleva su nombre, la memoria de Annalena, como ella, vive todavía hoy, vivirá siempre».

◀ *Algunos de los principales miembros de la familia Médicis. De izquierda a derecha y de arriba a abajo: Cosme el Viejo, su hijo Piero I, sus nietos Giuliano y Lorenzo el Magnífico y sus bisnietos Clemente VII y Piero II.*

Maquiavelo no dejó traslucir siempre tan imprudentemente sus sentimientos. Es una tarea complicada domar la pluma cuando se piensa en la historia con el rigor frío de Tucídides y se escribe con el calor de Tito Livio. Tommasini subraya «el esfuerzo que el escritor se toma en poner de acuerdo la veracidad de la narración y su pensamiento, su coherencia política: suprime párrafos enteros salidos de su pluma, suaviza las imágenes, templa las expresiones, lima todo lo extremista, borra lo que puede inspirar sospecha». Y de esta manera consigue hacer descripciones de escrupulosa imparcialidad de los dos principales artífices de la muerte lenta de la República de Florencia, Cosme el Viejo y Lorenzo el Magnífico. Pero, concluye Renaudet, «la obra histórica de Maquiavelo sigue estando viva porque en ella sobrevive Maquiavelo».

No hay nada extraño en que nuestro destajista de la pluma sintiese la necesidad de evadirse una breve temporada, que haya aceptado una misión tan poco conforme con su carácter como una negociación religiosa con los franciscanos de Carpi y el «encargo» delicado de descubrir entre ellos al predicador mejor cualificado para la Cuaresma de 1520 en Florencia. Evidentemente no consiguió ni lo uno ni lo otro, ni sacó ningún provecho para su bolsa y menos todavía para su salud, puesto que «sintió que llevar el correo a rienda suelta no le sienta nada bien, por culpa de una indisposición que sufre» (cálculos). Pero en el camino hacia Carpi descubre en Francesco Guicciardini, gobernador de Módena, que será para él el confidente más seguro, el amigo querido, su *alter ego* en el último acto del doble drama, el historiador que, tras su muerte, comentará sus *Discursos*... y continuará sus *Historias*... con tanta lucidez como su antecesor. Para entender la amistad de estos dos nombres es preciso tener en cuenta la atracción de los contrarios. «Con bel cambio tra lor d'umor et d'ombra» [«Bello intercambio —escribe Tasso— entre bosque y río de humor que fecunda y de sombra refrescante»]. En efecto, es Maquiavelo el que da la alarma de la presencia de una tropa de ballesteros entre Módena y Carpi con el único fin de alegrar con una buena broma «un asunto de frailes»; y Guicciardini, el gobernador Magnífico de Reggio y Módena se deja violentar de buen talante. Le escribe dos cartas el mismo día y en la segunda le otorga el cumplido al que podía ser más sensible comparándole con un héroe de Plutarco, Lisandro, general de Esparta, «quien se vio después de tantas victorias y triunfos reducido al humilde menester de distribuir carne entre los mismos soldados sobre los que había ejercido el mando con tanta gloria». Sin



Lápida sepulcral del Médicis Cosme el Viejo, en la que se le denomina «padre de la patria».

embargo, declara, para terminar, que la broma ya había durado bastante y que Nicolás debe volver a Módena. Por otra parte «se le espera con la más viva impaciencia». En realidad, quien desea su llegada es cierta Mariscotta «que bien sabrá ocuparse de él». Y Maquiavelo obedece concluyendo, y con no menos gracia, que por lo menos habrá aprendido algo en el monasterio: la profundidad del silencio de los monjes cuando comen. Por su parte «se dio un buen festín» y «engulló como tres perros y seis lobos», di-

ciendo al comer: «Esta mañana llené dos orinales»; y tras la cena: «Esta noche, cuatro», y «¡qué camas tan mullidas!». Mas que nunca esta alegría, desenfadada hasta el desenfreno, es una necesidad vital en el torbellino de las catástrofes políticas que, una después de otra, se ciernen sobre las zonas circundantes de Florencia y sobre la propia Señoría.

Una política exterior lúcida y enérgica de la Iglesia, árbitro de la cristiandad, podría mediar entre los dos bloques que van a enfrentarse. Francia, recién salida de Italia después de los fracasos recogidos por Lautrec en la Bicoca y por el infortunado Bayardo en la Sesia, se prepara a volver con Francisco I para recuperar el honor perdido. Frente a él, encontrará a un emperador verdaderamente digno de ese nombre, Carlos V, que une bajo su mando las fuerzas de España y de Alemania. Por el contrario, el segundo papa Médicis, que era la representación de Roma y Florencia, no demostró más que debilidad. Los dos Médicis pensaron más en la dinastía que en los intereses de Florencia, Italia y la Iglesia. León X, antes de la batalla de Marignano no hizo más que andar con rodeos. Y en la víspera del combate de Pavía, Clemente VII no hará otra cosa. No debemos perder de vista estas circunstancias para comprender algunas fanfarronadas de Maquiavelo y de sus corresponsales, simples consecuencias de la indignación y pudor de la pena originada por los acontecimientos. Este es el tema que también debe leerse entre líneas en la comedia *La Mandrágora*, que Maquiavelo escribe entonces como antídoto contra los penosos sucesos. «Y si este tema —anuncia el prólogo a los espectadores— os pareciese demasiado frívolo y poco digno de un hombre que aparenta ser sabio y grave, perdonadle, pensando que se esfuerza por distraer sus tristes días: le está vedado mostrar de lo que es capaz en otro teatro.» Esta obra todavía no ha sido interpretada como convendría y, sin embargo, no se ha dudado en investigar a fondo *El Misántropo, Don Juan, El Avaro* y hasta *Tartufo*. En *La Mandrágora*, Calímaco, el enamorado ardiente, es el trasunto literario de Maquiavelo y de su furor patriótico exasperado, fray Timoteo encarna la codicia de los frailes corrompidos y Lucrecia recuerda la resignación desesperada de la Lucrecia antigua, arrinconada en la vergüenza.

Una vez más, la Fortuna le sonríe: su obra es representada y primero triunfa en Florencia: «Se allanó un jardín fuera de las

Retrato de Francesco Guicciardini, historiador, diplomático y gran amigo de Maquiavelo. ▶



murallas de San Friano para hacer el decorado, y un riquísimo mecenas ofreció en él banquetes, y no sólo a los más nobles patricios y particulares de la ciudad, sino también a los burgueses y al pueblo [...]. La fama de tantas magnificencias es demasiado grande para los confines de la Toscana, quiere franquearlos, y pasará los montes.» Pero hasta el mismo «gran amigo» de Maquiavelo que le felicita en estos términos, escribe diez días más tarde al hermano de Madonna Marietta para deplorar algunos rumores que corren por Módena sobre la mala conducta escandalosa del autor: «Un padre de familia tan considerado, un hombre de su condición ha ido a perder los estribos con quien ni él quiere referir»; pero todo el mundo lo sabe y Marietta lo sabrá. Se trata de la mejor cantante de Florencia, Barbera Salutati, para la cual el autor escribe intermedios cantados de su obra, y que es, por lo que sabemos, la última y más viva pasión, la menos indigna al parecer, si el madrigal publicado bajo su nombre es verdaderamente de ella. En todo caso, los dos poemas escritos para Barbera por Maquiavelo, a sus cincuenta y cinco años, no nos revelan nada que no sepamos ya sobre su deplorable facilidad para escribir versos. El epílogo de esta aventura se encuentra en la delicada alegoría de la *Carta familiar 193,* donde por boca de una cierta Madonna de Finocchieto, Guicciardini pregunta a Maquiavelo por qué pierde el tiempo detrás de Barbera y mujeres de su condición, cuando tiene a Marietta, y en la respuesta evasiva de Nicolás, contenida en la recomendación que dirige a su hijo, el pequeño Guido, para que deje al mulito que se volvió loco «que purgue su locura en los pastos de Montepugliano en lugar de encerrarlo, de ponerle cadenas».

Mientras que la comedia se representaba en Módena, la tragedia se desarrollaba en Pavía. Concluyeron los dos siglos y medio de incursiones sangrientas en Italia de los franceses. La noticia llega a Roma poco antes de que lo haga Maquiavelo. Había dudado mucho tiempo antes de hacerlo, a pesar de una apremiante necesidad de dinero y de animar al eterno indeciso, Clemente VII, enseñándole los ocho primeros libros de las *Historias florentinas,* para que le financiara la continuación. «No es el momento de lecturas ni de generosidades», objetó el no menos indeciso Vettori. El papa dijo: «Que venga», lo que significó en realidad: «Que se guarde de hacerlo.» Maquiavelo, sin embargo, viene, pero deja a otros amigos, sin duda más prácticos que él (al cardenal Salviati, Filippo Strozzi), el cuidado de conseguirle del tesoro pontificio cien ducados «grandes, con el peso justo de oro» (sin recortes abusivos del fisco). Por su parte, no sueña más que

con una cosa, de la que estaba tan convencido que cree convencer a su augusto oyente: resucitar su milicia, reclutándola esta vez no en la delicada Toscana, sino en la ruda Romaña. El 6 de junio de 1525 el conturbado pontífice envía a Maquiavelo para una consulta a Guicciardini, que ha pasado de gobernador de Módena a ser gobernador de todas las ciudades romañolas. Conoce a sus súbditos y sabe que apenas tengan las armas en la mano las utilizarían unos contra otros. Conoce a Clemente VII que, a diferencia de León X, no sabe «hacer dinero». Le responde que el proyecto de las milicias costará caro. Maquiavelo, harto de guerra, regresa a Florencia.

Se vuelve a dedicar a sus estudios históricos pero el momento que aborda es tan ingrato y el sucesor de Lorenzo el Magnífico es un personaje tan ruin, que la pluma se le cae de las manos. «El ocio —le escribe Guicciardini— es más necesario ahora que nunca entre tantas perturbaciones.» Se distraerá pues, y conforme a su invencible necesidad de servir, hasta en las labores más humildes, en las que se consumen sus decadentes fuerzas físicas. Para informar a su amigo Guicciardini, deseoso de comprar otra casa de campo, monta a caballo, y se va a hacer el inventario de dos propiedades en la montaña de Mugello, y lo hace con la misma precisión y competencia que un entendido en la materia. Y esto no es hacer de la vida de Maquiavelo una novela, sino leer simplemente entre líneas, adivinar en la *Carta familiar 192,* el emocionante *Sic vos non vobis* de Virgilio. No contento con albergar a su amigo, y además magníficamente, en la finca *Colombaia,* Maquiavelo se empeña en hacer realidad nuevamente el proyecto de boda entre una de las cuatro hijas de Guicciardini y uno de los hijos de Strozzi, antes descartado por falta de una dote suficiente. Hay que ver a Maquiavelo en su papel de casamentero abordar en plena calle al jefe de la muy rica familia de los Strozzi, no dejarlo antes de haberle llevado, completamente perplejo, hasta la plaza Annunziata, lugar famoso por las obras de arte de Brunelleschi, Michelozzo y Luca della Robbia, e intentar allí el asalto final, tomando a Dios por testigo de las prendas de tan excelente doncella, rica en honores y esperanzas. Acto seguido se encarga de hacer dotar a la heredera insuficientemente provista a expensas del papa, como habían hecho los Strozzi, los Vettori. Nuestro Demóstenes despliega la persuasión de Esquines para convencer al reticente Guicciardini a seguir el ejemplo de los magnates florentinos y conseguir lo que el propio Maquiavelo no consiguió ni conseguirá jamás en su propio provecho: aflojar generosamente la bolsa pontificia.

Entonces, la suerte sonreirá una vez más a Maquiavelo. A un Maquiavelo que acaba de escribir para Girolami, diplomático principiante en la corte de España, unas excelentes instrucciones sobre *El arte de ser embajador,* y al que —ironías de la vida— la corporación de la lana confía, a cambio de algunos florines, una delegación irrisoria. En un momento en el que la situación es tan grave que Guicciardini le escribe: «Deambulamos todos en tinieblas, las manos atadas a la espalda para no esquivar los golpes», a Maquiavelo se le encarga que vaya a ver al dogo de Venecia, para que indemnice a tres jóvenes mercaderes florentinos que, volviendo de Ragusa, fueron sodomizados y secuestrados en un puerto de la Serenísima República. Igualmente, veinte años antes, a veinte días del saco y de los estupros de Prato, Nicolás tuvo que ocuparse de una ramera violada por tres soldados. A su vez, se ve recompensado: gana entre dos mil y tres mil ducados en la lotería veneciana, el equivalente a veinte o treinta años del sueldo de la secretaría. Esta legación, su tercera y última empresa, le habrá proporcionado, por tanto, más de lo que él esperaba, si la noticia es cierta. En todo caso, la suerte de Maquiavelo tuvo un gran eco en Florencia y le valió las felicitaciones agridulces de Filippo de Nerli, que termina su carta deseándole, siempre amargo, que el fisco no vaya esta vez a «meterle por el trasero un puerro que le haga sudar hasta por las orejas de otra forma que a Nicias».

¿Quién es Nicias? Es el primero de los Geronte, personaje ideado por Maquiavelo, autor dramático, en su primera comedia. Ya había traducido con una fidelidad perfecta la *Adriana,* de Terencio. Juzga con razón que si el público prefirió *La Mandrágora* a los *Mecnemos* y Maquiavelo a Plauto, es que su obra sintoniza mejor con su época. No tiene el tiempo necesario para crear por entero otra obra maestra. Toma pues la *Casina,* de Plauto, adaptación a su vez de una pieza griega, la bautiza *Clicia,* transporta el decorado de Atenas a Florencia y esta Clicia griega, romana y más tarde florentina no sufrió por estos dos traslados. Al contrario, como ocurre con *Volpone,* la obra se enriquece. No posee la amargura que segrega *La Mandrágora.* No se piensa en absoluto al escucharla en *Los Cuervos* ni en *El Misántropo,* sino en *Las Picardías de Scapin* y en *Anfitrión,* con un poco más de franco libertinaje. La Barbera, para la cual Maquiavelo había escrito cinco intermedios —la letra y quizá la música— para cantar y bailar, triunfó en su papel, igual que el autor. Y si creemos a Nerli, fue gracias al favor de esta cantante por lo que en septiembre de 1525 Maquiavelo vio su nombre rehabilita-

do por los escrutadores y repuesto en las listas de ciudadanos de pleno derecho de la Señoría. ¡Viva la Barbera! «Ella me preocupa bastante más que el emperador», escribe él. Y es así como Maquiavelo, en un abrir y cerrar de ojos, sale de la literatura, lo mismo que, en menos de dos años, exhalará, burlón, el último suspiro. Sale de la literatura de evasión, la que trata de frivolidades y fábulas, para entrar en la vida activa, en la historia viva y no en la de las épocas pasadas.

7. Tardía vuelta a la acción

Estamos en uno de los momentos más dramáticos para Europa, Italia, Roma y Florencia. Hartos de la opresión imperial de Carlos V, las principales potencias de Italia quieren librarse del yugo. El 12 de junio de 1526, firmarán la Liga Santa de Cognac entre Francisco I, Enrique VIII, Clemente VII, Venecia y Milán, reducida a su ciudadela ante el asedio de los españoles tras un levantamiento prematuro. La Liga acabará en un desastre desgraciado y espectacular con la toma y saqueo de Roma por los imperiales y la caída de los Médicis en Florencia, seguida del restablecimiento de la República.

A finales de 1525, Maquiavelo estuvo a punto de acompañar, como secretario, al cardenal Salviati a la corte de España; al malograrse el viaje, los historiadores perdieron la oportunidad de disponer de un retrato de Carlos V, digno del de Maximiliano de Austria. Pero se prefirió enviar a Baltasar de Castiglione, hombre más avezado en los medios cortesanos. En abril de 1526, Maquiavelo consiguió por fin un cargo oficial al servicio de los Médicis, que caerían pronto del poder; era una tarea menos representativa que la de agregado de embajada, pero más eficaz. Se trataba de la revisión de las fortificaciones de la ciudad, misión que se reveló necesaria al ver los florentinos el modo con que los jefes militares llevaban las operaciones y la deplorable soldadesca que tenían a sus órdenes. El 4 de abril Clemente VII aceptó un proyecto para la inspección y en mayo creó un consejo de *proveedores*, funcionarios encargados de las murallas de la ciudad. Nicolás Maquiavelo, una vez recuperados sus derechos cívicos, es elegido secretario coordinador de ellos. No le resultó fácil acometer trabajos de tal envergadura, toda vez que los intereses financieros del papa no coincidían con las necesidades militares. Haciendo caso omiso de los informes de los técnicos y

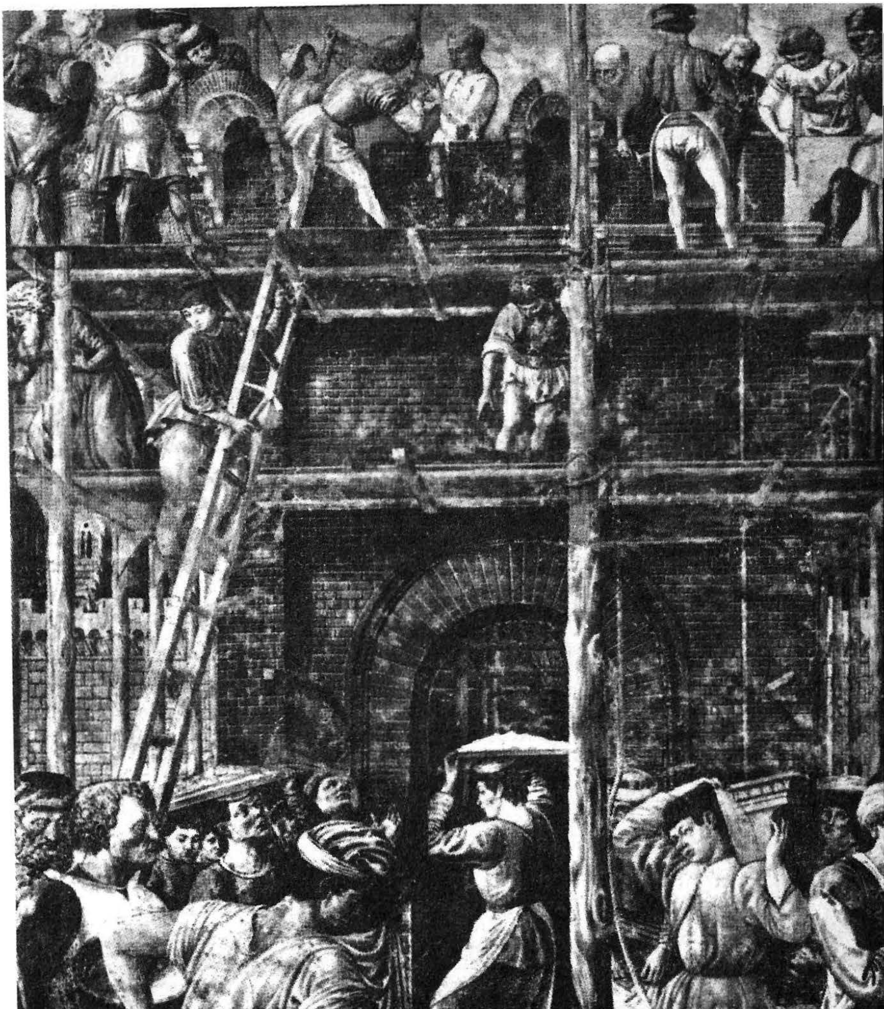
Maquiavelo, según un retrato de autor desconocido. Galería de los Uffizi, Florencia. ▶



de las súplicas de Maquiavelo y de Guicciardini, el papa, un poco por desidia, un poco por codicia, se obstinaba en incluir la colina de San Miniato en el nuevo recinto. La plusvalía de los terrenos le haría ganar ochenta mil ducados. Por fin, el proyecto, decidido de acuerdo con los arquitectos y los jefes militares y magistralmente explicado por Nicolás, se puso en marcha. Sus conciudadanos, y en particular los ribereños del Arno, le observan —¡y con qué mirada!— presidir lo que les parece una devastación impía. «¡Ver destruir unas torres, tan esbeltas y bellas, que habían existido desde siglos [...] ¡Ver desplomarse bajo los picos y los martillos —peor todavía que si se tratara de sus propias casas— edificios considerados como sagrados! [...], condenado el claustro de las monjas de San Nicolás, al igual que una iglesia cerca de la Puerta de los Molinos [...] ¡Levantar una muralla delante mismo de las casas que dominaban el Arno sobre las orillas cercanas al Puente de las Carretas y privar a los habitantes de su vista, so pretexto de obstaculizar una hipotética agresión traidora por este lugar! Por su parte, los seguidores de Savonarola deploran estas defensas materiales que desdeñan la ayuda divina» (Tommasini).

Como ocurriera en 1512, la animosidad popular se dirigirá más contra los verdaderos defensores que contra quienes pescan en el río revuelto de los acontecimientos. El secretario de los funcionarios encargados de las murallas, que se había provisto de un magnífico libro de registro para sus anotaciones y circulares, debidamente dedicado a «Jesús, María y San Juan Bautista abogado y protector de nuestra ciudad», no utilizará más que algunas hojas. A partir del 8 de junio de 1526 se verá obligado a cerrarlo pues es enviado al ejército de la Liga Santa, sin duda como ayudante de campo de Guicciardini, ascendido a teniente general. El 13 ó el 15 de junio, Maquiavelo envía, desde el ejército en campaña, una carta a Bartolommeo Cavalcanti. Más tarde, ante las murallas de Milán, solicita a Vettori el relato detallado de la llamada «jornada de las espuelas», durante la cual los sieneses, asediados a su vez por los soldados pontificios, los aniquilaron y persiguieron más de treinta kilómetros. Por otra parte, nos enteramos de que «los franceses tardan tanto en enviarnos sus refuerzos que se comienza a dudar en Florencia de la buena voluntad del rey». Pero Maquiavelo nos revela la razón de este retraso en la sobria y mordaz crítica que constituye la *Car-*

Detalle de La torre de Babel, *obra de Benozzo Gozzoli.* ▶



Alinari-Giraudon

ta familiar 217 bis, sin fecha ni firma, pero dirigida sin lugar a dudas a su fervoroso discípulo Bartolommeo Cavalcanti: «El papa, esperando acabar la guerra en quince días, emprendió la campaña antes de que el rey de Francia hubiese enviado sus tropas a Italia.»

En ningún otro lugar ha expresado Maquiavelo con más fuerza que, a pesar de encontrarse en una situación sin esperanza, él se resiste a desesperar. Desgraciadamente, ésta es la única carta que nos ha llegado de las numerosas misivas con las que animaba por aquel entonces a sus Altísimos Señores y a su discípulo: son para Bartolommeo «como los oráculos —escribe—, y la presencia y la conversación de su maestro —cuando le acompaña— son para él una fuente de sosiego y de sabiduría.»

Hay que añadir a este testimonio otro no menos desinteresado, que rimará para él, tras su muerte, el exiliado Luigi Alamanni:

Puesto que en esta hora el Secretario venerado
tiene su alma allí arriba, sus restos bajo tierra,
muerte, ya no temo tus crueles armas.
Era él quien me reconciliaba con la vida,
era por él por quien temía tus rudos ataques.
Ahora que me lo has quitado, ¿qué mal podrás hacerme?

El 7 de agosto, Roberto Acciajuoli escribe desde Poissy a Guicciardini para felicitarle por haber destinado a Maquiavelo «a disciplinar la infantería, y Dios quiera que se haga realidad lo que tiene en el pensamiento, pero me temo que no ocurra como en la *Répública* de Platón». La autoridad de los testimonios de Guicciardini, Acciajuoli y Alamanni tiene evidentemente más valor para el historiador que las habladurías, acreditadas durante demasiado tiempo, del autor de novelas cortas Bandello. Durante una acción de guerra por estas fechas, ante los muros de Milán (o Cremona), Maquiavelo intentó en vano durante dos horas organizar a los hombres de una bandera. Hastiado de la guerra, Juan de Médicis («el caballero de la Banda Negra»), con la voz de mando y la ayuda de un trompetazo, consiguió hacer realidad la pretensión del ayudante de campo. Este es destinado por Guicciardini al asedio de Cremona el 10 de septiembre, y tres días después redacta las órdenes para el asalto de esa plaza fuerte inoportunamente sitiada: «Es preciso conquistar la ciudad en cinco días o abandonarla para acudir a otro lugar».

El 23 de septiembre capitula Cremona, pero es demasiado tarde. Cuatro días antes, «cuando todo se derrumbaba sobre no-

sotros», Clemente VII es hecho prisionero en Roma, «como un chiquillo», por el español Hugo de Moncada y la ciudad conoce un preludio del saqueo que sufrirá siete meses más tarde. El papa cede a la famosa tregua de cuatro meses y renuncia a los mil soldados de infantería que bastaban para guardarle a él y a Roma. El pontífice era el gran responsable de la estrategia de la contemporización después de la de la precipitación y la de la dispersión de los esfuerzos. Para liberar Milán del asedio, ¡van a ser sitiadas Cremona a 92 kilómetros, Génova a 136 y Siena a 340! Se adivina la amargura de Maquiavelo que ve de esta manera cómo es violada una de las reglas esenciales de su arte militar por el mismo que había posibilitado su edición pero no lo leyó: «No arriesgar toda la fortuna sin arriesgar todas las fuerzas.»

Pero la cuchillada que le atravesará será otra. Algunos meses antes, en uno de esos golpes de inspiración de los que Guicciardini se burla amistosamente, Maquiavelo había incitado en vano al papa para que ayudase secretamente a «izar la bandera de la aventura» respaldando al único capitán de Italia «al que seguirían con todo el alma todos los soldados, al que los españoles temían y estimaban a un tiempo [...], jefe lleno de audacia y de ímpetu, con grandes concepciones, capaz de las mayores empresas», al hijo de Catalina Sforza, Juan de Médicis, «el caballero de la Banda Negra». Ahora bien, éste último, atraído traidoramente a las zonas pantanosas de Serraglio Borgoforte por el hijo degenerado del «León de Fornovo», Federico Gonzaga, es herido de muerte el 26 de noviembre. Morirá el 30, el mismo día en que los *Ocho de la Policía* encargan a Maquiavelo que cabalgue a toda velocidad a Módena, como antaño en la primera embajada ante Guicciardini. Los Altísimos Señores se excusan de darle instrucciones, «conociendo su probidad a la altura del cometido». Ponen en sus manos y en las de Guicciardini la salvación de Toscana y Florencia, ya sea negociando, ya con las armas en la mano. Se puede imaginar con qué ánimo Maquiavelo, investido de una confianza semejante, saltó al caballo y cabalgó de noche para llegar al alba a pesar de la incomodidad que el viaje suponía. El lector buscará afanosamente en las dos cartas oficiales de esta misión los acentos generosos que vibran en las otras. No encontrará ningún rastro. Pero todo se ilumina con la lectura de la breve posdata de la primera carta: es el parte de la muerte de Juan de Médicis, su héroe, el único hombre de Italia capaz de hacer la guerra a la manera de Gastón de Foix. «Sus Señorías han debido tener noticia de la muerte del Señor Giovanni, que es aquí lamentada por todos.» Por la concisión de estas palabras se me-

dirá la profundidad de la herida, en vez de pensar en la dureza del corazón.

Maquiavelo se limita, pues, a informar a la Señoría: si la coalición entre los lansquenetes de Freundsberg, venidos a Alemania, y los españoles de Moncada, llegados desde Roma al encuentro de sus compatriotas conquistadores de Milán, todavía no se ha hecho, no podría tardar. El jefe de las tropas pontificias, en lugar de cerrar el paso a los enemigos, actúa a remolque de los acontecimientos. Tal es la estrategia del duque de Urbino, Francesco Maria della Rovere, el gotoso que «dirige» esta especie de guerra desde el fondo de su litera y se cree Fabio el Contemporizador. En cuanto a pensar en ganar a los alemanes y negociar con ellos, es inútil: «Alemania y España son un mismo cuerpo.» ¡Visión profética! Nicolás anuncia su retorno a Florencia «por jornadas, para no agotarse inútilmente». La temida coalición se consuma. Ante el peligro, la Señoría llama una vez más a Maquiavelo y lo envía con toda diligencia ante Guicciardini, quien, después de haber dimitido para no servir durante más tiempo a «un zoquete» (el papa), volvería a desempeñar su cargo. «Ya no soy ni lugarteniente ni carretero —dirá—, pues ya no dirijo la guerra y no me encargo ni de bueyes ni de asnos. ¡Maldito sea el que teme más los peligros que las calamidades!»

Durante los ochenta días que duró esta última misión, los dos amigos, los dos historiadores de Florencia, los verdaderos creadores de la historia moderna, se encontrarán uno al lado del otro y trabajarán con toda su voluntad, con toda su inteligencia, para intentar alejar de su país la embestida de los que Nicolás llama en latín «las fieras que no tienen de hombre más que la faz». Las poblaciones, tanto del campo como de las ciudades de Toscana y de su frontera romañola donde está presente el enemigo, tienen las cosas claras: han comprendido que son gentes destinadas al saqueo y la horca. Maquiavelo hará saber a sus Altísimos Señores, de la misma manera que veinticinco años antes, que los habitantes «en lo sucesivo preferirán morir a soportar tales plagas», «verse primero obligados a pagar y después a merced del pillaje, a pesar de haber firmado unas capitulaciones de buena fe». Advierte que si los soldados son temibles, sus jefes son víctimas de la misma indecisión que los de la Liga y el Soberano Pontífice. Durante los dos meses y medio de esta seudocampaña, Maquiavelo verá a los dos adversarios acogotados por la misma pusilanimidad: el miedo a combatir que estigmatizó en sus *Historias florentinas* bajo el nombre de «guerras cobardes». Anticipa a la Señoría, con una clarividencia sorprendente, las más

insignificantes operaciones de este amasijo de ejércitos. Hace conjeturas sobre las intenciones y las necesidades del mando, descubre las maniobras de distracción, informa sobre las posibilidades logísticas, y siempre con una misma finalidad: tranquilizar sin adormecer; inspirar confianza, madre de la valentía; ofrecer la solución adecuada para cada situación de peligro prevista; denunciar las trampas; señalar las circunstancias propicias.

Pero no se le escucha, se deja pasar las ocasiones y se cae en la trampa. Clemente VII, aunque bien escaldado por vez primera, recibe un segundo escarmiento, no satisfecho con el anterior. El condestable de Borbón —traidor a Francisco I que mandaba las tropas imperiales de Carlos V— entretuvo al papa y a sus tropas con una propuesta de tregua, y aunque el ardid fue desvelado por Maquiavelo y Guicciardini, no dejó de cumplir su efecto desmoralizador. El Borbón pidió 40.000 y después 100.000 ducados y sus pretensiones no pararon de subir mientras que la baja moral de los defensores cayó por los suelos. En vano se presentan, una tras otra, las circunstancias favorables para la defensa, pero no se aprovechan y el contraataque no tiene lugar. A mediados de marzo, estalla un motín en las tropas alemanas. Maquiavelo no pudo por menos que recordar la revuelta de los suizos bajo los muros de Pisa, igualmente brutal, al son de los gritos de «¡Dinero, dinero, cobarde Borbón!» El condestable se salvó, pero el jefe y organizador de los lansquenetes, Freundsberg, que quiso interponerse, sucumbió de un ataque de apoplejía. Durante doce días, del 18 al 30, las copiosas nieves de marzo detuvieron al invasor al pie de los Apeninos, cuyo paso estaba previsto para el 15 de ese mes. «De esta forma —dice Maquiavelo—, el obstáculo que no pudimos y no supimos oponer a los enemigos, lo coloca Dios. ¡Si aprovechásemos la ocasión!» Pero no se sacó partido ni de la ayuda venida del cielo ni del motín de los lansquenetes. En vano también, el lugarteniente Guicciardini y su ayudante de campo urgieron al duque de Urbino a actuar y le reprendieron duramente por sus fanfarronadas. No sirvió de nada tampoco ganar dos escaramuzas y que los franceses del marqués de Saluzzo «hicieran el milagro de Berzighella». No se aprovechó ninguna de estas ventajas. Se esperaba que el enemigo hambriento se desanimara y marchara a cualquier sitio, lejos de Toscana. Para colmo, el duque de Urbino abandonó su puesto en la lucha para ir a curarse la gota a su casa.

Hay un momento de euforia y la situación se estima salvada cuando, en vez de cruzar los Apeninos por la ruta directa Bolonia-Florencia, el enemigo costea la cordillera lentamente en di-

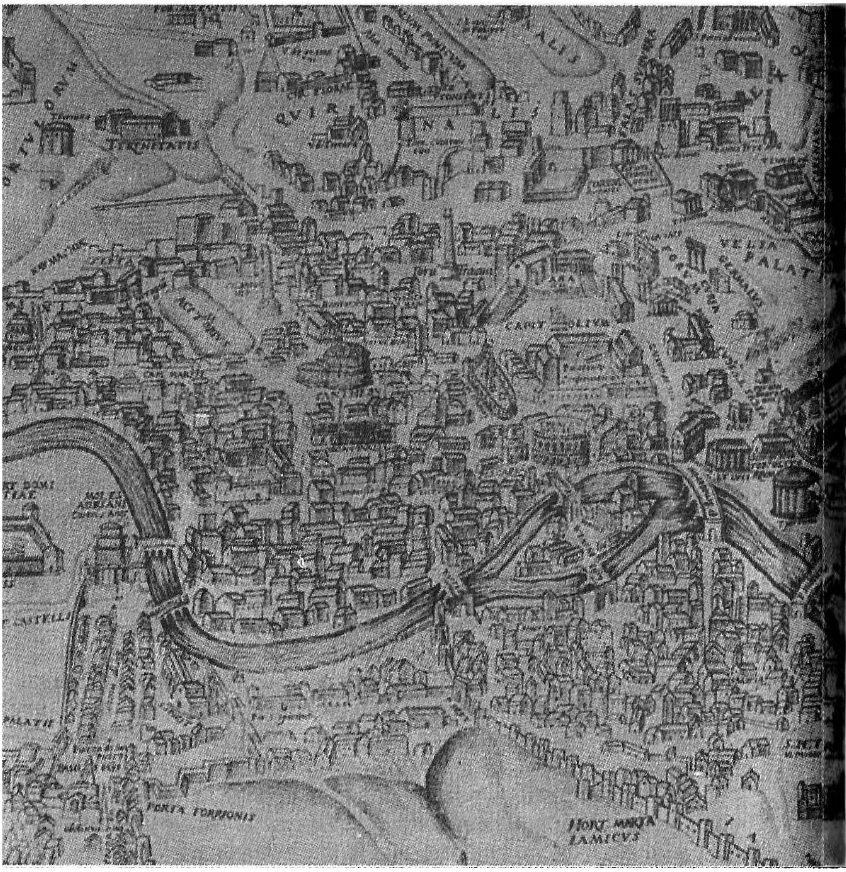
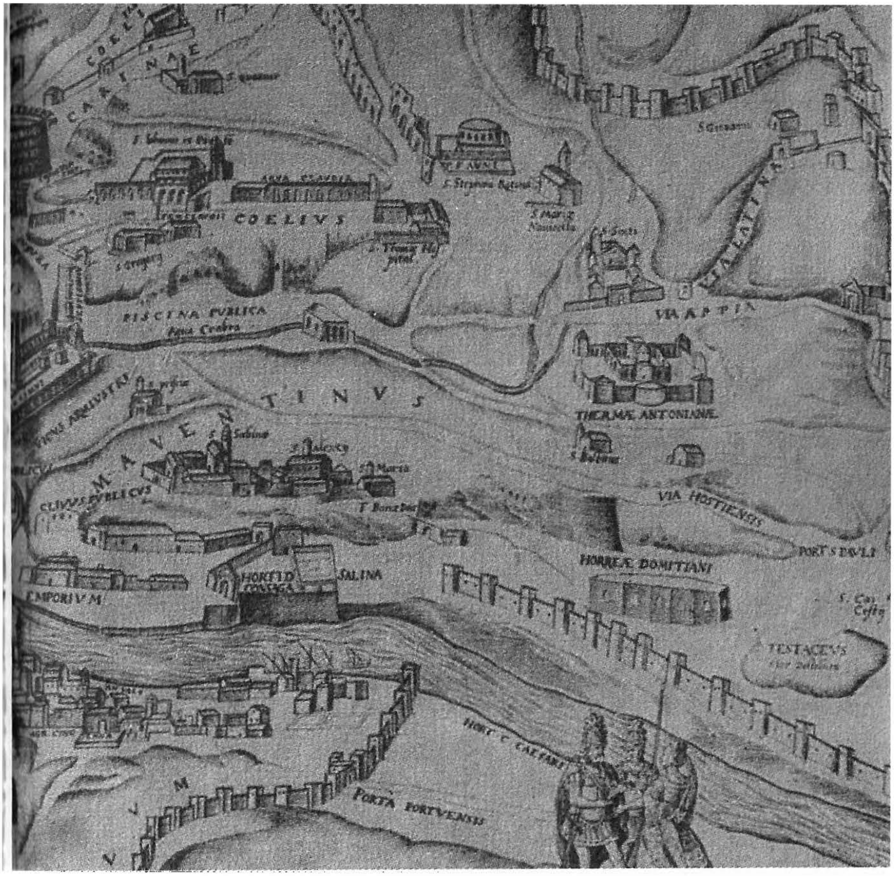


Imagen de Roma anterior a la construcción de la Basílica de San Pedro y de la columnata de Bernini.

rección a Imola y después a Faenza, que dominan otras vías de invasión, más asequibles. Maquiavelo recuerda entonces que así actuó César Borgia cuando, en 1502, prolongó en Cesena la espera y la ansiedad del desenlace para conseguir sus propósitos. Ya no es Capua sino Roma quien se pregunta, junto con Florencia, de que lado «fluye este agua», si es hacia el Arno o hacia el Tíber. Españoles y alemanes acababan de comprometerse ante el condestable de Borbón a combatir hasta el fin y a colgar a cualquier promotor de paz, como sucedió al virrey de Nápoles, de Lannoy, en camino para negociar con el papa. Se argumentaba



en Roma: «El saqueo de Florencia será nuestra salvación.» Y los florentinos pensaban: «¡Ojalá entraran a saco en Roma!»

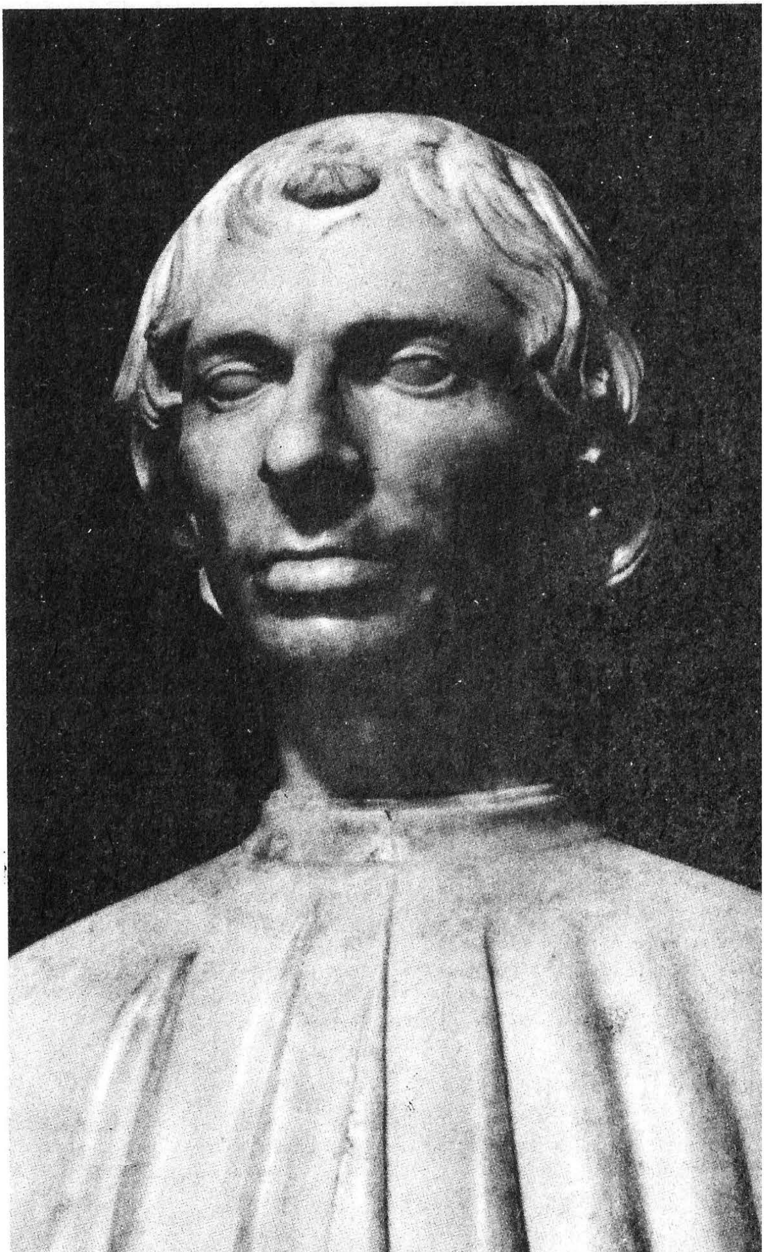
Maquiavelo se rebeló frente a tanta cobardía y abominó del armisticio unilateral por el cual el «novato» Clemente VII se felicitaba por desviar las tropas imperiales contra sus aliados: «Una tregua que se firma en Roma y que se viola en Lombardía [...] En caso de que el enemigo avance, pensad sólo en la guerra, sin tener ni un pensamiento para la paz; si no se mueve, abandonad toda idea de guerra y no penséis más que en la paz.» A Vettori, que le escribe que en Toscana «no se defendería ni un horno», él replica que es el enemigo el que no lograría tomar ni un horno. Al considerar las posibles vías de la invasión, a cada una opone un impedimento natural o recomienda levantar una barrera.

Informado de que el papa se abandona sin reservas al virrey de Nápoles y que capitula, se limita a responder «... que el Señor Francesco [Guicciardini] ha decidido, pase lo que pase, defender la Romaña hasta el límite de lo posible, y si ello no fuera factible, se retiraría a Florencia con las tropas y recursos disponibles para defenderla y salvarla a cualquier precio». Al fin, el Borbón pareció decidirse a marchar sobre Florencia, bien por el valle de Marecchia o por otro camino que se dirige también al Borgo Santo Sepolcro (y el Val di Chiana). «La invasión —declara fríamente Maquiavelo— era una desgracia prevista desde hacía largo tiempo. Sus Señorías no deben temer [...] Nuestras tropas están bien situadas y se abren tantos caminos ante ellas que estarán en el lugar requerido antes que el enemigo[...] Los hombres, se dice, hacen de la necesidad virtud, pero donde ya hay virtud antes de que surja la necesidad, la virtud crece más aún y se convierte en invencible: Sus Señorías y la ciudad de Florencia han defendido y salvado hasta ahora Lombardía y Romaña; ha llegado el momento de que os salvéis vosotros mismos.» Maquiavelo se muestra aquí como un maestro de la mentira, sólo comparable al Julio César de la guerra de las Galias o al mariscal Foch en los pantanos de Saint-Gond.

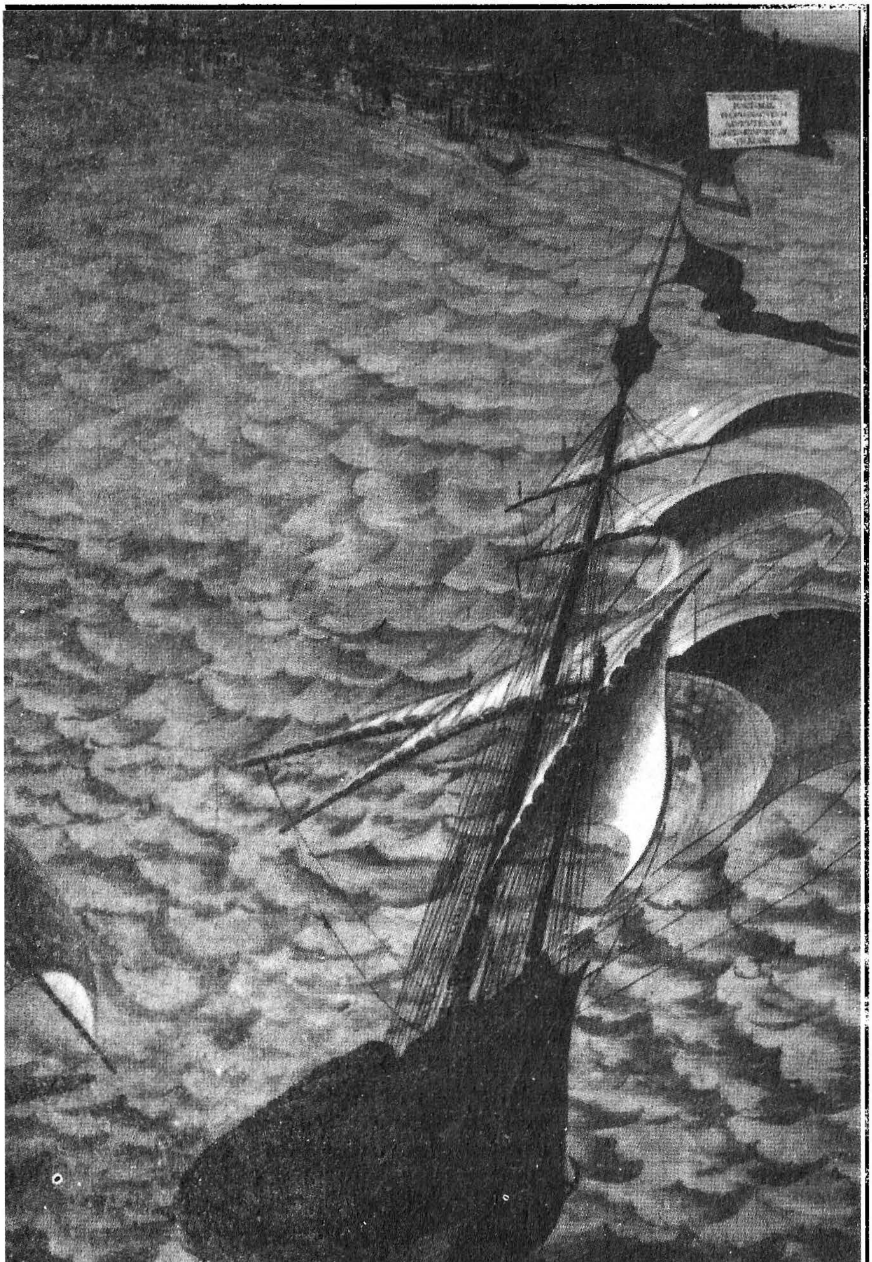
El 26 de abril de 1527, la aproximación de las tropas del duque de Urbino, que se replegaban sobre Florencia, y una cabalgada imprudente de los jóvenes bastardos Médicis al encuentro del duque y su estado mayor están a punto de adelantar en algunas semanas la caída de la dinastía. El pueblo florentino pensó que sus príncipes huían y se precipitó al Palacio Viejo; es la refriega conocida bajo el nombre de «tumulto del viernes». El malentendido se aclara y el suceso concluye sin más consecuencias que la caída de algunas losas desde la torre y la rotura de un brazo del David de Miguel Angel. Pero si se cree al último biógrafo de Maquiavelo, los republicanos pudieron verlo, con Guicciardini, entre los que traían otra vez la tiranía a la ciudad. Lo recordarán.

El 2 de mayo, último golpe de teatro. Franqueados los Apeninos y alcanzado el Val di Chiana, el enemigo no dudó más entre una Florencia que enseñaba los dientes y una Roma ciudad abierta. A marchas forzadas, los avezados soldados del Rey Católico, tan furiosos como los luteranos del fallecido Freundsberg, se precipitaron a través de las llanuras de Umbría. Desde Orvieto, Guicciardini y Maquiavelo renunciaron a seguirles y volvieron

Supuesto busto de Nicolás Maquiavelo. ▶



Alinari-Giraudon



a Florencia. Roma fue tomada sin apenas lucha y asistimos a la «l'infernalità crudele» de la que habla Benvenuto Cellini. El papa se salvó de los asaltantes gracias a la galería que une el Vaticano con el inexpugnable castillo de Sant'Angelo, pero el condestable de Borbón no escapó a la culebrina que Cellini se jactó de haber disparado con su propia mano desde lo alto de las almenas. El día 11 la noticia del saqueo de Roma se conoció en Florencia; el 16, el Gran Consejo del pueblo fue restablecido, y a la mañana siguiente, los Médicis no esperaron a que se les expulsara («terza cacciata!») y escaparon furtivamente. Tras la caída de los dos tiranos fantoches, se pergeña sin gloria un fantasma de república donde no habrá sitio para Maquiavelo. En efecto, Guicciardini y él, obstinadamente fieles a sus funciones, se empeñan en facilitar la huida del castillo de Sant'Angelo al señor con el que «se hundieron en el fango». Este es el motivo de la última de las *Cartas familiares* de Maquiavelo, la del 22 de mayo de 1527. En ella cuenta a Guicciardini una batalla que hay que librar, de acuerdo con Andrea Doria, el almirante de la flota pontificia, y le recomienda concluir la segunda etapa de los soldados desembarcados en el Monte Mario (el Campo de Marte de Roma) o en los viñedos del papa. Es la última batalla con la que nuestro hombre habrá soñado; no se llevó a cabo, como tantas otras, y Clemente VII no fue liberado.

También será la última vez que Nicolás tome el camino de Florencia. Se ignora si fue por mar, a bordo del bergantín o de una de las tres galeras puestas a disposición de la marquesa de Mantua por el gran marino genovés, o si marchó a caballo, como de costumbre. Sus compañeros de viaje habrían oído a Maquiavelo suspirar «más de una vez al tener noticias de que la ciudad había sido liberada», y maldecir «la simpleza del Santo Padre». Es uno de los pocos destellos que brillan en la oscuridad casi total en la que va a hundirse Maquiavelo.

El 10 de junio, ve elegir a un nuevo gonfaloniero, Cappari, restablecer las instituciones republicanas, los Ocho, los Diez (¡de la guerra!) y designar a un secretario. Doce días después, el 22 de junio de 1527, Maquiavelo muere en su casa de Oltrarno, sin que la causa se conozca. ¿De desconsuelo, de una peritonitis aguda, de una úlcera gástrica crónica? Otro enigma sobre el que las distintas versiones todavía no están de acuerdo. Y también surgieron dudas a partir de la breve esquela mortuoria redactada

◀ *Escena naval. Al fondo, la ciudad italiana de Ancona. Galería de Mapas, Vaticano.*

por su hijo Piero: ¿Dejó Nicolás a los suyos «en la pobreza»? ¿Se convertiría este impío en su lecho de muerte? «Se dejó confesar», escribe Piero. Tampoco en este punto hay coincidencia entre los últimos biógrafos de Maquiavelo: Russo, que lo consideró profundamente cristiano, Ridolfi, que por poco lo canoniza, y Prezzolini, que lo calificó de «Anticristo». Lo mejor será dejar hablar a Maquiavelo y no contentarnos con escucharle; es necesario auscultarlo si queremos percibir la secreta unidad de una obra tan diversa, de una personalidad tan rica. «Dos naturalezas absolutamente diferentes, están unidas en él —escribe Macaulay—. Más que unidas, se diría que están entrelazadas. Una es la cadena, otra la trama de su espíritu, y su contextura, como la de los hilos variados en el tafetán tornasolado, da a toda la tela una apariencia móvil y múltiple.» Añadamos, como conclusión a este perfil, las últimas líneas del retrato que Maquiavelo hizo de Lorenzo el Magnífico: «Había en él dos seres diversos unidos en una insólita individualidad.» Al escribir esto, ¿no pensaba Maquiavelo un poco en sí mismo?



Selección de textos de Maquiavelo

El testimonio de una época

En el prólogo de La Mandrágora, Maquiavelo solicita la benevolencia del lector por la frivolidad que supone su incursión en el teatro, «poco digna de un hombre que quiere aparecer ante sus contemporáneos sabio y grave...: se le prohibe mostrar su talento en ciertos trabajos...»

Una comedia divertida

NICIAS.—¡Hablad, hablad! Estoy dispuesto a obedeceros en todo y a creeros más que a mi confesor.

CALÍMACO.—Oíd esto: nada más seguro para embarazar a una mujer que darle a beber una poción hecha de mandrágora. Un par de veces lo probé con éxito, y de no ser por ello la reina de Francia aún sería estéril, así como infinitas princesas de ese reino.

NICIAS.—¿Es posible?

CALÍMACO.—Como os lo digo. Y la suerte os ha sonreído tanto que he traído conmigo todas las cosas que se incluyen en la poción, y podéis tenerla en seguida.

NICIAS.—¿Cuándo tendría que tomarla ella?

CALÍMACO.—Esta noche después de la cena, porque la luna es propicia y el tiempo no puede ser más adecuado.

NICIAS.—No parece gran cosa. Preparadla ahora mismo y se la haré tomar.

CALÍMACO.—Pero ahora hay que pensar en otra cosa: que el primer hombre que se acueste con ella después de haber bebido la poción morirá dentro de ocho días, sin que nada pueda salvarlo.

NICIAS.—¡Maldita sea...! No quiero esta porquería, ¡a mí no me la pegas! ¡Bien me habéis engañado!

CALÍMACO.—Tranquilizaos, que hay un remedio.

NICIAS.—¿Cuál?

CALÍMACO.—Haced que duerma con ella en seguida otro que absorba, estando toda una noche, la infección de la mandrágora. Después os acostaréis vos con ella sin peligro.

NICIAS.—No quiero hacerlo.

CALÍMACO.—¿Por qué?

NICIAS.—Porque no voy a hacer puta a mi mujer y a mí cabrón.

CALÍMACO.—¿Qué decís, doctor? ¡Oh! No sois tan sabio como creí. ¿De modo que dudáis en hacer lo que ha hecho el rey de Francia y muchos señores de allí?

NICIAS.—¿Y a quién queréis que encuentre que haga semejante locura? Si se lo digo, no querrá; y si no se lo digo, lo traiciono, y es un caso criminal. No quiero que me ocurra ningún daño.
CALÍMACO.—Si sólo os preocupa eso, dejadlo de mi cuenta.
NICIAS.—¿Cómo haréis?
CALÍMACO.—Os lo diré: os daré la poción esta noche después de la cena; se la haréis tomar e inmediatamente la meteréis en la cama, cuando sean ya cuatro horas de noche cerrada. Después nos disfrazaremos, vos, Ligurio, Siro y yo, y buscaremos por el Mercado Nuevo, el Mercado Viejo, por todas partes; y al primer mozalbete desocupado que encontremos lo amordazaremos y lo llevaremos a garrotazos a vuestra casa y vuestra alcoba, en la oscuridad. Allí lo meteremos en la cama y le diremos lo que tiene que hacer. No habrá ninguna dificultad. Después, por la mañana, lo echaréis antes de que se haga de día, mandaréis a vuestra mujer que se lave y estaréis con ella a vuestro placer y sin peligro.
NICIAS.—De acuerdo, puesto que dices que reyes y príncipes y señores han obrado así; pero, sobre todo, que no se sepa, ¡por mor del Tribunal!
CALÍMACO.—¿Quién queréis que se lo diga?
NICIAS.—Nos queda una tarea, y de importancia.
CALÍMACO.—¿Cuál?
NICIAS.—Convencer a mi mujer; y no creo que se consiga nunca.
CALÍMACO.—Tenéis razón. Pero no querría yo ser marido si no pudiera convencerla de hacer lo que le ordene.
LIGURIO.—Se me ha ocurrido un remedio.
NICIAS.—¿Cuál?
LIGURIO.—A través del confesor.
CALÍMACO.—¿Y quién prepara al confesor?
LIGURIO.—Tú, yo, el dinero, nuestra malicia, la suya.
NICIAS.—Lo dudo, aunque sólo sea porque si yo se lo digo no querrá ir a hablar con el confesor.
LIGURIO.—También hay remedio para eso.
CALÍMACO.—¡Dime!
LIGURIO.—Haciendo que la lleve su madre.
NICIAS.—A ella le hace caso.
LIGURIO.—Y yo sé que la madre opina como nosotros. ¡Ea, démonos prisa, que se hace tarde! Vete, Calímaco, de paseo, y haz que dentro de dos horas te encontremos en casa con la poción preparada. El doctor y yo iremos a casa de la madre, a prepararla, que es conocida mía. Luego iremos a ver al fraile, y os informaremos de todo lo hecho.
(*La Mandrágora,* II, VI)

LUCRECIA.—Siempre he temido que las ganas del señor Nicias de tener hijos nos hagan cometer algún error. Por eso siempre que ha hablado de algún remedio, me he mostrado desconfiada e indecisa, sobre todo después de que me pasó lo que sabéis por ir a los Siervos. Pero, de todas las cosas que se han intentado, ésta me parece la más extraña:

¡tener que someter mi cuerpo a tal ultraje, y ser causa de que muera un hombre por ultrajarme! No creo que aunque me hubiera quedado sola en el mundo y tuviera que resurgir de mí la humanidad me fuera lícito semejante partido.

SÓSTRATA.—No te sé decir tantas cosas, hija mía. Hablarás con el fraile, verás lo que te dirá, y harás lo que él te aconseje, como nosotros y quien bien te quiere.

LUCRECIA.—Sudo de angustia. (*Entran en la iglesia*)

TIMOTEO.—¡Seáis bienvenidas! Sé lo que queréis oír de mí, porque el señor Nicias me ha hablado. Verdaderamente he estado estudiando el caso en los libros más de dos horas, y tras largo examen encontré muchas cosas que nos apoyan en lo particular y en lo general.

LUCRECIA.—¿Habláis en serio o bromeáis?

TIMOTEO.—¡Ah, señora Lucrecia! ¿Son temas para bromas? ¿Es que nos conocemos de ayer?

LUCRECIA.—No, padre. Pero nunca se oyó cosa tan extraña.

TIMOTEO.—Señora, os creo, pero no quiero que habléis así. Hay muchas cosas que de lejos parecen terribles, insoportables, extrañas, y cuando te acercas a ella resultan humanas, soportables, familiares. Por eso se dice que es mayor el ruido que las nueces. Y en ese caso estamos.

LUCRECIA.—¡Dios lo quiera!

TIMOTEO.—Volvamos a lo que decía antes. En cuanto a la conciencia, debéis considerar este principio general: que donde hay un bien cierto y un mal incierto, no se debe nunca renunciar al bien por temor al mal. Aquí hay un bien cierto, que quedaréis embarazada, que adquiriréis un alma para Dios Nuestro Señor; el mal incierto es que aquel que se acueste con vos después de la poción, morirá; pero también los hay que no mueren. Y como la cosa es dudosa, conviene que el señor Nicias no corra ese peligro. Y en cuanto a que el acto sea pecado, eso es una fábula, porque es la voluntad la que peca, no el cuerpo; y la causa del pecado es desagradar al marido, y vos lo complacéis; es tener placer, y a vos os disgusta. Amén de eso, ha de considerarse el fin en todo: vuestro fin es llenar una silla en el paraíso, y contentar a vuestro marido. Dice la Biblia que las hijas de Lot, creyéndose solas en el mundo, yacieron con su padre; y, como la intención fue buena, no pecaron.

LUCRECIA.—¿De qué queréis convencerme?

SÓSTRATA.—Déjate convencer, hija mía. ¿No ves tú que una mujer sin hijos no tiene casa? Se muere el marido y queda como un animal, abandonada de todos.

TIMOTEO.—Os juro, señora, por este pecho consagrado, que el obedecer en este caso a vuestro marido es tan pecado como comer carne el miércoles, que es un pecado que se limpia con agua bendita.

LUCRECIA.—¿A qué me conducís, padre?

TIMOTEO.—Os conduzco a algo por lo cual siempre tendréis motivo de rezar a Dios por mí, y que os dará satisfacciones dentro de un año.

SÓSTRATA.—Hará lo que queráis. Yo misma la meteré esta noche en la cama. ¿De qué tienes miedo, bobalicona? En esta ciudad hay cincuenta mujeres que darían gracias al cielo por eso mismo.

LUCRECIA.—Estoy de acuerdo, pero no creo que viva mañana por la mañana.

TIMOTEO.—No dudéis, hija mía; rogaré a Dios por ti, diré la oración del ángel Rafael para que te acompañe. Id en buena hora, y preparaos para este misterio, que se hace de noche.

SÓSTRATA.—Quedad en paz, padre.

LUCRECIA.—¡Dios y Nuestra Señora me ayuden para no acabar mal!

(*La Mandrágora*, III, X-XI. Los fragmentos de *La Mandrágora* que se reproducen proceden de la versión publicada por Edicusa, traducción de Esther Benítez.)

Médicis y republicanos

Parece que los Médicis dispensaron al historiógrafo de citar algunas de las palabras históricas del Padre de la Patria. Maquiavelo sabe decir la verdad «a pesar de todo».

Cosme de Médicis era de estatura corriente y tenía una tez verde oliva, pero su apariencia exterior inspiraba respeto; sin ser sabio, era muy elocuente y poseía una indudable inteligencia natural. Complaciente hacia sus amigos, lleno de conmiseración hacia los pobres, de conversación siempre amena y provechosa, prudente en cualquier decisión, rápido en ejercutarla, uniendo en todas sus palabras y réplicas lo mordaz a lo grave. Asi cuando Rinaldo degli Albizzi le manifestó al principio de su exilio «que la gallina empollaba», Cosme replicó «que empollaría mal al estar fuera de su gallinero».[12] En otra ocasión, al oír de ciertos rebeldes «que no dormían», «lo creo —dijo—, puesto que yo les he quitado el sueño». Cuando el papa Pío II incitaba a los príncipes a organizar una cruzada contra los turcos, dijo de él: «Es un anciano que se embarca en una empresa de jóvenes.» Al compadecerse de Florencia algunos embajadores venecianos llegados a la ciudad con los del rey Alfonso, les enseñó su cabeza descubierta, y les preguntó «de qué color eran sus cabellos». Tras la respuesta de que eran blancos, replicó: «No pasará mucho tiempo antes de que los de vuestros senadores hayan encanecido como los míos.» En su lecho de muerte respondió a su mujer, que preguntaba por qué tenía los ojos cerrados: «Para acostumbarlos.» A su vuelta del exilio desterró a buena parte de sus enemigos políticos; algunos conciudadanos le objetaron que así ofendía a Dios y perjudicaba a Florencia; replicó que «más valía una ciudad dañada que una ciudad perdida; que dos o tres varas de paño rojo eran suficientes para hacer a un hombre de bien; que no gobernaba con el rosario entre los de dos».

(*Historias florentinas* VII, VI)

Ejecución de Giovanni Bandini, uno de los enemigos más destacados de Lorenzo y Giuliano de Médicis. Dibujo de Leonardo da Vinci. ▶



Maquiavelo dirige su amistad a aquellos que son más dignos de ella: a los jóvenes asiduos de las reuniones en casa de los Rucellai, en los jardines Oricellari. Con ellos y por ellos vuelve a estudiar la obra de Tito Livio y, después de una fase de desconcierto, reencuentra su línea más fecunda como escritor.

Dedica su obra, los Discursos sobre la Primera Década de Tito Livio *a Zanobi Buondelmonti y a Cosimo Rucellai.*

Hay un hábito corriente en todos los escritores: dedicar sus obras a algún príncipe y otorgarle, cegados como están por la ambición y por la codicia, el mérito de todas las virtudes, cuando deberían censurarle por todos sus vergonzosas torpezas. Para no cometer equivocación semejante, he escogido no a los que son príncipes, sino a los que, en virtud de tantas cualidades, merecerían serlo; no a aquellos que podrían colmarme de cargos, de honor y de riquezas, sino a aquellos que, sin poderlo, querrían hacerlo...

Disfrutad, pues, con este presente, tanto si es bueno como si es malo: sois vos quien lo habéis querido, y si os obstináis en el error de complaceros en mis consideraciones sobre mí, no me negaré a proseguir el examen de estas *Historias* como os prometí en un principio.

(Dedicatoria de los *Discursos sobre la Primera Década de Tito Livio»*)

Papas y monjes

Muy reveladora resulta la mezcla de desprecio y de admiración de Maquiavelo ante el poder y la gran antigüedad de la institución religiosa.

«¡Que es lo que un papa no puede hacer!», suspira Cristina de Suecia en el margen de este texto.

DE LOS PRINCIPADOS ECLESIÁSTICOS

Solamente nos quedan ya por examinar los principados eclesiásticos, con respecto a los cuales las dificultades surgen antes de entrar en posesión de los mismos, pues se adquieren o con virtud o por la fortuna, y se conservan sin la una y sin la otra, ya que se sustentan en las antiguas leyes de la religión, las cuales son tan poderosas y de tanto arraigo que mantienen a sus príncipes al frente del Estado, sea cual sea su forma de actuación y de vida. Estos príncipes son los únicos que tienen Estados y no los defienden, súbditos y no los gobiernan: los Estados, aun indefensos, no les son arrebatados, y los súbditos, aun no siendo gobernados, no se preocupan de ello y no piensan ni pueden sustraerse a su dominio. Estos principados son, pues, los únicos seguros y felices. Sin embargo, dado que están sostenidos por una razón superior que la

San Bernardo de Siena y San Antonio Abad en un cuadro del siglo XV. Museo del Monasterio de Santa María de Montserrat, Barcelona. ▶



mente humana no alcanza, no voy a hablar de ellos, puesto que —siendo sus príncipes exaltados y conservados por Dios— sería un ejercicio propio de un hombre presuntuoso y temerario analizarlos. No obstante, si a pesar de todo alguien me preguntara cuál es la causa de que la Iglesia haya alcanzado, en lo temporal, tanto poder, cuando antes de Alejandro las potencias italianas —y no sólo las que se llamaban a sí mismas potencias, sino cualquier barón y señor por muy pequeño que fuese— le concedían escasa importancia en cuanto a lo temporal, mientras que ahora un rey de Francia tiembla ante ella y la misma Iglesia ha podido expulsarlo de Italia y hundir a los venecianos: me parece que no es superfluo traer de nuevo a la memoria estos hechos, aunque sólo sea en parte y a pesar de que sean conocidos de todos.

(*El Príncipe,* XI. Los fragmentos que se reproducen de *El Príncipe* proceden de la edición de Alianza Ed., versión de Miguel A. Granada.)

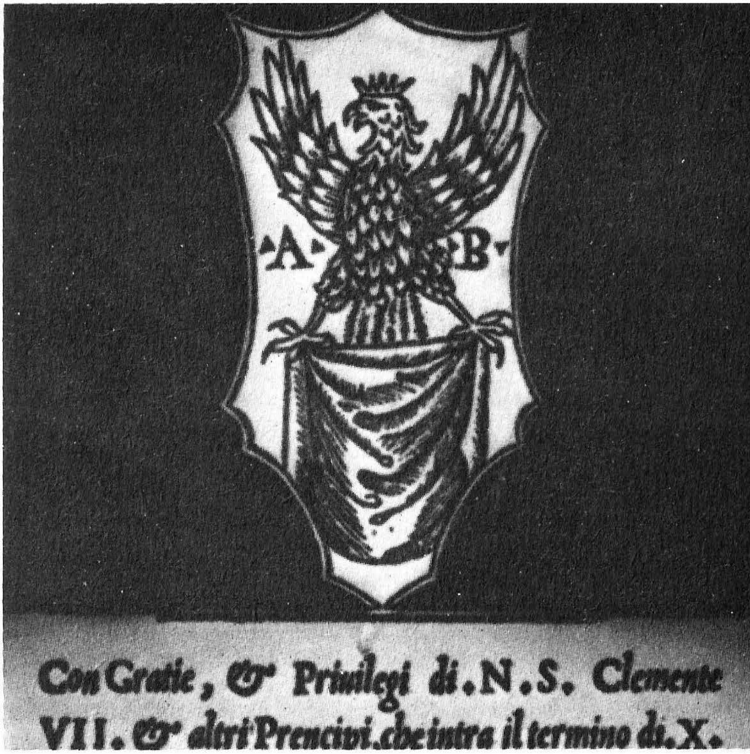
Sólo mediante el juicio y la reflexión los príncipes logran culminar sus propósitos. Pero el papa actual carece de ambas cualidades y de armas; sólo gracias al azar consigue lo que ni el consejo o la fuerza le pueden proporcionar.

(*Carta familiar 116* a Piero Soderini, septiembre de 1512)

Al cabo de cuatro años, Maquiavelo desenmascaró en el Savonarola hombre público a un político que actuaba en su provecho, y en el orador a un hábil expositor de maldades bajo apariencia inocente.

Maravilló a todos el contemplar con cuanta audacia volvió a emprender su predicación y cuán osadamente prosigue con ella; en efecto, está totalmente tranquilo sobre el destino que le espera: está convencido de que la nueva Señoría tiene puesto todo su empeño en arruinarle a cualquier precio; él, por su parte, no está menos empecinado en arrastrar al desastre a un buen número de ciudadanos. Empezó por predecir grandes horrores, aderezados con el tipo de argumentos que tanto impresionan a aquellos que no saben debatir; «todos sus discípulos eran los más perfectos de los ciudadanos, mientras que sus adversarios eran el colmo de la perfidia». En resumen, todos las acciones que inspiró y todas las palabras que oyeron mis oídos tuvieron como finalidad debilitar al partido adversario y fortalecer el propio [...] Como la Señoría se dirigió al papa para defender a nuestro hombre santo, en lugar de buscar, como hasta el momento, la unidad de sus seguidores en el odio a los adversarios y en el horror a la tiranía, al advertir que esta postura ya no era necesaria, cambió su actitud para exhortar a la unión general predicada en otro tiempo. Ahora, lejos de la mención al seudotirano y sus perversidades, trató de incitar a todos contra el Sumo Pontífice, buscando tan sólo su desgracia y la de los suyos, haciendo afirmaciones sobre él como si se tratara del más depravado de los humanos... y es así, en mi opinión, como adaptó su conducta al desarrollo de los acontecimientos y buscó pretextos para sus injurias.

(Nicolás Maquiavelo a Riccardo Bechi, 9 de mayo de 1498)



Frontispicio de una de las ediciones de los Discursos *de Maquiavelo, publicada en el año 1531.*

Sin embargo, Maquiavelo aconsejará a su príncipe las falacias que desaprueba en el monje, con tal que sepa disimularlas adecuadamente.

En la misma obra Maquiavelo reconoce que hay otros frailes, además de los difusores de chismes, charlatanes y políticos con capucha. Si bien él no comparte la religión de San Francisco de Asís, no solamente la respeta, sino que la declara necesaria para el Estado.

Pero esta renovación no es menos necesaria para las religiones, y la nuestra misma nos proporciona la prueba. Se hubiera perdido por completo si San Francisco y Santo Domingo no la hubiesen hecho volver al espíritu de sus comienzos. Ellos, a través de la pobreza de la que hicieron profesión y del ejemplo del Cristo que predicaron, la reavivaron en los corazones, donde ya estaba muy apagada. Las nuevas órdenes que fundaron fueron tan poderosas que impidieron que la religión se perdiera por la conducta licenciosa de los obispos y príncipes de la Iglesia. Estas órdenes se mantienen en la pobreza y tiene la suficiente

influencia sobre el pueblo, a través de la confesión, para llegar a persuadirle de que no es correcto considerar un mal absoluto la conducta de las cabezas de la Iglesia y que es bueno y útil obedecerles y dejar que sea Dios el único que se ocupe de castigar sus extravíos. De esta manera, esta casta, sin ningún temor por un castigo en el cual no cree y que no ve venir, continúa actuando mal. La renovación ha conservado, pues, y conserva todavía la religión.

(*Discursos*, III, I)

Mapa de Europa

Maquiavelo entrevé la Germania de Tácito a través de Suiza y del Tirol, descubre la grandeza y la miseria del Sacro Imperio y de su cabeza visible en el siglo XVI, y concluye: «Por eso la potencia de Alemania es grande, pero puede ser utilizada.» Este bosquejo del emperador Maximiliano, «el más grande de los Hasbsburgo» (Renaudet), constituye sin duda alguna la inspiración del completo retrato que Michelet trazó en su Historia de Francia.

Cuando regresé aquí el año pasado ya adelanté algunas cosas sobre Alemania y el emperador y poco más puedo decir; me limitaré a añadir, en lo que concierne al carácter de tan alta personalidad, que se trata del mayor despilfarrador de sus bienes del presente y del pasado, con lo que siempre está falto de dinero, y que, fuere cual fuere la cuantía de su fortuna, ninguna suma podría bastarle. Es veleidoso, quiere una cosa hoy y mañana la desprecia; no toma consejo de nadie, pero es crédulo ante todos; desea aquello que no puede tener y se aleja de aquello que puede poseer, y por esta razón toma siempre sus decisiones al revés. Es, por otra parte, el hombre más belicoso del mundo, capaz de llevar bien un ejército y de dirigirlo con justicia y disciplina. Resiste todas las fatigas de las guerras como el que más, y es tan valiente ante el peligro que no hay capitán que le iguale. Es humano cuando lo hace, pero no recibe más que cuando le apetece y rechaza el ser cortejado por los embajadores, salvo cuando los convoca expresamente. Es el más reservado de los hombres; está constantemente agitado, tanto en su espíritu como en su cuerpo, pero a menudo sólo le sirve para deshacer por la noche lo que ha decidido por la mañana. Esto es lo que hace que las legaciones ante él sean tan difíciles...

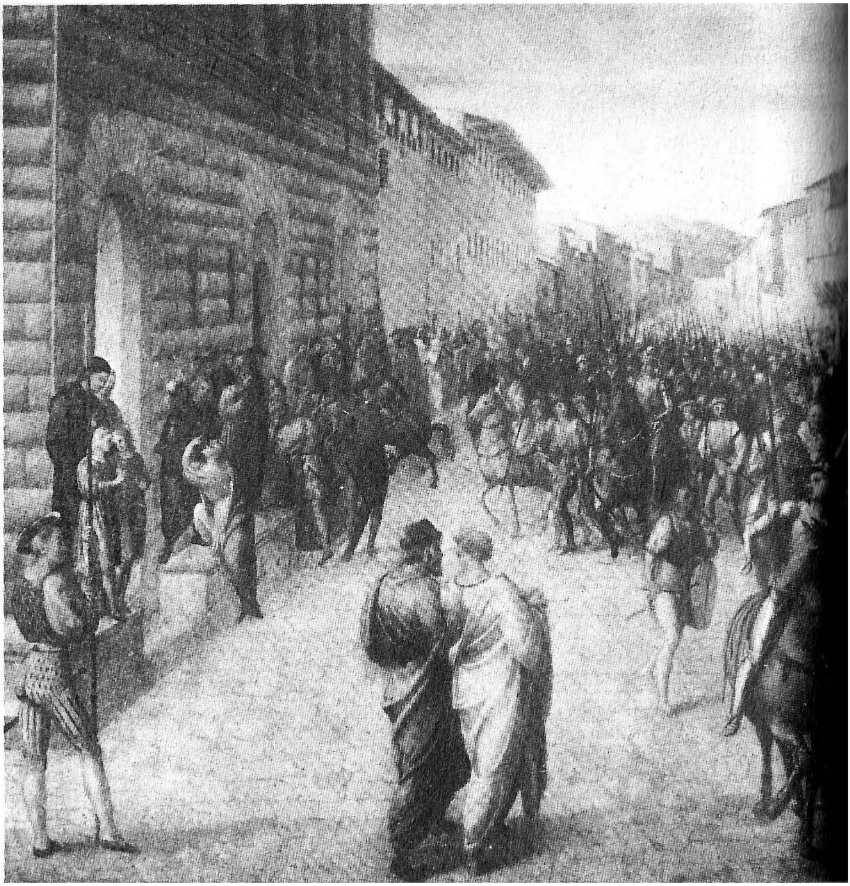
(*Carta*, 1509)

Sobre el hecho de que a Maquiavelo no le gustaran ni Francia, ni los franceses, cabe formular reservas al cotejar todos los textos que hablan de ello; pero sean cuales fueren los sentimientos y resentimientos

El emperador Maximiliano I, al que Maquiavelo, en su retrato, considera veleidoso, crédulo, buen militar, reservado, de carácter difícil... ▶



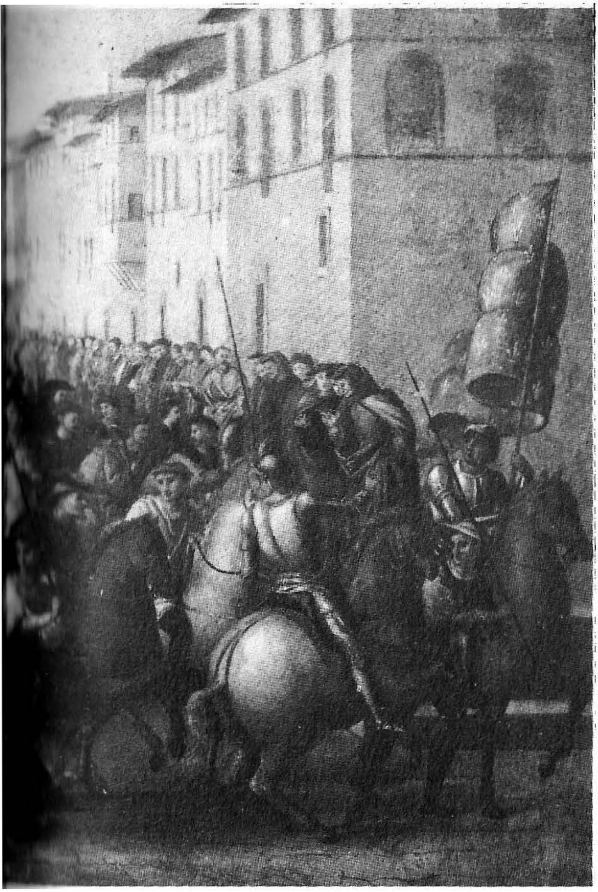
Giraudon



del hombre, éstos no alteraron la estima del observador hacia la unidad de la nación, sus riquezas, el equilibrio de los poderes y su sistema jerárquico «en el que los nobles gobiernan a las poblaciones, los príncipes gobiernan a los nobles y el rey a los príncipes».

Francia, gracias a su extensión y a los beneficios que le proporcionan sus grandes ríos, es fértil y opulenta; allí los alimentos y la mano de obra son baratos, casi gratuitos, a causa del poco dinero que circula entre el pueblo; apenas pueden los súbditos ahorrar algo para pagar los impuestos a su señor, por muy bajos que sean.

Esto viene dado porque no saben dónde colocar sus productos, al tener todo el mundo su subsistencia cubierta con creces; no podríamos encontrar una esquina en donde alguien pudiese vender un solo moyo[13] de trigo, ya que cada cual tiene algo que vender. E incluso los nobles,



Alinari

Entrada de las tropas de Carlos VIII en Florencia. Con un ejército de treinta mil hombres, el rey francés penetró en 1494 en Italia, ocupó la Toscana y llegó hasta Nápoles. Obra de Francesco Granacci. Galería de los Uffizi, Florencia.

al margen de lo que desembolsan para vestirse, no gastan nada, por tener en sus casas ganado en cantidad, aves abundantes y lagos y otros lugares rebosantes de caza de todo tipo. Y esto es así para todos y en todas partes. De tal manera que el dinero afluye en su totalidad hacia las casas de los señores, que son riquísimos, mientras que las gentes del pueblo creen serlo cuando tienen un florín.

Los prelados de Francia perciben dos quintos de las rentas e ingresos del reino, en el que se asientan muchos obispados, a la vez señoríos temporales y espirituales. Como están abundantemente abastecidos de alimentos, todo cuanto ingresan en calidad de diezmos o por cualquier otro concepto no escapa a sus manos, conforme a la conocida avaricia de los religiosos; todo lo que llega a los cabildos y demás colegios eclesiásticos se gasta en objetos de plata, joyas y otras riquezas para la ornamentación de los templos, de tal manera que si a las riquezas propias

de las iglesias sumamos las particulares de los prelados en monedas y metales preciosos, el conjunto constituye un tesoro incalculable...

Las gentes de Francia son humildes y muy sumisas, y tienen a su rey en gran veneración. Viven con muy pocos gastos, gracias a la abundancia de alimentos, y también porque cada cual tiene alguna pequeña propiedad suya. Se visten toscamente, con telas baratas, sin utilizar jamás ningún tipo de seda, ni los hombres ni las mujeres, para no llamar la atención de los nobles.

Los franceses son por naturaleza aficionados al bien ajeno y al mismo tiempo muy pródigos tanto de lo suyo como de lo de los demás. Un francés sería capaz de robar con la nariz, para disfrutar con el objeto robado o estropearlo o para regalárselo a aquel a quien se lo robó. Al contrario de los españoles, nunca alardearán de lo robado.

(*Relación de las cosas de Francia,* 1510)

Con una singular, pero muy humana contradicción, el mismo hombre que sueña con una «Italia prematura», se niega a preconizar una lengua común italiana para todas sus provincias. Otra contradicción todavía más flagrante la expone en las líneas que siguen, en donde reprocha a Dante que diga de su patria lo que piensa; él, que dijo que estaba «mal no llamar a las cosas por su nombre».

Dante sobresale en todo por su genio, salvo cuando decide hablar de su patria, a la que atacó en todas las ocasiones con un ensañamiento indigno de un filósofo a incluso de un hombre. No puede evitar cubrirla de infamia, la acusa de reunir todos los vicios, condena a sus habitantes, censura su emplazamiento, habla mal de sus costumbres y de las leyes que la gobiernan. Y no es que se exprese así solamente en una parte de su poema, sino en numerosos pasajes, pero de diversas maneras y con expresiones siempre nuevas; en la medida en que se sintió herido por la injusticia de su destierro, así ardía en deseos de vengarse. Por ello se vengó tanto como pudo; y si el destino hubiese querido que sólo una de las desgracias que invocaba sobre su patria cayese sobre Florencia, esta ciudad tendría que lamentarse más por ser la cuna de un hombre semejante que por todos los demás males que haya podido padecer. Pero la Fortuna, para contradecirlo y para cubrir con los rayos de la gloria las calumnias del poeta, no hizo más que aumentar de día en día la prosperidad de Florencia; la hizo célebre entre todas las ciudades del universo y la ha llevado en nuestros días hacia un estado de felicidad tan grande, la ha hecho gozar de una tranquilidad tan profunda, que, si Dante resucitase para verla, o bien lanzaría su «mea culpa», o querría volver a morir por lo mucho que supondría este duro golpe para su incorregible envidia.

(*Discurso sobre la lengua*)

Detalle del cuadro Dante y su poema, *obra de Domenico di Francesco, «Michelmo». Catedral de Florencia.* ▶



Alinari

«La hipótesis del príncipe»

Al igual que Maquiavelo observó y anotó con frialdad en su legación los acontecimientos que presenció y los hombres que los protagonizaron, en el caso de César Borgia, el capítulo VII de El Príncipe, *escrito diez años después, transfigura un simple episodio violento y trágico del nepotismo pontificio en lo que Renaudet denomina «el mito dantesco del redentor».*

Por otra parte, César Borgia —llamado vulgarmente duque Valentino— adquirió el Estado gracias a la fortuna de su padre y con el irse de ella lo perdió, a pesar de haber recurrido a todo tipo de medios y haber hecho todas aquellas cosas que un hombre prudente y virtuoso debía hacer para poner sus raíces en aquellos Estados que las armas y la fortuna de otros le habían proporcionado. Pues, como he dejado dicho más arriba, quien no pone los cimientos primero los podrá poner después si es capaz de actuar con mucha virtud, aunque se haga con molestias para el arquitecto y con peligro para el edificio. Así pues, si se estudia atentamente todas las acciones del duque, se podrá ver que se había procurado fundamentos sólidos para su futuro poder. Estimo que no es superfluo examinar dichas acciones, puesto que yo mismo no sabría dar a un príncipe nuevo otros preceptos mejores que el ejemplo de su conducta. Pues, si sus disposiciones no lé rindieron fruto en última instancia, no fue por culpa suya, sino de una extraordinaria y extrema malignidad de la Fortuna...

Advirtiendo los Orsini —tarde ya— que el engrandecimiento del duque y de la Iglesia representaba su propia ruina, celebraron una reunión en Magione, en la región de Perusa. De aquí nacieron la rebelión de Urbino y los desórdenes de la Romaña, y graves peligros para el duque, que consiguió superar con la ayuda de los franceses. Recobrado su prestigio, desconfiando tanto de Francia como de cualesquiera otras fuerzas ajenas, para no tener que ponerlas a prueba, recurrió al engaño: supo disimular tan bien sus verdaderas intenciones que los Orsini se reconciliaron con él por mediación del señor Paulo. El duque desplegó todo tipo de cortesías para ganar su confianza, regalándole dinero, vestidos y caballos, hasta el punto que su ingenuidad los condujo a Sinigallia, a sus propias manos. Exterminados, pues, estos cabecillas y convertidos

César Borgia, uno de los posibles modelos de El Príncipe. *«Pensándolo bien —escribió Maquiavelo—, no encuentro nada reprobable en la conducta del duque.»* ▶



sus partidarios en aliados suyos, el duque había conseguido poner unos cimientos bastante sólidos para su poder, pues dominaba toda la Romaña y el ducado de Urbino, y sobre todo, creía haberse ganado la adhesión de la Romaña y todos aquellos pueblos, que ahora comenzaban a gustar del bienestar.

Y, dado que este último punto es digno de noticia y de ser imitado por otros, no quiero dejarlo sin alguna mención: conquistada la Romaña y encontrándola gobernada por señores incapaces, más dispuestos a despojar a sus súbditos que a llamarlos al orden —con lo cual les daban motivo de desunión y no de unión, hasta el punto de que todo el territorio estaba sembrado de ladrones, banderías y toda clase de rebeldías—, determinó que era necesario darle un buen gobierno si quería reducirla al orden y hacerla obediente al poder soberano. Por eso puso al frente del país a Ramiro dell'Orco, hombre cruel y expeditivo, al cual dio plenos poderes. Al cabo de poco tiempo su ministro consiguió pacificar el territorio y reducirlo a la unidad, todo lo cual trajo consigo la extraordinaria reputación del duque. Pero más tarde juzgó el duque que ya no era necesaria tan gran autoridad, pues se corría el peligro de que resultara odiosa, e implantó un tribunal civil en el centro del territorio, presidido por un hombre excelentísimo y en el que cada ciudad tenía su propio abogado. Y como sabía que los rigores pasados le habían generado algún odio, para curar los ánimos de aquellos pueblos y ganárselos plenamente decidió mostrar que, si alguna crueldad se había ejercido, no había provenido de él, sino de la acerba naturaleza de su ministro. Así que, cuando tuvo ocasión, lo hizo llevar una mañana a la plaza de Cesena partido en dos mitades con un pedazo de madera y un cuchillo ensangrentado al lado. La ferocidad del espectáculo hizo que aquellos pueblos permanecieran durante un tiempo satisfechos y estupefactos.

Pero volviendo al punto en que nos habíamos quedado, digo que al duque (bastante poderoso ya y seguro en parte ante los peligros presentes por haberse armado a su manera y por haber en buena parte destruido aquellas armas que, por cercanas a él, hubieran podido hacerle daño) le quedaba todavía, si quería ampliar sus conquistas, el temor al rey de Francia. Pues era consciente de que el rey, que, aunque tarde, se había percatado de su error, no se lo habría permitido. Por eso comenzó a buscar nuevos aliados y a mostrarse vacilante con respecto a Francia cuando las tropas de ésta descendieron a Nápoles en contra de los españoles que asediaban Gaeta. Su objetivo era asegurarse frente a ellos, y lo habría conseguido de seguir viviendo Alejandro.

Estas fueron sus directrices en cuanto a los problemas presentes. Por lo que a los futuros se refiere, debía temer sobre todo que el nuevo papa le fuera hostil y tratara de arrebatarle lo que le había dado Alejandro. Trató de evitar esa posibilidad por cuatro procedimientos: en primer lugar, exterminando las familias de todos aquellos a los que había despojado, a fin de quitar al papa la oportunidad; en segundo lugar, como se ha dicho, ganándose a todos los nobles de Roma para tener así al papa inmovilizado; en tercer lugar, hacer al Colegio Cardenalicio lo más

suyo que pudiera; en cuarto lugar, adquirir el máximo de poder antes de que muriera su padre para estar en condiciones de resistir por sí mismo a un primer ataque. De estas cuatro cosas había conseguido a la muerte de su padre tres; la cuarta la daba casi por hecha: de los nobles despojados mató a cuantos pudo atrapar y poquísimos se salvaron; a los nobles romanos se los había ganado y en el Colegio tenía una facción numerosísima. En cuanto a las nuevas adquisiciones, había planeado adueñarse de Toscana y poseía desde hacía tiempo Perusa y Piombino, habiendo tomado a Pisa bajo su protección. Y, dado que no debía tener miedo a Francia (que no debía tenérselo más, al haber sido despojados los franceses del reino de Nápoles por los españoles, lo cual obligaba a ambos a comprar su amistad), se veía ya saltando sobre Pisa. Tras ello Lucca y Siena cederían rápidamente, en parte por envidia de los florentinos y en parte por miedo; los florentinos por su parte no tenían escape posible. Si hubiese conseguido todo esto (y lo iba a conseguir el año mismo en que murió Alejandro), alcanzaría tanta fuerza y tanta reputación que se hubiera puesto a salvo por sus propios medios y ya no hubiera dependido jamás de la Fortuna y de las fuerzas de otro, sino de su propio poder y de su propia virtud. Pero Alejandro murió sólo cinco años después de que él hubiera empezado a desenvainar la espada; lo abandonó cuando solamente había podido consolidar su Estado de la Romaña: todos los demás estaban en el aire y él mismo situado entre dos poderosísimos ejércitos enemigos y enfermo de muerte. Sin embargo, su ánimo era tan indómito y su capacidad y energía tan grandes, sabía tan bien que a los hombres o se les gana o se les pierde, tan sólidos eran los cimientos que en poco tiempo se había construido, que si no hubiera tenido aquellos ejércitos encima o él hubiera estado sano, habría vencido todas las dificultades. Y que sus cimientos eran buenos lo mostró la experiencia, pues la Romaña lo esperó más de un mes; en Roma estaba seguro a pesar de estar medio muerto, y aunque los Baglioni, los Vitelli y los Orsini vinieron a Roma no encontraron aliados para atacarlo; si no podía hacer papa a quien quería, podía conseguir al menos que no lo fuera quien no quería. Pero de no haber estado enfermo a la muerte de Alejandro todo le hubiera resultado fácil. El mismo me dijo personalmente, en los días en que fue elegido papa Julio II, que había pensado en lo que pudiera suceder a la muerte de su padre, encontrando el remedio conveniente a cada cosa, pero que no había pensado jamás que en aquella ocasión también él mismo estuviera a punto de morir.

Recogidas, pues, todas las acciones del duque, no sabría censurarlo. Creo más bien, como he dicho, que se le ha de proponer como modelo a imitar a todos aquellos que por la Fortuna y con las armas ajenas ascienden al poder. Porque él, hombre deseoso de dominio y de altas miras, no podía conducirse de otra manera; sólo se opuso a sus propósitos la muerte de Alejandro y su propia enfermedad. En consecuencia, quien juzgue necesario para su principado nuevo asegurarse frente a los enemigos, ganarse amigos, vencer o con la fuerza o con el engaño, hacerse amar y temer por los pueblos, seguir y respetar por los soldados,

destruir a quienes te pueden o deben hacer daño, renovar con nuevos modos el viejo orden de cosas, ser servero y apreciado, magnánimo y liberal, disolver la milicia infiel, crear otra nueva, conservar la amistad de reyes y príncipes de forma que te recompensen con cortesía solícita o se lo piensen antes de hacerte daño, no podrá encontrar ejemplos más vivos que las acciones del duque. Solamente se le puede reprender en la nominación del papa Julio, donde la decisión por él adoptada fue contraproducente: no pudiendo, como hemos dicho, hacer un papa a su gusto, podía, sin embargo, conseguir que alguien no lo fuera; y no debía permitir jamás que llegaran al papado aquellos cardenales a quienes él había hecho daño o que, una vez papas, hubieran de sentir miedo de él. Porque los hombres hacen daño o por miedo o por odio. Aquellos a quienes él había hecho daño eran, entre otros, el de San Pietro in Vincoli, el cardenal Colonna, el de San Giorgio y el cardenal Ascanio. Todos los demás tenían motivos para temerlo si llegaban al papado, excepto el cardenal de Rouen y los españoles, los últimos por vinculaciones y obligaciones mutuas y el francés por razones de poder, ya que tenía a sus espaldas el reino de Francia. El duque, por tanto, debía por encima de todas las cosas conseguir un papa español y, de no poderlo, debía permitir que fuera el cardenal de Rouen y nunca el de San Pietro in Vincoli. Quien cree que nuevas recompensas hacen olvidar a los grandes hombres las viejas injusticias de que han sido víctimas, se engaña. Se equivocó, por tanto, el duque en esta elección y fue la causa de su ruina final.

(*El Príncipe*, VII)

Frente a Julio II, Maquiavelo está igual de confundido que ante César Borgia. Después admirará al hombre que aspira a liberar a Italia, pero le repugna, tanto como a Dante, ver al poder espiritual jugar sirviéndose de lo temporal, contemplar a los príncipes de la Iglesia llevando el mismo doble juego que los seglares.

DIFÍCILMENTE LOS HOMBRES SON BUENOS O MALOS EN SENTIDO ABSOLUTO

En el año 1505, el papa Julio II se puso en camino hacia Bolonia para expulsar a los Bentivoglio, que gobernaban este estado desde hacía cien años. También quiso arrebatar Perusa a Giovampagolo Baglioni, quien se la había adueñado, pues el proyecto de este papa era el de destruir a todos los señores que ocupaban las tierras de la Iglesia. Apenas llegó ante las murallas de Perusa, totalmente decidido a llevar a cabo su proyecto, que todo el mundo conocía, ni siquiera esperó al ejército para entrar en la plaza bajo la guardia de sus soldados, sino que penetró en ella desarmado. Así es como, excitado por los arrebatos que gobernaban todas sus acciones, se pusieron él y algunos guardias en manos del enemigo. ¡Pero el primer magistrado de Perusa se deja apresar y sustituir por un gobernador que rige la ciudad en nombre de la Iglesia!

Las sensatas gentes del séquito del papa advirtieron dos cosas en este acontecimiento: la temeridad de Julio, y la cobardía de Giovampa-

golo. No podían comprender cómo éste había dejado escapar una ocasión inmejorable para adquirir una gloria imperecedera, aplastar a su enemigo en un instante y conseguir un rico botín, pues el papa marchaba acompañado de todos sus cardenales, quienes viajaban sin privarse de ningún placer. Era impensable que se hubiese contenido por bondad o por escrúpulo; ningún sentimiento religioso o de piedad cabía en el corazón de un hombre cargado de crímenes, que abusaba de su hermana, y quien, para alzarse con el poder, había eliminado a sus primos y a sus sobrinos. Concluimos que los hombres no saben ser ni perfectamente buenos, ni honorablemente malos, y que, cuando una mala acción comporta algún atisbo de grandeza o de magnanimidad, no saben llevarla a cabo.

De esta manera Giovampagolo, que no se sonrojaba por ser públicamente incestuoso y parricida, no supo, o, para decirlo mejor, no se atrevió a aprovechar la ocasión óptima de concluir una empresa en la que todos habrían admirado su valor y que le haría ganar la inmortalidad; pues habría sido el primero en enseñarles a los prelados de la Iglesia la poca consideración que merecen quienes viven y ejercen el poder como ellos; finalmente hubiese acometido un gesto cuya grandeza hubiera superado con creces la infamia y los riesgos.

(*Discursos*, I, XXVII)

«La más hermosa de las perfidias»

No pudiendo dar las dos versiones de este texto, he aquí la menos conocida. Maquiavelo, al enterarse de que su primer relato sobre la trampa de Sinigallia no había llegado a la Señoría —¡el más cruel desconsuelo de un informador!—, lo vuelve a empezar algunos días más tarde, y lo deja sin acabar. Es el borrador lo que presentamos aquí. Comparándolo con la tercera redacción —la que aparece en casi todas las ediciones— se podrá advertir las variantes con que el tiempo y el arte modifican la estricta verdad.

Magníficos Señores: al no haber recibido Vuestras Señorías todas las cartas en las que yo les exponía el desarrollo de los acontecimientos de Sinigallia, me parece oportuno volverlas a redactar detalladamente puesto que tengo tiempo para ello y que cuento con Su Excelencia el embajador para todas las negociaciones actuales y que además creo seros grato, dado que las circunstancias han sido verdaderamente extrañas y dignas de ser referidas.

Este príncipe [César Borgia], apenas los franceses abandonaron Cesena —al haber presentido que sus enemigos reconciliados intentaban, so pretexto de conquistar Sinigallia en su nombre, capturarlo y utilizarlo como rehén, con la esperanza de aprovechar la expedición para reunir sus fuerzas y superar las contrarias con el fin de facilitar sus propósitos—, este príncipe, pues, concibió la idea de anticiparse y autorizó su empresa, pero se ocupó desde entonces en disimular sus fuerzas para

animarles a ello. Habiendo marchado el enemigo hacia Sinigallia, él abandonó Cesena. Una vez en Pesaro, le llegaron noticias de que Sinigallia le era favorable, que los Orsini habían ocupado toda la ciudad salvo la ciudadela y que sería oportuno que se adelantase con sus tropas y la artillería para arrebatarles la plaza. El duque, para mantener a sus enemigos persuadidos de que eran ellos quienes le estaban engañando, había hecho avanzar a sus hombres entre Cesena y Fano lentamente, de tal manera que nadie había podido contarlos ni siquiera evaluar el contingente en bloque; no había autorizado formaciones superiores a los cien hombres de armas o cien ballesteros a caballo, enviados por separado y diseminados en puntos variados del territorio. Previamente les había fijado su lugar de reunión, Fano, y los jefes a cuyo mando debía ponerse cada cual.

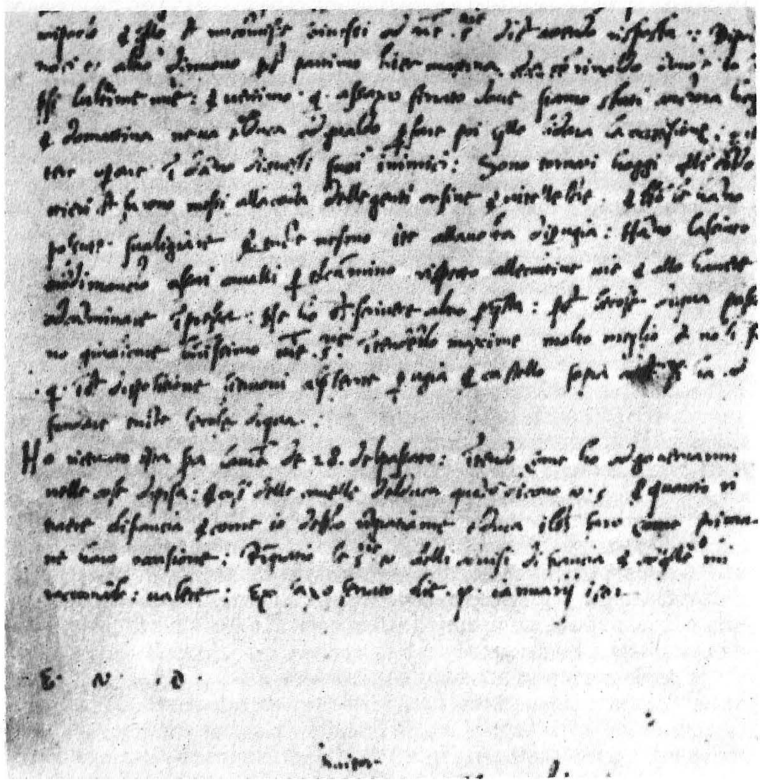
Llegado a Fano el día 30 del mes pasado, rodeado por todo su ejército, y queriendo cabalgar a hora temprana hacia Sinigallia, dio la orden a todos sus lugartenientes para que se encontrasen por la mañana, a la hora decimoctava, al frente de sus compañías, ordenados cerca de un río a unos diez km de Fano; colocó vanguardia, retaguardia e infantería; por la mañana, a la hora dicha, cada hombre estaba en su puesto. La vanguardia con el conde de la Mirándola, R. de Pazzi y otros dos *condottieros* con quinientos caballos, más una banda de gascones y de suizos de más de mil hombres. Después venía Su Excelencia, en medio de su escuadrón; al final, el resto de los hombres de armas y de la caballería ligera; a mano derecha, por el lado de la montaña, el resto de la infantería. Para confiar a los enemigos y aparentar una marcha a la desbandada, no había determinado ni el lugar de paso ni el ritmo de las carretas, muy numerosas en este ejército, y a las que había enviado delante con su marcha normal. Hay entre Fano y Sinigallia, como Vuestras Señorías deben saber, cerca de diez kilómetros. Las dos ciudades están en la costa: el trayecto es pues escalonado, entre el mar y los montes, tan próximo en algunos parajes al mar que no hay ni cincuenta metros desde su pie hasta el borde del agua y, en cualquier caso, no se alejan nunca más de un km. Sinigallia tiene el mar al norte, así como la ciudadela; al poniente, un gran río que corre a lo largo de las murallas y que es necesario atravesar cuando se llega desde Fano. Este río no tiene más que un puente de madera que no llega a la puerta, sino a las murallas, y más o menos a tres lanzas de ellas. Franqueando este puente, a mano izquierda, a seis lanzas, encontramos una puerta pequeña; a mano derecha hay otra puerta grande, con puente levadizo y otros artefactos habituales, situada a dos tiros de ballesta, y que no se puede alcanzar más que rodeando las murallas y alejándose del río. Delante de esta puerta, orientada hacia el sur, hay un buen número de casas, no agrupadas en arrabales, sino aisladas unas de las otras y dejando entre ellas un plaza, uno de cuyos lados llega hasta el río del que he hablado. Mientras el duque se encontraba en Fano, estaban en Sinigallia Vitellozzo, el señor Pagolo Orsini, el duque de Gravina y Oliveratto da Fermo con dos mil infantes y unos trescientos jinetes con arcabuces. El resto de sus tropas estaba acantonado en castillos próximos, a menos de diez

kilómetros. Así eran los que pensaban vencer al duque y que éste se veía en la necesidad de vencer. Puesto que conocía los proyectos enemigos y sabía con exactitud las condiciones de la ciudad y las posibilidades de ataque y respuesta, escribió por la noche a los Orsini diciéndoles, ya que se iba de Fano al día siguiente, que procurasen retirar sus tropas de la ciudad para alojarlas en las casas cercanas a la puerta y que ellos mismos podían instalarse allí si lo deseaban. Ordenó además que todas las puertas estuviesen cerradas, excepto las que miraban hacia estas casas, de manera que no entrasen en la ciudad más que los hombres que él quisiera. Habiendo determinado así la manera en la cual los soldados debían avanzar y en la que los Orsini habían de recibirles, abandonó Fano a primera hora de la mañana y se marchó hacia Sinigallia ajustando su paso al de la infantería en buen orden de marcha. Y en verdad que el número de hombres con que contaba y la calidad que exhibía el ejército y la bondad del paraje, que le permitía desplegarse en todas las direcciones sin alterar su orden, me pareció un espectáculo infrecuente. La vanguardia de las tropas se encontraba todavía casi a cinco km de Sinigallia cuando los Orsini, y después los Vitelli hicieron su aparición, viniendo al encuentro del duque. No acudieron en grupo sino sucesivamente, de lo cual se puede deducir que no fue el resultado de una decisión previa, sino forzada, impuesta por la necesidad, la vergüenza, la suerte del enemigo, su mala estrella. Vitellozzo llegó montado en una pequeña mula, sin armas, vestido con un capote corto y estrecho de color negro, hecho jirones, y por encima, un balandrán negro forrado de verde; nunca se hubiese creído al verlo así que aquel era el hombre con cuya ayuda, en dos ocasiones durante aquel año, se había intentado expulsar de Italia al rey de Francia. En su cara pálida y alterada, todos presagiaban la muerte que habría de sobrevenirle. Recibió la misma acogida gentil que sus compañeros de viaje y, conversando con el duque o con quienes cabalgaban próximos a él, recorrió el camino hasta Sinigallia.

Durante ese tiempo, la caballería de la vanguardia había atravesado el puente y conforme a las órdenes recibidas, se había detenido entre el mismo y la puerta. Las monturas quedaron ordenadas de tal manera que daban la espalda, unas a las murallas, las otras al río, formando una calle por la que pasaría el resto de las tropas. De esta manera, el duque era dueño del puente y estaba en condiciones de utilizarlo en cualquier situación. Un millar de hombres, entre suizos y gascones, que seguían a la vanguardia, entraron en la ciudad, y detrás de ellos, entre los Orsini y Vitelli, llegó el duque. Había tomado precauciones para impedirles la huida después del encuentro, ordenando a ocho de sus hombres más seguros que les diesen conversación, a razón de dos por cada uno de ellos...

(*Maquiavelo a los Diez,* LIII, 1503)

He aquí la continuación y el final del drama, en la tercera versión que Maquiavelo redacta sosegadamente cuando está de vuelta en Florencia:



Manuscrito de la carta de Maquiavelo sobre los asesinatos de Vitellozo Vitelli y Oliverotto da Termo.

Llegados los tres jefes ante el duque le saludaron cortésmente, él los acogió con afabilidad, y se encontraron inmediatamente rodeados por aquellos a quienes se les había encargado su vigilancia. El duque, al observar la ausencia de Oliverotto, que se había quedado con su tropa en Sinigallia y la entretenía en la plaza de los arrabales con algunos ejercicios de maniobras, hizo una señal al caballero Michel, encargado de la custodia de Oliverotto, para que impidiese su posible huida. Así, el caballero Michel se dirigió a caballo hacia Oliverotto y le hizo observar que era mal momento para dejar a su tropa fuera de sus alojamientos que podían ser ocupados por los soldados del duque: por ello le aconsejaba que los hiciese entrar y que lo acompañara al encuentro del duque. Así lo hizo Oliverotto, el duque llegó, y al advertir su presencia, lo llamó. Oliverotto lo saludó con reverencia y se unió a sus compañeros. Entraron en Sinigallia, se apearon todos de sus caballos ante la residencia destinada al duque, y, una vez que habían entrado con él en una cámara secreta, los declaró prisioneros suyos. Volvió a subir inmediata-

mente a caballo y dio la orden de desarmar a las tropas de Oliverotto y de los Orsini. Los hombres de Oliverotto, que estaban cerca, fueron inmediatamente reducidos. Por el contrario, las fuerzas de Orsini y Vitelli, que se encontraban más alejadas y que habían adivinado el destino de sus jefes, tuvieron tiempo para agruparse. Acordándose del valor y de la disciplina en los que habían sido adiestrados, cerraron filas con perfecto orden y, a pesar de la animosidad de los habitantes y del hostigamiento de las tropas enemigas, se colocaron en lugar seguro. Pero los soldados del duque, descontentos por no haber podido despojar más que a las gentes de Oliverotto, iniciaron el saqueo de Sinigallia, y la habrían devastado completamente si el duque no hubiese reprimido inmediata y ejemplarmente su violencia con numerosas ejecuciones sumarias. Llegada la noche y calmado el tumulto, el duque juzgó que era el momento de ejecutar a Vitellozzo y Oliverotto: hizo que los dos fuesen llevados al lugar deseado y los hizo estrangular. Ninguno de ellos dijo entonces palabra alguna digna de su pasado: Vitellozzo le rogó que suplicase al papa que le concediese indulgencia plenaria por sus pecados; Oliverotto lloraba y culpaba a Vitellozzo de los perjuicios causados al duque. A Pagolo y al duque de Gravina se les dejó vivos, hasta que llegaron noticias del encarcelamiento en Roma por orden del papa del cardenal Orsini, del arzobispo de Florencia y del señor Jacopo da Santa Croce. La nueva se conoció el 18 de enero del año 1502 [1503], en Castel della Pieve, e inmediatamente los dos sufrieron idéntica suerte.
(*Exposición sobre el procedimiento por el que el duque de Valentino aniquiló a Vitellozzo Vitelli, a Oliverotto da Fermo, al señor Pagolo y al duque de Gravina Orsini*, marzo de 1503)

Reclamaciones

Observemos la delicadeza con la que Maquiavelo presenta su demanda y se excusa al pedir lo que se le debe. «Pobre hombre de genio —exclama Michelet indignado— sometido a transmitir y traducir el pensamiento de los necios, intermediario obligado entre la ineptitud del gonfaloniero Soderini y la del cardenal de Amboise [...]. Buena parte de sus cartas —la totalidad de ésta— están utilizadas para decir que se muere de hambre y para obtener unos calzones.»

NICOLÁS MAQUIAVELO A LA SEÑORÍA

Magníficos Señores:

Escribo estas cortas líneas a V. S. porque sé con qué confianza puedo hacerlo. Recibí en el momento de mi partida treinta y tres ducados; de éstos gasté cerca de trece en las postas, como da fe la cuenta enviada a vuestro colega Nicolás Maquiavelo,[14] empleé doce en la adquisición de una mula; en un traje de terciopelo, dieciocho; en una catalana, once, en una blusa, diez. En total, casi setenta ducados.[15] Vivo en una hospedería, con dos criados y la mula y gasto diez carlinos[16] por día.

Recibí en efecto de V. S. el salario que les pedí, pero les solicité lo que creí que sería suficiente, ignorando la carestía de este lugar; no debo pues más que agradecimientos a V. S. y sean para mi los reproches. Mas espero que y a la vista de los cuantiosos gastos, encontraréis quizás el remedio, o que, si mi salario no puede ser aumentado, al menos, me sea reembolsada la posta, como ha sido costumbre. Nicolás Maquiavelo conoce mi escasa fortuna y sabe que no puede soportar un golpe parecido; y aunque lo pudiese, los hombres de estos tiempos sufren para avanzar y no para retroceder. Me encomiendo de nuevo a V. S. cuya salud deseo sea buena.

En Roma, a 22 de noviembre de 1502.

Vuestro Servidor, Nicolás Maquiavelo.

Como secretario de los funcionarios encargados de las murallas, Maquiavelo no se limitó, como él dice modestamente, a escuchar a los capitanes y arquitectos. Colaboró con ellos en el proyecto monumental de reparación de aquellas murallas de las que sus cartas y los grabados de Florencia dan una visión tan clara. Y Clemente VII viene una vez más a echarlo todo a perder.

NICOLÁS MAQUIAVELO A FRANCESCO GUICCIARDINI

Magnífico señor Presidente:

Tras varios días que he dejado pasar deliberadamente sin hablaros de las fortificaciones, os informo cuanto tengo que deciros al respecto. Vemos aquí que el papa ha vuelto a su manía de grandeza, alentado por la opinión de Giovanni del Bene que le informó que el trazado que engloba las colinas sería más resistente y menos dificultoso. En lo que concierne a la resistencia, ninguna ciudad de grandes dimensiones consigue verdaderamente ser inexpugnable, su dimensión desanima incluso a sus defensores y permite mil sorpresas que no hay que temer en las ciudades medianas. La afirmación de que resultaría menos dificultosa es una sandez, pues Del Bene hace muchas suposiciones sin fundamento: primero dice que es suficiente con escarpar todas las alturas, desde donde están las propiedades de Bonciano hasta las de Matteo Bartoli —distancia que el evalúa en 1.670 m cuando hay más de 2.500— y que para el resto, basta levantar una muralla. Sostiene que las escarpaduras podrán servir de defensas y que sería suficiente coronarlas con un baluarte de 7,5 m de alto y 15 de ancho. Todo es falso: hay infinidad de lugares en escalón donde no se puede tallar con picos. En cuanto a los susceptibles de escarpes, los baluartes costarían una fortuna; serían una vergüenza para nuestra ciudad y dentro de algunos años habría que reconstruirlos, lo que representaría un gasto enorme, casi constante y poco rentable. Pretende que la comuna ganaría más de 80.000 ducados en terrenos, lo cual es un cuento; no sabe lo que dice, y sería muy difícil probarlo; y tanto más que nadie es de su opinión. De todas maneras vamos a hacer el plano que el papa nos ha pedido, y se le enviará.

(*Carta familiar 209*, 2 de junio de 1526).



Giraudon

El cardenal Georges d'Amboise, llamado «Rouen».

Una filípica contra César Borgia

Maquiavelo intenta una vez más, y en vano, que sus conciudadanos se decidan a armarse. He aquí, con qué acento, con qué franqueza brutal, habla el orador en cuanto deja de ser el portavoz de sus Señores:

Cuando pienso que podéis ver y oír, y que no queréis hacerlo, hasta el punto de sorprender, por no decir más que esto, incluso a vuestros enemigos, pienso que Dios considera que no nos ha castigado aún bastante y nos reserva mayores plagas [...] Que nadie diga: «¡No se nos advirtió!» Y a ninguno se le ocurra objetar: «¿Para qué necesitamos armas? Estamos bajo la protección del rey; el duque de Valentino no tiene

ningún motivo para atacarnos.» Nada más iluso que esta idea [...] No nos ceguemos. Examinemos bien nuestra situación, sobre todo nuestras condiciones internas. Constataréis que vuestros súbditos son desleales, acabáis de tener hace pocos meses la cruel experiencia. Era normal: no hay súbditos que puedan, ni que deban, ser fieles a un príncipe incapaz de defenderlos o de gobernarlos. La medida de vuestra capacidad de gobierno bien la conocen Pistoia, Borgo, Romaña, lugares todos ellos convertidos en morada y refugio de bandidos. Hasta qué punto pudísteis defenderlos, lo saben todos los lugares que han sido atacados. Y como vuestros súbditos no ven cambios sustanciales, ello tampoco mudan sus sentimientos ni sus pensamientos. Más que súbditos vuestros lo son, en realidad, del primer invasor.

Salid ahora de vuestras fronteras y considerad a vuestros vecinos: os encontraréis entre Estados empeñados en la ruina de Florencia al precio de su propia existencia. Id más lejos, salid de Toscana, examinad toda Italia: la veréis girar en torno al rey de Francia, de Venecia, del papa y del duque de Valentino.

Empecemos por el rey: hay que decir la verdad y yo os la diré. Si no encuentra más obstáculo que Florencia, no habrá remedio, pues todas las fuerzas y ardides de la Señoría no bastarán. Si hay más obstáculos, la salvación dependerá de vuestra voluntad: será imprescindible entonces que os arméis, de tal modo que el monarca francés os tenga en cuenta a la hora de tomar decisiones, como hace en otros Estados italianos. Si permanecéis desarmados, seréis presa u objeto de negociaciones del propio rey de Francia o de otras potencias de Italia. Es necesario que os hagáis respetar y quitar a todos de la cabeza la idea de poneros el yugo... Me rebelo ante esta suposición cuando os veo ciudadanos libres con el futuro de vuestra libertad en las manos. Espero que tengáis hacia ella la misma actitud de los hombres que nacieron y desean vivir libres.

(*Palabras que hay que decir...*, 1503)

Exhortaciones

Donde el servidor se afana en infundir valor a sus afligidos señores.

¿Qué clase de condiciones esperáis de un enemigo que, sin haber superado aún el obstáculo de los Alpes y manteniendo vosotros un ejército en pie de guerra, os solicita cien mil florines en tres días y ciento cincuenta mil en diez? Cuando se encuentre ante las murallas de la ciudad, sus exigencias menores serán que le entreguéis vuestras riquezas, pues desgraciadamente no hay duda alguna de que el atractivo mayor que le ofrece Florencia es la esperanza de saquearla y no hay más que un remedio para evitar esa desgracia: quitarle tal idea de la cabeza. Para

Entrada de Carlos VIII en una ciudad italiana, según un cuadro de la época. ▶



Giraudon

ello será mejor actuar con prontitud y no cuando esté ante los muros de Florencia, tratando de deternerlo con las fuerzas de que disponemos. Pues, a poco que se le obstaculice, acabará por sucumbir. Tenemos noticias fidedignas de que si en el plazo de un mes el enemigo no consigue ocupar algunos puntos estratégicos, sus planes fracasarán, y no alcanzarán esos objetivos militares si no nos desanimamos nosotros. Y siempre quedará la posibilidad de llevar al otro lado de los Alpes las fuerzas de que se dispongan si fracasa la defensa en este flanco. Recuerdo que durante la guerra de Pisa, los pisanos abrumados por la duración del conflicto, comenzaron a plantear la posibilidad de negociar con Florencia, y Pandolfo Petrucci, barruntando la viabilidad del acuerdo, envió a Antonio de Venafro para disuadirles. Y Venafro, en una exhortación pública, les dijo entre otras muchas cosas que cómo tras sortear una violenta tempestad, ahora se ahogaban en un vaso de agua. No os digo esto porque piense que Florencia vaya a flaquear en su ánimo, sino para daros alguna esperanza de salvación, siempre que prefiráis gastar diez florines para liberaros de verdad que cuarenta para ser maniatados y exterminados. Me encomiendo a Vuestras Señorías.

(*Carta oficial 16 a los Ocho,* 2 de abril de 1527)

«La lectura constante de las cosas antiguas»

Las angustias de la penuria

Durante cerca de un año, Nicolás se engañó con la esperanza de que el indolente orador de Florencia en la corte de Roma se movería para conseguirle algún empleo. Al final, desesperó.

No saldré de la indigencia sin encontrar un alma que recuerde mis leales servicios o que crea que puedo ser útil en algo. Pero es imposible que pueda seguir mucho tiempo así, pues me consumo y soy consciente de que, si Dios no lo remedia, un día me veré obligado a dejar mi casa para contratarme como intendente o secretario de algún *podestá*,[17] si no encuentro ninguna ocupación más brillante, o a esconderme en algún lugar perdido para enseñar a leer a los niños, dejando aquí a mi familia, para la cual no creo contar más que si estuviese muerto. En realidad, les servirá de alivio pues soy una carga, acostumbrado como estoy a gastar y no pudiendo vivir sin hacerlo. No os escribo esto con intención de que hagáis algo por mi o moveros a piedad, sino tan sólo para desahogarme, sin perjuicio de no volver a tratar jamás un tema tan odioso.

(*Carta familiar 148* a Vettori)

San Casciano

He aquí la carta más significativa de Maquiavelo. Permite a cada uno juzgar en qué medida el autor se conocía o no a sí mismo cuando establece su felicidad suprema en las antípodas de Leonardo da Vinci. No es menos preciosa por lo que revela del origen y del objeto de El Príncipe. *Si leemos con atención Los deseos estériles (1821), de Alfredo de Musset, tendremos la sorpresa de encontrar traducidas, y admirablemente, algunas de las líneas más conmovedoras de esta carta: la breve imprecación de Maquiavelo contra la Fortuna.*

Vivo, pues, en mi casa de campo. Tras las últimas desgracias que sabéis, no he pasado, bien contados, ni veinte días en Florencia. Hasta hoy he puesto las trampas a los tordos con mi propia mano. Me levantaba antes del alba, preparaba la liga, y al caminar bajo tal carga de trampas, se hubiese dicho que era el amigo Geta cuando vuelve del puerto con los libros de Anfitrión; por lo general cazaba de dos a seis tordos.

Así ha transcurrido todo el mes de septiembre. Las horas se me pasaron sin sentir, a pesar de que este modo de matar el tiempo sea tan singular y baladí. He aquí, pues, cómo vivo. Me despierto al alba y voy a uno de mis bosques, que estoy haciendo cortar. Me quedo allí dos horas para revisar la faena del día anterior y para pasar el tiempo con mis leñadores. Siempre tienen alguna disputa en danza, ya sea entre ellos, ya con los vecinos. A propósito de este bosque, tendría mil bellas cosas que contaros, como lo que me ocurrió con Frosino de Panzano y con otros que tenían interés en mi madera. Frosino hizo que le entregasen cierto número de cargas sin haberme avisado; después, en el momento de la liquidación, pretendió retenerme diez liras que decía que se le debían desde hacía cuatro años, ganadas al chaquete[18] en casa de Antonio Guicciardini. Para recuperar lo que consideraba mío, hice lo indecible, incluso pensé en acusar de hurto al carretero que retiró las cargas. Finalmente, medió Giovanni Maquiavelli y llegamos a un acuerdo. Después, la tramontana sopló con fuerza inusitada y todo el mundo quiso su carga: Batista Guicciardini, Filippo Ginori, Tommaso del Bene y otros conciudadanos míos. Se lo había prometido a todos. Ahora bien, la primera que envié a Florencia, para Tommaso, al llegar a la ciudad no era más que media carga. Se habían puesto todos a amontonar la leña, él, su mujer, sus criados y sus hijos. Total que, tras calcular los beneficios, hice saber a los demás que no me quedaba más leña, por lo que todos se enfadaron, y especialmente Batista, que compara esta contingencia con el saqueo de Prato.

Cuando dejo el bosque, me voy a una fuente y de ahí a mi pajarera. Me llevo un libro bajo el brazo, a veces de Dante o Petrarca, y otras, de uno de esos poetas menores, como Tibulo, Ovidio y otros. Me concentro en la lectura de los relatos amorosos y esos amores me recuerdan los míos; dulces pensamientos en los que me recreo largo rato. Después me dirijo a la posada del camino principal. Me entretengo con los que pasan, pido noticias de sus países, adivino bastantes cosas, observo la variedad de gustos y la diversidad de los caprichos de los hombres. De esta forma se acerca la hora de la comida, cuando, en compañía de toda la gente de mi casa, me nutro con los alimentos que me permite mi pobre granja y mi escaso patrimonio. Tan pronto he almorzado, vuelvo a la hostería: habitualmente están allí, con el posadero, un carnicero, un molinero y dos caleros. Con ellos me engolfo jugando al chaquete y a la «cricca»,[19] juego que provoca discusiones y pendencias sin fin, acompañadas de las correspondientes injurias; y aunque casi todo el tiempo lo consumimos en la simple apuesta de un *quattrino*[20] se nos oye gritar nada menos que en San Casciano. Necesito sumergirme en ese antro para evitar que mi cerebro se enmohezca por completo. Así es como me reconcilio con la Fortuna, a pesar de la hostilidad que me demuestra, casi contento de que me haya favorecido tan poco y expectante por ver si se avergüenza de su malevolencia.

La Rueda de la Fortuna, *obra de Miguel Angel.* ▶



La tarde cae, vuelvo al hogar. Penetro en mi despacho y a la entrada me quito el traje de todos los días, cubierto de polvo y barro, para ataviarme con vestidos propios de una corte real o pontificia. Así, honorablemente engalanado, entro en las viejas cortes de los antiguos. Allí, acogido con afabilidad por ellos, me sustento del alimento que por excelencia es el mío, y para el cual he nacido. Allí no siento ninguna vergüenza de hablar con ellos, de interrogarles sobre los móviles de sus acciones, y ellos me responden con consideración. Y durante cuatro horas me despreocupo por completo, olvido todos mis cuidados, no temo a la pobreza, hasta le pierdo el respeto a la muerte; y como Dante dice que no hay ciencia si no se asimila lo que se ha comprendido, he anotado, de estas entrevistas con tan ilustres hombres, lo que creía esencial y he compuesto un opúsculo, *De principatibus,* en el que profundizo, hasta donde soy capaz, en los problemas que supone un tema semejante: qué es una soberanía, cuantas clases hay, cómo se adquiere, cómo se conserva, cómo se pierde. Y si alguna vez alguna elucubración mía os gustó, ésta no os defraudará. Debería, sobre todo, ser útil a un nuevo príncipe: es por lo que se la dedico a Su Magnificencia Giuliano. Filippo Casavecchia la conoce; podrá daros cumplida opinión de la obra y de las discusiones que hemos tenido. Tened, sin embargo, en cuenta que no ceso de enriquecerla y corregirla.

Vos querríais, magnífico embajador, verme abandonar mi vida de aquí para ir a gozar con vos de la vuestra. Lo haría ciertamente de todas maneras. Sin embargo, algo me retiene aquí, como algunos negocios que habré concluido en seis semanas. Otra cosa me hace dudar, y es que allí están los Soderini y si voy, por fuerza tendría que ir a verlos y a hablarles. Me pregunto si en este caso, de vuelta a Florencia, bajaría del caballo en la puerta de mi casa o en la del Bargello [la cárcel]: de hecho, nuestro nuevo gobierno por más que tenga sólidos pilares y esté bien firme, hace poco tiempo que está en el poder y todo le resulta sospechoso; allí no faltan gentes bien informadas que, para aparentar como Pagolo Bertini, no dudarían en poneros en un brete, sin preocuparse cómo saldríais del apuro. Quitadme, pues, os lo pido, esta preocupación, e iré a encontraros, pasado el plazo que os he dicho.

A propósito de mi opúsculo, debatí con Bertini si convendría editarlo o no. Y en caso afirmativo, si sería oportuno que lo llevara yo mismo o lo enviase. En caso negativo, me temo que Giuliano [de Médicis] ni siquiera lo lea, y que nuestro amigo Ardinghelli no haga los honores que merece mi trabajo. La necesidad que me acosa me empuja a publicarlo: siento que me consume, y que esta situación no puede durar sin que a la larga la pobreza no haga de mi un objeto de desecho. Por otra parte, deseo de todo corazón que estos Médicis se decidan a darme un empleo [...]. En cuanto a mi obra, solamente con leerla se vería que los quince años que permanecí al servicio de la República ni los dormí ni los jugué. Y todos deberían ver la conveniencia de servirse de un hombre lleno de experiencia que no les costó nada. Mi lealtad debería de estar al abrigo de toda sospecha, siempre fui fiel y no voy a alterar ahora esta norma de conducta; el hombre que sirvió fielmente y bien du-

rante cuarenta y tres años —son los que tengo— no puede cambiar su idiosincrasia. Mi pobreza sirve, por otra parte, de testimonio.

Desearía, pues, que vos también me diéseis vuestra opinión sobre este asunto y me encomiendo a vos.

Que seáis feliz.

Día 10 de diciembre de 1513. Nicolás Maquiavelo.

«Suprema Lex»

Maquiavelo amaba a sus hijos. Si ensalzó el ejemplo de Catalina Sforza y si aquí ensalza el de Bruto el Viejo, es porque la libertad puede exigir excepcionalmente que se le sacrifique la propia sangre, y la legalidad.

DE CÓMO BRUTO SE VIO OBLIGADO A INMOLAR A SUS HIJOS PARA MANTENER LA LIBERTAD RECIÉN CONQUISTADA

La severidad de Bruto fue no sólo útil sino también necesaria para mantener en Roma la libertad que acababa de establecerse. Ciertamente es un ejemplo raro en la historia de los acontecimientos humanos ver a un padre que se presenta ante un tribunal para condenar a sus hijos a muerte e incluso estar presente en su suplicio. Pero cualquiera que se haya nutrido de la lectura de los acontecimientos antiguos sabe que todo cambio de gobierno, ya sea de una república a una tiranía, o de una tiranía a una república, debe ser seguido y marcado por la ejecución memorable de algún enemigo del nuevo estado de cosas. El que se eleva a la tiranía y no hace perecer a un Bruto o el que restablece la libertad en su país y, como otro Bruto, no inmola a sus hijos, no logra mantenerla mucho tiempo. Como ya traté esta cuestión extensamente, remito a lo que ya dije. Solamente citaré un ejemplo sacado de nuestros anales, y uno de los más notables en la historia de Florencia: es el de Piero Soderini que creyó, a fuerza de bondad y paciencia, vencer la obstinación de esos nuevos hijos de Bruto de volver bajo otra forma de gobierno, y que se equivocó completamente. Aunque su experiencia le demostró la necesidad de tal ejecución y pese a que la Fortuna y la ambición de los que lo atacaban le proporcionaban a menudo el motivo para deshacerse de ellos, no tuvo jamás la valentía de tomar una decisión en tal sentido. En efecto, él contaba con poner fin a los enfrentamientos a base de paciencia y bondad, y con desarmar a sus enemigos a fuerza de buenas acciones, pero como confió numerosas veces a sus amigos, para enfrentarse enérgicamente a sus opositores políticos y vencerlos, era necesario bordear los límites de la autoridad ordinaria y romper con la legalidad: era una decisión peligrosa, ya que, aunque fuera llevada a la práctica sin extremismos, no dejaría de alarmar al pueblo y provocaría, tras su muerte, el descrédito del gonfaloniero y el peligro de la desaparición del cargo. Y él estimaba que la institución debía ser mantenida y afirmada.

Los escrúpulos de Soderini eran propios de un hombre honesto y justo; sin embargo, jamás se debe dejar propagar un mal si puede comprometer el bien que se pretende salvar. Lo que Soderini hubiera debido pensar es que, en el caso de haber actuado con éxito, cualquiera que juzgara su obra y sus proyectos *a posteriori* afirmaría que siempre le había guiado el bien de la patria y no su ambición. Por otra parte, nada le impediría promulgar leyes que evitaran a sus sucesores utilizar indebidamente una autoridad que él había usado con fines loables. Lo que le confundió fue el error de principio de desconocer que ni el tiempo ni las buenas acciones logran domeñar la perversidad. De manera que, sin haber sabido emular a Bruto, perdió el poder y el honor propios y, con ello, causó la ruina de su patria.

(*Discursos*, III, III)

El ejemplo de los antiguos

Por boca del viejo capitán, nacido demasiado tarde para guerras tan cobardes, oigamos al hombre de Estado, al perspicaz consejero, lamentarse de su destino: no encontró los amos a los que tanto le hubiera gustado servir. Aquí, como en las Historias florentinas, *«se desahoga»* (mi sfogo).

Los gobernantes de Italia, antes de que hubieran sentido los efectos de las guerras de los últimos tiempos, se imaginaban que para un príncipe era suficiente saber escribir una bella carta, componer una respuesta artificiosa, mostrar en sus discursos sutileza e inteligencia y preparar asechanzas con habilidad. Cubiertos de oro y pedrerías, querían sobrepasar a todos los mortales por el lujo de su mesa y de su lecho; rodeados por el desenfreno, enfangados en un ocio vergonzoso, gobernando a sus súbditos con arrogancia y codicia, no concedían los ascensos militares más que por favoritismo, desdeñaban a cualquiera que se hubiese atrevido a darles un consejo provechoso y pretendían que la más necia de sus palabras fuese considerada un oráculo. ¡Desgraciados, no se daban cuenta de que estaban destinados a ser presa del primer asaltante! De ahí provinieron, en 1494, los pánicos desproporcionados, las huidas precipitadas y los increíbles hundimientos de poderosas repúblicas.

Así es como los tres Estados más poderosos de Italia han sido saqueados varias veces y abandonados al pillaje. Pero lo más deplorable es que nuestros príncipes actuales viven en los mismos vicios y persisten en los mismos errores. No piensan que, en época de los antiguos, cualquier príncipe deseoso de mantener su autoridad practicaba con escrúpulo todas las reglas que acabo de describir y se mostraba constantemente aplicado en endurecer su cuerpo contra cansancios y fortificar su alma contra peligros. Alejandro, César y todos los grandes hombres de este tiempo combatían siempre en primera línea, iban a pie, carga-

dos con sus armas, y no abandonaban su imperio más que con la vida, queriendo igualmente vivir y morir con honor.

En cuanto a mí, me quejo del destino que debió, o negarme el conocimiento de estas importantes máximas, o darme los medios para ponerlas en práctica. Pues, ahora que he llegado a la vejez, ¿puedo esperar tener algún día la ocasión de hacer realidad tan sugestivas ideas? Así pues, he querido comunicaros todas mis meditaciones a vosotros que sois jóvenes y de familia ilustre. Si os parecen de alguna utilidad podréis un día, en tiempos más felices, aprovechar el favor de nuestros soberanos para aconsejarles esta indispensable renovación y ayudarles a llevarla a la práctica. Que las dificultades no os atemoricen ni desanimen. Nuestra patria parece destinada a hacer revivir la antigüedad, como lo han probado nuestros poetas, nuestros escultores y nuestros pintores. No puede concebir para mí tales esperanzas, estando ya en el ocaso de los años, pero si la Fortuna me hubiese sido favorable creo que en poco tiempo hubiese demostrado al mundo todo el valor de las instituciones de los antiguos.

(*El arte de la guerra,* VII, XVII)

Inconvenientes de las armas mercenarias

Tras los ejemplos del pasado (Roma, Esparta, Cartago, Tebas) y otros más próximos en el tiempo (los suizos, los milaneses sojuzgados por Francesco Sforza), Maquiavelo vuelve al presente.

Los florentinos hicieron jefe de sus tropas a Paolo Vitelli, hombre prudentísimo que se había labrado, a partir de su condición puramente particular, una enorme reputación. Si Vitelli tomaba Pisa, nadie negará que los florentinos estaban obligados a aceptar su autoridad, puesto que si se hubiera puesto al servicio de sus enemigos no tenían remedio y si lo mantenían al frente de sus tropas debían obedecerlo.

Si examinamos ahora la conducta de los venecianos, se podrá ver que actuaron gloriosamente y con prudencia mientras hicieron la guerra con sus propias armas, lo cual ocurrió antes de dirigir sus empresas a la conquista de tierra firme. En aquellos primeros momentos lucharon nobles y plebe armada con indudable valor, pero tan pronto como comenzaron a combatir en tierra abandonaron esa virtud y adoptaron las costumbres de Italia. En los primeros momentos de su expansión por tierra firme no tenían muchos motivos de temor hacia sus jefes mercenarios, pues su organización era precaria y estaban aureolados de una enorme reputación. Pero nada más ampliar sus posesiones tuvieron ya ocasión de comprobar su error: observaron la extraordinaria capacidad del jefe de sus mercenarios —Francesco Busone da Carmagnola— y bajo su dirección consiguieron derrotar al duque de Milán; pero viendo, por otra parte, que se conducía en la guerra con frialdad, estimaron que con él no podían ya vencer en lo sucesivo porque no quería, pero que tampoco podían licenciarlo sin el riesgo de perder lo ya conquistado.

Así que para asegurarse de él se vieron obligados a matarlo [...] Porque con estas tropas se consiguen tan sólo conquistas lentas, tardías y débiles, pero súbitas y sorprendentes derrotas [...]

Y el resultado final de su virtud no ha sido otro que el que Italia se haya visto sometida al paseo de Carlos, al saqueo de Luis, a las violencias de Fernando y a las burlas de los suizos.

(*El Príncipe,* XII)

[Estas gentes] no pueden subsistir en tiempos de paz, salvo si continúan guerreando o si se enriquecieron suficientemente antes... La guerra hace a los ladrones, y la paz los ahorca.

(*El arte de la guerra,* I)

Maquiavelo, que no formuló, ni siquiera concibió, la idea de la separación de los tres poderes, comentando a Tito Livio atisba esa gran aportación de la teoría política del siglo XVIII*: separa al ejecutivo político del militar y condena la confusión que al respecto tienen los gobernantes de Florencia, una de cuyas consecuencias es la prolongación de la guerra con Pisa durante doce años.*

DE LA LIBERTAD DE ACCIÓN DE QUE GOZABAN LOS JEFES DEL EJÉRCITO ROMANO

Estimo que si se quiere leer con provecho esta historia de Tito Livio, hay que considerar todos los procedimientos de acción del pueblo y del Senado de Roma. Entre otros aspectos dignos de atención, conviene destacar la autoridad que conferían a los cónsules, dictadores y otros jefes del ejército: se constata que era muy grande y que el Senado se reservaba sólo el derecho de decidir nuevas guerras y confirmar los tratados de paz; lo demás quedaba al arbitrio del cónsul. Si el pueblo y el Senado habían decidido una guerra, por ejemplo, contra los latinos, su realización la ponían en manos del cónsul: éste era libre de entablar batalla o no, de sitiar tal ciudad o tal otra, según le pareciera oportuno. este modo de actuar esta confirmado por numerosos ejemplos, y en particular por lo que ocurrió en una expedición contra los toscanos. De hecho, el cónsul Fabio, tras haberlos aniquilado cerca de Sutri, y queriendo atravesar el bosque Cimina con su ejército para penetrar en Toscana, no sólo no consultó el Senado, sino que ni siquiera le informó, aunque marchara a guerrear a un país nuevo, desconocido y peligroso. El hecho estás atestiguado por la resolución que tomó el Senado, contraria al cónsul: a partir de la noticia de la victoria de Fabio, temiendo que quisiera penetrar en Toscana atravesando el citado bosque, el Senado juzgó importante el riesgo que entrañaba y le envió dos legados para indicarle que no lo hiciera. Estos le alcanzaron cuando Fabio ya había consumado su plan victoriosamente. De manera que volvieron a Roma sin haber podido cumplir su misión, pero sí como mensajeros de conquista y de triunfo. He insistido tanto [sobre este punto] porque veo a nuestras repúblicas de hoy, Florencia o Venecia, actuar al respecto de otra

manera: si alguno de sus capitanes, encargados de la inspección de murallas o comisarios de los ejércitos tiene necesidad, por ejemplo, de instalar cuatro cañones, pretenden intervenir y decidir. Procedimiento merecedor de la misma alabanza de tantos otros que, en conjunto, las redujeron a la situación en que se encuentran ahora.

(*Discursos*, II, XXXIII)

Del eterno retorno de los mismos gobiernos

Maquiavelo encuentra una vez más cierta serenidad en la contemplación de una especie de eterna gravitación política, tan tranquilizadora como la que ya presiente Leonardo.

Las gentes vivían al comienzo esparcidas como las bestias, en número reducido. Después, cuando pasó el tiempo, se multiplicaron y se juntaron para defenderse mejor contra sus enemigos, y se les ocurrió tomar por jefe al más fuerte y valiente de entre ellos, reconociéndole todo honor y obediencia. Después, el hombre tuvo conocimiento de la honestidad y el vicio, viendo cómo se despreciaba e injuriaba a los ingratos y había piedad para los desgraciados. El miedo a que el mal alcanzase a todos obligó a amenazar conminatoriamente con penas a quienes obrasen mal con sus semejantes: así nació la justicia. Entonces se empezó a elegir príncipes a los más rectos y justos y no a los más poderosos y fornidos como antes. De ahí la elección se convirtió en sucesión, y se llegó a continuar la dignidad soberana de padres a hijos. Comenzaron los reyes a no valer nada pensando que era propio de ellos el sobrepasar a los demás en suntuosidad, pompa, lujo y placer, y no el conservar la bondad, el celo, el trabajo y la virtud de sus predecesores. Sus perversiones les granjearon la enemiga de sus súbditos. Los reyes les temieron y para prevenir engendraron la tiranía, pasando del temor a la ofensa. Sin embargo, había en los reinos gentes de noble corazón, ricos en bienes y en amigos, que no podían sufrir pacientemente tales crueldades e injurias. Esta actitud dio valor a las poblaciones para tomar las armas contra el rey. Desterrado o muerto éste, el pueblo confería la autoridad real a aquellos que capitanearon las fuerzas que facilitaron su liberación. Estos, además, abominando del gobierno de uno solo, constituían otro con sus propias personas. Y en los comienzos, para no caer en los errores de la tiranía pasada, respetaban las leyes que habían escrito y sometían todas sus conveniencias al bien común; gobernaban las cosas públicas con la mayor de las diligencias y el más exquisito cuidado. Pero sus hijos heredaron sus poderes, no habiendo experimentado jamás los azares de la Fortuna, ni conocido los lastimosos resultados de las empresas descabelladas. Por ello, difícilmente aceptaban las leyes y se entregaron a la rapiña, la ambición, el rapto de mujeres, etc. Actuaron de tal manera que la *aristocracia* se convirtió en *oligarquía*... A tales gobernantes les esperaba el mismo fin que al tirano: en efecto, indignada por su conducta, la muchedumbre se puso al ser

vicio del primero que quisiera liberarla de sus opresores. Pronto uno de entre ellos les daba muerte con ayuda de la comuna. Como todavía recordaban la execrable tiranía de los reyes, no menos que la del inicuo gobierno de los aristócratas, establecieron un estado nuevo llamado *democracia*, el cual atribuía la soberanía al pueblo universal y no ya a uno solo o a algunos de los más grandes. Este estado popular duró algún tiempo, en virtud de la novedad que siempre gusta, y mientras vivieron los que la habían establecido. Inmediatamente después, la comuna se descompuso y comenzó a abusar de su poder. De nuevo el rosario de muertes, pillajes, ultrajes. Todo marchaba mal, de manera que, sea por necesidad, sea según el parecer de algún sabio o vista la evidencia de los peligros de un gobierno tan tempestuoso, se volvió a la realeza. Tal es el círculo eterno de todas las Señorías que hay en el mundo.

(*Discursos*, I, II)

Las reglas del gobierno

I

Todos los Estados, todos los dominios que han tenido y tienen soberanía sobre los hombres han sido y son repúblicas o principados. Los principados son o hereditarios, en aquellos casos en los que impera desde hace largo tiempo el linaje de su señor, o bien nuevos. Estos últimos, o son completamente nuevos —como lo fue Milán para Francesco Sforza—, o son a modo de miembros añadidos al Estado hereditario del príncipe que los adquiere, como es el caso del reino de Nápoles con respecto al rey de España. Los dominios así adquiridos o están acostumbrados a vivir bajo un príncipe o acostumbran a ser libres; y se adquieren con las armas de otro o con las propias, gracias a la fortuna o por medio de la virtud.

II

Dejaré a un lado la cuestión de las repúblicas por haber razonado extensamente sobre ellas en otro lugar. Atenderé solamente al principado y, siguiendo el hilo de las distinciones anteriores, discutiré las formas en que estos principados se pueden gobernar y conservar.

Digo, pues, que en los Estados hereditarios y acostumbrados al linaje de su príncipe la dificultad de conservarlos es bastante menor que en el caso de los nuevos, puesto que es suficiente con respetar el orden de sus antepasados y, por lo demás, adaptarse a los acontecimientos; de esta forma si el príncipe en cuestión es de una habilidad normal, conservará siempre su Estado, a no ser que una fuerza extraordinaria y excesiva le prive de él.

(*El Príncipe*, I-II)

CÓMO LOS PRÍNCIPES DEBEN GUARDAR SU PALABRA

Cuán loable es en un príncipe mantener la palabra dada y comportarse con integridad y no con astucia, todo el mundo lo sabe. Sin embargo, la experiencia muestra en nuestro tiempo que quienes han hecho grandes cosas han sido los príncipes que han tenido pocos miramientos hacia sus propias promesas y que han sabido burlar con astucia el ingenio de los hombres. Al final, han superado a quienes se han fundado en la lealtad.

Debéis, pues, saber que existen dos formas de combatir: la una con las leyes, la otra con la fuerza. La primera es propia del hombre, la segunda de las bestias; pero como la primera muchas veces no basta, conviene recurrir a la segunda. Por tanto, es necesario a un príncipe saber utilizar correctamente a la bestia y al hombre. Este punto fue enseñado

veladamente a los príncipes por los antiguos autores, los cuales escriben cómo Aquiles y otros muchos de aquellos príncipes antiguos fueron entregados al centauro Quirón para que los educara bajo su disciplina. Esto de tener por preceptor a alguien medio bestia y medio hombre no quiere decir otra cosa sino que es necesario a un príncipe saber usar una y otra naturaleza y que la una no dura sin la otra.

Estando, por tanto, un príncipe obligado a saber utilizar correctamente la bestia, debe elegir entre ellas la zorra y el león, porque el león no se protege de las trampas ni la zorra de los lobos. Es necesario, por tanto, ser zorra para conocer las trampas y león para amedrentar a los lobos. Los que solamente hacen de león no saben lo que se llevan entre manos. No puede, por tanto, un señor prudente —ni debe— guardar fidelidad a su palabra cuando tal fidelidad se vuelve en contra suya y han desaparecido los motivos que determinaron su promesa. Si los hombres fueran todos buenos, este precepto no sería correcto, pero, puesto que son malos y no te guardarían a ti su palabra, tú tampoco tienes por qué guardarles la tuya. Además, jamás faltaron a un príncipe razones legítimas con las que disfrazar la violación de sus promesas. Se podría dar de esto infinitos ejemplos modernos y mostrar cuántas paces, cuántas promesas han permanecido sin ratificar y estériles por la infidelidad de los príncipes; y quien ha sabido hacer mejor la zorra ha salido mejor librado. Pero es necesario saber colorear bien esta naturaleza y ser un gran simulador y disimulador: y los hombres son tan simples y se someten hasta tal punto a las necesidades presentes, que el que engaña encontrará siempre quien se deje engañar...

No es, por tanto, necesario a un príncipe poseer todas las cualidades anteriormente mencionadas, pero es muy necesario que parezca tenerlas. E incluso me atreveré a decir que si las tiene y las observa siempre son perjudiciales, pero si aparenta tenerlas son útiles. Por ejemplo: parecer clemente, leal, humano, íntegro, devoto, y serlo, pero tener el ánimo predispuesto de tal manera que si es necesario no serlo, puedas y sepas adoptar la cualidad contraria. Y se ha de tener en cuenta que un príncipe —y especialmente un príncipe nuevo— no puede observar todas aquellas cosas por las cuales los hombres son tenidos por buenos, pues a menudo se ve obligado, para conservar su Estado, a actuar contra la fe, contra la caridad, contra la humanidad, contra la religión. Por eso necesita tener un ánimo dispuesto a moverse según le exigen los vientos y las variaciones de la fortuna y, como ya dije anteriormente, a no alejarse del bien, si puede, pero a saber entrar en el mal si se ve obligado.

(*El Príncipe*, XVIII)

En su Primera Decenal, *en 1506, Maquiavelo se permitió una expresión mordaz inconveniente sobre* el profeta desarmado, *«cuyas luces divinas se apagan en un fuego más fuerte». Dieciséis años más tar-*

Una página de la primera edición de El Príncipe, *publicada en 1532.* ▶

IL PRINCIPE DI NICOLÒ MACHIAVELLI SEGRETARIO, ET CITTADINO FIORENTINO.

QVANTE SIANO LE SPETIE DE PRINCIPATI, et con quali modi si acquistino Cap. I.

VTTI LI STATI, Tutti è Dominij che hanno hauuto, et hanno Imperio sopra gli huomini sono stati, et sono ò Repu. ò Principati. E Principati sono ò hereditarij, de quali el sangue del loro Signor' ne sia stato lõgo tẽpo Principe ò è sonno nuoui, è nuoui ò sonno nuoui tutti, come fù Milano à Francesco Sforza, ò sonno come membra aggiũti alo stato hereditario del' Principe che li acquista, come è il Regno di Napoli al Re de Spagna, sonno questi dominij così acquistati ò cõsueti à uiuere sotto un' Principe ò usi ad esser' liberi, et acquistonsi ò con l'armi d'altri ò con proprie, ò per Fortuna, ò per Virtù.

DE E PRINCIPATI. HEREDITARII Cap. II.

O LASCERO indrieto il ragionare delle Repub. perche altra uolta ne ragionai à longo, uolteromi solo al Principato, et andrò nel ritessere queste orditure disopra disputando come questi Principati si possono gouernare, et mantenere. Dico adunque che nelli stati hereditarij, et assuefatti al' sangue dellor' Principe sono assai minori difficultà à mãtenerli che ne nuoui. Perche basta solo non trapassar l'ordine de' suoi antenati, et di poi temporeggiare con li accidenti in modo che se tal' Principe è di ordinaria industria sempre si manterrà ne lo suo stato se non è una ordinaria, et eccessiua forza che ne lo priui, et priuato che ne sia, quantunche di sinistro habbia lo

de, en dos ocasiones, aunque dulcificando la expresión, manifiesta la misma irreverencia al respecto. Después de haber comparado a Savonarola con Appio, el décimo rey de Roma protagonista de la mejor tragedia de Alfieri, Virginia, *extrae una de sus máximas de gobierno.*

CONSTITUYE UN MAL EJEMPLO NO OBSERVAR UNA LEY, SOBRE TODO POR PARTE DE QUIENES LA ELABORARON

No creo que haya peor ejemplo en una república que el hacer una ley y no observarla, sobre todo si quien incurre en falta es su autor.

En 1494, el Estado de Florencia acababa de restablecer sus instituciones de antaño de la mano de Girolamo Savonarola, cuyos escritos constituyen un testimonio de ciencia, habilidad y *virtú.*[21] Entre las leyes que hizo promulgar para asegurar la libertad de los ciudadanos, había una que permitía apelar al pueblo en todos los juicios realizados por crímenes de Estado por los Ocho o por la Señoría. Le costó mucho tiempo y esfuerzos hacerla aprobar. Ocurrió que, poco después de que hubiese sido publicada, cinco ciudadanos fueron condenados a muerte por la Señoría por delitos de esta naturaleza. Los condenados, quisieron apelar al pueblo pero no se les permitió; violó completamente la ley. Este acontecimiento contribuyó más que cualquer otro a minar la confianza en el hermano Girolamo. Si esta apelación era útil, debía hacerla observar; si no lo era, no debió esforzarse tanto para implantarla. Este acontecimiento fue tan señalado que en todas las predicaciones que Savonarola hizo después, no se atrevió ni a condenar ni a excusar a los que habían violado esta ley. No quería condenar una institución que era beneficiosa, pero no podía por eso excusar su violación. Fue un hecho que traicionó su ambición partidista, lo desprestigió y gravitó duramente en su destino.

(*Discursos* I, XLV)

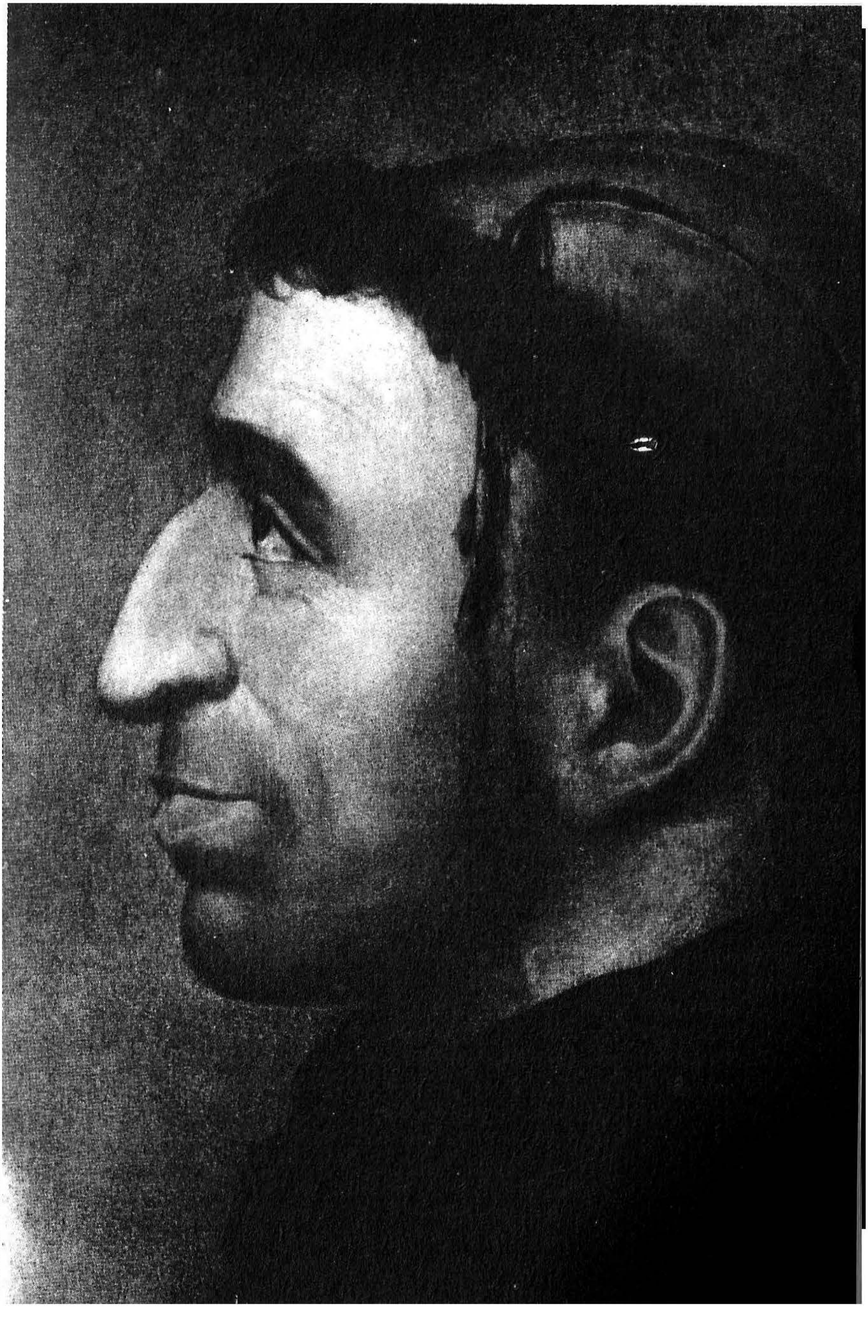
Lo que Maquiavelo llamaba furor y arrebato siete años antes es considerado un factor de éxito, como consecuencia de comparar el pasado con el presente.

LA AUDACIA Y LA PRECIPITACIÓN CONSIGUEN A MENUDO LO QUE NO SE CONSEGUIRÍA POR MEDIOS ORDINARIOS

Un príncipe que quiera obtener algo de otro, no debe, si es posible, dejarle tiempo para reflexionar, sino obligarle a tomar una decisión inmediata: la tomará viendo que el rechazo o las vacilaciones pueden provocar una súbita y peligrosa cólera.

Este procedimiento dio muy buen resultado en nuestros días a Julio II en sus relaciones con los franceses y a Gastón de Foix, capitán del rey de Francia, con el marqués de Mantua. El papa quería expulsar a los Bentivoglio de Bolonia, y en esta empresa creía necesitar el auxilio

Retrato de Girolamo Savonarola. ▶



Alinari-Giraudon

de los franceses y la neutralidad de los venecianos. Tras haber acudido largo tiempo a estas dos potencias sin obtener de ellas más que evasivas, se decidió a precipitar los acontecimientos de manera que los llevara por fuerza bajo su voluntad. Partió, en efecto, de Roma con todas las tropas que pudo reunir, marchó hacia Bolonia y envió emisarios para pedir a los venecianos la neutralidad y al rey de Francia refuerzos. Apremiados por el poco tiempo que tenían para deliberar, temiendo irritar al pontífice si rehusaban o si contemporizaban, los dos cedieron: el rey le envió refuerzos y los venecianos otorgaron una tregua.

Gastón de Foix estaba en Bolonia con su ejército cuando se enteró de la sublevación de Brescia. Tenía que elegir entre dos caminos para reducir esta plaza. Uno, por las tierras del rey, largo y penoso; otro corto, por los dominios del marqués de Mantua; y había que atravesar no sólo los territorios mantuanos, sino también internarse por algunos diques entre los lagos y los pantanos que cubren la región. Además, el paso se cerraba por fuertes y otras defensas. Foix se decidió por el más corto: para despejar todas las dificultades y no permitir al marqués posibilidad de respuesta, dio orden de marchar y solicitó al marqués que le enviara las llaves del pasaje. Sorprendido por lo inesperado de la petición, el marqués se las remitió. Jamás lo habría hecho si Foix no le hubiese confundido de esta manera.

(*Discursos*, III, XLIV)

Ultimas palabras

NICOLÁS MAQUIAVELO A FRANCESCO VETTORI

Monseñor de la Mota se presentó hoy en el campo de los imperiales con la conclusión de este tratado, redactado de tal manera que, si Borbón lo acepta, debe suspender la marcha del ejército. Si continúa avanzando, se supone que lo rechaza: es, pues, el día de mañana el que decidirá nuestra suerte. Por consiguiente, estamos resueltos aquí, en caso de que avance, a no pensar más que en la guerra; si no se mueve, sólo tendremos el objetivo de la paz. Actuad de igual modo y, si hay guerra, cortad inmediatamente todas las negociaciones de paz, y que todos los aliados se lancen adelante sin ninguna consideración. Ya no se puede titubear, sino sólo lanzarse a cuerpo descubierto: la desesperación tiene a veces recursos que una decisión meditada no hubiese encontrado jamás. El enemigo avanza sin cañones por una región accidentada: unamos contra ellos el aliento de vida que nos queda y las tropas que están en el citado lugar, y se verán obligados a abandonar vergonzosamente nuestro territorio o a resignarse a proponernos condiciones razonables. Estimo a Francesco Guicciardini, quiero más a mi patria, y os digo esto sobre la base de una experiencia de sesenta años. No creo que hayamos estado jamás ante una hora tan crucial como ésta; necesitamos la paz, no podemos dejar la guerra y nuestra suerte está en las manos de un jefe que apenas es capaz de enfrentarse con la una o con la otra por separado.

Me encomiendo a vos. 16 de abril de 1527.

GUIDO MAQUIAVELO A NICOLÁS MAQUIAVELO

A mi honorable padre Nicolás Maquiavelo, en Forli.

Honorable padre: respondo a vuestra carta del 11 de abril por la que nos enteramos de que estáis con buena salud; alabado sea Dios, y que quiera manteneros así. No os hemos escrito nada sobre Totto: no lo hemos vuelto a ver, pero sabemos por el marido de la nodriza que sus ojos todavía no está curados, pero ha mejorado: por lo tanto no os inquietéis. El mulo pequeño no ha sido enviado todavía a Montepugliano porque la hierba no ha crecido todavía; pero en cuanto este tiempo cambie, lo mandaremos.

Nos enteramos por vuestra carta a Madonna Marietta de que habéis comprado una linda cadena a la Baccina, que no hace más que pensar en ella y rezar a Dios por vos para que os haga volver pronto.

No pensamos más en los lansquenetes, puesto que habeis prometido que queréis quedaros con nosotros si pasara algo. Por lo tanto, Madonna Marietta ya no está preocupada.

Os rogamos nos escribáis si los enemigos tuvieran la idea de venir a causarnos daño, porque todavía queda en la casa mucho vino y aceite. Sólo de aceite hemos llevado allí 20 ó 23 barriles; y también están las camas. Para el resto de las cosas nos sugeristeis preguntar a Sagrino si quería almacenarlos en su casa y aceptó. Os lo agradecemos pues se necesitan dos o tres días para traer todas estas bagatelas a San Casciano. Estamos todos bien, y yo muy bien, y por Pascua, si Baccio está curado, comenzaré a tocar y a cantar, y a hacer contrapunto a tres. Y si una cosa o la otra van bien, espero que en un mes podré prescindir de maestro, quiera Dios. En cuanto a la gramática, inicio hoy el estudio de los participios, y mesire[22] Lucca me hizo leer el primer [¿episodio?] de las *Metamorfosis* de Ovidio apenas volváis, quiero recitároslo entero de memoria.

Madonna Marietta se encomienda a vos y os envía dos camisas, dos paños de manos, dos pequeños broches, tres pares de calcetines y cuatro pañuelos. Y os ruega vengáis pronto y todos nosotros también. Cristo os guarde y os mantenga en prosperidad. Florencia, a 17 de abril de 1527.

Vuestro Guido Maquiavelo, en Florencia.

NICOLÁS MAQUIAVELO A GUIDO MAQUIAVELO

A mi querido hijo Guido, de Nicolás Maquiavelo.

Guido, mi bien querido hijo:

He recibido una carta tuya que me produjo una alegría inmensa, porque me dices que te curaste por completo y no podía tener mejor noticia pues, si Dios te concede vida y a mí también, creo que haré de tí un hombre de bien si pones de tu parte. En efecto, aparte de los amigos poderosos que ya tenía, acabo de trabar una amistad tan grande con el cardenal Cibo que yo mismo estoy maravillado; creo que te será útil. Pero hace falta que estudies y, no teniendo ya la excusa de tu enfermedad, trabajes sin descanso en aprender literatura y música. Advierte cuanto honor me han proporcionado los escasos talentos que adquirí; así mi querido hijo, si quieres darme, a mí alegría y a ti bien y honor, trabaja mucho y aprende, pues si tú te ayudas todo el mundo te ayudará. Al mulo pequeño, puesto que se volvió loco, hay que tratarlo de una manera contraria a la de otros locos: a ellos se les ata, y yo quiero que le desates. Lo darás a Vangelo, y le dirás que lo lleve a Montepugliano, y después que le quite la brida y el ronzal y que le deje ir donde quiera para encontrar su vida y curarse de su locura. El lugar es amplio y la bestia es joven. No puede hacer ningún mal; así, sin que moleste a nadie, se verá lo que quiere hacer y todavía se estará a tiempo, si se cura, de recuperarlo. Haced con los otros caballos lo que Ludovico os ordene hacer. Doy gracias a Dios de que se curase y que haya vendido, y bien vendido según veo, puesto que me hizo llegar el dinero, pero me extraño y me aflijo de que no haya escrito.

Saluda a Madonna Marietta y dile que día tras día estoy a punto de partir. Jamás mis ganas de estar en Florencia fueron tan grandes

como ahora; pero no puedo hacer otra cosa. Dile sólo esto: que no se inquiete, oiga lo que oiga, pues estaré allí antes de que ocurra el menor problema. Besa a la Baccina, a Piero y, si está, a Totto; me gustaría saber si sus ojos están curados. Vivid felices y gastad lo menos posible, y recuerda a Bernardo que se porte bien; le escribí hace quince días dos cartas y no he tenido respuesta. Cristo os guarde a todos.

2 de abril de 1527.

Nicolás Maquiavelo, en Imola.

Esta breve esquela, si es auténtica, confirma la noción de un Maquiavelo buen servidor del Estado: como Cavour en su lecho de muerte, «se deja confesar, respetuoso de todo lo que pueda mantener al Estado». Si es apócrifa, será manipulada por la Iglesia para incluir a un impío en el número de los creyentes y adquiere todo su significado.

PIERO MAQUIAVELO A FRANCESCO NELLIO

Pisa. Muy querido Francesco:

No puedo dejar de llorar al tener que deciros que, el 22 de este mes, Nicolás nuestro padre murió de dolores de vientre causados por una medicina tomada el 10. Se hizo confesar por el hermano Matteo, que le acompañó hasta su muerte. Nuestro padre nos deja, como sabéis, en extrema pobreza.

A vuestra vuelta aquí, os diré muchas cosas de viva voz. Tengo prisa y no puedo deciros más, salvo que me encomiendo a vos.

22 de junio de 1527.

Vuestro pariente, Piero Maquiavelo.

Notas

1. En la Florencia del siglo XIII las luchas entre güelfos y gibelinos supone el enfrentamiento entre las corporaciones ciudadanas y la nobleza. Desde 1250 el dominio gibelino es claro, pero en 1267 los güelfos se hacen con el poder. En 1293, unas *Ordenanzas de Justicia* excluyeron de las funciones públicas a los miembros de 147 familias nobles. *(N. del E.)*

2. La «democracia» a que alude el texto supone la hegemonía del denominado *popolo grasso,* es decir, la burguesía rica enrolada en las siete corporaciones o Artes mayores: de mercaderes (Calimala), cambistas, sederos (por Santa María), laneros, jueces y notarios, especieros y médicos y peleteros y guarnicioneros. *(N. del E.)*

3. Los gonfalonieros eran los primeros magistrados de las ciudades toscanas. Había gonfalonieros en los distintos barrios a los que alude el texto. *(N. del E.)*

4. Pequeña burguesía y pueblo llano frente al *popolo grasso* (grandes burgueses). *(N. del E.)*

5. Jefes militares mercenarios que sirvieron a los distintos Estados italianos durante la etapa renacentista. *(N. del E.)*

6. Talleyrand fue diplomático al servicio de la monarquía absoluta, la Revolución y el Imperio napoleónico, al que sobrevivió políticamente. Es el prototipo del político frío, astuto y sin escrúpulos. *(N. del E.)*

7. El conde de Mirabeau, político francés de la Revolución, simbolizó la resistencia del Tercer Estado frente al absolutismo real cuando el 23 de junio de 1789 afirmó que sólo abandonaría su escaño por la fuerza de las bayonetas. El autor se refiere a este hecho para contraponerlo a la actitud de Piero Soderini. *(N. del E.)*

8. Obra de Montesquieu, uno de los textos políticos capitales del siglo XVIII. *(N. del E.)*

9. Los hortelanos son aves de carne muy estimada. *(N. del E.)*

10. Panurgo es un personaje de la obra de Rabelais *Gargantúa y Pantagruel*. Es el prototipo de quien se apresura a imitar siempre lo que otros hacen. *(N. del E.)*

11. La «lonza» es un animal no identificado, tal vez el lince o el leopardo. Su nombre procede del latín vulgar «luncea». Este felino es citado por Dante en *La Divina Comedia* como símbolo de la lujuria. *(N. del E.)*

12. Con este símil se alude a que Médicis estaba tramando algo; él responde que, al estar desterrado, es imposible. *(N. del E.)*

13. El moyo era una medida de escasa capacidad utilizada con frecuencia para los áridos. *(N. del E.)*

14. Primo de Maquiavelo y homónimo suyo. *(N. del E.)*

15. El ducado fue una moneda muy extendida por el occidente europeo. Su modelo-patrón era el ducado veneciano de oro. *(N. del E.)*

16. El carlino fue una moneda cuyo origen está en el reino de Sicilia. Inicialmente era de oro o plata. Luego pasó a ser moneda fraccionaria de baja ley. *(N. del E.)*

17. El *podestá* fue un magistrado de las ciudades de la Italia medieval. El origen del cargo está en los agentes imperiales enviados a las ciudades italianas, pero en su configuración clásica, el *podestá* fue un personaje ajeno a la ciudad que lo nombraba, no podía ejercer sus funciones más que por el tiempo establecido (seis meses en Módena, por ejemplo) y se le impedía realizar actividades lucrativas durante su mandato. Su papel principal era actuar como árbitro en las frecuentes disputas de las oligarquías locales. Era, por tanto, un administrador ejecutivo que estaba al frente de la judicatura, pero no un gobernante en el sentido estricto del término. *(N. del E.)*

18. Juego que se practica sobre el tablero de tric-trac. Recuerda algo al parchís. *(N. del E.)*

19. Antiguo juego de naipes. *(N. del E.)*

20. El *quattrino* era una moneda de cobre; en su origen equivalía a cuatro denari (otra moneda de valor variable). En Toscana era la sexagésima parte de la lira. Por su escaso valor, sería sinónimo del ochavo español. *(N. del E.)*

21. La *virtú* es la cualidad por excelencia del gobernante; por ella comprende los problemas políticos y actúa con una mezcla de prudencia, astucia, habilidad, etc., para modificar las condiciones que la Fortuna proporciona. *(N. del E.)*

22. Título de cortesía, equivalente a «mi señor». *(N. del E.)*

Cronología

1434 Cosme de Médicis vuelve a Florencia.

1436 Finalización de las obras de la cúpula de Santa María de la Flor.

1441 Victoria florentina sobre los milaneses en Anghiari.

1449 Nace Lorenzo el Magnífico.

1450 Francesco Sforza entre triunfante en Milán.

1453 Caída de Constantinopla en poder de los turcos.

1454 Paz de Lodi. De resultas de ella firman un pacto de tregua por veinticinco años Venecia, Milán, Florencia, Nápoles y el papa.

1458 Golpe de Estado en Florencia dirigido por Luca Pitti.

1464 Muere Cosme de Médicis.

1469 Muere Piero de Médicis. Lorenzo el Magnífico asume el poder.
Nace en Florencia Nicolás Maquiavelo.

1472 Revuelta y sumisión de la ciudad de Volterra.

1478 Conjuración de los Pazzi. Ley Gismondina sobre la policía del Estado.

1480 Tratado de paz entre Florencia y Nápoles.

1482 Guerra de Ferrara; en un bando se alinean Florencia, Milán y Nápoles; en el otro, Venecia y el papa.

1485 Antonio de Sangallo pone fin a los trabajos de la Villa Medicea en Poggio a Caiano.

1490 Savonarola comienza sus predicaciones.

1492 Muere Lorenzo el Magnífico y le sucede su hijo Piero.

1494 Invasión francesa dirigida por el rey Carlos VIII. Caen los Médicis y se instaura la República, inspirada por las ideas de Savonarola.

1498 Caída y ejecución de Savonarola.
Maquiavelo es nombrado secretario de la segunda cancillería.

1499 César Borgia inicia sus operaciones militares en la Romaña, territorio siempre reclamado por la Santa Sede.

1500 Maquiavelo desempeña su primera embajada ante la corte de Francia. Luis XII, sucesor de Carlos VIII, firma un tratado secreto con Fernando de Aragón para repartirse las zonas de influencia en el reino de Nápoles.

1502 Piero Soderini es nombrado gonfaloniero vitalicio.
Maquiavelo es designado como embajador ante César Borgia.

1503 Maquiavelo escribe las *Palabras que hay que decir...*
Muere el papa Alejandro VI. La corona de España se apodera de Nápoles.

1504 Maquiavelo escribe la *Primera Decenal.*

1506 Recluta de la milicia florentina por parte de Maquiavelo.

1508 Embajada ante el emperador Maximiliano; fruto de ella será la *Relación de las cosas de Alemania.*

1510 Embajada en Francia y redacción de la *Relación de las cosas de Francia.*

1511 Liga Santa promovida por el papa Julio II contra los franceses.
Cuarta legación de Maquiavelo en la corte de Francia.

1512 Derrota de Francia, caída de Soderini y vuelta de los Médicis a Florencia.
Maquiavelo es exonerado de sus cargos.

1513 El cónclave elige papa a un Médicis, León X.
Maquiavelo comienza a escribir *El Príncipe.*

1516 Muerte de Fernando el Católico, rey de España.
Maquiavelo anima las tertulias de los jardines Oricellari, a partir de las que irá elaborando los *Discursos sobre la Primera Década de Tito Livio.*

1518 Redacción de *La Mandrágora* y *El arte de la guerra.*

1520 Continúa la fecunda actividad literaria de Maquiavelo: *Vida de Castruccio Castracane* e inicio de las *Historias florentinas.*

1523 Tras el breve pontificado de Adriano VI, es elegido papa otro Médicis: Clemente VII.

1525 Batalla de Pavía entre Francia y España.
Maquiavelo es repuesto en sus derechos ciudadanos.
Concluye la elaboración de las *Historias florentinas* y de la pieza teatral *Clicia.*

1527 «Saco de Roma» por las tropas imperiales en la contienda entablada tras la constitución de la Liga organizada por el papa contra Carlos V.
Caída de los Médicis y restauración de la República en Florencia.
Muerte de Maquiavelo.

1530 Fin de la República florentina y conversión de la Toscana en un ducado bajo la égida de los Médicis.
A lo largo de los dos años siguientes ven la luz las obras principales de Maquiavelo; comienza su gloria y también la controversia.

Testimonios

Friedrich Engels
Maquiavelo fue hombre de Estado, historiador, poeta y, por añadidura, el primer escritor militar digno de mención de los tiempos modernos.
(*Introducción a la dialéctica de la naturaleza*, 1925)

Valeriu Marcu
Sólo después de la derrota, sólo a los cinco años de la muerte de Maquiavelo, apareció impreso *El Príncipe*. Pronto se convirtió en el breviario de los reyes. Por ser *El Príncipe* la brillante expresión del presente —del absolutismo venidero—, todos los soberanos tienen el libro en la mano. Le añaden comentarios, descubren sus ocultas ideas, oyen latir el corazón de sus enemigos, quieren superarle y aprenden a deletrear la razón de Estado. Se dice que Carlos V sabía de memoria capítulos enteros. La reina Catalina de Médicis se sentía familiarizada con el libro, que una vez fue dedicado a su padre. Enrique III y Enrique IV no se separaban del libro ni un solo día. Cristina de Suecia redactó un largo comentario sobre el mismo. Federico de Prusia escribió, como príncipe heredero, un *Antimaquiavelo*. El ha escupido en su torta favorita, dice Voltaire, para que nadie pueda comer más de ella. Pero no sólo los fundadores del absolutismo, sino también sus adversarios, en ninguna parte veían tan claramente las fibras separadas del Poder como en el libro de Maquiavelo.
(*Maquiavelo*, 1945)

Arnold J. Toynbee
Maquiavelo fue dotado por la naturaleza con una capacidad política consumada; tuvo un gusto insaciable por ejercer sus talentos. La suerte lo hizo ciudadano de Florencia, uno de los Estados-ciudad directivos de la península, y el mérito le hizo adquirir, a los veintinueve años, el puesto de secretario del gobierno. Nombrado para este importante cargo en 1498, cuatro años después de la invasión francesa, adquirió un conocimiento de primera mano de las nuevas potencias «bárbaras» en el ejercicio de sus deberes oficiales. Después de catorce años de esta experiencia, había llegado a estar quizá más calificado que ningún otro italiano para poner mano en la urgente tarea de ayudar a Italia a su salvación política, cuando una vuelta en la rueda de la política doméstica florentina lo despidió súbitamente de su campo de actividad práctica [...] Mediante sus escritos, Maquiavelo fue capaz de retornar a la acción en un plano más etéreo, en el cual su efecto sobre el mundo fue mucho mayor que lo hubiera sido la actuación más elevada posible de un secretario de Estado inmerso en los detalles de la política práctica.
(*Estudios de Historia*, vol. IV, 1946)

Antonio Gramsci
En Maquiavelo se puede descubrir *in nuce* la separación de los poderes y el parlamentarismo (el régimen representativo): su «ferocidad» va contra los residuos

del mundo feudal, no contra las clases progresivas. El Príncipe debe poder término a la anarquía feudal, y esto es lo que hace Valentino en Romaña, apoyándose en las clases productivas, los mercaderes y los campesinos.
(*La política y el Estado moderno*, 1947)

Federico C. Sainz de Robles

Hay una sonrisa maquiavélica. Hay una intención maquiavélica. Hay un método maquiavélico. Resulta sumamente difícil definir el método, la intención y la sonrisa maquiavélicos. Aun cuando la mayoría de la gente crea que las tres cosas son lo postizo, lo turbio, lo sinuoso. Tener una risita maquiavélica quiere decir, para esa mayoría, estar pensando quien la tiene cómo probar al prójimo sin exponer, quien así sonríe, lo más mínimo. Tener una intención maquiavélica equivale, para esa mayoría, gozarse en complicar la ya de por sí complicada vida de relación social. Tener un método maquiavélico es, para esa mayoría, la sapiencia para ejecutar cada acto de manera que perjudique a todos —a la corta, o a la larga—, menos al ejecutor. ¡Pobre Maquiavelo! Se le ha calumniado mucho. Y no es que fuera precisamente un ingenuo. Pero tampoco, ni mucho menos, el más pérfido de los abortos infernales. Apenas si él puso en práctica el consejo del rancio refrán castellano: *Vivir arrimando al ascua su sardina*. Lo que sucede es que de la sinrazón de que la gente *la tome con uno* no nacen sino monstruos. Maquiavelo no fue ni menos ni más que un político sutilísimo y un diplomático habilísimo y un clarísimo vidente del futuro. Lo demás... se lo ha encontrado por añadidura.
(Prólogo, a *El Príncipe y El arte de la guerra*, 1947)

Augustin Ranaudet

Ninguna posibilidad de acuerdo entre *El Príncipe* y *La Divina Comedia*, entre Dante Alighieri y Maquiavelo. Una política positiva que se establece en el centro de la sociedad humana tal como la encuentra, y con los materiales que ella le ofrece, edifica un Estado particular, nacional, italiano; un reformador visionario, que desprecia y odia el mundo real, y que, con ayuda de las ideas puras, reconstruye, desdeñoso de las naciones, un refugio eterno para toda la humanidad cristiana. Dante, fiel súbdito del emperador, reconoce en el César la marca del sello divino; condena eternamente a Bruto y Casio, los dos más grandes criminales de la historia humana, después del discípulo que traicionó a Jesús. Maquiavelo odia al Imperio romano por su despotismo, desprecia al Sacro Imperio medieval por su impotencia creadora de desorden, coloca a Julio César al nivel de Catilina. Dante piensa aún en la Santa Sede, una vez reformada, como en el instrumento de restauración del orden cristiano; Maquiavelo no cree reformable al papado, le acusa de haber desmoralizado a Italia, de mantener la división y la debilidad y le juzga indigno de confianza tanto en el presente como en el provenir. Entre todos los espíritus del Renacimiento italiano Maquiavelo es el más ajeno al Evangelio, el menos accesible a esa fe de la que Dante vive, el más indiferente a la moral cristiana, a la que acusa de haber debilitado la energía de carácter de los hombres de su tiempo.
(*Maquiavelo*, 1956)

Garret Mattingly

No sorprende que Maquiavelo, después de repasar someramente las traiciones que le había sido dable presenciar en su tiempo, cierre un capítulo sobre «cómo deben guardarse fe los Príncipes» con la amarga reflexión de que «un Príncipe aún reinante, a quien no debo nombrar [todo el mundo sabía que aludía a Fer

nando de Aragón], no habla nunca más que de paz y buena voluntad, cuando si se hubiese atrevido a cualquiera de esas dos normas hubiera perdido varias veces su reputación y sus Estados». Así, deja a sus lectores con la impresión de que lo último que debe hacer un Príncipe es guardar la palabra empeñada, ya que en la inmisericorde lucha por el poder no existían más que los vivos y los incautos.
(*La diplomacia del Renacimiento*, 1970)

Richard H. S. Crossman

Maquiavelo no estaba contra el poder temporal del papa, porque lo hubiera podido aceptar como monarca de Italia, si tal hubiera sido la solución. Pero en ese caso el papa hubiera sido un rey soberano como todos los demás reyes. Que fuera en eclesiástico o un seglar el que adquiriese la autoridad suprema, era indiferente para él, con tal de que alguien lograse ejercerla. Con este argumento Maquiavelo recomendaba la teoría del Estado-nación, la que rechaza reconocer cualquier limitación de su autoridad por un poder exterior, ya sea un príncipe rival o una Iglesia internacional.
(*Biografía del Estado moderno*, 1977)

Gérard Mairet

La política será por tanto definida en *El Príncipe* como la institución del Estado. El Príncipe es fundador, instaura y lucha, su poder es de conquista, su legitimidad es su fuerza; la política no aspira a ningún bien que la trascienda, ella es en sí misma su propio fin, lo que significa que si hay que conquistar un bien cualquiera, este bien es del mismo Estado. Nos hallamos perfectamente en presencia de una concepción eminentemente profana de la potestad que ordena una conceptualización de la vida política como estrategia. El punto capital aquí, para esclarecer nuestras intenciones, es que la política es pensada como el arte de la fundación, y consiste en instituir un orden. El objeto principal del Príncipe es la fundación del Estado, lo que presupone una concepción histórica y nunca más «natural» del poder. El tema de la institución sufre con la soberanía, tal como la describe Maquiavelo, un cambio radical que tiene por efecto llevar la política de Dios a los hombres. Sabemos que la tradición cristiana (o sea, paulina) entendía el poder como institución divina. Con Maquiavelo, la «política cristiana» pierde toda justificación.
(*Historia de las ideologías*, dirigida por François Châtelet, 1978)

Agnès Heller

La genialidad de la concepción maquiaveliana del político asombra hasta límites insospechados cuando se observa lo escasa que estuvo Italia de políticos descollantes. Ni siquiera César Borgia puede calificarse de tal; Maquiavelo lo cita más bien como ejemplo y paradoja a la vez. Al mismo tiempo, sin embargo, lo que explica la forma de pensar de Maquiavelo es precisamente la escasez de políticos italianos. Porque Italia no tuvo políticos y por ello los necesitaba con tanto apremio. En última instancia, *El Príncipe* es un desesperado grito de socorro, una llamada a los personajes, cuyos prototipos acaso hayan existido, mas carentes de grandeza. La política maquiaveliana, en tanto que *techné*, aparece bajo la forma de sus componentes diversos, pero unificados en última instancia: como conocimiento político, como manipulación política, como práctica política y como ética política.
(*El hombre del Renacimiento*, 1980)

John R. Hale

La Mandrágora, de Maquiavelo (1518), es la primera obra teatral europea que combina satisfactoriamente la construcción de los personajes de carne y hueso, y en la que la sátira, dirigida principalmente contra la burguesía y la Iglesia, se manifiesta en un diálogo que aún hoy tiene vigencia. *La Mandrágora* es una obra sorprendentemente independiente de cualquier fuente clásica específica.
(*La Europa del Renacimiento, 1480-1520*, 1983)

Perry Anderson

Maquiavelo no entendió la inmensa fuerza histórica de la legitimidad dinástica, en la que estaba afincado el nuevo absolutismo. Su mundo era el de los aventureros fugaces y el de los tiranos arribistas de las señorías italianas; su modelo, César Borgia.
(*El estado absolutista*, 1983)

José Antonio Maravall

Se ha hecho común, y no cabe duda de que con mucho fundamento, al hablar del «Estado moderno», o simplemente del «Estado», como forma política renacentista, referirla a Maquiavelo. Maquiavelo es el pensador, según ello, que en el plano de la política abre la etapa histórica de la modernidad; por tanto, el Estado, como algo tan estrechamente ligado a ella en su proceso histórico, ha de ser también la figura que nos dibuje el pensamiento de Maquiavelo. Cassirer —uno entre tantos—, siguiendo el encadenamiento expuesto, llega a caracterizar, efectivamente, el Estado moderno con perfiles tomados de la obra del siempre inquietante florentino [...] Adelantemos que, para nosotros, en cambio, el solo hecho de que podamos plantear una investigación sobre el Estado moderno, en un plano de realidades históricas y concretas, dice bastante claro hasta qué punto consideramos insostenible una visión tan gratuita, en el sentido de incondicionada, como la que nos ofrece Cassirer. Porque eso no es el Estado moderno, ni siquiera en abstracción teórica, si ésta ha de conservar un nexo con la realidad que la haga adecuada para la interpretación de ésta; tampoco eso es históricamente Maquiavelo, ni lo que para la mentalidad política europea ha significado Maquiavelo. En nuestra opinión, si no puede identificarse la creación maquiavélica pura y simplemente con el Estado moderno, está más próxima aquella de la concreta realidad histórica que este último significó de lo que podríamos suponer al reducir la cuestión a los términos abstractos en que la planteaba Cassirer.
(*Estudios de historia del pensamiento español*, 1984)

Jacob Burckhardt

De cuantos especularon con la empresa de la constitución de un Estado, Maquiavelo es, sin duda, el más grande de todos. Capta siempre las fuerzas en juego como algo vivo, como algo activo, plantea las alternativas acertadamente y con grandeza, y procura no engañarse a sí mismo ni engañar a los demás. No hay en él rastro de vanidad ni de empaque. Por otra parte, no escribe para el público, sino para las autoridades y los príncipes o para sus amigos.
(*La cultura del Renacimiento en Italia*, 1985)

Bibliografía

Textos de Maquiavelo

No hay traducción castellana de las obras completas de Maquiavelo. Por ello, citamos para el lector interesado las versiones italiana y francesa:

Opere complete. Milán, Feltrinelli, 1960-65. 8 vols. Ed. de S. Bertelli y P. Gaeta.
Oeuvres complètes. París, La Pléiade, 1952. Ed. de Edmond Barincou.

En castellano, la obra más difundida de Maquiavelo es *El Príncipe*, de la que podemos citar por su accesibilidad la edición de Materiales-Alianza Editorial (Madrid, 1982), en traducción de M. Angel Granada. Existen otras versiones publicadas por Laia, Planeta, Vosgos, Bruguera, Aguilar, Espasa Calpe...

Historia de Florencia. Madrid, Alfaguara, 1978. Trad. de Félix Fernández Murga.
La Mandrágora. Andria. Clicia. Madrid, Edicusa, 1977. Trad. de Esther Benítez.
La Mandrágora. Barcelona, Fontamara, 1982. Trad. de Alejandro Manara.
Obras escabrosas. Madrid, Peralta-Ayuso, 1977. Trad. de R. Cansinos Assens.
El Príncipe. El arte de la guerra. Madrid, Círculo de Amigos de la Historia, 1974.

Obras sobre el contexto histórico-cultural

BRUCKER, F.: *Renaissance Florence*. Londres, 1969.
BURCHARDT, J.: *La cultura del Renacimiento en Italia*. Madrid, Sarpe, 1985.
MEINECKE, F.: *La idea de la razón de Estado en la Edad Moderna*. Madrid, Institutos de Estudios Políticos, 1959.
RUBINSTEIN, N.: *The Government of Florence under the Medicis*. Oxford, 1966.
TENENTI, A.: *Florencia en la época de los Médicis*. Barcelona, Península, 1974.
WALEY, D.: *Las ciudades-repúblicas italianas*. Madrid, Guadarrama, 1969.

Obras sobre Maquiavelo

BRION, M.: *Maquiavelo*. Buenos Aires, Ediciones Siglo Veinte, 1977.
CONDE, F. J.: *El saber político de Maquiavelo*. Madrid, Revista de Occidente, 1976.
GRAMSCI, A.: *La política y el Estado moderno*. Barcelona, Edicions 62, 1971. (La segunda parte incluye la traducción de *Note sul Machiavelli, sulla politica, e sullo stato moderno*.)
GRANADA, M. A.: *Maquiavelo*. Barcelona, Barcanova, 1981.
MARCU, V.: *Maquiavelo*. Madrid, Espasa-Calpe, 1967.
MOUNIN, G.: *Machiavel. Sa vie, son oeuvre, avec une exposé de sa philosophie*, París, 1964.

PREZZOLINI, G.: *Vida de Maquiavelo*. Madrid, La Nave, 1941.
RENAUDET, A.: *Maquiavelo*. Madrid, Tecnos, 1965.
RIDOLFI, R.: *Vitta di Niccolò Machiavelli*. Florencia, 1979. 7ª ed.
SASSÓ, G.: *Niccolò Machiavelli, storia del suo pensiero politico*. Nápoles, 1958.
SKINNER, Q.: *Maquiavelo*. Madrid, Alianza Editorial, 1984.
STRAUSS, J.: *Meditación sobre Maquiavelo*. Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1964.
VILLARI, P.: *Maquiavelo*. Barcelona, Grijalbo, 1965.

BIBLIOTECA SALVAT DE GRANDES BIOGRAFIAS

1. **Napoleón,** por André Maurois. Prólogo de Carmen Llorca.
2. **Miguel Angel,** por Heinrich Koch. Prólogo de José Manuel Cruz Valdovinos.
3. **Einstein,** por Banesh Hoffmann. Prólogo de Mario Bunge.
3. **Bolívar,** por Jorge Campos. Prólogo de Manuel Pérez Vila. (2.ª serie.)
4. **Gandhi,** por Heimo Rau. Prólogo de Ramiro A. Calle.
5. **Darwin,** por Julian Huxley y H. B. D. Kettlewell. Prólogo de Faustino Cordón.
6. **Lawrence de Arabia,** por Richard Perceval Graves. Prólogo de Manuel Díez Alegría.
7. **Marx,** por Werner Blumenberg. Prólogo de Santos Juliá Díaz.
8. **Churchill,** por Alan Moorehead. Prólogo de José M.ª de Areilza.
9. **Hemingway,** por Anthony Burgess. Prólogo de Josep M.ª Castellet.
10. **Shakespeare,** por F. E. Halliday. Prólogo de Lluís Pasqual.
11. **M. Curie,** por Robert Reid. Prólogo de José Luis L. Aranguren.
12. **Freud (1),** por Ernest Jones. Prólogo de C. Castilla del Pino.
13. **Freud (2),** por Ernest Jones.
14. **Dickens,** por J. B. Priestley. Prólogo de Juan Luis Cebrián.
15. **Dante,** por Kurt Leonhard. Prólogo de Angel Crespo.
16. **Nietzsche,** por Ivo Frenzel. Prólogo de Miguel Morey.
17. **Velázquez,** por Juan A. Gaya Nuño. Prólogo de José Luis Morales Marín.
18. **Pasteur (1),** por René J. Dubos. Prólogo de Pedro Laín Entralgo.
19. **Pasteur (2),** por René J. Dubos.
20. **Luis XIV,** por Ragnhild Hatton. Prólogo de Víctor L. Tapié.
21. **Bolívar,** por Jorge Campos. Prólogo de Manuel Pérez Vila.
21. **Einstein,** por Banesh Hoffmann. Prólogo de Mario Bunge. (2.ª serie.)
22. **Russell,** por Ronald Clark. Prólogo de Jesús Mosterín.
23. **Rembrandt,** por Christopher White. Prólogo de Josep Guinovart.
24. **Julio César,** por Hans Oppermann. Prólogo de Agustín García Calvo.
25. **García Lorca,** por José Luis Cano.
26. **Edison,** por Fritz Vögtle. Prólogo de Manuel Toharia.
27. **Verdi,** por Charles Osborne. Prólogo de José Luis Téllez.
28. **Chaplin,** por Wolfram Tichy. Prólogo de Carlos Barbáchano.
29. **Dostoyevski (1),** por Henri Troyat. Prólogo de Joaquín Marco.
30. **Dostoyevski (2),** por Henri Troyat.
31. **Falla,** por Manuel Orozco.
32. **Van Gogh,** por Herbert Frank.

33. **Sartre,** por Walter Biemel.
34. **Buda,** por Maurice Percheron. Prólogo de Alfredo Fierro.
35. **Byron,** por Derek Parker. Prólogo de Pere Gimferrer.
36. **Juan XXIII,** por José Jiménez Lozano.
37. **Casals,** por Josep M. Corredor. Prólogo de Enric Casals.
38. **Lope de Vega,** por Alonso Zamora Vicente. Prólogo de Alonso Zamora Vicente.
39. **Rousseau,** por Sir Gavin de Beer. Prólogo de Manuel Pérez Ledesma.
40. **Galileo,** por Johannes Hemleben. Prólogo de Víctor Navarro.
41. **A. Machado,** por José Luis Cano. Prólogo de Mátyás Horányi.
42. **Garibaldi,** por Andrea Viotti. Prólogo de Santiago Perinat.
43. **E. A. Poe,** por Walter Lennig.
44. **Lorenz,** por Alec Nisbett.
45. **Juárez,** por Ivie E. Cadenhead. Prólogo de Fernando Benítez.
46. **Kepler,** por Arthur Koestler.
47. **Nelson,** por Tom Pocock. Prólogo de Laureano Carbonell.
48. **Humboldt,** por Adolf Meyer-Abich. Prólogo de Juan Vilá Valentí.
49. **Beethoven,** por Marion M. Scott. Prólogo de Arturo Reverter.
50. **Durero,** por Franz Winzinger.
51. **Wagner,** por Charles Osborne. Prólogo de Angel Fernando Mayo.
52. **Fleming (1),** por Gwyn Macfarlane.
53. **Fleming (2),** por Gwyn Macfarlane.
54. **Le Corbusier,** por Norbert Huse. Prólogo de Oriol Bohígas.
55. **Bach,** por Malcolm Boyd. Prólogo de Jacinto Torres.
56. **Carlomagno,** por Wolfgang Braunfels.
57. **Voltaire,** por Haydn Mason.
58. **De Gaulle,** por Jean Lacouture.
59. **Kennedy,** por André Kaspi.
60. **Gaudí,** por Joan Bassegoda.
61. **Balzac (1),** por André Maurois.
62. **Balzac (2),** por André Maurois.
63. **Bismarck,** por Wilhelm Mommsen. Prólogo de Francisco Gutiérrez.
64. **Cajal,** por José M.ª López Piñero. Prólogo de Pedro Laín Entralgo.
65. **San Pablo,** por Claude Tresmontant.
66. **Carlos V,** por Philippe Erlanger.
67. **Mahoma,** por Washington Irving. Prólogo de Pedro Martínez Montávez.
68. **Mozart,** por Arthur Hutchings.
69. **Stalin (I),** por Ian Grey.
70. **Stalin (II),** por Ian Grey.
71. **Maquiavelo,** por Edmond Barincou. Prólogo de Francisco Gutiérrez Contreras.

MAQUIAVELO

La figura de Maquiavelo, al que puede considerarse como el primer teórico de la política moderna, ha sido desdibujada en buena medida por el efecto corrosivo de los tópicos. El "maquiavelismo" o lo "maquiavélico", en efecto, son expresiones usuales que muchas veces sólo contienen una falaz caricatura de un hombre que hizo de su propia vida una de sus obras maestras y cuyo pensamiento político, expuesto principalmente en su obra *El Príncipe*, todavía suscita discusiones y polémicas.

Edmond Barincou contribuye en este libro a deshacer algunos malentendidos históricos y, tan lejos de la condena simplista como de la justificación a ultranza, describe el perfil humano e ideológico de Maquiavelo con gran precisión y amplitud. Así, esta obra contiene todos los datos exigibles en una biografía, pero al mismo tiempo se convierte en una sugestiva crónica de los albores de la Edad Moderna.

10071
9 788434 581456